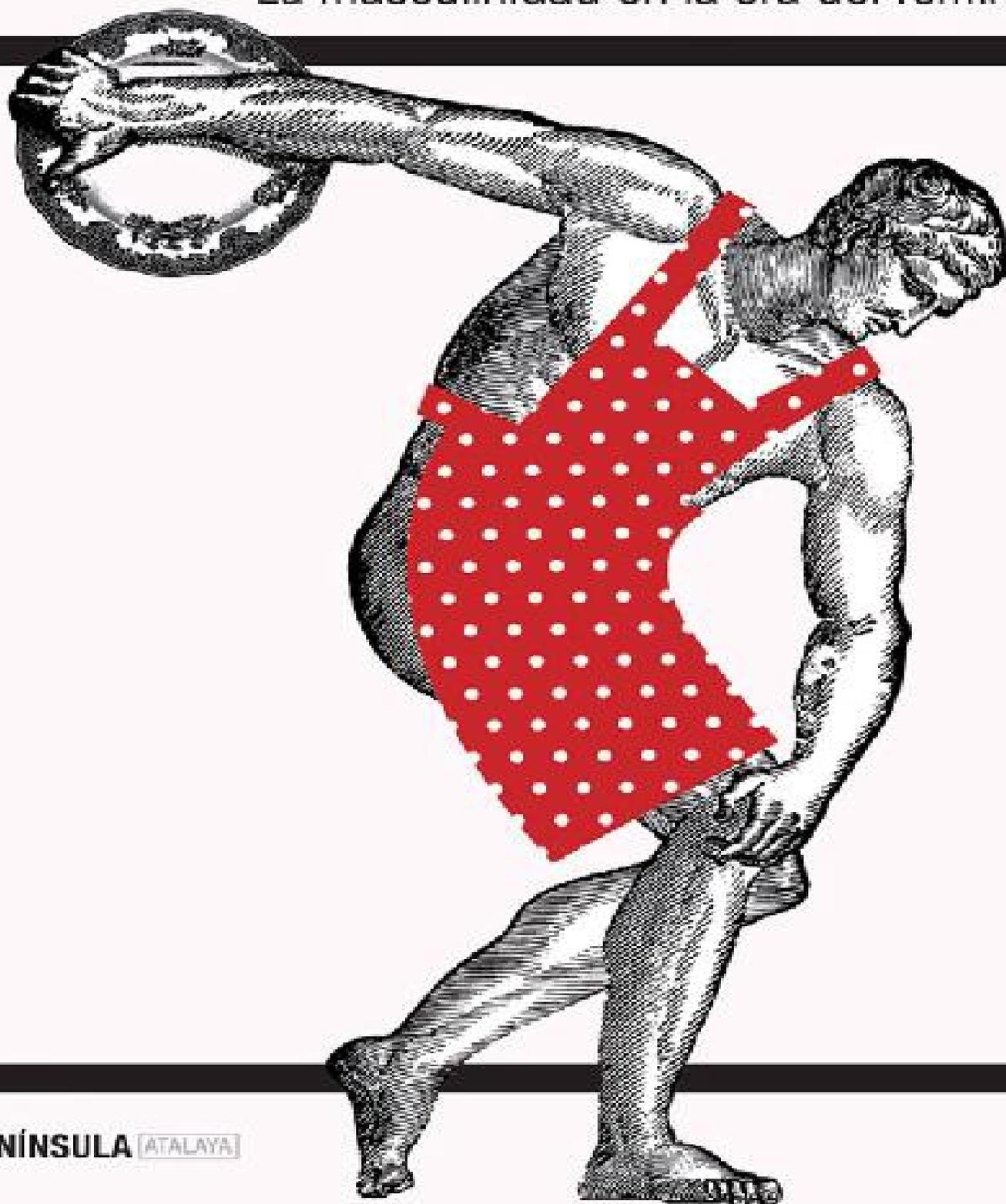


Ritxar Bacete

Nuevos hombres buenos

La masculinidad en la era del feminismo



ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

DEDICATORIA

PRÓLOGO. APRENDER A SER FELICES

INTRODUCCIÓN

1. HOMBRES EN EL SIGLO XXI: MASCULINIDADES PARA LA ERA DEL FEMINISMO

2. EL HOMBRE HA MUERTO: ¡VIVAN LOS HOMBRES!

3. PATERNIDADES QUE TRANSFORMAN

4. LA NATURALEZA HUMANA ES CULTURA ESCULPIDA EN CUERPOS

5. HOMBRES HACIENDO PACES

6. VIOLENCIAS MASCULINAS, RIESGO, PODER Y LOS PROBLEMAS DE GÉNERO EN LOS HOMBRES

7. CUIDARSE, CUIDAR Y LA CUIDADANÍA

8. EL TRABAJO YA NO ES COSA DE HOMBRES

9. LOS HOMBRES Y EL FEMINISMO: ¿UNA RELACIÓN EXTRAÑA?

10. POR NUEVOS PACTOS DE CONVIVENCIA DE MUJERES Y HOMBRES

AGRADECIMIENTOS

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

El feminismo ha revolucionado y redefinido, en el último siglo, el papel de las mujeres en la sociedad, en un proceso que ha supuesto, inevitablemente, cuestionar y transformar el rol de lo masculino. Y pese a que cada vez más hombres apoyan —al menos desde la teoría— ese proceso de acercamiento a la igualdad, una de sus consecuencias es que ha dejado a la mitad de la humanidad huérfana de un modelo de referencia: el viejo ya no sirve para la convivencia equitativa con las mujeres en una sociedad democrática y el nuevo está aún en construcción.

¿Qué significa ser hombre hoy en día? Sin duda, mucho más que tener un pene. Ser hombre, igual que ser mujer, es un modo aprendido de estar en el mundo, de vestir, de caminar, de sentir y de cuidar. La masculinidad trasciende así el hecho biológico y adquiere sentido dentro de una construcción cultural. Y, por suerte, las construcciones culturales pueden cambiarse.

Llega, pues, el momento de crear una nueva masculinidad. Y nada mejor para ello que partir de las reflexiones y propuestas de Ritxar Bacete, uno de los mayores especialistas en género y masculinidades de España, que en este libro apuesta por superar el machismo y reconvertir las masculinidades hegemónicas tóxicas y de dominación en modelos de diversidad, justicia, equidad, diálogo y paz.

A todas las mujeres que viven con un miedo que no es suyo, pero que luchan y se transforman cada día, porque no están solas.

A la legión desarmada y silenciosa de millones de hombres buenos que siempre estuvieron y que florecen en cada rincón del planeta, acompañados de mujeres inmensas.

A Celia González, mi madre, luchadora y valiente. Y a Manuel Bacete, mi padre, un hombre bueno.

PRÓLOGO

APRENDER A SER FELICES

KIRMEN URIBE

Escribo este prólogo desde la Universidad de Iowa, invitado a su residencia internacional de escritores. Mi estancia aquí va a ser más corta de lo habitual (en vez de tres meses voy a quedarme seis semanas) porque he de volver a mi casa a estar con los míos.

La sola idea de estar tres meses sin mis hijos se me hacía insoportable, ya que, siendo escritor, tengo la suerte de pasar con ellos mucho tiempo en casa, llevarlos a la escuela, recogerlos, jugar con ellos, y leer juntos cada noche. Pero no solo eso. Era prácticamente imposible que mi mujer se ocupara de ellos durante esos tres meses, ya que trabaja fuera de casa y sale muy temprano para volver muy por la tarde.

Al explicarle a la responsable de la universidad por qué mi estancia era más corta, ella me respondió: «Me encanta que los hombres se ocupen de los hijos. Es algo que cualquier mujer podrá comprender completamente. Acepto la idea de que estés tan poco tiempo por esa razón. Aunque es una pena, ya habrá más oportunidades».

No esperaba una respuesta así y me gustó lo que dijo. Primero, que el cuidado de los hijos y lo que conlleva ha sido una labor exclusiva de las mujeres y ya era hora de que nosotros nos ocupásemos. Segundo, que ya habrá más oportunidades. Porque muchas veces pensamos que el mundo se acaba mañana, que no podemos dejar pasar ninguna oportunidad para seguir avanzando en nuestras carreras. Sin embargo, eso mismo es lo que han hecho durante mucho tiempo las mujeres, renunciar a sus carreras profesionales para centrarse en la familia. Renuncias que han sido grandísimas y definitivas en numerosos casos. Pero si somos los dos los que renunciamos un poco cada uno, los dos podremos progresar y sentirnos satisfechos con nosotros mismos y con nuestras parejas.

Sin lugar a dudas, lo que verdaderamente pasa rápido y sin dejar otra oportunidad es la infancia de los hijos. Crecen muy rápido, y yo personalmente he de decir que disfruto sobremanera al estar junto a ellos, aprendo mucho, quizá más que ellos conmigo, y trato de tener una actitud activa en su educación. Me parece que a menudo los padres (y esta vez hablo del género masculino) preferimos dejar que el tiempo pase, que nuestros hijos crezcan casi por sí solos.

Para cuando nos damos cuenta, ya es demasiado tarde.

Conozco a Ritxar Bacete desde hace muchos años, desde los años noventa, cuando estalló la guerra de los Balcanes. Coincidimos en las movilizaciones antibelicistas y en el movimiento de objeción de conciencia. Ritxar ha estado siempre trabajando para conseguir un mundo un poco más humano, más habitable. Y ahora, está metido de lleno en este movimiento de nuevos hombres que quieren aprender, que no quieren repetir errores pasados (aunque es inevitable que cometamos algunos), que quieren una relación más justa con sus parejas y las mujeres en general.

Como dice la escritora Carolin Emcke en su afamado libro *Contra el odio*, son los pequeños detalles los que marcan la diferencia, por lo que es necesario «no dejarse confinar en la tranquilidad de la escena privada, en la protección que brindan el propio refugio o el entorno más próximo. El movimiento más importante tal vez sea salir de uno mismo y dirigirse hacia los demás para reabrir juntos los espacios sociales y públicos».

Es lo que este libro ayudará a hacer.

Ser más justos no es renunciar a nada. Es aprender a ser felices.

O, por lo menos, yo soy más feliz así, y por ello volveré a casa a mitad de residencia en Iowa.

Porque son los pequeños detalles los que marcan la diferencia.

INTRODUCCIÓN

¡A las almas!
¡¡Alto!!
He dicho a las almas, no a las armas.
Al enemigo hay que curarlo,
no eliminarlo.
No hay que vencerlos,
ni convencerles,
hay que hacerlos amigos.

GLORIA FUERTES, *Mujer de verso en pecho*

Las fuerzas que se asocian para el bien no se suman, se multiplican.

CONCEPCIÓN ARENAL

Tienes en tus manos un libro tan imperfecto como inacabado, parcial, deudor y esperanzado. Optimista por convicción política y personal. Es una obra imperfecta porque está escrita por un hombre que también lo es. Un hombre que duda, que se equivoca mucho y que, cuando es capaz y tiene el ego a la altura que requieren las circunstancias, reconoce sus propios errores, escucha a quienes piensan diferente, aprende y trata de cambiar. Y este hombre soy yo.

Quiero aclarar que este ensayo no es una contribución neutral. Apuesto, sueño y trabajo cada día por la igualdad de mujeres y hombres, y esto, sin duda, condiciona mi mirada. Lo hago desde un convencimiento aún en estado de maduración, contraste y crecimiento, desde el reconocimiento de las aportaciones y bondades de las mujeres y los feminismos, en las que encontramos lo mejor para un mundo herido que parece desmoronarse, pero en el que merece la pena seguir confiando. Apuesto, también, por poner en valor a aquellos hombres buenos que construyeron la historia, y a los que cada día empujan el presente en clave de paz, amor, justicia, cuidados compartidos y compasión.

Basta recordar las vidas de nuestras abuelas para dimensionar los logros en materia de igualdad. Pero también es evidente que nos queda muchísimo camino por recorrer para conseguir una equidad real, efectiva, entre mujeres y hombres: los intolerables feminicidios a lo largo y ancho del planeta, la violencia contra las mujeres en todas sus formas y dimensiones, la

desigualdad económica, el acoso callejero, los machismos de baja intensidad, las dobles jornadas. Y, por otro lado, la legitimación de la violencia que ejercemos los hombres, nuestra sobrerrepresentación en todos los ámbitos de poder o nuestra secular desconexión con las emociones siguen siendo y generando una realidad doliente, global e inaceptable.

Este libro pretende ser un pequeño faro para acompañar a los hombres que, como yo, están en tránsito hacia otros modelos de masculinidad por convencimiento, por justicia o, simplemente, porque han tomado conciencia de que a nosotros también nos va la vida en ello. Sin pretender victimizarnos, sabemos que los varones vivimos de media siete años menos que las mujeres, tenemos muchas más posibilidades que ellas de sufrir un acto de violencia protagonizado por otro hombre, de tener un accidente laboral o de tráfico. Somos legión entre las personas que logran suicidarse, abarrotamos las cárceles, los albergues para personas excluidas, los centros de desintoxicación, lideramos el ranking de personas con lesiones medulares, etc. Por todo ello y mucho más también nos interesan, y en gran medida, los cambios personales y políticos que podemos aprender a crear y transitar de forma colaborativa desde los valores de la igualdad, el diálogo con las mujeres y con otros hombres y los feminismos. Sin duda, podemos y debemos hacerlo: We Can Do It!

Este vademécum igualitario es una apuesta clara por la buena vida, la que merece la pena ser vivida. Es el resultado heterodoxo de alguien que bebe de muchas fuentes y se apasiona con las miradas diversas. Parte de la lectura y revisión de las obras clásicas y fundamentales en la historia del feminismo, de los resultados de investigaciones propias y ajenas o de la simple curiosidad por entender el mundo. Mi mirada también se apoya y nutre de la sugerente y rica etnografía cotidiana que suponen las conversaciones de pasillo, café y patio, en lo que denomino «antropología de calle y columpios». Este diálogo desde lo cotidiano nos permite obtener información privilegiada de los lugares comunes, que son aquellos en los que transcurren la magia de la vida y las complejas relaciones humanas. Tránsito, así, desde la sana distancia de las nubes gaseosas y líquidas de las teorías hasta la tierra y el sudor de la experiencia cotidiana de las personas, de esa gente sencilla que, como ocurre en la poesía de Vicent Andrés Estellés, sufre, trabaja y sueña, que no viven en abstracto, sino a pie de aliento.

Este libro también es el resultado de haberme hecho mayor después de más de veinte años dedicado a trabajar como formador en temas relacionados con la igualdad de género, la prevención de la violencia contra las mujeres y, en la última década y de forma más intensa y específica, con el papel de los hombres en la lucha y el cambio hacia posiciones más igualitarias. [1] He trabajado con cientos de grupos, en los que han participado miles de mujeres y hombres: presos, amas de casa, estudiantes, funcionariado, policías, bomberos, trabajadoras sociales, mujeres que ejercen la prostitución, escolares, periodistas, técnicas de igualdad, enfermeras, personas con responsabilidad política, sindicalistas, estudiantes del ámbito universitario, niñas y niños, abogados, personal de la judicatura, psicólogas, economistas, evangelistas o coaches de mil y un deportes. Llevo compartidas más de tres mil horas de experiencia en formación, en un diálogo constante, diverso y rico en matices con la sociedad de nuestro tiempo. Otra fuente inagotable e imprescindible para escribir este libro ha sido el mundo 2.0, con los múltiples y apasionantes trabajos que diariamente se escriben sobre la igualdad de género en distintos medios

de comunicación, así como en blogs y redes sociales, que son un lujo y una mina etnográfica.

Abogo personal y políticamente por realizar nuevos pactos de convivencia de mujeres y hombres, desde el convencimiento de que cada una de nuestras acciones transforma el mundo, porque lo personal es político y la justicia, belleza. Al mismo tiempo, modificando e influyendo en las estructuras, las leyes, los presupuestos, las políticas y nuestro ámbito profesional también contribuimos a los cambios personales, en la rueda nutricia tan imparables como apasionante del nuevo ecosistema feminista: humanismo en estado puro.

Ya que puedo, voy a aprovechar este espacio para desnudarme un poco. Siempre que leo un libro fantaseo con la posibilidad de que un pequeño agujero en la pared me permitiera mirar cómo era la vida de la admirada escritora o el magnífico literato mientras escribía su obra. ¿Trabajaba en silencio y soledad? ¿Lo hacía después de trabajar o disponía de todo el tiempo del mundo? ¿Tendría un cuarto propio? Pues bien, para quien comparta mi voyerismo, la trastienda de este ensayo es poco glamurosa y menos épica aún. Cuando Península me propuso escribir este libro, además de experimentar el siempre nocivo alimento desmedido del frágil ego masculino, no pude evitar fantasear con tiempos de soledad, disponibilidad para tener conversaciones profundas sobre el tema con otros especialistas o algún retiro inspirador... Pero nada más lejos de la realidad: este es el resultado del trabajo de un hombre de casa (y en casa) muy imperfecto, con dificultades para conciliar, trabajador autónomo que no llega a fin de mes, angustiado por el tiempo que deja de dedicar a sus criaturas, por el desorden de la casa, rodeado de pañales, tropezando con juguetes, compartiendo escritorio, libros de referencia, pinturas y tijeras (muy activas, por cierto) con su hijo de tres años, coordinando fallidamente agendas escolares, comedor... Algo que tan bien conocen millones de mujeres y algunos miles de hombres pero que yo me permito el masculino lujo de compartir y poner en valor. ¡Olé! Así somos. Intuyo a muchos de los grandes escritores ejerciendo su oficio desde el privilegio poco responsable de no estar obligados a atender las necesidades de las personas que les rodeaban. Intuyo que este libro sería más redondo, acabado, coherente y serio si hubiera podido disponer de los dividendos del tiempo patriarcal, del silencio robado a mis criaturas o a mi pareja desde la atalaya de una habitación propia, como acertadamente me recordaría Virginia Woolf.

También va a ser fantástico poder dialogar a través de estas páginas con aquellos hombres, compañeros y amigos que no se han planteado la necesidad de su propia transformación porque siempre han sentido que el traje identitario que llevan puesto y su propia vida de hombre-varón les encajan como un guante. No hay que olvidar que es un ropaje privilegiado difícil de detectar, tan impecable como imperceptible y pesado, de plomo, que de tanto llevarlo se llega a confundir con la propia piel, como le ocurriera al caballero de la armadura oxidada en su existencia segura y enlatada.

El libro que tienes en tus manos no es un manual de autoayuda, pero podría ayudarte. Es más bien un espejo en el que mirarte individualmente para que nos podamos encontrar colectivamente y liberarnos juntos, entre los hombres pero también con las mujeres; un espejo en el que transformar aquellos aprendizajes tóxicos sobre qué es ser hombre que nos limitan y en el que aprender a ser humanos más completos, de la manera que deseemos serlo.

Aunque es un libro escrito por un hombre para otros hombres, estoy seguro de que va a estar

en las manos de numerosas mujeres, ya que muchas amigas sienten un enorme interés —e incluso, sana e insaciable curiosidad— por indagar sobre las claves en las que los hombres construimos nuestra identidad. En más de una ocasión me ha ocurrido que a algunos de los cursos sobre masculinidades y género que imparto han venido mujeres con el objetivo de entender mejor a los hombres, a pesar de que gran parte de ellas convivieran ya con uno desde muchos, muchos años atrás...

Este libro pretende conectar con el optimismo, pero desde la conciencia de que un sistema que genera y mantiene relaciones desiguales, además de ser limitante, intolerable e injusto, no sirve para la buena vida de las personas. Si el objetivo compartido por las gentes de bien es construir y consolidar una forma alternativa de organizar la vida para hacer frente a las monstruosidades que el patriarcado genera, ha llegado el momento de poner en valor los avances, lo logrado y los mecanismos que lo han hecho posible. Para conseguirlo, se antoja fundamental superar la mirada violentológica paralizante, muchas veces victimista y en ocasiones nihilista que el propio sistema crea, y que impide que lo trascendamos desde la potencia política de los nuevos pactos para la igualdad entre mujeres y hombres.

Como ya imaginaréis, queridas lectoras, este no es un libro esencialista, sino que pretende facilitar y aportar elementos de reflexión para el diálogo transformativo entre mujeres y hombres. Por tanto, sois bienvenidas todas las personas humanas con interés por la revisión crítica de las masculinidades y con capacidad lectora. A lo largo del libro os percataréis de que algunas partes están escritas como diálogo entre varones: es para entender mejor nuestra forma de ser hombres y, de paso, liberarnos un poco y tratar de ser más felices. Por eso, si alguna vez detectáis que me dirijo a los lectores en masculino no genérico es porque estamos dialogando entre «nosotros». Pero reitero lo dicho: sois magnífica y felizmente recibidas, porque sois imprescindibles para que los nuevos hombres buenos florezcan.

1

HOMBRES EN EL SIGLO XXI: MASCULINIDADES PARA LA ERA DEL FEMINISMO

La vida es un largo combate por el que se llega a ser uno mismo, esa es la tarea más elevada e ineludible de todo ser humano.

SIMONE DE BEAUVOIR

Y si actuamos, por poco que sea lo que hagamos, no será preciso esperar ningún futuro utópico y grandioso. El futuro no es más que una sucesión infinita de presentes, y vivir ahora como pensamos que deberían vivir los seres humanos, desafiando todo lo malo que nos rodea, es ya de por sí una maravillosa victoria.

HOWARD ZINN

SOMOS DE COLORES

Tendríamos que imaginar una paleta de colores infinitos para definir la humanidad. Cada persona es en sí misma un milagro, un crisol del pasado, una suma única e irrepetible de la historia evolutiva de la humanidad. Cada uno de nosotros lleva en su piel nuestro origen africano, restos del mestizaje con las gentes del Neandertal, con las caucásicas, con las indostanas; somos también árabes, túrquicos, amarillos... Somos bajitos, altos, delgados, gruesos, con más o menos capacidad intelectual. Estamos condicionados también por ser ricos, pobres, de la clase dominante o la dominada, migrantes o autóctonos, enfermos o sanos, viejos o jóvenes, por el estado de nuestra capacidad motora o por nuestra capacidad de comunicación.

Hablamos más de tres mil idiomas diferentes, con distintas formas de significar y entender las circunstancias en las que vivimos. Somos también bisexuales, homosexuales, heterosexuales, transexuales, intersexuales y, hasta en ocasiones especiales, un poco queer. Para hacerlo más complejo aún, vivimos en una comunidad de símbolos compartida, en una cultura determinada que

tiene una visión propia del mundo, pero que no es homogénea, sino que es diversa en sí misma, variable e incluso contradictoria. Por todo ello, definir el hecho humano a partir de la radicalidad binaria que supone clasificarnos por el sexo con el que nacemos es una simplificación tal que no es operativa, justa ni adecuada para comprender el hecho humano ni, menos aún, para algo más trascendental y cercano: saber quiénes somos, de dónde venimos y, sobre todo, hacia dónde vamos. El blanco y el negro, con sus variaciones y distintos tonos de grises, lo masculino y lo femenino, no bastan para comprendernos, poder relacionarnos de forma armoniosa ni desplegar el inmenso abanico de la potencia humana que se surge de la igualdad y que está por ser descubierto en su plenitud.

Además, la biología está de nuestro lado. Entender la belleza que esconden los maravillosos 23 pares de cromosomas con los que nacemos y el juego que nos dan para poder ser, estar y vivir solo se puede hacer desde la comprensión de la diversidad y complejidad del hecho humano, como potencia y límite. Una sola representación de cada par de cromosomas tiene una longitud aproximada de 3.200 millones de pares de bases de ADN, que a su vez contienen unos 20.500 genes que cuentan con 28.0000 elementos reguladores. Esta información básica y codificada para la vida que habita en cada cuerpo (como, por ejemplo, en el tuyo o en el mío) es fruto del mestizaje, el enriquecimiento y el intercambio genético producido durante cientos de miles de años.

El cerebro de un ser recién nacido tiene más de 100.000 millones de neuronas, por lo que estaría muy cerca del número de estrellas que se estima que existen en el universo. La diferencia, sin embargo, es que nuestras neuronas se comunican entre sí, generando a su vez complejos circuitos químicos y eléctricos únicos, por lo que un solo cuerpo humano encierra una mayor variabilidad que todo el universo astronómico, del que también somos parte. Si a todo ello le sumamos la complejidad y plasticidad del sistema nervioso central, además del impacto de la epigenética a través de la cultura y las experiencias vitales de cada persona, llegamos a la conclusión de que el par de genes X e Y determinantes del sexo de las personas son solo una circunstancia biológica aleatoria, que por sí misma poco tiene que decir de las expresiones y capacidades que cada persona, como ser único e irrepetible, desarrolle a lo largo de su vida. Como explica maravillosamente David Eagleman:

Las células se conectan unas a otras en una red de tan sorprendente complejidad que el lenguaje humano resulta insuficiente y se necesitan nuevas expresiones matemáticas. Una neurona típica lleva a cabo unas diez mil conexiones con sus neuronas adyacentes. Teniendo en cuenta que tenemos miles de millones de neuronas, eso significa que hay tantas conexiones en un solo centímetro cúbico del tejido cerebral como estrellas en la galaxia de la Vía Láctea.

¡Más difícil todavía! Somos lo que hacemos. Me explico: para comprender la maravilla de la diversidad y la plasticidad humanas, merece la pena que nos detengamos unos segundos en destacar algunos de los últimos hallazgos clave relacionados con la epigenética (o, lo que es lo mismo, la relación dinámica que se da entre la biología y la cultura).

La epigenética se refiere al conjunto de reacciones químicas y demás procesos que modifican la actividad del ADN. Las marcas epigenéticas no son genes, sino fruto del impacto del ambiente,

pero son capaces de influir en la genética del organismo. No son el coche, pero se parecen al volante; no son la electricidad, pero funcionan como interruptores. A través de pequeñas modificaciones químicas, la epigenética es capaz de regular la expresión de multitud de genes, por lo que la expresión de la biología no se da en nuestros organismos de forma pura o inmutable, sino que la lectura de los genes estará condicionada por nuestra experiencia y aprendizaje. Entonces, no somos biología o cultura, sino potencial con base biocultural o la suma dinámica de ambos elementos. La gran magia del cerebro en evolución es que los programas aprendidos que son realmente buenos, o aquello superador que hacemos, como las relaciones equitativas y pacíficas, quedan impresos en el ADN a través de la epigenética.

Por tanto, lo que entendemos por ser hombre o mujer, masculino o femenino, son construcciones culturales que inciden en nuestra potencia biológica de una forma sesgada, determinada por nuestras circunstancias y momentos históricos. Si pudiéramos hacer una secuencia del significado de cada acción que realizamos dentro de los parámetros de femenino y masculino, veríamos que lo humano es que cada persona puede hacerlo todo (cuidar, besar, escuchar, golpear, mimar, decidir, comprender...), por lo que limitar nuestras capacidades en base a haber nacido con unos genitales u otros es inhumano y limitante, tanto para los hombres como para las mujeres, que son mucho más que la definición cultural parcial que se hace de ellos y ellas. Especialmente, en un sistema tan ridículo (aunque eficaz para la dominación) como el patriarcal.

La ecología neuroemocional (es decir, la potencia biológica que traemos de fábrica y aquello que hacemos desde los significados de nuestra cultura) podrá ser favorable o adversa para el desarrollo de las competencias y las capacidades de cada ser humano. Muchas de las expresiones del sexismo que observamos (y que hemos confundido erróneamente como naturales o propias de cada uno de los sexos) tienen que ver con procesos epigenéticos, en los que el sexismo se convierte en un elemento biocultural, llegando a incidir y condicionar incluso la expresión de los propios genes.

¿Quién podría atreverse a afirmar, entonces, que las mujeres son de determinada manera o los hombres de otra? La diversidad esencial y constitutiva del hecho humano niega de forma radical la estereotipación de las personas: lo que somos nunca tendrá cabida en la simplificación que siempre implican las etiquetas. Nuestra esencia, tanto de los hombres como de las mujeres, radica en la potencia de ser, en la capacidad de crear identidades únicas e irrepetibles, así como en la contingencia de la libertad, que supone tener la capacidad de elegir quiénes somos y cómo queremos vivir. No somos una realidad inamovible: estamos, y siempre en tránsito.

Sin cultura no hay vida, y sin biología tampoco podemos ser. Como especie altricial —es decir, biológicamente dependiente—, solo podemos existir cuando la cultura y la biología se dan la mano. Lo realmente fundamental, universal, lo que nos hace humanos y posibilita la vida, son los cuidados, por lo que estos deberían pasar a formar parte de la centralidad política y ética en la estructuración de nuestras sociedades.

No nos equivoquemos: la gran crisis del siglo XXI es el trance de los hombres y el gran dilema del futuro la masculinidad tal y como la hemos conocido hasta ahora. Lo queramos o no, seamos conscientes o no, nos guste más o menos, los hombres estamos en crisis y la masculinidad, también. Hace tiempo que se rompió el tablero de juego y nos toca reconstruirlo.

La colosal transformación de las mujeres ha generado una nueva realidad con cambios tan profundos que han hecho tambalearse las estructuras mismas del sistema. Los cambios producidos por las mujeres, generados desde el empoderamiento, han hecho florecer identidades individuales, así como espacios de relación y convivencia nuevos que han venido a cuestionar de forma radical y para siempre la masculinidad hegemónica dominante y el papel de los hombres en la sociedad.

Es evidente, por tanto, que la crisis de la masculinidad ha sido consecuencia directa de los cambios producidos y liderados por las mujeres y los feminismos, que han logrado poner delante de nuestros ojos, de los de todos los hombres, el espejo de la historia: ¿quién soy yo en este nuevo mundo? ¿Qué es ser hombre hoy? ¿Qué se espera de mí? ¿Soy un hombre justo? ¿Puedo cambiar? ¿Debo cambiar? ¿Cómo me relaciono con otros hombres? ¿Y con las mujeres? ¿Soy un buen padre? ¿Establezco relaciones igualitarias con las mujeres de mi entorno? ¿He sobrepasado alguna vez alguna línea roja en mis relaciones? ¿Soy machista? ¿Soy libre?... Es como si al Dios todopoderoso de Miguel Ángel representado en los techos de la capilla Sixtina del Vaticano y que da vida a Adán ahora le tocara bajar a tierra, mirar a los ojos de las mujeres de igual a igual y cuestionarse su naturaleza divina. Pero no nos equivoquemos ni lancemos las campanas al vuelo. Se trata de una crisis que tiene que ver con la incapacidad del viejo modelo de masculinidad de adaptarse a una realidad emergente, apoyada en la potencia emancipadora y creativa de la igualdad y la libertad, y que, aunque está liderada por las mujeres (y por algunos hombres), nos afecta y beneficia también a todos nosotros.

La crisis presenta dimensiones varias, espejismos y contradicciones. Para comprenderla mejor, debemos navegar muy atentos y de forma crítica por sus matices y grietas. Hay crisis personales, colectivas, coyunturales, estructurales y profundas, y, sin ninguna duda, hoy estamos en uno de esos momentos de la historia que puede parecer pegajoso, gris, intrascendente, pero en el que está en juego el futuro de la humanidad. El camino por el que transitaremos se está empezando a dibujar en el cambio de paradigma de la masculinidad: la materia con la que construimos nuestros cuerpos y las emociones que nos atormentan o nos catapultan a construir sueños o a emanciparnos de la pesada carga que nos ha tocado soportar son algunos de los ingredientes de esta gran crisis de los hombres y la masculinidad.

El modelo de masculinidad dominante que en los últimos siglos cincelaba de forma implacable las identidades personales de cada uno de los hombres se ha resquebrajado, como si se tratara del casquete polar en tiempos de calentamiento global, pero esta vez debilitado y cuestionado por un cambio climático positivo, en el que la liberación y el empoderamiento de las mujeres ha sido la fuerza fundamental que ha promovido el deshielo de las identidades masculinas. Gracias a todos estos cambios, de la rigidez del hielo identitario masculino estamos pasando a un estado más plástico y flexible, incluso líquido en algunos márgenes. Es muy probable que por primera vez en la historia conocida de la humanidad se estén dando, al mismo

tiempo, tanto el clima como las condiciones sociales favorables para el cambio, para una transformación —esa que está siendo y será— profunda e irreversible. Pero, como suele ocurrir en toda crisis de gran magnitud que se precie, las resistencias que tratan de impedir los logros y avances parecen multiplicarse.

En el desierto helado también se producen espejismos. Gracias a las inercias del pasado, los machismos, en sus distintas dimensiones, clases y tamaños, parecen seguir dominando las placas de hielo en las que habitan, aunque, como si se tratara de los últimos mamuts lanudos que vivieron en la isla siberiana de Wrangel, son conscientes tanto de su poder y sensación de dominio como de su implacable proceso de extinción. Es una crisis global que nos afecta a todos, independientemente de cómo nos situemos ante ella, pero en la que los poderosos se lo juegan todo.

Quiero aclarar que no entiendo las transformaciones de la historia en forma de progreso, y, como más adelante podréis comprobar, definiendo que la disidencia, también en lo masculino, siempre ha estado presente, aunque sus distintas expresiones hayan llegado con dificultad a nuestros días, porque la narrativa de las historias de los hombres disidentes, como ocurre con la de las mujeres, también está sesgada, condicionada e impactada por el sexismo.

Soy plenamente consciente de que, en tiempos que también son los de Trump, Putin y los extremismos religiosos, de rearme, de nuevas y dolorosas guerras o de los crueles e incesantes feminicidios, reivindicar la «era del feminismo» como algo logrado pueda resultar contradictorio. Estoy convencido de que la reacción de los angry white men («hombres blancos enfadados») es una señal positiva, consecuencia de la crisis de las masculinidades y que asusta a muchos hombres, pero que nos muestra que vamos por buen camino. Los miedos masculinos están directamente relacionados con el desasosiego que nos genera a muchos de nosotros ser conscientes de que vivir en igualdad conlleva, inexorablemente, perder nuestros privilegios (que son de todos). Muchos hombres temen tener que vivir en un mundo que ya no es el mismo, que es más diverso e igualitario que en el que nacieron y en el que saben que han de desenvolverse, quieran o no. La inmensa mayoría de nosotros apoyamos teóricamente (aunque mucho menos en la práctica) las relaciones de igualdad, pero de forma inconsciente nos da miedo relacionarnos con mujeres libres, porque sabemos que eso implica mirarnos al espejo, cuestionarnos y cambiar. Y no solo a los «hombres enfadados» les toca revisar su agenda de cambio, sino que también nos toca hacerlo a todos y cada uno de nosotros, los hombres de y para el siglo XXI, por muy igualitarios, feministas o buenas gentes que nos consideremos.

Esta perestroika que se está produciendo en el sistema binario radical en el que hemos vivido hasta hoy está provocando, como consecuencia inevitable, un cambio de modelo de humanidad. Se están generando relaciones y posibilidades nunca antes conocidas de estructurar y definir democráticamente sistemas de convivencia pacíficos, que se extenderán y serán notables cada vez más no solo en los espacios privados, sino también en los públicos. Hasta tal punto que ha llegado el momento de generar la confianza necesaria, en dosis suficientes, para realizar junto a las mujeres un nuevo pacto de convivencia más justo, pacífico y bello.

Como consecuencia del deshielo, si ajustamos las lentes a la hora de observar la realidad, hoy en día podemos encontrar masculinidades disidentes compartiendo pista de baile con las

renovadas hegemónicas de antaño. Y, titilando junto a ellas, allá en el firmamento o aquí cerca, performativizamos (hacemos, vivimos, soñamos, creamos) masculinidades diversas para varones finitos: hombres duros, blandos, sensibles, impasibles, violentos, cuidadores, empáticos, feministas, «machirulos», fríos, amantes, líderes, sinceros, revolucionarios, conservadores, callados, perdidos, radicales, pesados, torpes, poliamorosos, honestos, babosos, imperfectos, honestos, gays, heteronormativos, infieles, conscientes e inconscientes, simpáticos, poderosos, evasivos, crueles, corresponsables, acaparadores, infelices, satisfechos, bisexuales, queer, sensibles, en construcción, acosadores, en terapia, presos, desgenerados (es decir, sin género), acosados, mentirosos compulsivos, víctimas, verdugos... Y todo ello se produce en un baile complejo y contradictorio de las masculinidades en plural y de cada una de nuestras existencias en particular. ¿Alguno de nosotros se reconoce en estos hombres? Yo, en distintas dosis y con éxito desigual, en casi todos.

Por fortuna, este no es un partido que se pueda ver desde la grada, sino que nos toca jugar a todos. Y también a todas. Lo más paradójico, maravilloso y humanizante es que cada uno tiene su agenda, algo que hacer, con lo que comprometernos y que transformar. Impresiona cómo en cada experiencia humana de ser hombre, macho o varón en nuestra sociedad —también en la mía propia — conviven todos estos impostores con mayor o menor ímpetu, porque cada uno de nosotros combina en nuestro genoma cultural distintas dosis de lo aprendido. Y quien esté libre de contradicciones identitarias, sea mujer u hombre, que tire la primera piedra... Probablemente, la equidad de género avanzaría con más rapidez si todos recogiéramos el guante de la agenda propia, al más puro estilo de las reuniones de Alcohólicos Anónimos: «Hola, me llamo Ritxar y también soy machista». ¿Cómo lo ves? No se trata de flagelarnos, pero sí de conectar desde la humildad con distintos grados tanto de contradicciones como de responsabilidades.

La naturaleza y el dinamismo cultural que acogen la vida, queramos o no, son más testarudos y contumaces que nosotros mismos. El individualismo y la competitividad representan dos de los mayores engaños y fracasos de la historia de la humanidad, porque la vida, aquella que merece la pena ser vivida, solo es posible en la comunidad de los cuidados compartidos: somos seres dependientes, inacabados, imperfectos y condenados a aprender a ser lo que somos, absorbiendo, bebiendo, empapándonos, mimetizándonos neurobiológicamente con los modelos identitarios que nos rodean, que nos permiten ser y liberarnos en comunión con los demás.

Estamos ante una sopa universal contradictoria, inacabada, pero sobre todo nos encontramos en transición entre un modelo de masculinidad que ya no sirve y unas formas de ser hombre mucho más líquidas, en estado de ebullición, que haremos cristalizar en estructuras amables, democráticamente, entre todas y todos.

Necesitamos liberarnos como hombres, porque es un derecho tanto individual como colectivo, así como una obligación política con la ternura y la belleza. Precisamos más que nunca volver a conectar con las emociones, con nuestros cuerpos, con las virtudes y con otros hombres. Queremos poder mirar a los ojos de las mujeres situándonos a una misma altura y aprender con y de ellas. Los cambios que han protagonizado en los últimos doscientos años son imparables, tan pacíficos como incómodos, y nos han regalado la extraordinaria y hermosa oportunidad de transformarnos, también, a nosotros mismos.

NUEVAS Y VIEJAS MASCULINIDADES

Como seres finitos, vivimos bajo el imperio de las coordenadas de espacio y tiempo. Lo que somos y hacemos ocurre irremediabilmente en lugares y momentos determinados. Además, todo se construye, incluidas la felicidad y, por supuesto, la identidad personal o ese personaje —labrado desde la más tierna infancia— que creemos ser. Como fruto de una narrativa colectiva, no somos lo que pensamos ni lo que sentimos, sino potencial de ser y hacer en tránsito y transformación constante, aunque no nos sintamos cómodos con ello. Pero estoy seguro de que muchos queremos y que, además, nos gusta.

Ser hombre o mujer es una invención humana —una construcción y no un destino— que ha sido creada en base a los valores dominantes de una determinada época, por lo que puede (y debe) transformarse. Si sobrevivir con lo conocido es la meta, no necesitamos grandes alforjas para completar nuestras existencias. Pero, si se trata de vivir con dignidad, alegría, plenitud y esperanza en un entorno social y familiar o en una biografía y un cuerpo finito con fecha de caducidad y en constante transformación y cambio, es necesario que seamos capaces tanto de asumir lo que somos como de problematizarlo, y establecer, así, una hoja de ruta para vivir la vida que deseamos. Además, salvo patológicas excepciones, partimos con ventaja, porque todo ser humano viene equipado de serie con la capacidad inagotable (aunque a veces agotadora) de aprender cambiando y cambiar aprendiendo, tanto para adaptarnos al entorno como para buscar nuevas fuentes de encuentro con uno mismo en la quimera de la búsqueda de la felicidad o, al menos, de sabrosos momentos de paz y satisfacción.

Todo el mundo es susceptible de cambiar cuando las circunstancias cambian, pero los pequeños cambios individuales, por insignificantes que nos parezcan, también son capaces de transformar las circunstancias que los crean, modificando las reglas del juego y las estructuras de relación.

Ni las viejas masculinidades son tan viejas ni las nuevas lo son tanto, pero nombrarlas nos ayuda a distinguir las dinámicas dominantes y los cambios. Condicionados como estamos por una visión evolucionista de la historia, con nuestra visión evolucionista, pensamos que cualquier cambio en los modelos establecidos implica o crea per se una realidad nueva. Pero cuando hacemos una revisión del pasado con perspectiva de género nos encontramos con que los hombres siempre hemos sido diversos. A pesar de que la dinámica hegemónica haya sido implacable con las disidencias masculinas (con especial virulencia y eficacia en el terrible siglo XX), también podemos ser capaces de rescatar dignos ejemplos de hombres pacíficos y cuidadores.

Aunque en el año 2008 colaboré en la redacción de la guía titulada *Los hombres, la igualdad y las nuevas masculinidades* para Emakunde-Instituto Vasco de la Mujer, siempre he sido crítico con la utilización de términos como «nuevas masculinidades», que por sí solos pueden dar lugar a fenómenos nefastos, como la asimilación de los conceptos sin la carga verdaderamente política o transformadora que precisan. Lo nuevo en las masculinidades pasaría inexorablemente por la apuesta de los hombres por mantener, propiciar e impulsar relaciones de equivalencia y equidad

con las mujeres, desde el reconocimiento de los privilegios y el cuestionamiento de las relaciones de poder.

El museo del Prado de Madrid, como muchos otros espacios donde se atesoran expresiones estéticas y artísticas, cuenta con ejemplos significativos de esas masculinidades disidentes que han existido siempre, en menor o mayor medida, en nuestras sociedades actuales, así como probablemente en todas las culturas conocidas. Entre imágenes de hombres rudos, poderosos, reyes y batallas podemos encontrar escenas como la representada por Bartolomé Murillo de San José con el Niño, en la que se muestra a un padre implicado, cuidador y emocionalmente presente. El contraste es desgarrador cuando la comparamos con la obra de Francisco de Goya Saturno devorando a un hijo. Da igual el momento de la historia al que nos estemos refiriendo, porque siempre encontraremos en los márgenes masculinidades disidentes, pacíficas o cuidadoras. La mala noticia es que en ninguna de las etapas históricas, analizadas desde una perspectiva crítica, hemos encontrado un modelo hegemónico de masculinidad que haya sido pacífico y cuidador. Los ejemplos y prácticas disidentes están permitiendo consolidar la profunda transformación de la que estamos siendo testigos y protagonistas: la emergencia de otro modelo posible de masculinidades —que, hasta ahora, eran solo alternativas— capaz de generar una nueva masculinidad hegemónica de referencia.

Aunque siempre ha habido ejemplos de disidencia de género en cualquier entorno artístico histórico, la violencia de género ha estado también presente y normalizada, en forma de representación de raptos, violaciones y vejaciones de todo tipo, reproducidos ampliamente en esculturas, cuadros o dibujos. Podríamos poner múltiples ejemplos, como la obra Susana y los viejos, de Artemisia Gentileschi, El rapto de las hijas de Leucipo o el Rapto de Hipodamia, de Rubens, o la escultura El rapto de las Sabinas, de Juan de Bolonia. Y la literatura tampoco se ha quedado atrás: en los Estudios sobre el amor, de 1940, Ortega y Gasset se preguntaba: «Cuando el objeto erótico es una mujer, la incitación al rapto se potencia porque también, en cierto modo, puso Dios en el mundo a la mujer para ser arrebatada, no digo que deba ser así, pero ¿qué le vamos a hacer si Dios lo ha arreglado de esa manera?».

Para transformar el presente necesitamos reconquistar la memoria, reconstruirla y poner a trabajar la potencia performativa de los nuevos símbolos a nuestro favor. Las viejas heroicidades que copan la inmensa mayoría de los espacios públicos y de la memoria colectiva han quedado tan obsoletas y son tan poco operativas como los reproductores de vídeo en Betamax.

Hace poco, en un debate abierto en las redes sociales sobre la necesidad de cambio en los hombres tras un nuevo caso de violencia machista, un hombre anónimo señalaba con amargura y enfado: «No soy un hombre nuevo, ni mi masculinidad es nueva ni he pedido tener otra diferente, no nací estropeado por ser hombre». Evidentemente, aunque este hombre se había sentido señalado, su respuesta refleja muy bien el trasfondo del debate sobre las nuevas y viejas masculinidades, que está adquiriendo en las redes sociales una intensidad inusitada. La cultura en la que vivimos tiene la fuerza y la virtud de invisibilizar el impacto que la socialización tiene en nuestras vidas: al vivir inmersos en ella, no la percibimos, como tampoco somos capaces de sentir que viajamos a toda velocidad en un planeta que rota y se traslada sin cesar. Y es lógico, porque nuestro sistema nervioso central, ante los múltiples estímulos que nos rodean, opta por anular la

percepción de lo obvio, intenso y constante.

Un ejemplo bastante ilustrativo que suelo utilizar en mis cursos es el del perfume y el cerebro. Cuando vamos a asistir a un evento destacado (como una boda, una cita o una entrevista de trabajo), para dar la mejor imagen posible, agradar o seducir tenemos la sana costumbre de asearnos y perfumarnos. Aunque hayamos invertido todos nuestros ahorros en el perfume más impactante del mercado, a los cinco minutos de habernos bañado en nuevas feromonas y una combinación alquímica de matices inigualables somos incapaces de percibir nuestro propio aroma corporal, que, sin embargo, sería perfectamente identificable por cualquier persona (con olfato, claro está) que se nos aproximase a la distancia adecuada. Por lo tanto, si la biología de nuestro propio cuerpo anula hasta los estímulos más recientes, intensos y sugerentes, ¿cómo no iba a hacerlo con los modelos sexistas que hemos bebido e interiorizado como normales y deseables, incluso antes de tener conciencia de que existían? Por eso mismo, más que plantear una pugna entre lo nuevo y lo viejo prefiero provocar el debate, la duda y la reflexión desde las virtudes que pudiera presentar un modelo de hombre nuevo, renovado intencional y políticamente desde la equidad, pero también por las circunstancias históricas específicas de nuestra época. Hombres nuevos diversos, ligados a prácticas cotidianas cuidadoras y pacíficas, sin desdeñar la construcción de una estética y simbología asociada a lo que de un hombre nuevo y bueno se espera que haga, piense y sienta.

En una jornada celebrada en Madrid, se planteaba la siguiente pregunta: «¿Pueden ser “nuevas” las masculinidades sin ser feministas?». Como en un buen ajiaco cubano, para que se produzca cualquier transformación social capaz de adquirir un carácter estructural y permanente, son múltiples los ingredientes y las circunstancias que se tienen que dar, estando muchos de ellos en tensión e incluso en contradicción. Es evidente y defiende que el feminismo, como conjunto heterogéneo de movimientos políticos, culturales, económicos y sociales que pretende lograr la liberación de las mujeres, la erradicación de la dominación y la violencia, así como la igualdad de mujeres y hombres, ha sido un elemento clave en la historia reciente de la humanidad para avanzar no solo hacia el empoderamiento de las mujeres, sino también hacia la transformación, mejora y liberación del conjunto de la sociedad. Y, evidentemente, de los hombres. Para lograrlo, el liderazgo y los aportes de las mujeres a lo largo de la historia han sido fundamentales. Pero también estoy convencido de que estos avances han transitado en paralelo con las aportaciones de movimientos humanistas de toda índole, de hombres y mujeres que, no estando alineados expresamente con el feminismo, han realizado grandes contribuciones a las conquistas de la igualdad.

Como señala de forma contundente Amelia Valcárcel, al igual que ocurre con las mujeres, «un hombre es un ser humano, sujeto y sujeta a sus condiciones de posibilidad, sus circunstancias, su normativa de género».

Raewyn Connell, en su obra *Gender and Power: Society, the Person and Sexual Politics*, hace referencia por primera vez a la llamada «masculinidad hegemónica», lo que aquí definiríamos como «viejas masculinidades hegemónicas». La socióloga aplica la teoría de la hegemonía cultural de Antonio Gramsci a los estudios de la masculinidad, lo que serviría para explicar cómo se estructuran de forma jerárquica los distintos modelos masculinos en un contexto patriarcal. Para

Connell, el modelo de masculinidad hegemónica fomentado por el patriarcado no solo es pernicioso para la identidad femenina, sino que también lo es para cualquier modelo de identidad de los hombres que no cumpla con los requisitos establecidos. La definición de masculinidad de Connell describiría las viejas masculinidades, mientras que la propuesta política y epistemológica que aquí hacemos pasa por reconvertir las masculinidades hegemónicas viejas, tóxicas y de dominación en modelos de diversidad, diálogo y transformación. El modelo de masculinidad hegemónica de los hombres nuevos llegaría a ser el más deseable en un momento dado, y, como explica Sara Martín, lideraría por consenso implícito a otros modelos de masculinidad, de los que se distinguiría y a los que subordinaría en el orden social. La nuestra es una apuesta decidida por superar los mandatos y estructuras de poder de la masculinidad hegemónica tradicional, sustituyéndola por un sistema de referentes mucho más diverso, que se situaría como modelo fundamental de la «nueva masculinidad hegemónica» en base a aquellas expresiones de «ser hombre» —que hasta el momento eran disidentes— cuidadoras, pacíficas... Y todo ello en un proceso dinámico, imperfecto e inacabado, como un paso superador de la división secular de hombre y mujer, masculino y femenino, hasta que algún día seamos capaces de trascendernos y de borrar para siempre la línea que nos separa y limita.

LOS HOMBRES BUENOS

Cuando hablamos de la bondad nos estamos refiriendo a una virtud o cualidad propia de los seres humanos hacia sus semejantes y también hacia otros seres vivos que se manifiesta cuando alguien tiene la actitud de hacer el bien: ayudando a quien lo necesita; mostrando compasión activa con las personas sufrientes; siendo este amoroso, generoso, amable y altruista para tratar de hacer sentir a los demás felices, cuidados, seguros y queridos. Se trata de un presupuesto epistemológico, ontológico y práctico tan personal como político.

Entiendo la bondad como una virtud clásica que nunca va sola ni se puede sostener únicamente en categorías morales. Para funcionar realmente como una virtud, la bondad estaría necesariamente ligada a la empatía o a otros valores como la paciencia, la solidaridad, la humildad, la justicia social, la defensa de la equidad de género o la libertad individual y colectiva. La bondad estaría siempre entroncada y ligada a la cultura de los derechos humanos en su dimensión más global y universal: todos los derechos para todas las personas.

Al igual que el concepto de la «paz imperfecta», desarrollado por Francisco A. Muñoz, el ejercicio de la bondad es «una realidad procesual, dinámica e inacabada» que reconoce al ser humano como conflictivo y contradictorio. La práctica del bien vendría a aumentar la fortaleza espiritual, la capacidad transformadora y la confianza tanto de las personas como de los grupos y las comunidades.

La ternura, ayudar, compartir, comprender, dudar, rectificar, sonreír, reconocer, escuchar, conectar, acompañar, arropar, cooperar, pedir perdón, confiar o poner límites son otros de los ingredientes fundamentales y necesarios para construir la nueva narrativa que comprenda la trascendencia y el recorrido de la propuesta de los hombres buenos, todo ello desde la

contingencia política que aporta la perspectiva de género y el feminismo aplicado a los varones. Me gusta mucho pensar la bondad como «el síntoma más sublime de una elevada inteligencia, así como de un cerebro sano, que contribuye tanto a la felicidad personal como a la de los demás», como señala la psicóloga clínica Amaia Bakaikoa.

La bondad es una inclinación natural a fomentar lo deseable, motivada por un ejercicio constante y aprendido por comprender a los demás y el entorno desde la conciencia del impacto que las acciones propias tienen en las personas que nos rodean. Por mucho que la frase popularizada en el siglo XVII por Thomas Hobbes siga teniendo vigencia en nuestro imaginario colectivo, ha llegado la hora de dejar en paz al injustamente denostado *Canis lupus* y desterrar la androcéntrica, artificiosa y patriarcal idea de que «el hombre es un lobo para el hombre»: el «hombre» es consecuencia de una construcción cultural determinada, y la tarea en la que debemos empeñarnos es que ese hombre masculino singular pueda convertirse en un ser humano plural y en condiciones de equidad con las mujeres y con otros hombres, para llegar, así, a una verdadera humanidad.

Desde una perspectiva filosófica, la propuesta de poner en valor la bondad en los hombres es un punto intermedio entre las dos posturas divergentes que ha seguido históricamente el pensamiento humano: el absolutismo y el relativismo. Cuestiono las propuestas metafísicas para las que el bien es una realidad perfecta o suprema. Del mismo modo, las teorías subjetivas llevadas al extremo pueden abrir puertas al abismo del relativismo moral. Como seres interpretativos, los seres humanos necesitamos hacer uso de categorías abstractas o idealizaciones morales capaces de guiar y motivar nuestras acciones, como la libertad, la igualdad o la justicia, pero definiendo que estas construcciones culturales deben encajar en la conciencia, la responsabilidad de los actos, la contingencia de la libertad individual y el poder de actuación e incidencia en uno mismo, así como en el entorno. Con esto quiero decir que no somos responsables de crear las superestructuras ideológicas en las que nacemos (como el sexismo), que nos preceden y que probablemente nos trascenderán si no tomamos conciencia de ellas, pero sí que tenemos la capacidad y responsabilidad tanto individual como colectiva de influir en su transformación a través de la potencia de cada una de las decisiones que tomamos, de las acciones que realizamos y de las comunidades de intereses que generamos en la sociedad en la que vivimos.

Un elemento importante de esta propuesta pasa por no confundir bondad con ingenuidad. Una concepción imperfecta de la bondad pasa de modo inevitable por la duda metodológica, pero ello no debe llevarnos necesariamente a un «buenismo relativista» alejado de la crudeza de algunas realidades, sino a conectar con la energía vital, el optimismo, la confianza y la predisposición al compromiso con el cambio personal y la acción colectiva.

Abogo por una concepción imperfecta de la bondad y una definición amplia de «ser hombre». Una bondad no perfecta es aquella que necesita mantener activada siempre la escucha tanto del propio cuerpo como de los de las demás personas, ya que las acciones propias, así como las palabras y las corporalidades, por acción u omisión, pueden dañar, incomodar o resultar limitadoras de las capacidades humanas de los demás.

Otro elemento básico de la bondad imperfecta pasa por el compromiso con la reparación del

daño causado y la transformación personal, así como por la práctica del perdón. Se trata, por tanto, de una metaescucha transformadora y activa, en la que también entran en juego la conciencia y presencia de las emociones y la corporalidad y el espacio y potencia donde pensamiento, lenguaje y materia construyen de manera dinámica la narrativa humana, los cuentos que nos contamos y los personajes que nos toca o elegimos interpretar.

En cuanto al hecho de ser hombre en la propuesta política de los hombres buenos, no se trata de una categoría biológica, sino que se inserta en los procesos de identificación y creación de estructuras neurológicas socialmente aprendidas de algunos seres humanos (teóricas, pero también tan reales como la muralla china), socializados en un sistema de género binario y que se identifican de manera más o menos consciente con este hecho de ser hombre (como yo, por ejemplo, o incluso tú, nosotros y ellos).

En una de las múltiples conversaciones que he tenido para escribir este libro, entre el alboroto de un cumpleaños infantil compartía con una mujer que se define como feminista la idea de reivindicar y poner en valor la bondad en los hombres. Ella, como tantas otras compañeras y amigas, me insistía en que no lo veía, en que yo puedo pensar en esa clave porque soy un hombre, pero no he podido sentir nunca el dolor que supone la discriminación y, por tanto, no he vivido en mis propias carnes lo que supone ser mujer en nuestra sociedad. Y puede que tenga razón, porque estas y no otras son mis circunstancias personales desde las que vivo, entiendo y significo el mundo. Mientras conversábamos, su compañero, un hombretón de dos metros de altura, corría empapado de agua detrás de todas las criaturas de la fiesta, que lo estaban utilizando como diana en una guerra de globos desigual. Entonces le pregunté si consideraba a su pareja como un hombre bueno. La respuesta fue afirmativa, profunda, y fue seguida de un silencio esclarecedor: «Es la persona más buena que he conocido jamás...».

Estoy convencido de que algunos de los lectores que os habéis acercado por primera vez a la revisión crítica de la masculinidad desde una perspectiva de género os podréis estar preguntando: «¿Cómo no va a ser una categoría biológica el hecho de ser hombre, si yo lo soy?». Y la sorpresa que nos puede causar que se venga a cuestionar el origen de nuestra hombría tiene toda una lógica, ya que haber nacido o no con pene es el fundamento sobre el que se sustenta la división binaria, en base a lo que se nos clasifica, educa y condiciona, incluso antes de nacer. Pero durante la mayor parte de nuestras vidas no necesitamos ir mostrando el pene para certificar nuestra adscripción identitaria. Porque llegamos a ser hombres actuando como se espera que lo haga uno; por lo que esto de ser o no ser hombre se parece más al teatro y a papeles a interpretar que a una cuestión de vulvas y penes que poner sobre la mesa (o en serigrafías en un autobús). Ser hombre o mujer es actuar, hacer, comunicar, y esto, evidentemente, tampoco lo hacemos con los genitales. El sexismo como limitador de las capacidades humanas sería, para los hombres, un limitante de la bondad.

Para Richard Davidson, doctor en neuropsicopatología, investigador en neurociencia afectiva y presidente del Centro para la Investigación de las Mentes Saludables de la Universidad de Wisconsin-Madison la bondad no es solo una virtud, sino que, aplicada a la vida de las personas, también tiene efectos biológicos de primera magnitud, ya que hay evidencia científica de que la expresión de los genes se transforma y es más eficaz en contextos de amabilidad o ternura, al ser estos capaces de generar circuitos neurológicos propios. Según Davidson, que lleva a cabo

investigaciones interdisciplinarias con rigurosidad científica sobre las cualidades positivas de la mente, «la base del cerebro sano es la bondad; la cooperación y la amabilidad serían innatas pero frágiles, ya que, si no se cultivan, se pierden». Precisamente, la construcción de la identidad masculina clásica se basa en la desconexión emocional, por lo que sería el aprendizaje y no la biología lo que estaría detrás de las actitudes tóxicas y de no cuidado de muchos hombres. Un ejemplo que suele poner Davidson en sus conferencias es el resultado de una investigación que ha realizado en distintas culturas en la que demuestra que, si interactúas con un bebé de seis meses a través de dos marionetas (una que se comporta de forma egoísta y otra, amable y generosa), el 99 % de las criaturas prefiere el muñeco cooperativo.

Por tanto, la bondad como virtud permite conectar, comprender y actuar para transformar aquello que inflige dolor o sufrimiento. Un ejemplo de viejo hombre nuevo (en su época) y bueno lo encontramos en John Stuart Mill. Hay un pasaje muy bello sobre la conexión que pueden producir la bondad y la compasión aplicadas a las relaciones entre mujeres y hombres desde una perspectiva feminista. Después de leer el libro de Mill *El sometimiento de la mujer* (una de las obras más antiguas en el campo del feminismo defendido por hombres), Elizabeth Cady Stanton, una reconocida líder del movimiento sufragista norteamericano, escribió una carta de agradecimiento a Mill en la que le decía:

Terminé el libro con una paz y una alegría que nunca antes había sentido. Se trata, en efecto, de la primera respuesta de un hombre que se muestra capaz de ver y sentir todos los sutiles matices y grados de los agravios hechos a la mujer, y el núcleo de su debilidad y degradación.

Para Mill, la primera beneficiaria de la emancipación de las mujeres es la «propia humanidad», por lo que estoy convencido de que, si Mill viviera, sumaría la emancipación y transformación de los hombres como principio necesario para que la humanidad continúe por la senda de la consecución de la libertad y la felicidad.

Propongo recuperar y poner en valor la idea de los hombres buenos como una apuesta política por una ética liberadora para los hombres, pero también como una poderosa herramienta estética de la masculinidad que se está abriendo camino y que puede llegar a convertirse en el referente identitario ideal del siglo XXI.

El ejercicio de la bondad es profundamente performativo: cada acto genera y libera contingencia de realidad. La gran ventaja de este planteamiento político y filosófico, basado en reivindicar la bondad como una virtud en los hombres, es que no tiene contraindicaciones, no nos perjudica en nada y, además, presenta ventajas constatables empíricamente para los propios hombres y también para las mujeres, las niñas y los niños.

HOMBRES NUEVOS

La «nueva mujer» o *New Woman* era un ideal feminista que surgió a finales del siglo XIX y que sirvió para acuñar y establecer una categoría capaz de describir las vidas, capacidades y anhelos de las mujeres que, con su transformación personal y colectiva, «empujaban los límites

establecidos» por una sociedad androcéntrica dominada en todos los ámbitos por los hombres. Un autor destacado en la construcción de ese ideal de nueva mujer desde la dramaturgia fue el poeta noruego Henrik Ibsen, que lo plasmó en obras como *Casa de muñecas* (1879), donde el personaje de Nora y su épico portazo final venían a cuestionar el modelo de mujer que se imponía para el paradigma de familia victoriana y de sociedad dominante. En palabras del propio Ibsen:

Existen dos códigos de moral, dos conciencias diferentes, una del hombre y otra de la mujer. Y a la mujer se la juzga según el código de los hombres. [...] Una mujer no puede ser auténticamente ella en la sociedad actual, una sociedad exclusivamente masculina, con leyes exclusivamente masculinas, con jueces y fiscales que la juzgan desde el punto de vista masculino.

De esta visión crítica, desarrollada también por Aleksandra Kolontái, Carmen de Burgos, Elizabeth Barrett Browning, Henry Arthur Jones, Gustave Flaubert o Victoria Cross, entre otros, surgió el ideal de una mujer empoderada, dispuesta a conquistar y transitar por espacios que hasta el momento habían sido exclusivamente masculinos, cuestionando, así, los asfixiantes roles de género dominantes en aquella época.

Solo es necesario hacer un rastreo por internet para lograr un amplio abanico de referencias literarias en las que aparecía reflejada esa nueva forma de entender el hecho de ser mujer, en la que destacaban tanto el reconocimiento de sus capacidades como la preocupación por la mujer moderna y sus derechos. Sin embargo, si realizamos la misma búsqueda con el término «hombre nuevo», Wikipedia nos remitirá, paradójicamente, al cristianismo, al fascismo, al nazismo o al marxismo. Desde esa perspectiva, ciento cuarenta años después de que lo hicieran las mujeres, los hombres estamos más que interpelados, urgidos, a apostar por definir un nuevo modelo de masculinidad, capaz de describir y aglutinar todas aquellas formas de ser hombre en clave superadora del machismo. Las referencias y prácticas de masculinidad igualitarias, pacíficas y cuidadoras son las que están siendo demandadas por la inmensa mayoría de las mujeres y vivenciadas por una minoría cualificada —aunque cada vez mayor— de los hombres. Insisto, no se trata de renovar los votos con la virilidad clásica o la paradoja lampedusiana de «cambiarlo todo para que nada cambie».[1] Al contrario, se trata de crear contingencia relacional, política y estética para lograr pasar página de forma colectiva y simbólica del modelo de masculinidad hegemónico dominante (reformulado en la Ilustración y consolidado en la Revolución Industrial) y que el paradigma de los nuevos hombres buenos asuma el rol protagónico. Paradigma que está emergiendo, principalmente, como consecuencia de la transformación de las mujeres, pero también de las conciencias y prácticas cotidianas de millones de hombres.

Del mismo modo en que la crisis de la masculinidad ilustrada clásica es un fenómeno global, también lo está siendo la pujanza de los modelos alternativos, en diversas formas y en cualquier lugar del planeta. Es ese y no otro el significado que «nuevos hombres buenos» tiene en este libro: un reconocimiento a la transformación de las mujeres y una apuesta por el cambio positivo en los hombres.

Como ya hemos señalado, este es un libro en diálogo que bebe y es deudor de muchas fuentes, entre ellas, las aportaciones de Miguel Lorente, y especialmente su libro *Los nuevos hombres nuevos*. Para Miguel Lorente, los hombres nuevos tienen que serlo «más por su transformación

profunda que por su renovación externa». Comparto con Lorente la idea de que la transformación de los hombres no tiene que ser únicamente estética, sino que debe pasar a formar parte de los cuerpos, las emociones, las ideas y las prácticas tanto públicas como privadas. Pero no considero desdeñables las señales, los cambios externos, los pequeños pasos que se vienen dando de forma cotidiana y constante en cualquier lugar del mundo. Tenemos que ser capaces de acompañar y poner en valor cada paso que se dé hacia esa transformación. Es cierto que, aprovechando el impacto caótico de la posmodernidad y el supuesto fin de la historia, el machismo clásico, al no haber sido capaz de ser operativo y eficaz para mantener el control y los privilegios masculinos, se ha tenido que reinventar, mutando hacia discursos y estrategias propios de una nueva era en la que la igualdad no es cuestionable: la era del feminismo, en la que también los hombres resistentes a la igualdad son perfectamente conscientes de que estamos inmersos. Hoy, la igualdad de derechos y oportunidades de mujeres y hombres es incuestionable, y ha llegado para quedarse. Aunque, como todo jardín, requerirá de atenciones, diálogo, acuerdos, cuidado y mimo, mucho mimo.

El posmachismo, como seguramente diría el cantautor cubano Silvio Rodríguez, es «un servidor de pasado en copa nueva, un eternizador de dioses del ocaso», y evidentemente ese no es el tipo de novedad caduca y con reminiscencias a naftalina que necesitamos, sino todo lo contrario. Nuestros nuevos hombres son los que dialogan y se transforman con los valores de la nueva era, aquellos que escuchan a las mujeres, cuidan a las demás personas y renuncian a la violencia como forma de regular los conflictos de manera consciente. Como fenómeno social, las resistencias del posmachismo son perfectamente comprensibles, porque parte de hombres vulnerables en cuerpos identitarios contruidos desde la idea de la invulnerabilidad, la infalibilidad y de ser referentes de lo humano y lo divino. Como ustedes comprenderán, queridos míos, dejar de ser dioses para pasar a ser mortales no es tarea fácil. Pero ese mundo que definía una forma rígida y patriarcal de ser hombre se ha ido derrumbando, en ocasiones de forma estrepitosa, como cada vez que se ha aprobado una nueva ley de igualdad (elemento político y simbólico de primera magnitud), en otras, silenciosa, como cada vez que una mujer ha dicho basta, una hija ha dicho «así no, papá», o cuando un hijo, hermano o amigo no ha reído el chiste o se ha puesto enfrente para frenar una acción machista. Y esta nueva realidad ha sido posible gracias a que cada paso empoderado de cada una de las mujeres, como la arcilla, ha cristalizado y se ha endurecido hasta generar estructura y contingencia cultural.

Es muy probable que la reacción del posmachismo surja directamente de los miedos masculinos al cambio. A pesar de su virulencia y su aparente capacidad de resistencia, el posmachismo es un movimiento inconexo, en retroceso y en muchos casos en retirada del espacio público, pero que tiene un altavoz hiperdimensionado en el ámbito de las redes sociales, donde es fácil para sus usuarios esconderse en el anonimato y vomitar todo aquello que serían incapaces de defender en un espacio público, que saben positiva y efectivamente que está dominado por la estética y la ética de la igualdad.

Por fortuna, ha llegado un momento en que la historia no se repite (a menos que, desde la amnesia colectiva, lo hagamos rematadamente mal). El patriarcado ha sido incapaz de reproducirse eficazmente una y otra vez como había venido haciéndolo hasta el momento. Los

hombres de hoy en día distan mucho de ser hombres proveedores, emocionalmente distantes y no implicados en los trabajos reproductivos y de cuidados (o, como mínimo, estamos en ello). Probablemente, aún no sea del todo visible la gran transformación, sobre todo a la luz de las contradicciones que presentamos los que nos identificamos como nuevos hombres o de la desigualdad que aún recuerdan las estadísticas, pero es más que probable que las nuevas generaciones de varones que hoy son niños sean una versión mejorada y ampliada de nosotros mismos. ¿Podríamos desear otra cosa? ¿Seríamos capaces de limitar conscientemente las posibilidades de ser de nuestras criaturas? ¿Hay algún hombre que sea capaz de defender la desigualdad como modelo? ¿Cuántos somos conscientes de que el bienestar que deseamos para el futuro pasa necesariamente por nuestra propia transformación?

Todos los avances que podamos realizar nosotros, los hombres adultos del presente, facilitarán que las nuevas generaciones tengan un terreno mucho más fértil y abonado para transitar por espacios identitarios más libres y flexibles que los que nosotros mismos estamos siendo capaces de generar, y contribuirán a consolidar como hegemónicas las formas de ser hombre que hasta hoy eran solo alternativas al modelo dominante. En cualquier biografía personal, la infancia es la fuente primaria de donde absorbemos e interiorizamos los modelos identitarios dominantes: a través de los referentes más próximos primero para, posteriormente, dejarnos empapar por los contextos compartidos con nuestros iguales y los referentes culturales de la época (cuentos, películas, ropa, deportes, etc.). Pero, querido lector, querida lectora, si pensamos en nuestras propias vidas, es muy probable que nos maravillamos al dimensionar la transformación que hemos vivido y lo poco que estas se parecen a las expectativas y marcos de referencia en blanco y negro de aquella época. Aunque evidentemente somos deudores de lo vivido, porque, tal vez, en la propia rigidez del totalitarismo binario estaba la raíz de la disidencia de género del presente.

Cuando el póster del Che Guevara presidía mi habitación de niño soñador e inconformista precoz (rodeado de iconos masculinos de la época, como el guardameta de la Real Sociedad Luis Arconada o el jugador del Real Madrid de baloncesto Fernando Martín), estaba convencido de que el tránsito hacia otro mundo posible, más humano y justo, pasaba por la lucha, pero que era un lugar al que se llegaba: bastaba con abrir revolucionariamente una puerta, derrocar un sistema desigual y pasar al otro lado, donde debían habitar, por siempre, todas las virtudes humanas. Evidentemente, crecí, comprobé, me implicué, me equivoqué bastante y cambié. Y no porque haya dejado de creer y defender que otro mundo es posible, sino porque he llegado a la conclusión de que, como decía el bueno de Antonio Machado, «el camino se hace al andar», y, aunque tengamos un pasaje directo hacia el país de la utopía y la belleza eterna (presuponiendo que un mundo pastel fuera deseable), solo podremos llegar acompañados (y acompañadas) por nuestras propias sombras, que, por humana fortuna, nos humanizan y liberan de los dogmas del pensamiento. Es la parte oscura y que normalmente escondemos, la que mejor nos conecta con la necesaria humildad política y personal de tener que reconocernos como seres en tránsito, inacabados, imperfectos: por muy feministas que seamos, por muy igualitarios y justos que nos jactemos de ser. Queramos o no, caminamos acompañados por la complejidad que entrañan nuestros cuerpos, que acumulan cientos de miles de experiencias, diversas y contradictorias, siendo, en infinidad de ocasiones, nosotros mismos responsables inconscientes tanto del problema como de la solución.

Hay que tener en cuenta que lo que hemos aprendido, naturalizado y absorbido en nuestros cuerpos sobre qué es ser hombre es aquella parte de la ideología dominante que pasa a forjarlo que somos, y que, por tanto, queda interiorizada, invisibilizada y naturalizada. Se trata de un proceso absolutamente «normal», ya que nuestro sistema nervioso central y los complejos sistemas neurobiológicos que nos constituyen, que habitamos y nos habitan generan estructuras biológicas que nos hacen confundir lo aprendido, la contingencia, con lo que podríamos llegar a ser, sentir o hacer.

Visitando unas famosas bodegas, uno de esos lugares mágicos que hay en Jerez de la Frontera, nos explicaron qué significa «solera». Y claro, mi mente andarina de antropólogo inocente llegó a la conclusión de que era una magnífica metáfora para explicar el cambio en los hombres. Resulta que las botas de vino están apiladas apoyadas unas sobre otras en columnas de cinco. Cada año, a la bota que está más cerca del suelo se le extrae la mitad del vino, que se embotella y comercializa. De esta forma, el espacio que queda libre es rellenado con la bota de la segunda fila, y así sucesivamente hasta llegar a la quinta, que es donde se introduce el vino nuevo en el 50 % del continente que queda libre. La lógica parece sugerir que cada botella de vino fino tendría cinco años. Pero no es así, porque cada vez que el vino desciende de una solera a la siguiente, se mezcla con vinos que ya están mezclados con otros, y estos últimos también lo estuvieron con otros más viejos, por lo que, cuando tomas un jerez, te estás bebiendo en realidad vinos de muchas edades, que van de los cinco a los sesenta años, en un mismo sorbo, en una misma copa.

La forma de interiorizar valores y estereotipos mediante la socialización se parece mucho a este proceso, en el que no existen valores esencialmente nuevos ni viejos, sino que todas las experiencias acumuladas en cada biografía forman parte de la misma sopa nutritiva contradictoria que nos hace convivir necesariamente con lo que aprendimos, con lo que hacemos distinto de forma consciente y con lo que repetimos sin percatarnos de que pertenece a experiencias pasadas... De este modo, el vino nuevo transforma el viejo, pero el viejo condiciona el nuevo. Soy parte de mi padre, de sus silencios y ausencias; soy parte de aquella escuela que me marcó; soy parte de los cuentos que me leían; soy parte de las relaciones que he mantenido; soy parte de mis actos y sus consecuencias; soy parte de aquella Iglesia católica de la que renegué; en definitiva, soy parte del ecosistema que me creó, pero también del que yo contribuyo a crear hoy con cada gesto, cada palabra, cada acción... Por lo tanto, por muy queer, feminista, igualitario, socialista, liberal, guapo, bisexual, trans, cisgénero, biohombre, conservador, alto o torpe, por más que grite o calle, al final todos estamos contruidos de la misma materia contradictoria. Reconocerla genera contingencia política de paz y facilita la comunicación y el diálogo de y entre mujeres con mujeres, hombres con hombres y, por supuesto, también entre mujeres y hombres. Todas y todos somos deudoras y deudores asimétricos de una historia en un sistema, en un tiempo y en un lugar.

La metáfora de la solera me remite a la propuesta de transición entre modelos que plantea la socióloga norteamericana C. J. Pascoe al definir estadios de transformación como «masculinidades híbridas», entendiendo por «hibridación» el proceso mediante el cual el modelo dominante o las viejas masculinidades incorporan elementos no hegemónicos, por lo que el resultado vendría a suponer una nueva síntesis conectada con los valores de origen, pero con la

oportunidad de transitar por espacios nuevos.

A pesar de mi «optimismo operativo», soy perfectamente consciente del camino que nos queda por recorrer para lograr liberarnos del sexismo limitante heredado y de las paradojas tóxicas y las desigualdades con las que nos toca convivir. Quiero poner en valor y resaltar que, aunque aún imperfecta, hemos logrado construir una estructura nueva de poder, un suelo diferente sobre el que tejer relaciones más igualitarias; una estructura que, a pesar de seguir siendo tan tierna como nueva (no olvidemos que la ley para la igualdad efectiva de mujeres y hombres en España se aprobó en el año 2007) es la base colectiva y pública que rige y regula nuestros valores y prácticas de convivencia, teniendo la equidad como valor fundamental. Prefiero mimar, reconocer y valorar lo logrado para seguir avanzando en esa dirección en vez de dedicar tiempo y esfuerzos a poner luz únicamente en los espacios de resistencia a la igualdad. No los ignoro, pero me interesan mucho menos que los espacios, referencias, mecanismos y dinámicas de la transformación exitosa y positiva. Tal y como señalan Celia Amorós y Ana de Miguel en Teoría feminista: De la Ilustración a la globalización, el feminismo y la igualdad de mujeres y hombres «no habría avanzado sin los cambios legales y otras reformas estructurales del espacio público ligadas al Estado de bienestar, pero su consolidación real procede igualmente de la lucha por captar las mentes y propiciar el empoderamiento personal y colectivo». Amorós y De Miguel se refieren únicamente a las mujeres, pero en una realidad relacional mixta en la que se produce la acción social: tanto los cambios legislativos y el sistema de bienestar como los cambios personales y colectivos protagonizados por los hombres también nos permiten avanzar.

Por otro lado, la historia de la humanidad y de las personas concretas ha sido mucho más cíclica, diversa y compleja que la simplista línea evolutiva de la «escalera ascendente hasta el cielo» y más allá la que estábamos acostumbrados a ver en las representaciones de los libros de ciencia, en las que pasábamos de un primate que se iba irguiendo y perdiendo pelo a un macho varón blanco, rubio y occidental.[2] Puede también que lo que pretendemos definir como nuevo no lo sea tanto. Si nos hemos equivocado en cien mil años en el origen de nuestra especie, teniendo que reescribir y reinterpretar toda la historia evolutiva de la humanidad, es muy probable que tengamos que comenzar a cuestionar y revisar otros muchos de los mitos fundacionales, como el de que la desigualdad de mujeres y hombres es secular y consustancial al hecho humano. Quizás, por ahora, siga siendo esa la forma dominante de relación, pero también es igualmente probable que no haya sido así en todo momento ni en todas las culturas. Por lo que tampoco tendría que seguir siéndolo en el futuro.

En este ensayo, la palabra «nuevos» es un ejercicio simbólico de estética política, lo que significa que se trata de aprovechar la fuerza performativa y creadora del lenguaje para contribuir a crear la realidad deseada. Como dice un antiguo proverbio en euskera: «izena duen guztiak, izana du», que significa que todo lo que tiene nombre existe, como los nuevos hombres buenos, que desde que los empezamos a nombrar comienzan a tomar cuerpo cultural, simbólico, pero también físico e identitario.

En definitiva, los mandatos de género —tan sofisticados, ellos— logran que vivamos en una cárcel invisible, en la que los barrotes están contruidos a partir del material resultante de los premios y castigos que recibimos desde que nacemos para que cumplamos con lo que se espera de

nosotros como hombres (o mujeres). Lo sé, no estamos descubriendo nada nuevo, Fiódor Dostoyevski ya nos lo advirtió: «La mejor manera de evitar que un prisionero escape es asegurarse de que nunca sepa que está en prisión». Pero, por encima de todo, por esencia y contingencia de lo humano, somos libres de tomar conciencia de la existencia de esa prisión intangible, y esa conciencia es lo que nos permitiría encontrarnos con nosotros mismos, porque, como dijo ese gran explorador de la psicología humana, el señor Dostoyevski: «A veces conviene soñar. [...] El secreto de la existencia humana no solo está en saber vivir, sino también en saber para qué se vive».

Dice el Evangelio de San Marcos: «Nadie echa vino nuevo en odres viejos, porque entonces el vino romperá el odre, y se pierde el vino y también los odres; sino que se echa vino nuevo en odres nuevos» (Mc. 2, 1-22). La idea de los odres viejos y el vino nuevo me parece sugerente para reflexionar sobre los nuevos hombres. La paradoja del hecho humano es que cada nueva generación tiene la capacidad de transformar la realidad, y de hecho lo suele hacer, pero desde la base compartida de la que la precedió. A diferencia de los odres y el vino, las personas, como seres interdependientes y en relación, transitamos entre vinos y odres, tan impuros como imperfectos, que se mezclan e hibridan una y otra vez. Por lo que nada será totalmente nuevo ni revolucionario, sino que lo nuevo será también la suma de lo viejo. En la construcción de las identidades somos tanto parte de la solución como del problema. Estamos interconectados y somos lo que somos gracias, también, a los valores aprendidos y a los roles desempeñados, a estructuras que podemos considerar obsoletas o no deseables, pero que conforman nuestra identidad. Además de los errores del pasado de los que hemos podido aprender, es muy probable que los monstruos del futuro los estemos construyendo vestidos de utopía en el presente. Tengamos cuidado, porque algunos sueños los carga el diablo.

EN LA ERA DEL FEMINISMO

Vivimos en la era de los feminismos, en plural, aunque en singular suene más épico, redondo y acabado. El mundo que conocemos hoy ha sido transformado para siempre por el gran paso adelante dado por las mujeres, especialmente en los últimos dos siglos, y con una intensidad maravillosa, tan impetuosa como eficaz, en las últimas décadas. No se trata de un fenómeno lineal ni simplificado al que se pueda poner una fecha como a la invención de la imprenta, la máquina de vapor o internet, sino que lo que define la era del feminismo es algo mucho más complejo, cíclico y a veces contradictorio, con avances y retrocesos antes de volver a avanzar y retroceder de nuevo. En la era del feminismo hemos ido entrando poco a poco, en un proceso asimétrico en intensidades y logros, pero constante e imparable, como cuando peregrinamos a Santiago y días después nos encontramos frente a frente con la catedral. Si prestamos atención a la historia de los derechos humanos, veremos que la de la emancipación de las mujeres (y, por tanto, de toda la humanidad) ha seguido un proceso paralelo y simbiótico, y es que ni estos ni la democracia se pueden entender sin la lucha por los derechos y la igualdad de las mujeres, y viceversa. Si algo hemos aprendido colectivamente después de la caída del muro de Berlín y de los cantos de sirena

del fin de la historia y la posverdad es que el devenir de la humanidad no discurre por sí solo, sino que construimos los acontecimientos de forma cotidiana entre todas y todos. Pero esta era no es un espacio cerrado y acabado, sino que se basa en un diálogo constante y crítico entre lo logrado y los retos, la estructura y el cambio, lo sólido y lo líquido.

Hemos llegado a esta nueva era por méritos propios, pero también gracias a la crisis de las grandes narraciones de la historia. Vivimos el fin de la era industrial y el comienzo de la era de la democratización. En esta época de transición, seguimos sufriendo el impacto de los defectos del obsoleto sistema patriarcal en todos los ámbitos de la vida. El posmodernismo ha derivado en una incredulidad y falta de confianza generalizada, especialmente frente a los grandes relatos como el liberalismo o el marxismo, que habían sido hasta finales del siglo XX la base de las narrativas legitimadoras de la modernidad. La modernidad se fue, y la posmodernidad ha demostrado en un tiempo récord su incapacidad para liberar a la humanidad desde la alegría de vivir, la creatividad, la equidad y la compasión.

Estamos en la era del feminismo porque es justo que lo sea. Es deseable porque nos lleva, desde una perspectiva humanista radical, crítica, pacífica y relacional, a explorar opciones que nos permiten encontrarnos como humanidad, en un diálogo esperanzador, libre y dialéctico. El mundo en el que vivimos muestra claros síntomas de agotamiento tanto del propio planeta —como ser vivo matriz e indispensable, interconectado con el resto de estructuras y sistemas de vida— como del modelo social y económico en el que se sustentaba la vida humana, así como el resquebrajamiento paulatino del sistema binario de construcción de identidades personales limitantes de hombres y mujeres.

La forma en que imagino la era del feminismo se parece mucho a lo que me evoca la «filosofía inacabada» que plantea la filósofa Marina Garcés cuando reflexiona sobre cómo, «ante un mundo gastado y roto», debemos proponer alternativas asimétricas, complejas, tan imperfectas como transformadoras y, sobre todo, esperanzadoras. Para Garcés, tal vez el objetivo principal de las luchas emancipatorias tenga que pasar por «inacabar el mundo»:

No se trata de salvarlo, porque la salvación formaría parte del discurso apocalíptico que se mueve entre la salvación y la destrucción como una alternativa extrema y binaria, que solo puede estar en manos de algo que está más allá de nosotros. [...] No se trataría, por tanto, de salvar al mundo ni la humanidad, sino de hacer al mundo vivible y a la humanidad capaz de tomar en sus manos esta apuesta.

Filosofía inacabada para un mundo agotado: lo que propongo es la conquista de una nueva confianza, crítica en vez de crédula, tentativa en vez de idealista, en las capacidades humanas para relacionarnos con lo que no sabemos aún. Estamos ahí para abrir mundos habitables en este mundo común.

Para la filósofa, el mundo, el lenguaje y su comprensión y la construcción colectiva de la idea de la verdad o lo justo necesitan de «los otros» para llegar a comprender la realidad en toda su dimensión: el conocimiento de la verdad estaría por construir, y solo se llegaría a él con los otros, y también las otras, sin la exclusión de nadie. De este modo, la era del feminismo tendrá que incidir en la realidad desde el diálogo y el pacto entre diferentes, contando con el conjunto de la humanidad para la construcción colectiva de una verdad que solo puede serlo si está construida democráticamente. Para lograrlo será necesario contar con el cien por cien de las personas, y la mitad cualificada de la población tendrá que aportar también sus narrativas y compromisos y

tributar al bien común, pasando necesariamente por el reconocimiento en igualdad de las mujeres, los privilegios de género, el pacto de los cuidados y la renuncia a la violencia como forma de construir y legitimar la identidad masculina y como mecanismo regulador de conflictos.

Por suerte, una de las mayores virtudes del feminismo es su pluralidad imperfecta, por lo que —por primera vez en la historia conocida de la humanidad— podría estar imperando una filosofía política (aún) mejorable e inacabada basada en el activismo y la transformación social, que no se impone, que se ha ido asumiendo paulatinamente de forma paralela y complementaria a los complejos procesos de democratización. A diferencia de otras etapas de la historia con narrativas cerradas poseedoras de la verdad, como el liberalismo, los dogmas religiosos o el comunismo, el feminismo se construye desde la evidencia relacional y, sobre todo, a la luz de las innumerables ventajas que plantea: no violencia, igualdad de trato y oportunidades, libertad de opción, diversidad, los cuidados como centralidad de la economía y de la relación entre las personas, sostenibilidad de la vida y el planeta y un largo etcétera de bondades y virtudes que hacen posible que persista una vida que merezca la pena ser vivida en las sociedades que habitamos. Como señala de forma contundente y divertida la escritora feminista afroamericana Roxane Gay, el feminismo no es perfecto, pero en su mejor versión «ofrece una forma de navegar por este cambiante clima cultural». Y añade: «¿Cómo conciliar las imperfecciones del feminismo con todo el bien que puede hacer? El feminismo tiene sus fallos porque es un movimiento impulsado por personas, y las personas son intrínsecamente imperfectas».

En la época soviética hubiera sonado muy mal y seguramente se hubiera tenido que pagar un alto precio por afirmar que no te considerabas un buen comunista. Aunque estoy seguro de que lo mismo ocurriría en el Irán actual con no ser un buen creyente o en Estados Unidos con expresar y reivindicar públicamente ser un mal patriota. La ventaja de vivir en una era de feminismo imperfecto y compartir alforjas y camino con personas como Roxane Gay es que te ofrecen etiquetas para la imperfección tan liberadoras como humanizantes. Gay se considera una mala feminista, y, con su permiso, reivindico yo también mi derecho a ser un mal feminista. Nos dice Gay:

Asumo la etiqueta de mala feminista porque soy humana. Soy complicada. No pretendo ser un ejemplo. No pretendo ser perfecta. No pretendo decir que tengo razón. Solo pretendo defender aquello en lo que creo, hacer algo de bien a este mundo. [...]

Soy mala feminista porque no quiero que me coloquen nunca en un pedestal feminista. La gente que se sube a un pedestal sabe posar a la perfección. Y, cuando la caga, se le hace caer. Yo la cago a menudo. Consideradme derribada a priori.

¡Qué alivio! Gracias, Gay, me doy por derribado... Compañeros, ¿os animáis a un derribo colectivo?

El patriarcado es la forma de dominación más acabada de la historia de la humanidad: después de seis mil años de historia, mujeres y hombres la asumimos y convivimos con ella de una forma profundamente naturalizada. En este contexto en principio adverso, puede parecer que pensar en la era del feminismo no tiene aún cabida por el camino que nos queda por recorrer. Para insuflarnos optimismo, tenemos que pensar que los cambios sociales y culturales se parecen

mucho a un acordeón. Para que este instrumento suene, primero hay que coger aire para repletar el fuelle con el gaseoso e invisible elemento; así pues, precisaremos tanto del mecanismo que hará posible la magia de la música como de la música en sí, que no sale sola, sino que necesita de tecnología cultural, esfuerzo, entrenamiento, constancia, voluntad y pericia. Y con la igualdad ocurre lo mismo. Llevamos siglos oxigenando espacios, llenando de aire miles de acordeones que ya han empezado a sonar con melodías igualitarias, ritmos equitativos y composiciones armónicas y vibrantes del empoderamiento colectivo de las mujeres. Esta música, que ha llegado para quedarse, está siendo completada por los miles de hombres que están en el conservatorio de la vida, llenando sus fuelles para sumarse a esta orquesta universal por la dignidad humana.

La historia está repleta de hitos y narrativas, cuentos que avalan la hipótesis de que la era del feminismo ha sido un proceso de cocción lenta. Podríamos hacer un mapa cronológico mucho más extenso, pero, por poner un punto de partida, ¿por qué no elegir el año de la publicación, en 1673, de la obra *De la igualdad de los sexos*? Su autor, el religioso y filósofo francés Poullain de La Barre, se convierte con este libro en pionero en hablar de igualdad referida a las relaciones entre mujeres y hombres. Le siguen Olympe de Gouges, quien publica en 1791 la *Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana*, y Mary Wollstonecraft en 1792 con *Vindicación de los derechos de la mujer*. Sin duda, el año 1848, fecha de la *Declaración de Sentimientos de Seneca Falls*, sería otro de los momentos clave, con nombres destacados como los de Lucretia Mott o Elizabeth Cady Stanton. En España también tendríamos nombres y fechas relevantes, como Concepción Arenal con *La mujer del porvenir* en 1869 o Clara Campoamor y el logro del sufragio femenino en 1931. La publicación de *El segundo sexo* en 1949, de Simone de Beauvoir, sería otro hito fundamental, que vendría seguido por la *Declaración sobre la eliminación de la discriminación contra la mujer de las Naciones Unidas* en 1967, la *IV Conferencia Mundial sobre la Mujer de Beijing* de 1995 y, en España, la aprobación de la ley para la igualdad efectiva de mujeres y hombres, aprobada en 2007, o la ley de medidas de protección integral contra la violencia de género de 2004. Como señala Octavio Salazar en su libro *Autonomía, género y diversidad: Itinerarios feministas para una democracia intercultural*, esta ley supuso un cambio radical, ya que la violencia contra las mujeres «se elevó a asunto de interés público [...] como problema social y no privado frente al que los poderes públicos deben reaccionar». En cada uno de estos hitos se ha ido consolidando un nuevo avance, hasta llegar a la era de la posibilidad de la emancipación colectiva de la humanidad, que es lo que supone el feminismo para estos nuevos tiempos.

Desde el 2008 al 2017 han pasado prácticamente diez años y se me hace difícil pensar en nuevos hitos y narrativas que los sustenten. ¿Cuáles han sido? ¿Seguimos avanzando en la apertura y consolidación de nuevos espacios de equidad? ¿O la estructura igualitaria construida está siendo desgastada paulatinamente, como las rocas por el impacto constante de las olas? ¿Cabe ser optimistas o debemos parapetarnos en el pesimismo crítico? ¿Qué datos avalan una u otra postura? La era de la igualdad está llena de dudas, y las respuestas tendrán que construirse de forma colaborativa, en diálogo, integrando distintos puntos de vista para que afloren procesos democráticos de construcción de la verdad, desde la confianza suficiente para afrontarlos juntas y juntos. Asumo y soy consciente de que, como plantea Judith Butler en *El género en disputa*:

Feminismo y subversión de la identidad (1990), se trata de problematizar el género como categoría, ya que cuando continuamos hablando de las categorías hombre y mujer, continuamos reificando el régimen binario epistemológico y ontológico. Pero este ensayo, desde una humildad intelectual que pretende ser operativa, integra las consecuencias del sexismo y su resultado en cuerpos e identidades binarias que, más allá de reflexiones teóricas, en la práctica relacional es lo que somos (aunque estemos en tránsito).

Nombrar la era del feminismo es una apuesta por el empoderamiento semántico y por el reconocimiento y la utilidad de una lucha emancipatoria que ha logrado calar hondo e incidir en la historia de la humanidad, todo ello sin derramar una sola gota de sangre y desde la mayor de las coherencias entre fines y medios que se puede atribuir a un movimiento social y político conocido.

El logro de la igualdad plena o que las mujeres no sean discriminadas en ningún ámbito y puedan desarrollar todas sus capacidades en condiciones de equidad con los hombres sigue siendo, a pesar de los avances, un objetivo más que una realidad lograda y consolidada. Pero el cambio de paradigma está aquí, y creo que ha llegado el momento de honrarlo y ponerlo en valor como merece. No tenemos que olvidar que vivimos en un sistema interconectado de relaciones: el proceso de transformación y empoderamiento de las mujeres no solo abarca sus vidas y cuerpos, sino que también ha contribuido a redefinir las estructuras sociales y políticas y, lo que es más interesante aún para el tema que nos ocupa, ha logrado dismantelar el mito del hombre como medida de todas las cosas y la construcción cultural limitante en la que se basaba.

John Stuart Mill sostenía que el sometimiento a la opresión de la mujer era uno de los vestigios conservadores procedentes de modelos sociales obsoletos, «siendo injusto en sí mismo y uno de los principales obstáculos para el progreso de la humanidad». En un artículo sobre el feminismo y el utilitarismo, Ana de Miguel explica que Mill interpreta que las instituciones patriarcales o aquellas que contribuyen a reproducir las desigualdades son en realidad un hecho aislado en un mundo moderno, en el que la vida de las personas no está ya ligada indisolublemente a su nacimiento. Por esto, el despliegue de todas las bondades y virtudes para construir una democracia real, la verdadera entrada en el siglo XXI, pasa necesariamente por la superación de todo signo y estructura de opresión, sometimiento y discriminación de las mujeres: los hombres no seremos libres hasta que no lo sean también las mujeres.

Un autor de referencia general e imprescindible para comprender en profundidad la construcción histórica y cultural de las masculinidades hegemónicas clásicas es George L. Mosse y su obra *The Image of Man*, en la que define la masculinidad como «las diferentes formas en las que los hombres piensan que es su virilidad».[3] Desde esta perspectiva, ser hombre implica necesariamente un punto de contraste o anverso, como si de una moneda se tratase, por lo que la virilidad solo se construiría en contraposición a la femineidad. De ahí la afirmación de Raewyn Connell de que la masculinidad solo existe por contraste, por lo que ser hombre sería fundamentalmente no ser mujer o actuar como tal. En la era del feminismo se empieza a derrumbar este sistema binario radical, primero con el tránsito paulatino, imparable y masivo de las mujeres a los espacios que se consideraban masculinos, y después con el cuestionamiento de la masculinidad hegemónica clásica y la irrupción de prácticas cotidianas y modelos de masculinidad que empiezan a incorporar, tímida pero progresivamente, el espacio clave de los

cuidados. Todo ello posibilitará que, a pesar de seguir prevaleciendo el modelo binario como punto de partida, este sea más líquido que sólido, y que las identidades personales estén más abiertas al tránsito entre lo masculino y lo femenino, desde la contingencia de la libertad personal y desde el paulatino derrumbe de las estructuras sociales y culturales de la modernidad.

La era del feminismo se parece mucho a la utopía de Eduardo Galeano, porque en tiempos convulsos y de incertidumbres es una roca en la que apoyarnos y un río en el que bañarnos. Es esa línea del horizonte que, cada vez que das un paso hacia ella, se aleja otro más, y es que la definición colectiva de la utopía, de lo deseable, del sueño de una humanidad en paz, nos sirve precisamente para eso: para caminar.

Estados Unidos, que fue un país pionero en las luchas por los derechos de las mujeres, no ha avanzado como cabría esperar (por ejemplo, al no llegar al 19 % de mujeres en el Senado). Janet C. Salazar, fundadora de IMPACT Leadership 21, afirma que «la razón por la que el proceso de los cambios hacia la igualdad sea tan lento es la falta de involucración de los hombres. [...] No estamos involucrando a los hombres lo suficiente y no les estamos haciendo entender el valor económico que las mujeres pueden aportar».

En definitiva, tal y como plantea la filósofa Amelia Valcárcel, la democracia apoya la igualdad y vendría a ser algo así como el sistema político natural del feminismo, porque «la libertad de las mujeres no es un producto natural de la evolución humana, sino un producto requerido por la mejora de las sociedades políticas». La igualdad no se va a dar nunca de forma espontánea: si no hay voluntad política de que exista, entonces no existirá. Nombrar la era del feminismo es la expresión de una voluntad política mayoritariamente compartida, es parte de una propuesta estratégica para que la igualdad sea, como diría Valcárcel, «mantenida políticamente». Para la filósofa, los valores sociales adquiridos tienen una inercia que costaría cambiar, pero «lo estamos logrando».

La era del feminismo es el suelo ético de nuestro tiempo, pero a su vez es un espacio de poder en clave humanista, un marco político para crear nuevos pactos de convivencia más justos entre mujeres y hombres que nos permitan afrontar tanto las viejas demandas inconclusas de la igualdad (cuidados, trabajo, violencia...) como los nuevos retos en forma de trata y comercialización de los cuerpos de las mujeres (como ocurre con los vientres de alquiler), al mismo tiempo que reivindicar juntos la problematización de las expresiones de masculinidad que tanto sufrimiento y desigualdad provocan a la humanidad.

ÉTICA PARA LA NUEVA ERA

¿Necesitaríamos una nueva ética para esta nueva era? Probablemente no, pero tal vez sí. Para poder responder tendríamos que reflexionar sobre la utilidad de la ética en estos nuevos tiempos. Según Adela Cortina, la ética sirve para «aprender a apostar por una vida feliz, por una vida buena, que integra como un sobrentendido las exigencias de la justicia y abre el camino de la esperanza».

En una noche oscura y estrellada, si nos alejamos de las ciudades y nos adentramos en la

profundidad del claro en un bosque o subimos a una montaña, se nos presentará un espectáculo de millones de estrellas titilando en el cielo. Si no tenemos ningún conocimiento de astronomía, apreciaremos un espectáculo hermoso y podremos disfrutar de las emociones que nos despierta. Por el contrario, si nos apasionan la historia y la teoría del universo, podremos distinguir y nombrar estrellas, planetas y contar la historia de las constelaciones, entender dónde estamos en la galaxia y hacia dónde vamos, colocar satélites en órbita o, tal vez, enviar naves al espacio. Tener conocimientos previos —que la cultura en la que vivimos nos proporciona— nos permite distinguir, acompañar, comprender y actuar en un sentido ético. Y eso nos aporta, fundamentalmente, la perspectiva de género y el feminismo: la capacidad de ver y entender el mundo en su complejidad y con amor, justicia y ternura.

Los seres humanos vivimos en mundos interpretativos plagados de historias que nos contaron y que seguimos contando con nuevos matices, que son las encargadas de dotar de significado, sentido y orientación a la acción, a nuestra existencia. En realidad no sabemos cómo son las cosas: solo podemos tener la certeza de cómo las observamos o cómo las interpretamos. Aquello que observamos, lo que percibimos del mundo y las relaciones, no es tanto una realidad objetiva, estática y cerrada como el producto del marco interpretativo del que partimos. Así, nuestra cultura dominante de origen está atrapada en una obsesión epistemológica por el sistema binario de pensamiento —que abarca desde las ideas del bien y el mal, lo bello y lo feo y lo propio y lo ajeno hasta, por supuesto, lo masculino y lo femenino—, que se define como un sistema antagónico, complementario, diferente o desigual, con disímil intensidad en los distintos periodos históricos. Esta división forzosa ha sido el lastre axial para el logro de la felicidad, en el más amplio sentido de la palabra, por ser el principal obstáculo para el florecimiento de todas nuestras mejores potencialidades y capacidades, limitando unas y potenciando otras de forma desigual entre hembras y machos de la especie, de modo que ni los hombres ni las mujeres hemos podido experimentar nuestras existencias de forma plena ni equitativa, ya que el sistema binario nos sitúa desde el punto de partida en una situación de superioridad y privilegio a los hombres y lo masculino. A partir de algo tan circunstancial y poco significativo como la forma de los genitales externos con los que nacemos (vulva o pene), se nos asignan de manera sesgada una serie de capacidades que son universales y humanas, como la prudencia, la empatía, la fortaleza, la templanza, la compasión o el liderazgo, entre muchas otras, creando así realidades identitarias limitadas y limitantes que difícilmente nos van a permitir experimentar la plenitud de las posibilidades de ser y estar en el mundo. De ahí que el cuestionamiento del sistema binario y la apuesta por trascender el género que hace el feminismo tengan un impacto fundamental en la ética, en particular, y en las teorías de la buena vida, en general. La igualdad de género no plantea solo unas relaciones de equidad, sino que pone sobre la mesa una cuestión antropológica mucho más profunda sobre la libertad y la felicidad humana, y nos permite transitar, así, del egoísmo necio a la cooperación inteligente.

Insisto: a pesar de las ensoñaciones perniciosas del individualismo radical, somos seres altriciales, es decir, no podemos existir sin las demás personas. Nos guste más o menos, a diferencia de las especies precociales (aquellas que nacen muy desarrolladas, como las cebras, las moscas o los cocodrilos), en la humanicie todas las personas sin excepción nacen desvalidas,

dependientes y vulnerables, y lo seguiremos siendo con mayor o menor intensidad en todo nuestro ciclo vital. Por lo tanto, no podemos existir ni mucho menos tener una vida digna sin la relación justa y equitativa con los demás. Construimos nuestra vida ligados, en vínculo constante, por lo que somos y existimos únicamente en ese vínculo, y nadie podría llevar en plenitud sus potencialidades en solitario. A esto se le suma el hecho de que las virtudes personales son fecundas y contagiosas e impactan también en el entorno en el que la persona vive: somos tan impactantes como impactados.

Mujeres y hombres somos parte de un mismo ethos cultural, nos necesitamos y estamos —no solo estética, sino también ética y biológicamente— obligados a entendernos, apoyarnos, acompañarnos, deconstruirnos, reinterpretarnos, amarnos, cuidarnos y liberarnos en comunidad. Solas no podéis, solos no podemos hacerlo; por lo que nos necesitamos también para la transformación.

Como por defecto acostumbro a traer buenas noticias, la buena nueva en esta ocasión es que ser hombre o mujer es el fruto de una narrativa histórica que nos divide, por lo que tenemos por delante la hermosa tarea emancipadora de potenciar nuevos relatos que nos desdibujen, que nos unan, que nos igualen y diferencien en el milagro y valor de la individualidad única e irrepetible que representa cada ser humano. Provenimos de un mar de comunidades narrativas de sentido, comunidades que cuentan historias pero que, al mismo tiempo, somos capaces de transformar al crear nuestros propios relatos, lo que nos convierte en coautores de la gran historia colectiva. Así, la suma de historias liberadoras en clave feminista serían los relatos que nos permitirían conquistar solidariamente la libertad, porque, en la medida en que el gran relato común responda de forma más fiel a la complejidad y diversidad humanas, más competencias podremos desarrollar y más habilidades superadoras implementar en nuestras relaciones con los y las demás, con el planeta y con nosotros mismos.

Una vida —entendida como una vida digna de ser vivida— que no se plantea el sentido de la felicidad —como una vida en paz y plenitud— es una propuesta de vida limitada, no ética y alienante que debe ser cuestionada y trascendida.

HOMBRES IMPERFECTOS PARA UN MUNDO INACABADO

Los hombres feministas no representamos una élite ni política ni social. Somos hombres que, antes que nada, nos cuestionamos a nosotros mismos y aplicamos la duda metódica a nuestra propia identidad, relaciones y experiencias vitales. Cada vez me parece más sugerente y operativa la definición de «hombres imperfectos», inacabados, en tránsito, dialogando con nosotros mismos, nuestras parejas, amigas y amigos, familias y demás universos sistémicos desde la predisposición al cambio y, cuando somos capaces, desde el sublime reconocimiento de nuestra propia vulnerabilidad.

Me he dado cuenta de que la imperfección inacabada de los hombres (que también sirve para las mujeres o las personas trans) conecta con fuerza con el planteamiento que hace Marina Garcés cuando reflexiona sobre la debilidad y la vulnerabilidad: «percatarse de la propia vulnerabilidad,

debilidad e impotencia, como decía Epicteto», sería el primer paso para empoderar a la humanidad en su propósito de hacer del mundo un lugar vivible, porque «solo desde la vulnerabilidad compartida puede lanzarse una potencia del pensamiento capaz de librar esta difícil batalla». Y, aunque no sea una batalla ni sea sencillo, es posible transformar la realidad democráticamente definida.

Una de las cualidades que más admiro de mi amigo y maestro Daniel Leal González, coordinador del programa de hombres por la igualdad del Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, además de su sensibilidad e inteligencia, es su capacidad de reconocerse imperfecto y hacerlo con un magnífico sentido del humor.[4] Hace ya unos años fantaseábamos junto a Antonio Martín con crear un grupo de hombres por la igualdad que tenía por nombre «Hombres cobardes y hogareños» y en el que nuestros ídolos eran los personajes del Mago de Oz: el hombre de hojalata, el león y el espantapájaros, que eran como nosotros, tres hombres imperfectos e inacabados siguiendo el camino en búsqueda de una nueva identidad, liderados por una mujer valiente. Evidentemente, el grupo no tuvo demasiado recorrido ni logramos nuevas adhesiones, pero nos divertimos mucho con la idea.

Pues bien, teniendo en cuenta que todavía somos muy pocos quienes, además de estar en colectivos de hombres feministas, nos dediquemos profesionalmente a trabajar en este ámbito, solíamos bromear con la idea de que nosotros éramos algo así como los comandos de élite de los hombres por la igualdad, una idea autorreferencial bastante amable valorando nuestras contradicciones y limitaciones, sobre todo en el ámbito doméstico y de cuidados compartidos. Pues bien, estando de visita familiar en nuestra casa, a la hora de terminar la velada, Dani y yo nos encargamos de la compleja tarea de poner los abrigos a sus criaturas. Después de varios intentos fallidos de que el abrigo entrara en el cuerpo del pequeño, nos afanamos en cerrar los botones, pero algo extraño ocurría porque ni él ni yo, en sucesivos intentos, logramos que cerrara el imprescindible abrigo para afrontar el crudo invierno vitoriano. La lucidez llegó a escena cuando su pareja se percató de que estábamos intentando colocar el abrigo de una niña de dos años al niño de cuatro... En fin: hasta los comandos de élite del feminismo masculino se equivocan, incluso en la épica tarea de poner un abrigo. ¡Vaya con las vanguardias de los hombres igualitarios!

LA IGUALDAD DE GÉNERO ES BUENA PARA TODO EL MUNDO, INCLUIDOS LOS HOMBRES

Los hombres somos una parte del mundo. La igualdad de género va en nuestro favor como hombres. Fundamentalmente, como sostiene Michael Kimmel, la equidad de género es el camino más eficaz para que los hombres vivamos la vida que deseamos vivir. Según lo atestiguan infinidad de estudios, la igualdad de género es buena para los países: aquellos en los que hay mayores indicadores de igualdad de género es donde hombres y mujeres viven más satisfechos, hay mayores índices de desarrollo humano, procesos más estables y sostenibles de desarrollo económico, un menor índice de violencia y donde las personas se sienten más seguras y felices.

Pero la equidad de género también es buena para la economía y las empresas. Al mismo

tiempo que la igualdad es un factor de ventaja, tenemos que plantearnos seriamente la inequidad de género como un factor muy costoso e ineficaz para la economía, en particular, y para las empresas, en general. La igualdad para las empresas es lo mejor para los trabajadores, es más fácil contratar a la gente, hay una mayor identificación con la misión de la empresa, no se desaprovecha talento, aumenta la productividad, mejora el ambiente de trabajo, etc.

Cuando los hombres empiezan a participar en los cuidados, a compartir los trabajos reproductivos, las relaciones de pareja mejoran y son más satisfactorias. Y, sobre todo, se expanden las posibilidades de las hijas e hijos de las parejas más igualitarias, que tienen mejores resultados académicos o enferman menos, y eso es lo que los hombres desean como padres.

Los hombres con prácticas más igualitarias y cuidadoras en sus vidas son también más sanos y felices. Quienes cuidan a sus criaturas fuman menos y beben menos alcohol.

En un artículo publicado en Nueva York en 1914, en víspera de una de las mayores manifestaciones sufragistas, titulado «Feminism for Men», se afirmaba de forma visionaria que «el feminismo logrará por primera vez que los hombres sean libres». Pero tenemos que tener en cuenta que en un contexto humano relacional y de interdependencia tampoco se puede empoderar con éxito a las mujeres y a las niñas sin cambiar a los hombres.

OPTIMISMO OPERATIVO, ILUSTRADO Y VERIFICABLE

Como señala José Antonio Marina, queramos o no, a pesar de todos los miedos con los que aprendemos a vivir, «la vida es ciegamente optimista». «Es un impulso inevitable hacia el futuro. Un ímpetu recibido, un *conatus*.» Se trata de energías naturales a disposición de la vida. La humanidad sería, entonces, un proyecto de liberación que brota de los mecanismos neuronales con los que venimos equipados de serie.

El optimismo operativo no es una invención mía ni soy yo el primero en tener esta visión positiva: como muchas otras que nos precedieron, Gloria Steinem, uno de los iconos de la revolución feminista del siglo XX —y que sigue muy activa aún en este, habiendo superado los 82 años—, está convencida de que los roles de género acabarán desapareciendo.

Como en cualquier otra circunstancia en la vida, tenemos la posibilidad de ver la botella medio llena o medio vacía. Mi opción personal y política es apostar por el optimismo ilustrado. No se trata de que automáticamente cualquier percepción de la realidad nos tenga que parecer positiva ni de que veamos la botella siempre medio llena o la igualdad medio lograda. Se trata de una apuesta operativa: el vacío y el líquido elemento son como las dos caras de la misma moneda, imprescindibles para que esta tenga valor y necesarias para conocer la realidad, lo logrado y el camino por recorrer. El vacío es fundamental como referencia de las limitaciones, retos y estrategias para llenarlo, pero lo que realmente nos interesa como elemento de transformación es conocer las dinámicas y mecánicas que han hecho posible el proceso de llenado, de empoderamiento, de equidad. Conociendo en profundidad la complejidad de estas dinámicas de «llenado», de logros y conquistas de los feminismos y las mujeres podemos aprender mucho más y

mejor de las estrategias exitosas para multiplicarlas, reformularlas, adaptarlas y enriquecerlas.

Estoy convencido (y esto es cuestión de fe, lo reconozco) de que, tras tantos avatares que ha sufrido y vivido la humanidad para llegar hasta donde estamos, esto solo ha sido posible por un exceso de optimismo e ilusión. El optimismo es un posicionamiento moral a la vez que un imperativo sumamente ambicioso, porque, si no somos capaces de imaginar un mundo mejor y poner en valor los mecanismos que lo hacen posible, estamos condenándonos a un mundo peor. Según los principios del optimismo pragmático de Mark Stevenson, hay que abrirse a la evidencia y basarse en datos objetivos. En el optimismo operativo no solamente entraría en juego la democratización masiva, sino también la responsabilidad colectiva, la personal y la fuerza transformadora de las pequeñas acciones. Ante las consecuencias del análisis de la realidad, podemos decir que deseamos y pretendemos lograr un mundo mejor, o que el mundo es un lugar terrible donde no es posible hacer nada. Del planteamiento que hagamos dependerán los resultados: iniciar un camino de transformación o regodearnos en el cinismo. Cada vez contamos con más evidencias científicas como las desarrolladas por el Instituto de Tecnología de California, que detallaban cómo el optimismo modifica las neuronas relacionadas con planificar y actuar, lo que probaría que la forma de ver el futuro afecta directamente al funcionamiento del cerebro y, por lo tanto, también al comportamiento y decisiones que tomamos las personas.

Otra idea acuñada por Stevenson y que me parece realmente sugerente es la posibilidad de «poner a las ideas a practicar sexo» para que se mezclen, se hibriden, procreen, intercambien, se enriquezcan, bailen. En lo relativo a la igualdad, en demasiadas ocasiones nos movemos en departamentos estancos, estableciendo debates entre personas afines, en los que muchas veces domina un tipo de pensamiento tendiente al enfado, limitante e incluso conservador. Si el feminismo ha de ser transgresor para transformar la realidad, debe ser capaz también de cuestionar sus propias estructuras de pensamiento, las narrativas y simbologías que ha podido crear de una forma tan eficaz como sugerente. Poner las ideas, literalmente, a follarse, a amarse, mimarse, a intercambiar fluidos, esencias y momentos en espacios no convencionales y con personas insospechadas me parece una propuesta brillante y vibrante e inevitablemente transformadora. La constancia de la brevedad y fugacidad de nuestros cuerpos y de la vida que vivimos me hace inclinarme cada vez más por definir los espacios de lucha en clave de aprendizaje en modo disfrute y alegría. No hay evidencia de que el enfado y la desconfianza sean más operativos para lograr el objetivo de la igualdad de mujeres y hombres. Hagamos el amor con las ideas, sin importar de quién provengan, porque aprenderemos mucho más que quedándonos en nuestros espacios de confort, que tantas veces funcionan como immaculadas cajas de cristal desconectadas de lo que está pasando fuera, en los lugares relacionales de lo posible, en los espacios imperfectos y contradictorios donde transcurre la vida.

Pero también hay razones biológicas para practicar el optimismo operativo. La actitud optimista hace que descendan los niveles de cortisol y aumenten las endorfinas, además de fortalecer el sistema autoinmune. Está demostrado que el optimismo conecta con la esperanza, que favorece la ilusión, que es la emoción que mejor se relaciona con la lucha eficaz y, por tanto, con el futuro deseado. Según Richard E. Boyatzis, doctor en Psicología Social por Harvard, el estrés que generan el pesimismo y la desesperanza impide el crecimiento y la actuación celular, mientras

que «cuanto más experimentamos la esperanza, el optimismo y las sensaciones positivas, más favorable es el entorno neuronal que se crea. [...] Y estos nuevos tejidos nerviosos pueden luego crecer y aumentar nuestra capacidad cerebral». El optimismo merece la pena, porque nos habilita neuroemocionalmente de una manera más eficaz que el desasosiego del pesimismo y la desesperanza.

Un ejemplo de optimismo ilustrado aplicado lo podemos encontrar en el índice de la brecha de género. Este indicador, que se presentó por vez primera en el año 2006 con el objetivo de medir la desigualdad entre mujeres y hombres de 144 países de todo el mundo, nos permite fotografiar el estado no solo de la desigualdad, sino también de las experiencias exitosas para la equidad, y es que lo relevante es tanto el camino a recorrer como las transformaciones ya logradas. Profundizar en esa primera fotografía sintética representada por un número —extraído del cálculo de la diferencia en cuanto al género en la participación en la economía, el mundo laboral y la política, en el acceso a la educación y la esperanza de vida— nos permitirá comprender mejor tanto los mecanismos de discriminación como los de empoderamiento. Tirando de estos hilos, llegamos a las raíces de los problemas sociales e inequidades que persisten, pero también a la base de las soluciones que hacen que en algunos países la igualdad esté más extendida que en otros.

Islandia ha sido, una vez más, el país que se posiciona con mayor igualdad de género, gracias al empoderamiento político de las mujeres y a su nivel de educación. La siguen Finlandia, con su equidad ministerial, Noruega, con sus altos niveles de igualdad salarial para las mujeres, y Suecia, con sus 480 días remunerados de maternidad y paternidad. Aparte de las condiciones socioeconómicas específicas de estos países, se ha demostrado que las mujeres no tienen una mejor situación respecto a los hombres por las condiciones objetivas, sino que es precisamente la igualdad de género el factor clave que ha hecho posible que esas realidades se den. Por tanto, la igualdad de género es un factor de desarrollo humano y económico de primer orden. Y, si todo ello se acompaña de una legislación eficaz y de los recursos suficientes para implementar las legislaciones, el éxito está garantizado. Conocer mejor las experiencias exitosas nos puede ayudar, y mucho, a continuar avanzando en la extensión de la democracia real a través de la igualdad de mujeres y hombres.

El optimismo operativo no reniega de visiones pesimistas, sino que dialoga con ellas y las integra. A modo de ejemplo, la profesora Almudena Hernando plantea en uno de sus trabajos académicos cómo «la subordinación de las mujeres y la transformación lógica que guía nuestro orden social [...] parece estar acelerando la tendencia hacia un descontrolado, desesperanzado y doliente futuro». Su estructurada argumentación no es una negación del optimismo, sino que contribuye a consolidar su base analítica para que este pueda ser más operativo y eficaz.

Mi esperanza y optimismo no son parte de una operación estética: se basan en la evidencia empírica. Si las mujeres han sido capaces de transformar el mundo, de hacerlo más habitable y democrático en clave de paz, conmueve y emociona profundamente, tanto en su dimensión personal como política, la posibilidad de imaginar qué podríamos lograr si los hombres nos sumásemos de forma decidida, constante y consciente a esa transformación global, que ha demostrado ser eficaz y que nos está esperando. ¿Podéis imaginar qué ocurriría si restásemos

violencia a nuestras vidas? ¿Si idolatrásemos el cuidado como el espacio central e imprescindible de la existencia humana frente a la explotación y la competitividad imperantes? ¿Cómo serían nuestras vidas si fuéramos capaces de transformar el miedo en confianza y el poder en compromiso con la ternura? ¿Cómo sería, para miles de mujeres, un mundo en el que los hombres renunciasen a pagar, desde el poder y el privilegio, por sexo? ¿Y si fuéramos capaces de escuchar, valorar y aprender de las mujeres? ¿Cómo sería la vida en el planeta que habitamos con millones de hombres transitando por identidades nuevas, pacíficas, cuidadoras, sensibles, vulnerables y equitativas? Sin duda, sería la mayor re-evolución de la historia de la humanidad. La buena noticia es que ya está aquí, ya ha comenzado, y por fortuna no está fuera, no es inalcanzable, porque habita en los cuerpos de los hombres y contribuimos a ella con cada acción, cada gesto, cada palabra pronunciada en clave de amor ético.

LOS HOMBRES TAMPOCO NACEN: SE HACEN

Una de las grandes aportaciones del feminismo a la liberación de los hombres parte de las reflexiones realizadas por Simone de Beauvoir, quien abrazó la filosofía de confianza plena en las personas al otorgarles a ellas la responsabilidad de labrar sus propios destinos. En su libro *El segundo sexo*, destaca una frase que resume una teoría que vino a revolucionar la concepción esencialista que se tenía hasta entonces del hecho de ser mujer (y, por consiguiente, también de ser hombre): «No se nace mujer: se llega a serlo». Así como ser mujer significa todo un programa de vida en el que se establecen, independientemente de la voluntad de la persona, sus expectativas, capacidades y límites, lo mismo ocurre con el hecho de ser hombre. Esta mirada crítica de la realidad aportada por Beauvoir es un regalo, un balón de oxígeno también para los hombres, ya que contribuye a remover, cuestionar, modificar y deconstruir aquellos aspectos de los «programas de vida» de los hombres que limitan nuestras competencias y capacidades humanas y que impactan decisivamente en las vidas de las mujeres, sobre todo en los procesos de socialización de las niñas y los niños, quienes serán las mujeres y hombres del futuro.

Más recientemente, la especialista en género, activista y escritora Coral Herrera Gómez señalaba:

Uno de los descubrimientos más sorprendentes de mi carrera fue darme cuenta de que la masculinidad no es patrimonio exclusivo de los hombres, y que no todas las masculinidades son patriarcales. La realidad de nuestro mundo es mucho más compleja y diversa, para entenderla solo tenemos que dejar de utilizar el pensamiento binario y jerárquico. Solo así podremos liberarnos individual y colectivamente del patriarcado, reivindicando la diversidad.

NADIE ES NEUTRAL EN UN TREN EN MARCHA...

Como plantea Howard Zinn en su libro *Nadie es neutral en un tren en marcha*, la historia de la humanidad no está tan solo hecha de crueldad, sino también —y por encima de todo—construida a

base de colaboración, compasión, sacrificio, valor y afecto.

En la complejidad de la vida y la historia, lo que resultará decisivo para lo que hagamos será aquello a lo que demos importancia. Si solo atendemos a los efectos más trágicos del sexismo, si solo ponemos luz a las consecuencias más terribles de lo que algunos hombres hacen, quedará anulada nuestra capacidad de actuar. Si construimos nuestra memoria colectiva a través de los tiempos y lugares en los que los hombres se han comportado de manera pacífica, empática y cuidadora, nos infundirá energía para actuar. Y esta mirada positiva, dirigida también a los hombres y las masculinidades, será un regalo operativo y político que nos abrirá puertas y ventanas para proyectarnos, vivir y actuar no solo en el plano personal, sino también en el político y relacional.

La cultura violentológica dominante —la de dar más importancia a las acciones violentas que a los complejos y costosos procesos de paz y atenciones que hacen posible la vida— también ha condicionado la mirada feminista y su forma de construir sus narrativas sobre los hombres y las masculinidades. A pesar de los efectos devastadores del sexismo para las vidas de tantas y tantas mujeres, a pesar de los sistemas patriarcales de dominación o de las aberrantes violencias ejercidas de forma sistemática por algunos hombres contra las mujeres, la mayor parte de las relaciones humanas, también entre hombres y mujeres, han sido pacíficas y se han construido desde la colaboración, la empatía y el reconocimiento mutuo. A pesar del peso del patriarcado, la disidencia de género siempre ha sabido encontrar sus espacios de fertilidad, al igual que hacen las plantas y los animales en el desierto.

Los espacios de paz encuentran una alianza de gran capacidad transformadora en la contingencia de la libertad o la capacidad de las personas de tomar decisiones de forma libre y autónoma, a pesar de los condicionamientos culturales, políticos y económicos coyunturales.

La historia que deberíamos leer y estudiar no tendría nada que ver con la que conocemos si fuera la de las personas reales, que es la que refleja la diversidad, y que precisamente es la que ha quedado oculta, eclipsada, tras las narrativas dominantes. Está en nuestras manos escribir el presente, pero también reescribir el pasado para que otro futuro sea posible.

EL FÚTBOL, LA ÚLTIMA FRONTERA

El fútbol, por definición, es simplemente un deporte de equipo jugado entre dos equipos de once jugadores (o jugadoras) y con uno o varios árbitros que se ocupan de que se cumplan las normas. Pero por dimensión, impacto y trascendencia es un fenómeno cultural de dimensiones globales, con una enorme capacidad de producir y reproducir modelos de referencia, sobre todo de los ideales asociados a la masculinidad y el poder. Es ampliamente considerado el deporte más popular del mundo, con más de 270 millones de personas que lo practican. A modo de ejemplo, el clásico entre el Barcelona y el Real Madrid de 2015 contó con una audiencia global de 500 millones de personas, y los únicos países del mundo en los que no se pudo ver fueron Cuba, Corea del Norte, Filipinas, Mongolia, Papúa Nueva Guinea y Serbia. La final del Mundial de Brasil la vieron en directo más de 1.000 millones de seres humanos de todo el planeta. Un fenómeno global

de estas dimensiones y en el que los protagonistas son exclusivamente hombres merece ser analizado desde una perspectiva de género.

Como señala Bárbara Ayuso, «la imagen del hincha que ensancha el pecho, forma un altavoz con las manos y dirige su voz hacia el jugador y le dice “¡Maricón!”» es una imagen tan frecuente en un estadio de fútbol que llega a formar parte del ritual, y está tan normalizado como lo está comer un bocadillo de tortilla en el descanso. Se hace con impunidad y de forma incesante, por lo que casi podemos llegar a afirmar que la homofobia, lejos de ser una excepción, es una parte significativa del fenómeno del fútbol, una señal de identidad colectiva que sirve, de paso, tanto para el desahogo como para la afirmación de las virilidades tóxicas. Sin duda, la prueba del algodón del grado de libertad que se vive en un contexto determinado pasa necesariamente por la posibilidad que tienen las personas que lo ocupan de expresar con libertad y seguridad sus orientaciones u opciones sexuales. Y este no es el caso del fútbol. En la liga española, ningún jugador es homosexual. De hecho, si tomamos la primera y la segunda división de las cinco grandes ligas europeas (España, Inglaterra, Italia, Alemania y Francia), sus jugadores suman 5.000 futbolistas de primer nivel. Ninguno ha señalado nunca públicamente ser gay. Curioso, significativo y raro. Según el delantero del Atlético de Madrid Antoine Griezmann: «Los futbolistas no salen del armario porque tienen miedo a que les insulten. [...] En el fútbol no es habitual porque nos hacemos los duros y los fuertes». Por lo que Griezmann parece que asocia la homosexualidad con la debilidad. Vaya. ¿Cómo es posible que deportistas jóvenes, millonarios y empoderados tengan miedo? ¿No será que la presión va mucho más allá de los terrenos de juego y está instaurada en los despachos, y que la heterosexualidad es exigida como un pacto no escrito?

El único árbitro español abiertamente homosexual, Jesús Tomillero, recibe insultos homófobos y denigrantes cada vez que sale a ejercer como colegiado en un estadio de fútbol. Pero más graves aún son las amenazas de muerte que recibe y que han hecho que tenga que vivir con protección policial. En una de las amenazas de muerte que recibió a través de Twitter, aparecía un joven con un fusil de asalto y el dedo en el gatillo, y en el mensaje de texto le decían (además de insultos que no quiero reproducir): «Te metiste con la peña. Te asesinaremos, puto con sida». De todo esto llama poderosamente la atención la idea de la defensa de la manada, del grupo, la peña; los nuestros, los heterosexuales, los machos, el orden. No es de extrañar, entonces, que «El Prenda», uno de los jóvenes sevillanos acusados de la violación múltiple de una mujer durante la fiesta de San Fermín de 2016, fuera homenajeado por compañeros ultras del Sevilla mostrando una pancarta de apoyo durante un partido que se jugaba precisamente en Pamplona, la ciudad donde se produjo la agresión. Homofobia, sexismo y todo tipo de exaltaciones extremistas encuentran un caldo de cultivo óptimo en el espacio altamente masculinizado que siguen siendo tanto la práctica como la cultura futbolística. Y que sigue habiendo tolerancia al machismo en el fútbol lo corrobora el hecho de que la permisividad ha sido la tónica imperante en asuntos como este, y no desde la excepcionalidad, sino como norma. El presidente de la liga española de fútbol, Javier Tebas, cuando fue preguntado por los medios por esta pancarta que animaba a un presunto violador, en vez de aprovechar para posicionarse públicamente contra el sexismo como máxima autoridad de la competición y abrir espacios para la igualdad, miró hacia otro lado. Curioso, significativo.

Durante el partido del Español contra el Barcelona, un grupo de aficionados del primero desplegaron una pancarta con el lema «Shakira es de todos» con el objetivo de ofender a su pareja, el jugador del Barça Gerard Piqué. Pero ¿qué significa «es de todos»? ¿Quiénes son todos? ¿Los hombres? ¿La manada? La expresión utilizada, además de tratar a las mujeres como un objeto que los hombres pueden poseer, implica que la cantante, por el hecho de ser la pareja del futbolista, a ojos de los que pretendían ofenderle, le pertenece. Pero son muchas más las ocasiones en las que el fútbol se ha convertido en un espacio de machismo colectivo. Rubén Castro, jugador del Betis que fue denunciado por su expareja por violencia machista, era jaleado desde una parte de las gradas: «Rubén Castro, alé, no fue tu culpa, era una puta, lo hiciste bien». Sin comentarios.

Un ejemplo de desigualdad extrema en el fútbol queda descrito a la perfección con las primas que reciben los jugadores y las jugadoras de los equipos campeones. En la liga 2016-2017, las jugadoras del Atlético de Madrid, por ser campeonas de la máxima competición española, cobraron 54 euros, mientras que los jugadores del Real Madrid, ganadores de la liga masculina, percibieron una prima de 300.000 euros: 5.555 veces más que las jugadoras atléticas. Un argumento recurrente a la hora de explicar esta sustancial diferencia en los ingresos de unas y otros, se apoya en la evidencia de que el fútbol femenino, al ser minoritario, genera menos ingresos y, por lo tanto, menores beneficios. Pero es precisamente por el hecho de ser femenino por lo que cuenta con un menor apoyo institucional y mediático, lo que hace que el producto final tenga un menor valor de mercado. No es baladí el hecho de que las instituciones públicas estén directamente implicadas en el apoyo privilegiado al fútbol masculino a través de distintas fórmulas, como la asignación directa de subvenciones desiguales o la estrategia indirecta de financiar o facilitar obras e infraestructuras multimillonarias en forma de campos de juego que solo van a ser utilizadas por los equipos formados por hombres.

Otra prueba de la desigualdad que prevalece en el fútbol aún hoy en día la encontramos en mi querida Bilbao. Hay arraigada una costumbre (de esas que se inventaron antes de ayer, pero que en el imaginario colectivo se perciben como ancestrales e imprescindibles) cuando el Athletic de Bilbao gana una competición, que consiste en que los jugadores remonten la ría a bordo de una gabarra y lleguen en ella hasta el centro de la ciudad, en olor de multitudes. Por la sequía de títulos del equipo masculino, este peculiar barco no ha vuelto a surcar la ría del Nervión desde 1984. En este ritual, aunque pertenezcan a la misma categoría y a idéntico club, no se incluye al equipo femenino del Athletic, que ha ganado cinco superligas (la última, en 2016), pero para quienes no hay gabarra ni homenaje masivo, lo que significa que ante los mismos méritos deportivos obtienen desiguales honores que los hombres.

Hace unos años, cuando fui procurador en las Juntas Generales de Álava, indagué sobre el millón de euros que recibía el Deportivo Alavés (una sociedad anónima) de la Diputación Foral de Álava cada año a cambio de nada e incumpliendo un convenio fantasma que supuestamente lo avalaba. Unos días después, comencé a recibir insultos y descalificaciones por distintas vías por enfrentarme a «un sentimiento» que, al parecer, yo era incapaz de comprender. En esos días recibí la llamada de un ciudadano que fue un regalo: quería expresarme su malestar por mi actitud, lo que me pareció enormemente clarificador. Quería que supiera que lo único que le daba sentido a

su vida era poder asistir cada domingo al campo, desahogarse y tener tema de conversación con los amigos durante la semana: «De no ser por el fútbol... ¿qué sentido tendría mi vida?». Me quedé sin palabras, porque este señor me hablaba compungido, y totalmente en serio.

Os propongo hacer un experimento antropológico de la era digital para ver la relación entre el fútbol y la violencia. Introducid «padres fútbol» en cualquier buscador de internet. Aparecerán automáticamente decenas de entradas de noticias relacionadas con peleas y agresiones protagonizadas por padres en categorías infantiles y juveniles. Todo un síntoma de que algunos padres son un auténtico peligro en el fútbol base.

Cristiano Ronaldo y Leo Messi probablemente sean dos de los seres humanos con mayor alcance estético global. Impresiona cómo entre las ruinas de Alepo, en los campos de refugiados de Sudán o en la opulencia de Dubái surgen niños que visten camisetas con sus nombres. No es baladí. Se trata de una tormenta perfecta entre marketing, sueños, ilusión, masculinidad hegemónica competitiva y capitalismo. Ronaldo y Messi, como referentes universales de masculinidad, tienen mucho que decir y hacer. No deja de ser significativo que ambos, los reyes multimillonarios, los ídolos de la era global, hayan sido acusados de defraudar millones de euros al erario público: eso no es cuidar, no es dar ejemplo, sino todo lo contrario. Por no hablar del hasta ahora todopoderoso presidente de la Federación Española de Fútbol, Ángel María Villar, detenido y encarcelado por corrupción.

Hoy en día el fútbol canaliza frustraciones personales, miedos atávicos y tensiones políticas, cuando podría convertirse en una magnífica herramienta de comunión por la igualdad y otra forma de vivir las emociones colectivas.

Otro aspecto oscuro es la relación entre la cultura dominante en este deporte y multitud de expresiones de la violencia más extrema, como en el caso de la antigua Yugoslavia. En el año 2012, Nacho Carretero escribía un esclarecedor artículo titulado «Yugoslavia, de la grada a la trinchera» en el que describía los sucesos previos a la guerra de los Balcanes:

Yugoslavia. Dentro de un año y un mes estallará la guerra. Tres mil Delije (héroes, ultras del Estrella Roja) esperan el tren que les llevará a Zagreb apelotonados en el andén de la Central de Belgrado. [...] El tren parte a primera hora de la mañana y depositará a los tres mil Delije en el estadio de Maksimir donde por la tarde se disputa el partido de fútbol de máxima rivalidad Dinamo de Zagreb-Estrella Roja y donde les esperan los Bad Blue Boys, ultras nacionalistas croatas. [...] Ese día tendrá lugar un violento enfrentamiento considerado por muchos el inicio de la guerra de Yugoslavia. El choque que hará desmoronarse un país.^[5]

El 10 de octubre de 2010, durante una marcha del orgullo LGTB (Lesbianas, Gays, Bisexuales y Transexuales) en Belgrado, un grupo de gente de una protesta antigays agredió brutalmente a quienes intentaban manifestarse. El grueso de los agresores eran hinchas violentos. Hacía diecinueve años que había empezado la guerra de los Balcanes, pero los herederos de aquellos aficionados del Estrella Roja volvían a sembrar el terror, esta vez contra la comunidad gay.

Tengo que admitir que envidio la comunión emocional y estética que supone compartir con miles de personas emociones primarias: llorar, reír, abrazar a personas desconocidas por algo tan inquietante como un balón que llega a una portería. Pero lo humano es así, raro y en ocasiones difícil de comprender, aunque siempre apasionante. De hecho, el año pasado lo intenté y fui a un

partido con mi hija. Todo fue genial hasta que se asustó y nos tuvimos que marchar entre lágrimas: nunca antes la pequeña había oído todas aquellas palabras malsonantes coreadas por cientos de personas con tanta convicción y agresividad.

Empezarán los brotes verdes en la cultura hegemónica y el fútbol cuando las empresas y marcas que lo sustentan como el negocio rey se den cuenta de que es más rentable apoyar expresiones deportivas que conecten con el sentir mayoritario de nuestra sociedad, de que eso representará mucho mejor la diversidad de los mercados a los que quieren llegar.

Como no podría ser de otra manera, en el fútbol también hay espacios de paz y gente de bien que se divierte de lo lindo y de forma sana, e incluso podemos encontrar algunos brotes verdes. Este mismo año, el Deportivo Alavés, el equipo de Vitoria-Gasteiz, mi ciudad, logró un hito histórico: disputar la Copa del Rey contra el omnipotente Barcelona. En un episodio más de la antropología de patio de colegio y columpios que practico con frecuencia en los últimos años, tratando de saber más del fenómeno fútbol entablé una conversación con el padre de un compañero de mi hija que trabaja en el equipo técnico del Alavés. Hablando sobre la continuidad del entrenador, que tantos éxitos había conseguido, me confesó algo que más tarde se confirmaría: Mauricio Pellegrino abandonaría el equipo para regresar a su país por motivos familiares, porque quería estar con su familia y atender mejor a sus hijos. Por supuesto que hay hombres sensibles y cuidadores en el fútbol, pero, como ocurre con la homosexualidad, es necesario que también «salgan del armario» y reivindiquen el papel que el cuidado y su responsabilidad como padres o hijos tienen en su vida y, sobre todo, el coste personal que tiene no estar presentes en los momentos trascendentales de la vida, que parecen poco compatibles con la práctica dominante en este deporte rey.

Pero insisto: el fútbol no es violento por definición ni sexista por naturaleza. Tampoco lo son la inmensa mayoría de las personas aficionadas, pero sí que lo es la cultura dominante en el fútbol actual, que discrimina y excluye a las mujeres, que tolera la homofobia y que naturaliza la violencia y la agresividad como un sinónimo de virilidad caduca. Cuando el fútbol cambie y las mujeres ocupen el mismo espacio que los hombres, cuando no se toleren los insultos machistas o racistas y se supere la homofobia imperante, será una señal maravillosa de que nuestra sociedad habrá avanzado. Hace falta revisar el fútbol desde una mirada feminista, medir y hacer equitativos los recursos públicos que se emplean y exigir a los clubes que se conviertan en escuelas de paz y ejemplos de compromiso por la igualdad.

En otros deportes como el baloncesto, el tenis o el ciclismo, los cambios, aunque no sean aún mayoritarios, se empiezan a notar.

Es antológica la conversación que mantuvo mi admirado Sarunas Jasikevicius, entrenador del Zalgiris, con un periodista que durante el transcurso de una rueda de prensa le cuestionaba la decisión de permitir que Augusto Lima, uno de sus mejores jugadores, se ausentase del equipo en plena eliminatoria para disfrutar de su permiso de paternidad. La reproduzco:

PERIODISTA: Entrenador, ¿qué opinas de Augusto Lima dejando a medias una serie clasificatoria para ver a su hijo nacer?

JASIKEVICIUS: ¿Qué quieres decir? Le di permiso.

PERIODISTA: ¿Pero es normal que un jugador deje la competición en medio de una serie de semifinal?

JASIKEVICIUS: ¿Tienes hijos?

PERIODISTA: No.

JASIKEVICIUS: Bueno, cuando tengas hijos, lo entenderás. Porque esa es la altura de la experiencia humana. ¡Guau!, en realidad es una buena pregunta. ¿Crees que el baloncesto es lo más importante en la vida?

PERIODISTA: No, pero una semifinal es importante...

JASIKEVICIUS: ¿Una semifinal? ¿Para quién es importante?

PERIODISTA: Para el equipo.

JASIKEVICIUS: ¿Quién?

PERIODISTA: El Zalgiris.

JASIKEVICIUS: ¿Viste el número de fans? ¿Importante? Cuando seas padre entenderás qué es lo más importante en la vida... Porque es lo mejor del mundo. Créeme. No los títulos, no cualquier cosa. Augusto está en el cielo emocionalmente. Estoy muy feliz por él.

Jasikevicius pone por encima de la competición, de los triunfos, del equipo y de la afición las emociones, la felicidad y el derecho de un hombre de vivir un momento único. Para que esto haya ocurrido, algo importante se está moviendo.

Tenistas como el escocés Andy Murray han puesto una y otra vez su compromiso a favor de la igualdad en el tenis revalorizando el deporte que practican las mujeres tenistas. En una rueda de prensa, un periodista le preguntaba insistentemente sobre el hecho de que Sam (Querrey) fuera el primer jugador estadounidense que llegaba a la final del Grand Slam desde el 2009. Murray interrumpió en ese momento al periodista para recordarle que se estaba refiriendo al único jugador masculino, y que, por consecuencia, estaba obviando a las mujeres tenistas norteamericanas que lo habían logrado en otras ocasiones desde aquella fecha: Serena Williams, tenista y estadounidense, ha ganado ni más ni menos que trece Grand Slams desde el 2009, y en 2017 Venus Williams también había llegado a las semifinales, como Sam. Pero no es la primera vez que Murray llama la atención por visibilizar los logros de las tenistas. En las Olimpiadas de Río, tras ganar su segundo oro, Murray corrigió a un periodista de la BBC que le había felicitado por ser la primera persona en obtener dos oros olímpicos en tenis: Venus y Serena tienen cuatro cada una... Además, Murray es el primer tenista de élite que tiene como entrenadora a una mujer: Amélie Mauresmo. Otro detalle por el que es conocido el tenista y que llamó la atención a nivel mundial fue el de cuando anunció que en el Masters de Roma cobraría lo mismo que las mujeres porque le parecía intolerable que se siguiera premiando con más dinero a los chicos que a las chicas. ¡Chapó!

Cuando pensamos en el ciclismo, nos viene automáticamente a la memoria la imagen del podio y dos mujeres jóvenes, muy estereotipadas con el rol de belleza imperante, besando al campeón y entregándole premios. El ciclista belga Jan Bakelants tuvo que disculparse en 2017 por declarar que al tour de Francia iba a llevarse condones, «porque nunca sabes de esas chicas del podio dónde han estado antes». En el ciclismo, los espacios de transformación y esperanza están llegando. Después de que lo anunciara en Australia el Tour Down Under, la Challenge de Mallorca, la Volta a Catalunya o la Vuelta al País Vasco han seguido su estela suprimiendo la presencia de las azafatas en el podio de llegada como forma de normalización y compromiso contra el sexismo. El ciclista vasco Mikel Landa afirmaba que «las azafatas en el podio sobran, es tratarlas como un objeto».

El corredor Nairo Quintana, uno de los mejores ciclistas del mundo, va un poco más lejos y es

considerado como feminista, ya que constantemente plantea que los hombres «tenemos que dejar ese machismo», mientras muestra su preocupación por las mujeres que no son tratadas igual y, sobre todo, por las que son maltratadas por sus parejas.

2

EL HOMBRE HA MUERTO: ¡VIVAN LOS HOMBRES!

Quien no conoce nada, no ama nada. Quien no puede hacer nada, no comprende nada. Quien nada comprende, nada vale. Pero quien comprende también ama, observa, ve. [...] Cuanto mayor es el conocimiento inherente a una cosa, más grande es el amor.

PARACELSO

Es traumático que te fuercen a abdicar de la mitad de tu propia
humanidad.

TERRY REAL

SEÑORES FRENTE AL ESPEJO: SACANDO AL MACHO DE LOS CUERPOS DE LOS HOMBRES

Para lograr la igualdad es fundamental despatriarcalizar también los cuerpos de los hombres, liberarlos, sacar al macho limitante que vive en nosotros como si fuera nuestra esencia, nuestros huesos, piel, pulmones, estómago. Ese macho al que confundimos con nosotros mismos cuando no es más que un invitado doliente y molesto. Sin ser apenas conscientes, lo vivimos en primera persona creyéndolo el verdadero yo, el genuino y libre, porque está adherido a nuestra piel y es difícil de limpiar, como el chapapote a la roca, pero a quien podemos invitar a hacer las maletas y acompañar en el complejo proceso de dejar de habitarlos.

El psiquiatra norteamericano Alexander Lowen nos recordaba que la vida debería ser una experiencia gozosa y que, para lograrlo, «las personas deberían estar imbuidas de amor», porque el fundamento de una vida feliz es «el placer que sentimos en nuestros cuerpos». Somos cuerpos, vivimos en un cuerpo, y la existencia por la que transitamos transforma nuestro cuerpo. Los cuerpos de los hombres están condicionados por múltiples limitantes, barreras, obligaciones, códigos de conducta, expectativas, etc., que hacen que se rompan antes de tiempo, destrocen los propios y ajenos, pero, sobre todo, que nos impiden disfrutar de la vida y sus placeres en plenitud.

Cuando me refiero a los «cuerpos de hombres» no estoy hablando de las circunstancias biológicas diferenciales entre hombres y mujeres, sino de la esencia, la plasticidad y el potencial de nuestros organismos para absorber modelos y transformarse en la medida en que interaccionan con otras personas en un entorno culturalmente construido, atravesado por valores, normas, límites, posibilidades y referencias estéticas y simbólicas propios de un contexto concreto en un momento histórico determinado.

En la maravillosa comedia de enredo *Una jaula de grillos*, interpretada por Robin Williams y por Nathan Lane, podemos encontrar momentos épicos repletos de sentido del humor que nos pueden acompañar en el bello camino de comprender cómo se construyen nuestros cuerpos de hombre. En una de las escenas, Robin trata de «enseñar» a su afeminada pareja, Nathan Lane, a comportarse como un hombre «de verdad», que coma, gesticule, salude y converse como un hombre-macho, ya que los va a visitar el padre (republicano y homófobo) de la novia de su hijo y Lane tiene que pasar por un tío suyo, obligatoriamente heterosexual. Después de muchos infructuosos intentos, Robin le pide a su pareja que piense en un hombre de verdad, en un macho auténtico, en John Wayne, que se meta en su cuerpo y se mueva como él. Nunca olvidaré que viendo esta escena me di cuenta de que ser hombre es puro teatro y que la pluma normalizada y dominante no se ve, aunque esté presente en prácticamente todas las acciones que realizamos los hombres con nuestros cuerpos. Tuve una revelación, algo así como un momento kairós, y pensé: «¡Vaya! ¡John Wayne tiene pluma masculina de macho hegemónico!». Me costó 36 años, pero al fin lo vi, porque si Wayne tiene pluma, yo también la tengo y respondo a ciertos estereotipos: no beso a hombres desconocidos, abro las piernas sin darme cuenta cuando viajo en metro, saludo a otros con uno o varios golpes en el hombro, meto tripa o saco pecho cuando estoy en público, etc. Ahora soy consciente de que modulo mi voz o controlo mis gestos para no salirme de la expectativa marcada. ¿Te pasa también a ti? Insisto, no estoy planteando que nadie tenga que transitar por experiencias o modelos determinados, sino simplemente que nos demos cuenta de que nuestro cuerpo está cargado de cultura y de que ser capaces de identificarlo nos libera, porque nos permite optar.

El coreógrafo francés Sylvain Huc viene investigando desde hace años sobre la intersección entre los cuerpos de los hombres y la cultura de la masculinidad que los define, sobre todo a través de su obra de danza contemporánea *Gameboy*. Huc se inspiró en el coreógrafo Marco Berrettini mientras actuaba en su pieza *Old Movements for New Bodies*. Desde entonces no ha dejado de estudiar los cuerpos de los hombres en movimiento:

Gameboy ofrece la oportunidad de preguntarnos a nosotros mismos cómo pensamos la masculinidad, su carne, su piel y su presencia. [...] En el escenario estos hombres se encuentran a sí mismos. Muestran su cuerpo masculino repleto de deseo, adicción, frenesí, tensión, abandono o monstruosidad. Cuestionan la imagen, representación, deconstrucción y plasticidad del cuerpo masculino. Tratan de abrir un espacio donde hablar de ellos mismos y su condición, intentando resolver el problema de sus cuerpos. [...] En *Gameboy*, son los hombres los que relatan su absoluta singularidad y los roles a los que están sometidos, mostrando su fortaleza o debilidad.

Huc menciona esta frase de la escritora feminista Virginie Despentes como fuente de reflexión e inspiración para su investigación: «Los hombres aman hablar de mujeres porque eso les evita

hablar de ellos». De hecho, uno de los planteamientos básicos y regla de oro que tenemos en la mayoría de los grupos de hombres que se crean para trabajar el sexismo que llevamos dentro es, precisamente, hablar en primera persona y no hacerlo sobre las mujeres ni los temas que más habituados estamos a tratar, como son el fútbol o el resultado de la competición dominante en ese momento.

Esta reflexión y mirada crítica sobre las masculinidades dominantes en transformación y su tránsito hacia modelos más flexibles es un escenario estético que nos permite identificar la jaula identitaria invisible en la que vivimos, con cuerpos impactados por el género, mapas somatosensoriales limitados por nuestra experiencia binaria y universos emocionales castrados. Es una prueba en movimiento de que no somos una esencia masculina inmutable, sino que estamos en una identidad limitante con la que podemos dialogar, que nos acompaña del mismo modo en que nos desampara y que, por encima de todo, podemos transformar.

El coro cubano Camerata Vocale Sine Nomine, compuesto única y exclusivamente por hombres, se propuso recuperar la figura renacentista del contratenor, que asumía los registros femeninos cuando las mujeres tenían prohibido cantar en público. Las voces de estos artistas juegan con los mismos registros de una formación mixta —los bajos, tenores, contraltos y sopranos— y generan una experiencia estética única en la que se desdibujan los mandatos del género, que existen también para la modulación de las voces. Uno de sus miembros, Ubail Zamora, fue el primer cantante cubano titulado como contratenor, y cuenta innumerables anécdotas en las que reiteradamente les preguntan si están castrados, ya que su forma de interpretar —que delimita tan marcadamente lo masculino y lo femenino— genera desconcierto cuando son hombres quienes interpretan las piezas de una forma sensible o «femenina». Una vez más, comprobamos cómo los espacios de transgresión de la norma generan nuevas oportunidades estéticas y sociales que nos permiten entender mejor las potencialidades transformadoras y las sorpresas que nos aguardan en nuestros propios cuerpos.

En nuestra cultura occidental, la danza, en la inmensa mayoría de sus expresiones, se asocia a la feminidad. Esta idea, acuñada por el famoso coreógrafo George Balanchine, quien afirmaba que «la danza es mujer», ha llegado intacta hasta nuestro inconsciente colectivo y ha ejercido de elemento coercitivo significando como no deseables o impropias de los hombres determinadas nociones del movimiento.

La compañía Les Ballets Trockadero de Montecarlo, fundada en Estados Unidos en 1974, viene a romper los moldes al desarrollar el género de la comedia en la danza clásica. Se trata de una compañía de bailarines profesionales que, a pesar de estar compuesta únicamente por varones y de su marcado sentido del humor, posee todos los elementos formales, técnicos y artísticos que definen el ballet. Cuando tuve la oportunidad de presenciar una actuación suya en el Palacio Euskalduna de Bilbao, me quedé impresionado. Son hombres perfectamente maquillados y vestidos con el atuendo habitual de las mujeres en el ballet (incluidas las punteras) que interpretan figuras de cisnes, sílfides, ninfas de agua y princesas románticas. En un tono divertido y un tanto exagerado (pero sin caer para nada en lo grotesco), sobre todo al principio de la actuación estos bailarines logran que quien observa la obra pase de la extrañeza —por tratarse de una experiencia estética sumamente rompedora, donde son hombres quienes ejecutan con virtuosismo los papeles

asignados históricamente a las mujeres en la danza— a la sorpresa y el disfrute. Es un verdadero lujo comprobar cómo, en una sola representación, podemos llegar a comprender la profundidad de las posibilidades que nos brindan nuestros cuerpos, y también que la «feminidad» no es patrimonio de las mujeres (como tampoco es exclusiva de los hombres la «masculinidad»). Es como un cuento del mundo al revés que nos viene a mostrar que la que está del revés, la que nos constriñe y limita, es la norma. La libertad nos permitiría optar por expresarnos con nuestros cuerpos aprovechando el ilimitado registro que se nos abre cuando derribamos el muro que nos separa de la feminidad, cuyo tránsito tanto bien haría a los hombres y a las mujeres. Si actúan cerca de tu ciudad, no te los puedes perder.

¿POR QUÉ NOS CUESTA TANTO VER LOS PRIVILEGIOS?

Tras más de veinte años trabajando como formador e investigador en materia de género, miles de horas de formación impartidas y cientos de cursos con hombres y mujeres de lo más heterogéneo, uno de los principales temas que más cuesta hacer ver a los hombres es el tema de los privilegios que tenemos y que utilizamos cada día en distintos ámbitos de la vida, de cuyas consecuencias y resultados disfrutamos plácida y enormemente, pero sin tener en cuenta su existencia ni origen.

Según la RAE, «privilegio» es la «exención de una obligación o ventaja exclusiva o especial que goza alguien por concesión de un superior o por determinada circunstancia propia». Un privilegio del que disfrutamos mayoritariamente los hombres pasa por la exención de la obligación de ser proveedores de cuidado en la misma medida en que lo son las mujeres. Y las ventajas de las que gozamos, en comparación con las mujeres, son también innumerables. Pero estamos tan acostumbrados a sus beneficios y su disfrute está tan intrínsecamente ligado al hecho de ser hombre que nos cuesta llegar a ser conscientes de ello.

La relación que tenemos los hombres con los privilegios es estructural, y es que no los obtenemos por mérito o circunstancia propia, sino que nos vienen dados: nos son concedidos culturalmente a todos los hombres solo por el hecho de serlo, y afectan tanto a nuestras vidas íntimas como al mundo del trabajo, la economía, el arte, la religión, el deporte, etc. La existencia de estas prerrogativas, dispensas, ventajas o libertades nos sitúa a los varones en una situación de ventaja respecto a las mujeres. Desde una mirada acrítica, este fenómeno significa destino, fortuna, capacidad o don natural; desde otra conmovida y crítica, encarna el rostro más colosal de la discriminación cotidiana de las mujeres, de la que en cuanto somos conscientes y no actuamos nos convertimos en cómplices. Estas ventajas determinarán cómo tratamos a las demás personas, pero también cómo vamos a ser tratados o, en su caso, aquello que pensamos que merecemos y nos debe ser otorgado por ser quienes somos: los hombres.

Michael Flood, investigador especialista en género y masculinidades, ha realizado un estudio para que los hombres podamos ser conscientes de nuestros privilegios de género en el ámbito del trabajo (aunque son extensibles a cualquier otro ámbito de nuestras vidas). Flood plantea que hay tres cosas que los hombres pueden hacer en su lugar de trabajo: ser ellos mismos un modelo positivo (compartiendo el permiso de paternidad con su pareja, reduciendo su jornada para

atender a terceras personas...), denunciar y señalar las actitudes discriminatorias hacia las mujeres o la doble moral y convertirse en un defensor público y activo del cambio. Que los hombres se involucren no tiene un efecto mágico, pero sí se convierten en parte de la solución cuando se implican en mitigar las situaciones de desigualdad, mientras que, si no lo hacen, pasan a ser parte del problema. Cada vez más investigaciones demuestran que los entornos laborales que son más diversos y en los que hay una mayor participación de mujeres son más productivos, amables y cooperativos.

He adaptado la propuesta de Flood en el siguiente cuestionario para medir los privilegios masculinos. ¿Te animas a probarlo en tu entorno?

Hagamos la prueba: chequea tus privilegios basados en tu género.

- ¿Crees que las mujeres de tu entorno (madres, parejas, hermanas, abuelas...) te han cuidado más a ti que tú a ellas? SÍ/NO
- Pensando de tu deporte favorito, ¿crees que en la práctica profesional de ese deporte tendrías más posibilidades de triunfar socialmente u obtener éxito, reconocimiento y dinero que si fueras mujer? SÍ/NO
- ¿Trabajas de forma confortable sin miedo a sufrir acoso sexual? SÍ/NO
- En el caso de decidir ser padre, ¿crees que en tu trabajo continuarían confiando en tu capacidad profesional? SÍ/NO
- ¿Te has sentido alguna vez excluido en el trabajo porque se refirieran al conjunto de trabajadoras y trabajadores en femenino? SÍ/NO
- En los puestos de responsabilidad en tu trabajo o en tu entorno, ¿tienes un montón de profesionales de referencia de tu mismo género? SÍ/NO
- ¿Caminas seguro por la calle sin miedo a sufrir acoso o una agresión sexual? SÍ/NO
- Si tienes hijos y una carrera, nadie pensará que eres egoísta por no quedarte en casa a cuidarlos. SÍ/NO
- En el caso de que convivas en pareja con una mujer, ¿consideras que asumes menos responsabilidades en los trabajos de cuidado que ella? SÍ/NO
- Si eres padre en una pareja heterosexual, ¿dedica tu pareja más tiempo que tú al cuidado de tus criaturas? SÍ/NO

Si todas o la mayoría de las respuestas son afirmativas, significa que disfrutas de distintos privilegios en relación con las mujeres. El sexismo no tiene impacto ni condiciona tu vida, pero sí la existencia de las mujeres con las que compartes tu vida. Prueba a aplicar el cuestionario a tu pareja o a mujeres de tu entorno y comparte las diferencias en el resultado. En el caso de que seas una lectora, también puede ser una herramienta útil para sensibilizar a tu pareja (si es hombre) o a otros varones de tu círculo más próximo a quienes, probablemente, a veces les resulte difícil visibilizar el impacto del sexismo en la vida de las mujeres.

Otra estrategia muy visual y sugerente para visibilizar los privilegios y la carga de sexismo que subyacen en lo cotidiano y personal y en lo público y relacional es hacer un ejercicio consciente de inversión de los roles y prácticas: se trata de imaginar un contexto determinado y cambiar a las personas que los protagonizan. Esta estrategia de inversión es muy útil para detectar el sexismo presente tanto en la publicidad como en el ocio o los cuidados. Nos sirve para remover el orden y lo esperado de una forma ágil y divertida. Un ejemplo: un sábado cualquiera por la

mañana podemos encontrar en casi todas las carreteras grupos de aguerridos varones practicando un deporte tan saludable como es el ciclismo. En cuanto los contemos y comprobemos que la ausencia de mujeres es estadísticamente significativa, apliquemos la estrategia de inversión e imaginemos que quienes cabalgan el mundo en sus bicicletas son mujeres en la misma proporción que los hombres que hemos visto, ¿qué conclusión podremos extraer?, ¿dónde estarán entonces los hombres? Entonces, ¿qué hará posible que tantos varones tengan tiempo de disfrutar del ocio?, ¿dónde estarán en el mundo real y a la misma hora el número equivalente de mujeres a los hombres que pedalean?, ¿qué estarán haciendo? O, cuando veamos el anuncio de un perfume en el que aparece una atractiva mujer tumbada en el suelo y con expresión de éxtasis, pongamos un hombre en su lugar y veamos qué ocurre...

Un excelente, exitoso y pedagógico ejercicio de inversión lo podemos encontrar en el cortometraje *Cosas de chicos*, dirigido por Aldara Filgueiras, en el que quedan en evidencia a través de un cambio de perspectiva de género las desigualdades que hoy en día siguen viviendo las mujeres.

EL HOMBRE (NO ES) INVISIBLE

Aunque cuando nos miramos al espejo aparece reflejada insolente y tenaz nuestra propia imagen, a lo largo de la historia los hombres hemos sido invisibilizados como modelo y patrón de lo humano, lo que nos ha impedido vernos desnudos, reales, auténticos, dolientes, emocionales y vulnerables como en realidad somos.

Como afirma Pierre Bourdieu:

La fuerza del orden masculino se descubre en el hecho de que prescinde de cualquier justificación: la visión androcéntrica se impone como neutra y no siente la necesidad de enunciarse en unos discursos capaces de legitimarla. El orden social funciona como una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se apoya.

De este modo, la visibilización de las formas emergentes de masculinidad y paternidad pasan por la revisión crítica de los modelos dominantes, que se han presentado como formas neutras y naturalizadas.

En la misma línea que Bourdieu, el sociólogo Michael Kimmel reflexiona también sobre la invisibilidad de los privilegios masculinos para los propios hombres y sobre cómo esta invisibilidad es un elemento básico para la pervivencia de los privilegios. Él sugiere que transformar la masculinidad normativa es uno de los medios necesarios para alcanzar la igualdad entre hombres y mujeres en una misma cultura.

¿Qué ves cuando te miras al espejo? Kimmel cuenta una anécdota que le ocurrió hace treinta años y que fue radicalmente clarificadora para él. Hablando con dos mujeres feministas, una negra y la otra blanca, la segunda afirmaba que todas las mujeres viven la misma discriminación universal por ser mujeres y que, por eso mismo, entre todas las mujeres tenía que surgir una especie de solidaridad intuitiva. La mujer negra, en cambio, respondió no estar segura, ya que

cuando ella se miraba al espejo cada mañana no veía a una mujer, sino a una mujer negra, porque para ella el racismo es visible en la construcción de su identidad. La mujer blanca no veía a una mujer blanca, sino a una mujer, porque así es como funcionan los privilegios, que son invisibles para quienes los tienen. Pero la parte más rica aún de la anécdota que nos recuerda Kimmel es que él mismo, cuando se mira al espejo cada mañana, no ve a un hombre, sino a un ser humano. Por lo que cuando los hombres, sobre todo los blancos, autóctonos y de clase media, nos miramos al espejo, nos vemos reflejados más fácilmente en una especie de modelo universal, que ya no es un señor con barba llamado Dios, pero que está exento de género, de clase y de raza, porque no construimos nuestra identidad sobre la referencia del resto y porque nosotros mismos nos significamos como el modelo de referencia para el resto de la humanidad.

En este contexto, la invisibilidad del orden simbólico masculino y de las identidades simbólicas asociadas a él, como señala Carlos Lomas, «constituye la herramienta más eficaz de reproducción de las desigualdades de género en nuestras sociedades». En este mismo sentido, Lomas plantea:

Hacer visibles las masculinidades y convertirlas en objeto de estudio constituye una tarea urgente si se desea combatir el espejismo de que lo femenino y lo masculino son categorías innatas y universales, y si se desea entender de una vez por todas que la feminidad y la masculinidad son construcciones sociales de carácter cultural e histórico.

Y es precisamente en este análisis donde situamos las reflexiones sobre la construcción y el ejercicio actual de las masculinidades en los hombres.

Otro fenómeno, que sería interesante analizar con más calma, relacionado con la construcción de resistencias masculinas al cambio, es el impacto que tienen los documentales sobre animales que se emiten en televisión. Si te miras al espejo, con honestidad, podrás comprobar que no eres un león ni un tigre (ni tan siquiera un lobo gregario de la manada de Yellowstone), pero en nuestro imaginario colectivo, en demasiadas ocasiones, para justificar las desigualdades en nuestras vidas acudimos al argumentario que extraemos de este tipo de documentales. Es un ejercicio enormemente clarificador el de observar cómo la interpretación que hacemos de la vida de los animales en su medio natural está absolutamente permeada y atravesada por prejuicios sexistas que luego volvemos a traer a la vida de los humanos, como ejemplo de la naturalidad de la supremacía masculina, la violencia en los hombres o para explicar nuestra sexualidad depredadora. No me voy a extender en este apartado, pero os quiero proponer que un día, después de comer, os sentéis tranquilamente frente al televisor a ver un documental sobre animales con una mirada crítica, a ver qué encontráis de las narrativas humanas que volcamos inmisericordemente al reino animal, y que luego nos sirven para justificar nuestras propias actitudes.

LAS PEQUEÑAS HISTORIAS Y LAS GRANDES CONSECUENCIAS

En esto de ser hombre, a pesar del modelo universal, todos tenemos nuestra propia historia. Recuerdo que, cuando era un niño, entre los chicos de mi pueblo fantaseábamos a menudo sobre la

idea de la fuerza ilimitada de los hombres, de quién era el hombre más fuerte o de cuántos hombres serían necesarios para mover un tractor o para parar a un toro en las fiestas locales... Esa idea de los hombres y la fuerza —que estaba más cerca de las visiones míticas descritas por Homero en la *Iliada* o de los héroes emergentes desde ensoñaciones de papel, tinta o teleserie, como Supermán, Sandokán, Tarzán o el increíble Hulk, que de los hombres de carne y hueso con los que convivíamos— hacía palpar nuestros pequeños cuerpos en construcción, a la vez que recreábamos luchas épicas en los incontables y apasionantes juegos de guerra de los domingos por la tarde. Era tal el impacto estético y emocional de aquellas historias que nos contábamos que el hecho de ser un hombre, pero un hombre de verdad, se convertía en el modelo de referencia tan invencible como invisible, deseado y a conquistar. Pero este modelo de hombre-hombre pasaba necesariamente por la fuerza y, sobre todo, por su demostración, y ahí era donde el aprendizaje empezaba a ser doloroso y a tener consecuencias. Eran modelos de masculinidad nítidos, previsibles, incuestionables, que funcionaban, que permitían establecer jerarquías, que hasta sabían a tierra y olían a sudor. Aún hoy en día, cerrando los ojos soy capaz de revivir aquellas sensaciones de omnipotencia, de orden, de equilibrio.

Para iniciar un camino crítico con nuestras propias vidas, para poder transitar hacia un espacio más libre, igualitario y feliz es imprescindible que analicemos nuestra biografía, porque si la revisamos con calma es muy probable que encontremos infinidad de hitos en los que el sexismo nos impactó y que tienen mucho que ver con la forma que tenemos de ser y estar en nuestras relaciones presentes como padres, amigos, parejas, ciudadanos o compañeros.

Cuando nací, en 1973, España era un país gris en la superficie, pero lleno de colores y vibrante e incontenible en el subsuelo que estaba a punto de estallar. Mi querida gente estaba gobernada por un dictador decadente, triste, y por una burocracia cómplice que se sabía al final de una época: quisieran o no, el Titanic de cuarenta años de ignominia se hundía. No había elecciones libres, y los partidos políticos estaban prohibidos. Las mujeres seguían siendo menores de edad, y hacía poco que el uxoricidio (el asesinato de una mujer a manos de su marido) había dejado de ser legal.

En aquella época, la presencia de las mujeres en las universidades, la política o la economía no era más que anecdótica. Hoy en día, el 60 % de las personas que acceden a la universidad son mujeres... La revolución pacífica de las mujeres en las últimas décadas ha transformado, y para bien, nuestras vidas de tal forma que no vivimos igual ni en nuestras casas ni en las fábricas ni en los medios de comunicación. La verdadera democracia fue llegando poco a poco, y lo hacía de verdad, no desde la democracia formal, sino desde las conquistas y libertades de la mitad especialmente subyugada de la población. Pero en los primeros años de mi existencia no me percaté de nada de esto, aunque algo intuía.

Crecí en un pueblo pequeño de Álava llamado Alegría (y no es broma), que no era precisamente la alegría de la huerta, donde ser hombre o mujer eran hechos tan físicos como la llanada que nos albergaba, las montañas que nos rodeaban, el río que atravesaba el pueblo o el día y la noche. Esta división se dibujaba tan natural como radical y marcaba nuestras vidas desde los brotes más tiernos hasta las raíces más profundas, pasando por los cuerpos de cualquier biografía personal sin que nos diéramos cuenta. Ahora que lo puedo evocar con cierta distancia,

hasta me sorprende cómo es posible que un ambiente que al recordarlo puede resultar tan asfixiante no tuviera alternativa ni válvula de escape: vivíamos en una tormenta de género perfecta, en un sistema binario radical, casi puro, en el que solo había una opción tanto para construir tu propia identidad como para soñar o encontrar tu espacio en el mundo: ser un hombre, pero no un hombre cualquiera, sino uno de verdad.

Puede que otros lugares más urbanos o sofisticados en los que hayas podido vivir o crecer no fueran tan rudos como el mío, o puede incluso que crearas tus propias estrategias de supervivencia, como también hice yo, pero estoy seguro de que compartimos ese muro identitario limitante en el que aprendimos a ser hombres.

Como el menor de cuatro hermanos varones, siempre estaba muy atento a las historias que contaban ellos. Por suerte, ninguno ejerció nunca de macho hegemónico, aunque en nuestros juegos disfrutábamos de lo lindo simulando las peleas del viejo Oeste que veíamos en las películas de vaqueros. Recuerdo perfectamente cómo mi padre, que nunca fue especialmente «machirulo», y de quien no recuerdo episodios violentos ni atemorizantes, comparaba frecuentemente a mi hermano mayor con uno de sus compañeros de clase, un joven bruto, poco inteligente y menos sensible que destacaba porque cazaba, era fuerte y trabajaba duro. Cuarenta años después, por las paradojas de la vida, este joven convertido en hombre ejercía como superior de mi hermano en el ayuntamiento de nuestro pueblo. Un día, después de numerosos conflictos, llegó al puesto de trabajo y la emprendió a golpes contra mi hermano (por este hecho fue juzgado y condenado). Además de lo doloroso, delictivo y esperpéntico de la situación que nos tocó vivir, no puedo evitar relacionar este hecho con la manera en que la masculinidad encarna y crea monstruos: aquel que era referenciado como el modelo deseable de masculinidad por parte de mi padre se convirtió con el tiempo en el agresor de su propio hijo. Como veremos más adelante, la violencia que ejercemos los hombres, tanto contra las mujeres como contra otros hombres, necesita de una narrativa, pero también de un permiso social. Al día siguiente de la agresión, a pesar de la denuncia y las pruebas existentes en contra de este trabajador municipal, él volvió al ayuntamiento sin que se le afeara la conducta en ningún momento ni, menos aún, se le aplicase ninguna medida disciplinaria, de modo que la violencia quedó normalizada y aceptada públicamente.

ESTAMOS EN TRÁNSITO, SOMOS DIVERSOS Y POCO ESTUDIADOS

La invisibilidad anula la diversidad, por lo que hasta hace relativamente muy poco tiempo no habíamos analizado ni estudiado el impacto del sexismo en los hombres. Como señalara Raewyn Connell en su artículo sobre la organización social de la masculinidad, las principales corrientes de investigación relativas a la masculinidad no han llegado a buen puerto y «han fallado en el intento de producir una ciencia coherente al respecto de ella». «La masculinidad no es un objeto coherente acerca del cual se pueda producir una ciencia generalizadora.» No podemos hablar de una forma dominante masculinidad, sino de modelos y formas de ser hombre diversas, heterogéneas y atravesadas estructuralmente por la clase social, el acceso a las fuentes de poder simbólico y material, la edad, la procedencia, etc. Así, no podemos entender las masculinidades y

las dinámicas de cambio que se están produciendo como objetos aislados, sino como un aspecto más de un engranaje de mayores dimensiones.

En este mismo sentido, Elisabeth Badinter, a propósito de la identidad masculina, refuerza la idea señalada por Connell:

No hay una identidad única, lo que implica que no existe un modelo masculino universal [...], sino una diversidad heterogénea de identidades masculinas y de formas de ser hombres en nuestras sociedades. [...] La identidad masculina, en todas sus versiones se aprende, y por tanto, también se puede cambiar.

Como ya hemos señalado, hasta hace muy poco tiempo los hombres no existíamos como una categoría analítica de género porque quedábamos mimetizados y abducidos como parte del referente universal de masculinidad, naturalizando el hecho de ser hombre por vivir en una cultura patriarcal.

Hoy en día, aunque se trata de un debate abierto, los estudios sobre masculinidades (que analizan el rol que juegan los hombres en la sociedad) siguen siendo muy recientes. La historiadora y profesora de la Universidad del País Vasco Nerea Aresti comenta al respecto:

[Los estudios sobre masculinidades] surgieron en la década de los setenta, fundamentalmente en el seno de disciplinas distintas a la historia y frecuentemente en ámbitos ajenos a la comunidad universitaria. [...] Pero ha sido a partir de la década de los ochenta cuando este campo de investigación interdisciplinar se ha desarrollado con mayor ímpetu, y ha despertado un interés creciente también en la investigación histórica, hasta constituirse en un terreno tan fecundo como prometedor, que contribuirá a profundizar la mirada de género, tanto en el pasado como en el presente.

Hay que destacar que muchos de estos estudios se impulsaron y gestaron desde diversos movimientos sociales, como los grupos de autoconciencia masculina o el movimiento gay, y que su llegada al ámbito académico fue posterior.

En el libro *La masculinidad a debate*, Àngels Carabí y Josep M. Armengol enfatizan la relación entre los estudios de las masculinidades y las teorías feministas:

A partir de los años ochenta surgieron, inspirados por el feminismo, los llamados estudios de las masculinidades, con el fin de demostrar que la construcción cultural de género no solamente ha determinado el comportamiento de las mujeres, sino también el de los varones [...], aunque muchos hombres son desconocedores de esta realidad.

De un tiempo a esta parte, diversas investigaciones realizadas desde los estudios feministas y de género, así como los men's studies, estudios académicos sobre las vidas de los hombres y la masculinidad, han venido a visibilizar lo invisibilizado, a cuestionar una visión neutra de la construcción de las identidades masculinas y a problematizar las relaciones de poder ocultas por la maquinaria simbólica de dominación, que se apoya en una cultura androcéntrica y patriarcal. Y cada vez son más los estudios que se centran en las masculinidades como espacios simbólicos y referenciales de los cambios que se pueden estar produciendo en las identidades masculinas de los hombres que las encarnan.

¿CÓMO SERÍAS SI FUERAS LIBRE?

Hace un tiempo, una terapeuta me hizo una de esas preguntas que en *coaching* conocemos como ontológicas: «¿Cómo serías si fueras libre?». No pude responder, y pasé varios días reflexionando sobre las posibilidades del «ser». «¿Soy quien realmente quiero ser? ¿Puedo elegir? ¿Soy realmente libre? ¿Cómo podría ser yo si pudiera elegir? ¿Cómo sería mi vida? ¿A qué me dedicaría?». Y no pude evitar empezar a fantasear con la idea de ser mujer o de haber nacido en otro lugar: «¿Cómo habría sido mi vida de nacer en otro cuerpo? ¿Quién sería yo de haber nacido en otra cultura o incluso en otra familia? ¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Sería yo mismo?». A los pocos días abandoné las ensoñaciones con la libertad, porque resultaban demasiado turbadoras.

Pero no solo la idea que tenemos sobre la propia libertad nos transforma o nos limita, sino que también, como seres que creamos nuestra identidad en relación, la libertad de las mujeres nos transforma a los hombres, nos desnuda y nos pone ante el gran reto y oportunidad del cambio. Cuando las mujeres cambian sus roles y expectativas, nosotros —como seres marcados por la dependencia de los demás— sentimos necesariamente la tensión de su transformación, nos impacta, nos sentimos interpelados, llamados, señalados, cuestionados, removidos.

Aunque la diosa publicidad de las loterías y el enriquecimiento instantáneo insistan en que no tenemos sueños baratos y traten de convencernos de lo contrario, después de varios miles de horas de trabajo en grupo con miles de hombres, cuando pregunto sobre las cosas que cambiarían si pudieran ser más libres, incluyendo la elección de transitar en aquello que consideramos como femenino, el resultado es sorprendente. La mayoría de los hombres, por lo menos en público (no he llegado a analizar lo que queda inaccesible en sus cuerpos y mentes), manifiesta que, probablemente, si fuera libre lloraría más, abrazaría más, llamaría más a sus amigos o pediría ayuda más a menudo. Cuando evaluamos estas dinámicas, también la mayoría manifiesta sentirse bien o muy bien. Es curioso cómo el mero hecho de jugar a experimentar la femineidad en un contexto amable y protegido supone alivio y bienestar para gran parte de los hombres. Insisto, aquello que llamamos femenino o masculino responde a la clasificación binaria en la que hemos sido socializados, en la que solo podemos ser mujeres u hombres. Nuevamente, encontramos argumentos a favor para apostar por modelos identitarios más andróginos, completos, complejos y flexibles.

Las competencias y capacidades que se asignan a lo femenino y lo masculino nada tienen que ver con los genitales. Se trata de competencias humanas básicas, naturales, universales, presentes en todas las culturas y momentos históricos que son variables y dinámicas y que se potencian o se limitan a través de su uso y entrenamiento.

Ser empático, emocional, sensible, independiente, resolutivo o líder es como los colores del arcoíris plasmados en la paleta de un pintor, que le permiten plasmar la vida, o como una completa caja de herramientas, que hacen posible resolver o regular una situación vital determinada, tanto cotidiana como extraordinaria. ¿A alguien se le ocurriría ser artista plástico con una sola gama cromática? ¿Alguien tendría una caja de herramientas equipada únicamente con destornilladores? Seguramente no. Pues entonces, como seres humanos —bípedos, con el encéfalo

altamente desarrollado y pulgar oponible— que somos, debemos empeñarnos en la racional y apasionante tarea de recuperar la integridad, abrazando y practicando todas las posibilidades de ser que nos brindan este cuerpo emocional en el que tenemos la suerte de vivir y su adaptable, complejo, poroso y plástico sistema nervioso central. Se trata de unas hermosas (y gratuitas) herramientas que, combinadas en complejas aleaciones, nos permiten hacer frente a las múltiples y complicadas situaciones que tenemos que enfrentar en la vida.

De hecho, desde una perspectiva antropológica, es tremendamente rico y sugerente el análisis del alto porcentaje de hombres que, desde el permiso social para la transgresión que se produce durante los carnavales, optan por experimentar la feminidad desde el disfraz de «mujer», aunque sea desde modelos altamente sexualizados y estereotipados. Como ejercicio de antropología de andar por casa, puedes preguntarte a ti mismo o a algún amigo si alguna vez os disfrazasteis de mujer. ¿Por qué creéis que esto es tan común?

TODOS SOMOS IGUALITARIOS... EN LA INTIMIDAD

De que el proceso de socialización es complejo, contradictorio y dinámico no hay ninguna duda. El expresidente del Gobierno español José María Aznar decía irónicamente hace algunos años que hablaba catalán en la intimidad. Con el sexismo nos ocurre algo parecido, ya que, aunque contemos con elementos identitarios comunes que se activan tanto en la intimidad como cuando nos interrelacionamos en el espacio público, estos modulan su intensidad según se trate de un espacio u otro. Para comprender mejor cómo nos ha afectado a cada uno de nosotros nuestro particular escenario socializador y la capacidad que tenemos para trascenderlo, es importante analizar aquello que decimos y hacemos en el ámbito privado en contraste con nuestros desempeños en los espacios públicos, ya que el sexismo que llevamos dentro se activa de forma diferente, por lo que actuamos también de manera distinta cuando estamos solos o acompañados, en el espacio público o en el privado y acompañados por hombres o por mujeres. Tampoco actuamos del mismo modo en espacios en los que nos sentimos seguros que en un ámbito hostil. Pero los mandatos de género se activan, en multitud de ocasiones, no tanto en base a lo que nos expresan explícitamente, sino en relación con lo que imaginamos que pueden pensar de nosotros, por lo que terminamos estableciendo una especie de guerra preventiva con el mundo para la preservación de nuestra frágil hombría.

Para los hombres imperfectos que nos consideramos en transición, ser conscientes de esta modulación es especialmente importante, ya que en muchas ocasiones, a pesar de tener y reivindicar valores igualitarios, acabamos actuando de una forma más sexista de lo deseado para que el público que nos observa no nos castigue y, a poder ser, nos siga premiando. Y si, por el contrario, el ambiente es igualitario y propicio, es más probable que nuestro nivel de coherencia feminista se eleve considerablemente. Es algo así como tomar lo bueno del cambio, pero sin llegar a renunciar del todo a las dinámicas que conocemos perfectamente, que llevamos interiorizadas y que aparecen sembrando contradicciones cuando menos lo esperamos.

Hace algunos años, desde el idealismo que me caracteriza, decidí comprar un caserío del

siglo XVIII en Montaña Alavesa para rehabilitarlo y disfrutar de los placeres de la vida en el campo. Recuerdo que alquilé un contenedor de escombros para ir vaciando poco a poco la casa y comenzar con la rehabilitación. Cada día me trasladaba al desangelado pueblo y dedicaba unas horas a cargar de escombros mi carretilla nueva con mi impecable pala. Era un trabajo físico agradable y en el que me sentía cómodo, un buen sustituto del gimnasio y que he de reconocer que me hacía sentir agradablemente viril. Pero los fines de semana llegaba la gente al pueblo, y en una ocasión un pequeño grupo de hombres se sentó a observar mi heroico desempeño con los escombros y el contenedor. Yo era el mismo ser humano, tan consciente de mi identidad como lo puedo ser ahora mientras lees estas líneas. Regresé a mi montón de escombros, pero esta vez la pala empezó a trabajar sola y la carretilla terminó totalmente llena, a pesar de que yo me decía a mí mismo que no tenía por qué hacerlo, porque soy un hombre libre, feminista y no me importa que me juzguen otros hombres por no ser lo suficientemente fuerte... Pese a mi claridad ideológica, levanté la carretilla con todas mis fuerzas y potencia igualitaria y salí a la calle a enfrentar la rampa que tenía que subir. Al final, me pesaron más los juicios que yo sentía que me iban a hacer si no era capaz de lograrlo que mis convicciones. Ahí estaba yo, afrontando masculinamente el reto. Y pude hacerlo. Subí la rampa con la carretilla a reventar y tiré el escombros al contenedor. No me aplaudió nadie, pero no era necesario porque por mis venas corría la adrenalina que sentimos los hombres cuando demostramos de lo que somos capaces (y no me refiero a limpiar el baño o sacar el polvo de los libros...). Aunque no paraba de sudar y jadear, lo volví a probar, hasta que al tercer intento la carretilla y su contenido cayeron al suelo y yo, vergonzosamente, al contenedor. Parece que la liberación de los hombres de los restos del sexismo heredado iba a ser un poco más complicada de lo que pensaba. Me di cuenta de que se me daban mejor los discursos que la gestión de las contradicciones «machungas». ¿Te pasa a ti también?

¿POR QUÉ ESTÁN TAN ENFADADOS ALGUNOS HOMBRES?

Sí, hay muchos hombres enfadados con las mujeres. Pero estoy seguro de que tú no eres uno de ellos, ¿verdad? Uno de los aprendizajes más importantes que podemos extraer de las elecciones norteamericanas de 2016, en las que el magnate Donald Trump se enfrentaba a Hillary Clinton, es que si el mundo fuera el reflejo de la mayoría de los hombres blancos de clase media, de sus anhelos, frustraciones y propuestas, viviríamos en un mundo dominado por la desigualdad, el racismo y las formas más burdas de legitimación de la dominación y la violencia.

El efecto Trump funciona como un valioso contraste que nos ha permitido radiografiar y sacar a la luz algunas de las contradicciones más alarmantes de la sociedad norteamericana: que muchos hombres, frente a la crisis de las masculinidades (que pone en tela de juicio y cuestiona los privilegios masculinos), en vez de aprovechar la oportunidad para el cambio, se aferran al territorio conocido de las posiciones más reaccionarias. Pero incluso esta reacción ultraconservadora de muchos hombres puede percibirse como una buena señal, una prueba más del impacto y el desconcierto que el fin de la era de las masculinidades hegemónicas de dominación está produciendo en algunos hombres.

En las elecciones generales celebradas en Austria en 2016, el ultraderechista Hofer, aficionado a las armas y contrario a la acogida de personas refugiadas en su país, obtuvo, de entre sus votantes, el 56 % de los sufragios de los hombres, frente a un 38 % de las mujeres. El candidato progresista Van der Bellen obtuvo su victoria gracias al voto de las mujeres, que le apoyaron en un 62 % (18 puntos por encima del apoyo de los hombres). Así, quienes inclinaron la balanza hacia la victoria del candidato de los verdes fueron las mujeres, y de una forma tan sustancial que nos hace pensar que existe un voto más marcadamente humanista, solidario y progresista entre el grueso de las mujeres, mientras que un sector significativo del voto masculino se inclina peligrosamente hacia posiciones extremistas, xenófobas, racistas o militaristas. Por otro lado, parece que los hombres más igualitarios votan por las opciones políticas más democráticas y defienden los derechos sociales y culturales de las personas. Aunque no sea una regla que se cumpla a la perfección, todo parece indicar que el cambio de los hombres hacia posiciones más igualitarias es también un factor de garantía para la defensa de la democracia y los derechos humanos. Pero esto lo analizaremos más adelante.

De existir un eje del mal —entendiéndolo como una personificación absoluta y simplista de todos los males que acechan y atenazan a la humanidad—, sin duda habitaría enredado entre los confines de las masculinidades tóxicas que encarnan algunos de los máximos líderes mundiales. Donald Trump, Vladímir Putin o Kim Jong-un no son «malos», a pesar de que sus políticas generen dolor, miedo y sufrimiento. Tienen en común su masculinidad hegemónica tóxica, que es la que hace posible que sus cuerpos sean capaces de desconectar y no sentir las consecuencias de sus actos y decisiones. Insisto: la capacidad de infligir dolor sin ser ni tan siquiera consciente de las consecuencias es un fenómeno muy complejo, que requiere de un marco social referencial (o, lo que es lo mismo, que un grupo importante de personas de tu entorno comparta como deseables tus planteamientos, por muy disparatados que sean) lo suficientemente estable como para generar identidades que se plasman en cuerpos emocionales y que tienen consecuencias políticas. No existe la maldad intrínseca asociada a los hombres: como las mujeres, también nosotros «estamos biológicamente diseñados para el bien». Lo que nos condiciona, en un sentido u otro, es una determinada y compleja construcción cultural. ¡Ojo! Nos condiciona enormemente, sí; aun así, siempre podemos optar.

El sexismo es un limitante cultural de las identidades de las mujeres y los hombres, pero afecta de forma específica a los varones. Limita nuestra capacidad de sentir, conectar y empatizar, al mismo tiempo que se apoya en una valoración positiva de la agresividad (e incluso de la violencia) como forma «masculina» de regular los conflictos. En el mundo de la política, la cultura machista incardinada en el cuerpo de los hombres que participan en él es un factor de riesgo de primer orden para la buena vida, la seguridad y la paz. Por el contrario, la presencia de hombres igualitarios y feministas en ámbitos de decisión que estén en condiciones de equidad, diálogo y escucha con las mujeres supone un factor garantista de los derechos humanos.

El aprendizaje de género impacta en lo que somos, hacemos y deseamos tanto de forma personal como colectiva: tomar conciencia de los efectos del sexismo en nuestras propias vidas es el primer paso para ser capaces de ver cómo también lo público y, sobre todo, lo político-masculino responden fielmente a las expectativas de género. Y todo ello trastoca y condiciona

tanto las leyes que se aprueban como las políticas públicas y los presupuestos del Estado.

La perspectiva de género y el feminismo no solo nos llevan a entender el mundo en el que vivimos con esperanza, sino que son herramientas eficaces para democratizar nuestras vidas, ampliar las modalidades que tenemos de ser y estar en el mundo, al mismo tiempo que abren unas posibilidades inmensas y tremendamente bellas y sugerentes para soñar y construir relaciones de paz entre las personas, las mujeres, los hombres y los pueblos.

Trump: el macho que asusta

Donald Trump es el hombre más poderoso del mundo, de eso no hay duda, aunque puede que detrás de su personaje y su máscara también sea el más temeroso e inseguro del planeta, y esa mezcla entre vulnerabilidad y poder son los ingredientes básicos de su peligrosidad. Una inseguridad tan descomunal puede tener como efecto que un hecho que afecte a su frágil ego tenga consecuencias políticas globales. Pese a todos sus excesos machistas y racistas (o tal vez por ellos), se impuso en las primarias de su partido. Posteriormente venció a Hillary Clinton, a quien en un debate televisado interrumpió diciendo: «¡Qué mujer tan desagradable!». Tampoco le restó apoyos que hubiera trascendido un vídeo suyo de 2005 en el que se jactaba de poder agredir sexualmente y manosear a las mujeres sin su consentimiento, gracias a su fama y poder: «Cuando eres famoso, te dejan hacerles de todo. Puedes agarrarlas por el coño, puedes hacer lo que quieras».

La carencia de empatía y el menosprecio a la ternura, tener que demostrar la determinación y la fuerza como seña de identidad personal a toda costa y a cualquier precio, tiene consecuencias de primer orden en la política. Que un gobernante esté adscrito a la ideología machista redundará inevitablemente en el refuerzo de la violencia institucional, la negación de la diversidad y el desmantelamiento de las redes públicas de cuidados. Y este esquema tan predecible como tóxico se cumple de forma milimétrica con el señor Trump. Una de sus primeras decisiones como presidente fue la de tener que estar preparados para «ganar guerras otra vez»; en la práctica, esto supuso aumentar el presupuesto en armamento en 54.000 millones de dólares anuales, lo que significa que Estados Unidos gastará 638.000 millones de dólares en defensa en 2018. Como el contraste aporta luz, no debemos olvidar que, dentro de los Objetivos de Desarrollo del Milenio acordados internacionalmente, garantizar el acceso al agua potable para todas las personas en el planeta tendría un coste anual de 24.000 millones; acabar con el hambre, 40.000 millones; o que todas las personas tengan acceso a la electricidad, 45.275 millones. Esto significa que solo con el aumento del gasto militar previsto por Trump se podría nada más y nada menos que acabar con el hambre en el mundo y garantizar el suministro de agua a más de la mitad de las personas que carecen de él. Este tremendo agravio a las necesidades humanas, el hecho de preferir invertir en material bélico para ganar guerras supuestas frente a erradicar el hambre en el mundo, solo se puede explicar desde una desconexión tan patológica como radical de quienes toman las decisiones de la empatía y compasión necesarias para sentir lo que viven las personas que sufren. Y esa es una consecuencia directa de las identidades masculinas tóxicas que se desenvuelven en la

política. En la era del feminismo, los nuevos hombres buenos, junto a las mujeres conscientes y empoderadas, vengan de donde vengan o tengan la adscripción política que tengan, invertirán en clave de cuidados, en son de paz, lo que supondrá un renacimiento re-evolucionario de la humanidad. Y no es utopía, sino realidad, porque se van agotando las alternativas para un planeta cansado y una humanidad doliente y temerosa, que acabarán colapsando si no somos capaces de parar la destrucción y poner los cuidados de la Tierra y las personas en el centro de la política.

Otros ejemplos del impacto de las masculinidades tóxicas en la política también los protagonizó Trump: cuando se negó a estrechar la mano a Angela Merkel, cuando miró de arriba abajo a Brigitte Macron delante de los medios de comunicación de medio mundo o cuando, en el colmo de su hipérbole sexista, interrumpió una llamada con el primer ministro irlandés para flirtear con la periodista Caitriona Perry.

Otro de los iconos obsesivos del «trumpismo», que solo puede partir de un cuerpo de una cultura limitada y con la inteligencia emocional profundamente castrada, ha sido derogar el Obamacare, que dejará sin cobertura sanitaria a 22 millones de estadounidenses. Que un Estado deje de invertir en salud o en servicios sociales es una de las más claras evidencias de dejación no solo de los derechos sociales de las personas, sino también de algo que es más grave aún: romper con la ternura social y con el compromiso y la necesidad colectiva de cuidarnos.

No olvidemos que la acción pública solo afecta a una parte de los cuidados: sin las atenciones informales de la familia como principal institución suministradora de asistencia, el sistema social colapsaría. Como señala Mari Luz Esteban, «se sigue delegando en las mujeres», que continúan siendo el soporte fundamental de cuidados de las familias. Según Juan Oliva, los costes de estos cuidados en España se estiman entre los 32.000 y los 50.000 millones de euros, lo que supondría entre el 3 y el 5 % del PIB anual, o entre un tercio y dos terceras partes del gasto sanitario del Sistema Nacional de Salud español.

La ley migratoria propuesta por Trump que veta la entrada en su territorio a las personas que provienen de seis países de mayoría musulmana y su obsesión por las deportaciones, así como el proyecto de construir un muro entre México y Estados Unidos, son métodos diseñados para separar y aislar a personas, y otros ejemplos del impacto del sexismo extremo en la política, que estaría incluso por encima de la propia ideología política.

Putin: el guerrero homófobo

Las calles del centro de Belgrado están repletas de puestos de venta de suvenires en los que la camiseta que más se vende, muy por encima de la del idolatrado tenista serbio Novak Djokovic, es la de la imagen de Vladímir Putin: Putin con tigre, Putin con fusil de asalto, Putin con avión de guerra, Putin haciendo judo... Curiosamente, algunas de estas camisetas serigrafiadas de Putin comparten percha con otras de Donald Trump y también de Ratko Mladic, acusado de crímenes de guerra y genocidio por el asedio de Sarajevo, en el que murieron diez mil personas, y por la masacre de Srebrenica, en la que fueron asesinados ocho mil hombres y niños bosnios. Todas estas imágenes exaltan la violencia e idolatran al líder.

Putin, como atestiguan las calles de Belgrado, es un icono del hombre duro, sexista, homófobo y militarista. Y todo ello se traduce en sus políticas. Aunque la homosexualidad en Rusia ha sido objeto de tabú y persecución, Putin dio un paso adelante en la discriminación y acoso a las personas homosexuales al promulgar leyes especialmente lesivas y discriminatorias. En una entrevista realizada a Putin por Oliver Stone, el cineasta le planteaba qué haría si tuviera que compartir ducha con un hombre gay en un submarino, a lo que Putin respondió que preferiría no hacerlo: «¿Para qué provocarlo? Aunque ya sabes, soy un maestro judoca». En la misma entrevista, Putin afirmó: «No tengo días malos porque no soy una mujer...». Chechenia, bajo control ruso, ha sido tristemente célebre en los últimos tiempos por las detenciones, torturas y asesinatos masivos de gays, como ha denunciado la ONG Human Rights Watch. Pero como la homofobia y el machismo se tocan y retroalimentan, el Parlamento ruso aprobó en 2017 la despenalización de la violencia contra las mujeres, que sería «tolerable» una vez al año.

Al mismo tiempo que las desigualdades sociales se disparan en Rusia, Putin ha llevado el presupuesto de defensa al 4,4 % del producto interno bruto (PIB), lo que supone el 17,8 % del presupuesto estatal. No queda duda de que la seña de identidad de la política exterior de Putin se ha apoyado en el militarismo, como ha quedado demostrado en la guerra de Siria y el apoyo estratégico y militar al régimen de Bachar al Asad. En Rusia, el 1 % de la población tiene el 74 % de la riqueza, mientras que 20 millones de personas no disponen del ingreso mínimo vital.

Una vez más, se confirma la hipótesis de que a mayor desigualdad de género, menor equidad social, protección y servicios públicos, mayor militarismo e inseguridad social. En cambio, los países en los que hay una mayor equidad entre mujeres y hombres, así como una significativa integración y tolerancia social, presentan unos mayores índices de bienestar, desarrollo humano y crecimiento económico.

El machismo es un limitante no solo a nivel personal, sino también colectivo.

Jong-un: el pequeño hombre del gran misil

Mientras que Trump y Putin cuentan con la legitimidad de las urnas, Kim Jong-un juega en otra división, ya que es el «líder supremo» y el heredero de un régimen político esperpéntico y absolutista, fraguado en plena Guerra Fría. Desde el año 2006, Corea del Norte posee bombas atómicas, y el 2013 se declaró en estado de guerra permanente. En 2017, la escalada de tensión entre Estados Unidos y Corea del Norte situó al mundo frente a la mayor amenaza nuclear desde la Crisis de los Misiles de 1962. Jong-un mantiene siempre un discurso belicista, amenazando constantemente con hacer uso de sus armas nucleares, mientras que el Gobierno norteamericano recuerda que «la paciencia estratégica se ha acabado». Estamos ante la estampa de dos hombres, muchos hombres, todos ellos con una masculinidad muy hegemónica, haciendo alarde de su fuerza. Pero son hombres con mucho poder patriarcal, con capacidad de generar un inmenso dolor y destrucción sin ser plenamente conscientes ni capaces de medir ni la trascendencia de sus actos ni las consecuencias de sus acciones. Una vez más, la máxima expresión del machismo en política resultaría esperpéntica si no fuera aterradora.

Estos líderes internacionales gestionan el poder con un sistema de valores muy parecido a la peor de las versiones de una pelea tabernaria del Lejano Oeste o al de las modernizadas peleas de masculinos singulares a la salida de cualquier discoteca del siglo XXI. La víspera del 4 de julio de 2017, Corea del Norte probó con éxito un misil balístico intercontinental, un Hwasong-14, que demostraría la capacidad de Jong-un de atacar territorio estadounidense. Frente a esta nueva escalada bélica, el ejército norteamericano probó sus propios misiles tácticos junto a Corea del Sur, los Hyunmoo II. ¿A qué suena esta retórica? ¿No se parece mucho al «y tú más»? ¿Cómo sería este conflicto si ambos países estuvieran liderados por mujeres o por hombres sensibles y empáticos?

La cultura militarista como denominador común de este peculiar «eje del mal» que representarían Trump, Putin y Jong-un está fuertemente ligada a una visión sexista y patriarcal del mundo, donde la violencia se legitima y se termina convirtiendo tanto en fin como en medio. De hecho, generalmente los ministerios de la guerra se denominan eufemísticamente «de defensa», cuando la mayoría de las veces están preparados, diseñados y pertrechados por definición para el ataque y no para proteger o cuidar. Jugando con la capacidad transformadora de las palabras desde una perspectiva feminista, los ministerios de salud pública, asuntos sociales o educación podrían pasar a adoptar el nombre «de defensa»: defensa del derecho a la salud, de la protección social, del acceso a una vivienda digna, a educación de calidad... Es indudable que también en materia geopolítica urge un cambio de valores, que pasaría por su feminización en el sentido amplio del término.^[1] La defensa de la vida, de todas las vidas humanas, debería ser un elemento central e indispensable para lograr la utopía universal. Como dirían Yoko Ono y John Lennon: «Living life in peace [...] And the world will be as one».

EL CAMINO RECORRIDO Y ALGUNOS BROTES VERDES

Durante años, la compañía de perfumes y desodorantes Axe ha nutrido la iconografía sexista y nos ha servido como una herramienta gráfica extraordinaria a quienes nos hemos dedicado a la formación en género, ya que reflejaba como nadie el sexismo más rancio, cosificador de las mujeres, heteronormativo y estereotipado. A finales del año 2015, la compañía Unilever, propietaria de AXE, encargó a Promundo Global, la organización con la que colaboro, una investigación sobre los valores y prácticas de los chicos jóvenes en Estados Unidos, México y el Reino Unido. El resultado sirvió para constatar que muchos de estos chicos están en tránsito, valoran la diversidad y no se identifican con las imágenes de los hombres que venía reflejando la compañía en su publicidad habitual, en las que los jóvenes y hombres eran siempre heterosexuales y depredadores sexuales, siempre dispuestos a conquistar a las mujeres, quienes, irresistiblemente y como consecuencia del poder del perfume, caían rendidas a sus pies. Los últimos anuncios de la compañía han dado un giro radical y ahora se empeñan en subrayar los distintos tipos de hombre y la diversidad que impera hoy en día en el apasionante mundo de las masculinidades.

No queda ni rastro de los casposos anuncios de otra época que se traducían en el six-pack o «tableta» cuando los hombres se identificaban con una irremediable necesidad de copular con

mujeres desconocidas que acudían rendidas a la llamada del rey de la selva. En la campaña «Find Your Magic», en la que por primera vez aparecen hombres diversos, Axe comenzó su particular giro copernicano: se trata de una campaña disruptiva que apuesta por cuestionar los pilares de la masculinidad hegemónica y en la que aparecen hombres con distintos fenotipos, morfologías corporales, estéticas, tendencias y orientaciones sexuales. Aparecen hombres que dialogan con otros hombres desde la duda: «¿Está bien que un tío... experimente con otros tíos?, ¿esté delgado?, ¿se ponga nervioso?, ¿no le gusten los deportes?, ¿sea virgen?, ¿pueda vestir de rosa?». Lo más apasionante, además de constatar un cambio profundo en las masculinidades, es que la compañía Unilever ha utilizado los datos de una investigación realizada en clave feminista para llegar a los hombres.

Está claro que Axe no es una ONG que pretende cambiar el mundo, sino una empresa que quiere vender desodorantes. Pero parece que su readecuación a la realidad pasa por adaptarse a un mundo cambiante en el que las masculinidades que eran hegemónicas en el siglo pasado ya no lo son en este, porque están en cuestión y se están viendo superadas por otros modelos alternativos, diversos y mucho más igualitarios. En palabras de la propia compañía:

El reposicionamiento responde a nuestra voluntad de actualizar la imagen de marca para adaptarla a las tendencias sociales actuales y romper con los estereotipos de masculinidad tradicionales. [...] El mundo y la sociedad en los que vivimos a día de hoy son muy diferentes a los de hace veinte o incluso diez años. En un entorno tan dinámico, es vital que las marcas sean conscientes de lo que buscan y necesitan sus consumidores para lograr conectar con ellos.

Por tanto, las empresas y la publicidad cambian cuando lo hace la sociedad. Aunque resulte inevitable, no es mi objetivo hacer publicidad de una marca (allá cada cual con sus olores), pero sí que quiero poner en valor los cambios positivos, que en este caso han pasado de cero a cien en pocos años.

Tenemos que tener en cuenta que el modelo de masculinidad hegemónico se autorreferenciaba no solo como natural e inmutable, sino como la propia referencia de Dios. Por lo que demostrar que Zygmunt Bauman tenía razón y que las identidades, también las de los hombres, son líquidas, creadas, adaptativas, insumisas o conservadoras, transformables y que están siempre en tensión es uno de los grandes hitos de la posmodernidad.

«ESTAMOS SIENDO GILIPOLLAS POR ENCIMA DE NUESTRAS POSIBILIDADES», ARTURO PÉREZ-REVERTE

En abril de 2017, la profesora de Prehistoria y Arqueología Margarita Sánchez Romero, en una entrevista concedida al periódico granadino *Ideal*, compartía la idea de que «quien inventó la historia de Adán y Eva era muy machista». Merece la pena recordar que, según la versión oficial de la Biblia y también del Corán, Adán fue creado primero por Dios, y este, al verlo solo, decidió que necesitaba una compañera, que fue creada a partir de una costilla del hombre. Esta cita sobre el machismo y la historia de Adán y Eva fue destacada en el titular del periódico. Poco después,

Pérez-Reverte subía una foto de la entrevista a la red social Twitter acompañada de este mensaje: «Esto se nos ha ido de las manos. Estamos siendo gilipollas por encima de nuestras posibilidades».

Este magnífico escritor está muy enfadado con el feminismo. Tanto o más de lo que muchas feministas lo están con él. Pérez-Reverte se está convirtiendo en un icono de las resistencias ilustradas al feminismo del siglo XXI y, aunque quizás sin pretenderlo, también a los avances de la igualdad, que estoy convencido que desea para su hija tanto como yo para la mía. Para ser sinceros, yo no siento ese enfado. Tal vez porque soy un hombre cisgénero —es decir, que me identifico con mi género biológico— al que le sigue moviendo la fraternidad y el pacto entre iguales. Me mueve más la compasión hacia él, y no falto a la verdad si confieso aquí que me encantaría conversar un día con él y que le daría un abrazo, porque creo que es lo que necesita (y yo, tú, nosotras o ellos). Lo que sí que es cierto es que cada salida de tono de Pérez-Reverte hace que las redes sociales ardan y que sus artículos más «machungos» se hagan mucho más virales que los que no lo son, por lo que intuyo que algo de impostura e interés comercial también habrá en sus alardes de libertad, que suenan más a salidas de tono trompeteras que a cargas de profundidad ideológica.

Una de las principales dificultades de la masculinidad hegemónica clásica —que la ha abocado al fracaso como modelo y que ha supuesto a la postre su propia incapacidad de adaptarse a los retos de un entorno en constante transformación— tiene que ver con que la heroicidad masculina precisaba de una reválida constante, lo que convertía a los hombres en un oxímoron de sí mismos al estar siempre en la búsqueda de esa identidad heroica, pero también en lucha constante por mantener sus privilegios de género, en seguir siendo los últimos pistoleros y, al mismo tiempo, creer que peleaban por la igualdad verdadera.

Como señala Gil Calvo en su libro *Las máscaras masculinas*, «el héroe es un hombre puesto a prueba por su comunidad [...] Si no aprueba el examen, acaba en un callejón sin salida, ocupando el estatus marginal de un fracasado o perdedor». El héroe se define fundamentalmente como antítesis de la vulnerabilidad, por lo que estaría siempre enfrentado a echarlo todo a perder «si cae en la tentación de ser débil y deja de comportarse heroicamente, [...] pues la amenaza de convertirse en un perdedor no aguarda solo al final del viaje, sino que acecha en cada vuelta del camino». Supongo que, como ha expresado Pérez-Reverte en muchas ocasiones, él también está «harto» de los debates, pero también de llevar su pesada máscara, como nos pasa a todos. Aunque nunca me ha gustado la palabra «gilipollas», tal vez sea descriptiva y más apropiada para definir el gusto de algunos hombres por vivir dentro de una armadura y portar con orgullo una máscara tóxica que poco a poco nos envenena.

Le quiero poner un ejemplo a Pérez-Reverte para que no crea que la gilipollez es una plaga. El periodista de la Cadena SER Carles Francino también es un hombre, como él, como yo o como tú. Un varón que probablemente mire la misma realidad que Pérez-Reverte, pero desde otra perspectiva. Tampoco se calla ni es cómplice de nada. Francino también está harto cuando denuncia en su programa de radio una y otra vez a los hombres que acosan, veján, maltratan, asesinan o humillan a las mujeres, harto de Mercamadrid, donde algunos trabajadores fantaseaban con agredir sexualmente a sus compañeras y se lo hacían saber, o de las fiestas de San Fermín.

Está harto de «la complicidad de algunos, el silencio de otros, [...] en lo que viene a ser un problema estructural». Y añade: «A la acción política para hacer frente a la desigualdad y la violencia contra las mujeres tendríamos que añadir la decencia de muchos hombres que, con su silencio, permiten que les amarguen la vida a un montón de mujeres. Hombres que se deben creer muy machos y muy graciosos, pero en el fondo son solo una panda de cagones».

El 4 de julio, en La opinión de Francino, el periodista nos decía «estar harto del miedo que sienten las mujeres cuando caminan por la calle» (el mismo que sentirá la hija de Pérez-Reverte y que estoy seguro de que a él también le preocupa y le harta). Está harto, además, de que en España el presidente no salga nunca a denunciar en público las agresiones sexuales que se producen de forma masiva en fiestas, como sí hace el primer ministro sueco, país en el que se canceló una fiesta por las agresiones sexuales que allí se producían. Francino también se ha mostrado públicamente harto de que se tengan que suspender eventos como el encuentro de mujeres gamers de Barcelona, Gaming Ladies, que lo fue tras recibir amenazas y presiones machistas: «No estoy obsesionado, estoy hasta los huevos por la marea machista que vemos y que huele que apesta».

Más que gilipollas, querido Arturo, creo que estamos siendo tibios, ciegos, sordos y hasta a veces cómplices del impacto del machismo en las vidas de las mujeres, pero también demasiado benevolentes y parciales con la carga sexista que todos (también Pérez-Reverte, Francino e incluso yo) llevamos puesta.

Mi propuesta no es ser perfectos ni vencer ni convencer a nadie de que el feminismo es el único o el mejor espacio para analizar y cambiar el mundo, sino que lo que realmente deseo es que el cambio a mejor sea una realidad objetiva. Y, desde el diálogo y la escucha, desde mis razones, las tuyas y las de Francino, estoy seguro de que podríamos encontrarnos. ¿No lo crees así tú también, Arturo?

SER HOMBRE HETEROSEXUADO EN PLENA «PORNOCRACIA»

No sé cómo fue en vuestros casos, pero en mi casa jamás hablamos de sexo. No entiendo muy bien por qué, pero en la escuela a la que asistí de pequeño, a pesar de ser laica, tampoco; quien nos habló por primera vez sobre sexualidad fue un fraile benedictino que bajaba de un monasterio cercano para conversar de religión. El resto del aprendizaje sobre qué era el sexo lo obtuve en la cuadrilla de amigos, a través de dos fuentes principales: la narrativa oral, que eran las gestas, conquistas e historias (todas ellas heteronormativas, con penetración y probablemente inventadas en un porcentaje elevado) que nos contaban los chicos mayores, y las revistas porno, que no sabemos muy bien de dónde salían (porque aunque estábamos en el pleistoceno de la era de internet, ya existía la imprenta), pero que, curiosa y sospechosamente, reflejaban a la perfección aquello que nos contaban los chicos mayores y más experimentados en el sexo. Por encima de todo, sin embargo, la conquista de las mujeres y tener relaciones sexuales con ellas era una de las formas más rápidas de obtener reconocimiento y ascender en el escalafón de aquella microsociedad de hombres que era la cuadrilla. Fijaos en si era importante el grupo de amigos varones en esto de las cuestiones sexuales (lo personal era político) que, cuando iba a tener mi

primera relación sexual completa, lo debatimos en el grupo y nos fuimos todos en el tren a Vitoria con toda una estrategia planificada al milímetro, con el objetivo cuasi épico de comprar los preservativos (recordando la escena, imagino que el farmacéutico que nos atendió aún debe estar muerto de risa). Otra de las tradiciones que servían para el reconocimiento de la hombría era anotar en una lista los nombres de las chicas con las que habías tenido sexo, a modo de nuevas muescas en la culata del revólver... No sé si os habrá pasado también a vosotros, pero a mí esta forma de entender y vivir la sexualidad como una estrategia para ser aceptado y valorado en el grupo, más allá de la disonancia cognitiva y la disociación con mis propias emociones, me producía un gran desasosiego, que me llevaba a salir literalmente corriendo después de cada nueva relación al más puro estilo Forrest Gump. Cómo él, no sabía por qué lo hacía, aunque ahora soy consciente de que trataba de escapar de esa forma de ser hombre que, a pesar de responder a lo esperado y ser premiada socialmente, me producía un profundo vacío.

Los nuevos hombres estamos imperiosamente necesitados de desarrollar una sexualidad masculina en clave igualitaria. La sexualidad, el erotismo y el ideal de amor romántico son probablemente los reductos donde los avances de la equidad han tenido menor éxito y por tanto, donde más trabajo nos queda por hacer para avanzar hacia una masculinidad realmente alternativa. Sigue existiendo una exitosa definición patriarcal, perfectamente detallada y extendida, sobre la naturaleza insaciable y activa de la sexualidad masculina, en la que, en un sistema de dominación y control masculino, el pene viene a convertirse en una especie de misil o arma con la que los hombres pueden expresar su poder y afirmar su masculinidad. Esta cultura sexual patriarcal, que construye los imaginarios sexuales de los hombres desde la idea del depredador infinito, es fuente de frustración y sufrimiento, porque se crea un vínculo entre el sentimiento, la necesidad compulsiva de tener relaciones sexuales de los hombres patriarcales y las limitaciones para lograrlo. Por ello, el acceso a la experiencia del poder que supone la compra de sexo y pornografía se ha convertido en el pilar básico tras el que se parapeta la sexualidad androcéntrica y heteronormativa, a la espera de que seamos capaces de construir y extender los modelos alternativos de sexualidad masculina en clave igualitaria, satisfactoria y feminista.

La propia palabra «sexo» (sexus) procede de la idea griega del mito del Andrógino, que Platón pone en boca de Aristófanes en El banquete. Su origen lo encontramos en el participio de un verbo sexare, que significa cortar, seccionar, separar, diferenciar, discriminar... Por lo que, en la visión cultural dominante, los sexos serían seres «seccionados» y definidos por la heterosexualidad, anhelantes de encontrarse con su utópica media naranja. Tal vez construir un nuevo orden sexual diverso e igualitario pase por desterrar el mito fundacional, o en palabras del sexólogo Joserra Landarroitajauregi, por «destruir al ideal de Anthropos de su lugar divinizado y preeminente para que emerjan los carnales y mortales, concretos y diversos Ginos y Andros, con sus complejas interacciones íntimas y públicas, en un marco de excentricidad ginándrica». O lo que es lo mismo, un ser humano sexuado andrógino, libre y responsable, con capacidad para decidir vivir su sexualidad desde la bondad y la equidad.

3

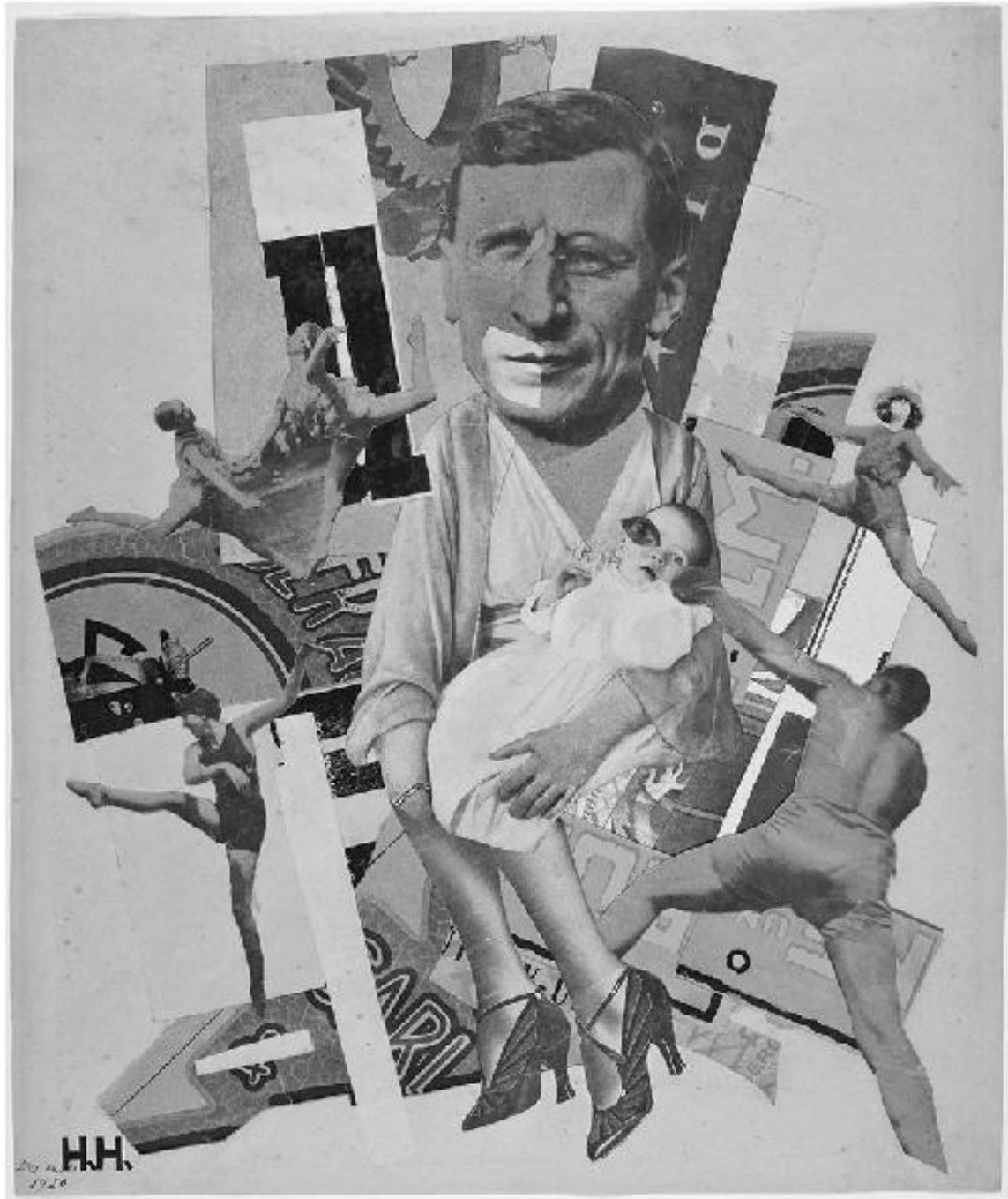
PATERNIDADES QUE TRANSFORMAN

Sí, es importante que su padre sea feminista porque eso es lo que ahora ellas esperarán de cualquier hombre.

BARACK OBAMA

HANNAH HÖCH Y LAS PATERNIDADES ANDRÓGINAS

Descubrí este *collage* y, con él, a la preclara creadora Hannah Höch en la exposición en clave feminista sobre la maternidad «La Gran Madre», organizada por la Fundación Trussardi y comisariada por Massimiliano Gioni en 2015 en Milán. En la muestra se analizaba el papel de la maternidad en el arte estableciendo un diálogo radical entre las expresiones artísticas y las reflexiones sobre la feminidad y la masculinidad de numerosas artistas de todo el mundo. Esta obra en concreto, *Der Vater* (El padre), de 1920, me llamó especialmente la atención porque era de las pocas que mencionaban al padre, y la única que lo hacía desde una perspectiva benevolente sobre el papel de los hombres en la crianza. En medio de cientos de creaciones que reflexionaban sobre las maternidades y la reproducción humana en clave feminista, *Der Vater* destacaba y producía un efecto disonante.



Hannah Höch fue una de las precursoras del arte dadaísta de comienzos del siglo XX. Eran años de enconadas pugnas políticas y enfrentamientos estéticos entre los partidarios de la Neue Sachlichkeit (Nueva Objetividad), los adalides del expresionismo, los seguidores de la Bauhaus y el insurgente dadaísmo. Todo ello en un espacio marcado por la misoginia y el papel preponderante de los hombres, a los que Höch se enfrentó en innumerables ocasiones. Fascinada por los avances de las mujeres —fue entonces cuando surgieron los primeros movimientos feministas—, Höch criticaba la imagen frívola que algunos medios transmitían de la nueva mujer, y creó varias obras de temática andrógina vinculadas al amor lésbico o a la paternidad, entre las que se incluye *Der Vater*. En ella presenta una figura masculina muy alejada de las imágenes autoritarias y monstruosas de otros dadaístas alemanes.

Una de las preocupaciones de Höch era la de crear una representación de la mujer nueva y en denunciar el machismo de la sociedad. Fue la única mujer que participó en este movimiento, y, tras su paso por el dadaísmo, en 1937 sufrió la censura y prohibición del Gobierno nazi, por lo que tuvo que exponer en el extranjero a partir de entonces. Muchas de sus obras critican el papel asignado a las mujeres en la sociedad. En el periodo de entreguerras, las mujeres habían empezado a incorporarse al mundo laboral, y era el momento de exigir que se les reconociesen más derechos y libertades. En este contexto, según el curador Juan Aliaga, «los postulados de la artista —traducidos en una hibridación estética y conceptual— suenan conciliadores y dialogantes, ya que presentan una visión benigna y sosegada (aunque no acrítica) de una época de miserias y violencia, dirigida en buena parte contra las mujeres».

Tomando como referencia el análisis de esta obra realizado por la historiadora del arte Marga Fernández-Villaverde, las mujeres que vemos en este collage están saltando y bailando, totalmente liberadas de las cargas domésticas. El que se encarga de cuidar al bebé es el «padre», una figura andrógina con cabeza de hombre y cuerpo de mujer. Pero ¿quién es ese boxeador de la derecha que está dando puñetazos al niño y al padre? ¿Significa que el padre aún no está preparado para garantizar el bienestar de sus hijos? «Conociendo» a Hannah Höch, parece poco probable. Aunque la obra es antigua y puede interpretarse de diferentes formas, está bastante claro que la figura del padre, mitad hombre y mitad mujer, simboliza el reparto equitativo de las tareas de la casa (algo que en ese momento era casi una utopía), y el boxeador sería la personificación de la sociedad patriarcal que trata de boicotear este arreglo impidiendo que el hombre asuma sus obligaciones en el hogar. El boxeador vendría a representar esa parte del mundo que está dispuesto a todo con tal de mantener intactos sus privilegios y atacar al sueño igualitario que supone poder tener relaciones superadoras de los mandatos de género, libres, igualitarias y andróginas.

En síntesis, se trata de una obra de casi cien años de antigüedad que cuestiona los modelos imperantes de masculinidad de aquella época pero también de hoy en día, proponiendo un hombre-padre corresponsable e implicado en la crianza, que posibilita o facilita el empoderamiento de las mujeres.

Es un verdadero lujo poder reproducir aquí esta obra y dialogar sobre las paternidades y maternidades actuales a partir de la mirada de Höch. Es una obra que pone de manifiesto que los debates sobre los roles en relación con la maternidad y la paternidad no son nuevos, y que el papel que desempeñamos los hombres impacta de forma decisiva en la vida de las mujeres que

nos rodean: las prácticas igualitarias en los hombres facilitan los procesos de empoderamiento de las mujeres, mientras que las resistencias al cambio los limitan y destruyen. La distancia que separa el ideal evolucionado y equitativo del padre andrógino y el modelo violento es el lugar en el que nos movemos y posicionamos los padres de la posmodernidad, muchas veces de forma híbrida, contradictoria y dinámica. Aunque, tal vez, más importante incluso que el hecho de reconocer dónde estamos es asumir el reto de saber hacia qué modelo de paternidad deseable queremos ir, y no sólo desde la reflexión teórica y la estética sino con la práctica.

LA TRANSFORMACIÓN DE LOS CONMOVIDOS: MUEVE LO QUE NOS CONMUEVE

Antes de que nadie tenga que sacar la conclusión entre líneas (y salvando las distancias y con el permiso de Betty Friedan), cuando me pregunto quién soy yo o qué quiero de la vida, respondo que entre los elementos centrales que definen mi identidad está el de ser padre. Y sí, soy un místico de la paternidad, un esencialista enamorado, agotado, transformado, contradictorio y conmovido por mi experiencia como padre.

Aproximadamente el 80 % de los hombres serán padres biológicos en algún momento de sus vidas, y prácticamente todos los hombres tenemos alguna interacción socializadora con las niñas y los niños. Como nos recuerda la escritora Silvia Nanclares, optar por el «extincionismo» es tan legítimo como decidir reproducirse. Pero, para que la vida siga, los padres importan e impactan.

Lector, lectora, os invito a que reflexionemos unos segundos sobre nuestro padre y pensemos y sintamos cómo influyó (estuviera presente o ausente) el tipo de relación que estableció con nosotros en lo que hoy somos y hacemos. (Vaya de paso mi pequeño homenaje al mío: un buen hombre, un buen padre.)

Sean padres biológicos, padrastros, padres adoptivos o sustitutos o tutores; sean hermanos, tíos o abuelos; sean parte de una relación de pareja del mismo sexo o del sexo opuesto y vivan o no con sus hijos, la participación de los hombres en el cuidado diario de otros tiene una influencia duradera en las vidas de las niñas, los niños, las mujeres y los hombres, así como un impacto permanente en el mundo que los rodea.

Los padres, por ausencia o presencia, aportan modelos identitarios de referencia sobre qué es ser un hombre que producirán efectos profundos y que perdurarán toda la vida, sobre todo en la construcción de las identidades y expectativas vitales tanto de sus hijas como de sus hijos. Desde esta mirada crítica de la realidad, cada vez contamos con mayor evidencia científica de que la implicación de los hombres en la crianza y los trabajos reproductivos es un factor clave para la transformación de la realidad hacia paradigmas sociales y de relación más justos e igualitarios.

El cambio de los hombres hacia actitudes más igualitarias, además de ser una justa demanda de las mujeres, es una cuestión política de primer orden que está recogida por las instituciones europeas, pero que los Estados (como el nuestro) se resisten sistemáticamente a aplicar y desarrollar. No tenemos que olvidar que, en el ámbito de la Unión Europea, el Plan de trabajo para la igualdad entre las mujeres y los hombres 2006-2010 (más conocido como «hoja de ruta para la igualdad») establece que «debería animarse a los hombres para que asuman sus

responsabilidades familiares, sobre todo estimulándolos a disfrutar de permisos parentales y de paternidad y a compartir con las mujeres el derecho a estos permisos».

Es innegable que en los últimos años se han producido grandes avances, sobre todo en lo que a la incorporación de las mujeres al espacio público y profesional se refiere, aunque pervivan discrepancias entre los ideales familiares igualitarios y la persistencia de una realidad familiar fuertemente marcada por el género, como plantea el grupo de investigadores que realizaron el estudio «Ideales igualitarios y planes tradicionales: Análisis de parejas primerizas en España». Esta investigación parte de una paradoja actual en el contexto español, y es que «las nuevas generaciones de parejas, en proceso de formación familiar, muestran actitudes de género muy igualitarias en cuanto a la división del trabajo en diferentes encuestas representativas», pero la realidad del reparto del trabajo no remunerado está muy marcada por el género y es una fuente de conflicto e insatisfacción conyugal. El cuidado de los hijos también sigue recayendo más sobre las mujeres, como muestra el desigual disfrute de los permisos parentales, por lo que, aunque hemos avanzado mucho como sociedad, todavía nos queda mucho terreno por recorrer, tanto en lo privado como en lo que hacemos en el espacio público y, sobre todo, en el ámbito del empleo.

¿NUEVOS PADRES?

Cada hombre que se enfrenta a una paternidad presente es un padre nuevo. Desde el momento en que comparte el sueño, acompaña a su pareja, cuida y acoge en sus brazos el primer llanto de su criatura, que brota como una cascada de amor incontenible junto a sus propias lágrimas, es un nuevo hombre y un padre nuevo.

Hoy, si tuviera que elegir un modelo de referencia de lo que significa en su más profunda dimensión ser un padre nuevo, y aunque son muchos los hombres en los que podemos pensar, mi paradigma sería Carles Capdevila, que se definía a sí mismo como «muy aficionado a la educación». En sus conferencias, charlas o vídeos, el comunicador catalán, padre bueno y periodista identificaba cinco sentidos básicos a la hora de educar a un niño. Los cuatro primeros los consideraba muy importantes —el sentido común, el del ridículo, el del deber y el moral—, pero, para él, el quinto y último era el definitivo y más importante: el sentido del humor. A los hijos se los educa en valores, y los valores se imitan.

Los nuevos padres son retales de las historias de los que lo fueron antes que ellos. Cuando somos padres comprometidos, hay un momento inevitable de crisis. Dejamos de vivir alrededor de nuestro ombligo y nos convertimos en seres cuidadosos en vez de ser hombres de cuidado. Ya no somos el centro de la existencia. Otro ingrediente de la crisis es que la paternidad consciente nos hace enfrentarnos a un mundo emocional inmenso para el que a veces nos faltan códigos, referencias y herramientas. Pero el gran trance lo dimensionamos cuando, probablemente por primera vez en nuestras existencia, vivimos en primera persona cómo los cuidados nos desempoderan, nos roban el tiempo, el protagonismo y la posibilidad de seguir siendo libres y omnipresentes en el trabajo, el partido, la asociación o el sindicato.

Es cierto: la igualdad tiene efectos secundarios en los hombres. Muchos de nosotros, al

convertirnos en nuevos padres y nuevos hombres enfermamos, pensamos que nos vamos a morir, cojeamos, tenemos vértigos, náuseas, insomnio, cambios del estado de ánimo, calambres, descubrimos la próstata, nos hacemos analíticas varias para detectar ese tumor imaginario que nos acecha... Nos atenaza el miedo, aunque lo único que buscamos es recuperar la centralidad perdida. Y esto tampoco es nuevo en la historia de los hombres.

Hay un concepto divertido y sugerente que nos puede llevar a debates encendidos sobre el papel del padre en el proceso del embarazo, el parto y la crianza: el síndrome de la covada. La covada, que proviene del francés couver (incubar), consiste en que, durante el nacimiento de una criatura, el padre adopte la actitud de madre, incluyendo los cuidados y también los dolores. A veces consistía en la entrega del bebé al padre para que este se encargara de él. Los cronistas romanos Plinio el Viejo o Estrabón citaban esta costumbre de los habitantes de Iberia, aunque también hay referencias históricas en México, América del Sur, Nueva Guinea y en otros países de Europa. La covada no deja de ser un mito, pero nos puede ayudar a conocer mejor el impacto que tienen en los propios hombres las nuevas costumbres, como la de asistir junto a la pareja en todo el proceso de embarazo y parto.

Hoy en día, miles de padres, cada vez en mayor medida e intensidad, tienen la oportunidad de establecer relaciones más profundas y transformadoras, y están surgiendo incluso nuevas palabras como «padrear». Y esto tiene su reflejo también en los dibujos animados de última generación. Hay un episodio en Kung Fu Panda 3 que me parece especialmente significativo, capaz de describir el mundo más diverso y amplio en el que se desenvuelven las paternidades hoy en día: los padres de Po. Po es el oso panda protagonista en esta saga, que vive desde pequeño con su padre adoptivo, el señor Ping, que es una garza. En esta entrega aparece el padre biológico, Li Shan, y Po se ve en la disyuntiva de tener que optar entre él y Ping, pero en una conversación entre ambos padres acuerdan de forma tierna y colaborativa que, del mismo modo en que Po tiene que aceptar quién es, ellos dos tienen que aceptar los valores del otro por el bien del hijo que tienen en común.

Otro ejemplo llamativo lo encontramos en las distintas entregas de Gru, mi villano favorito, y su exitoso spin off, Los Minions. Gru no es un villano cualquiera, sino que es el número uno, capaz de ejecutar las mayores tropelías y robos de la historia, y al que siguen fielmente los Minions. Pero en sus aventuras conoce a tres huérfanas, Margo, Edith y Agnes, que se convertirán en su mayor desafío. A partir de entonces, sus hijas se convierten en el centro de su vida, y transformarán su manera de estar en el mundo reflejando uno de sus mayores temores: ser padre. Estos cambios en la filmografía animada no son casuales, sino que vienen a reflejar el cambio de paradigma que, con respecto a la paternidad, se está produciendo a nivel global.

Como se ha venido demostrando desde la historiografía social feminista, el modelo dominante de masculinidad y feminidad (y, por tanto, también de paternidad y maternidad) ha ido variando a lo largo de la historia, en una relación dinámica y coetánea entre los modelos hegemónicos y los alternativos. En el siglo XIX, el papel del padre como cabeza de familia se sustentaba en su función de proveedor económico, siendo él quien imponía la disciplina y ejercía el control doméstico, mientras que se mantenía alejado del campo emocional, cuya responsabilidad recaía sobre las madres. Pero, como señala Requena Pelegrí:

[Al comenzar el siglo XX] los padres perdieron su principal función como proveedores económicos, y las madres se vieron obligadas a incorporarse a la población activa, lo cual modificó los modelos familiares establecidos. [...] Sin embargo, el *boom* económico de los años cincuenta y sesenta volvió a situar al padre como proveedor y cabeza de familia.

La figura del «nuevo padre» pasaría por marcar distancias con los modelos de masculinidad y paternidad hegemónicos (proveedores y emocionalmente distantes), caracterizándose por una implicación activa en la crianza, la demostración de empatía, la participación en los trabajos reproductivos, el cuidado y la priorización de las hijas e hijos.

Según Michael Lamb, «el rol del padre ha ido evolucionando a lo largo del tiempo, pasando de guía moral a sostenedor económico (breadwinner), hasta llegar al padre nutritivo actual». Este padre nutritivo ha tomado distintos nombres en la literatura académica: «nuevo padre», «padre moderno» o «padre íntimo». Sin embargo, son también muchos los estudios en los que se afirma que, aunque el nuevo padre está un poco más involucrado que el de hace unos años, estos avances siguen siendo tímidos, y la mujer sigue haciendo una segunda jornada en casa. Lamb constata:

El cuidado de los hijos e hijas por parte de los hombres sigue siendo menos físico que el de las madres. Es más flexible en el tiempo. En el nivel de responsabilidad prácticamente siempre está presente la madre, y en general hay un compromiso inferior al de la pareja.

El especialista en masculinidades, salud y género Luis Bonino considera que a día de hoy aún no se ha logrado la implicación necesaria de los padres en la crianza, por lo que se han creado ciertas disfunciones sociales. Según Bonino, «la mayoría de los nuevos padres son en realidad participativo-ayudantes y no tanto igualitarios: se caracterizan más por estar que por responsabilizarse». Para él, el modelo de padre igualitario-participativo «reporta ventajas a la niña, al varón y a la madre, pero serlo supone un arduo trabajo de superación de obstáculos y resistencias que se oponen intra e intersubjetivamente al desarrollo de este nuevo rol».

Otra perspectiva la aporta Marc Grau, quien defiende que, a pesar de las grandes diferencias entre la dedicación de padres y madres hoy en día, «hay cierto consenso en que el rol del padre, ya sea por voluntad o por obligación, está cambiando». Concluye que «aunque la cultura — intención, motivación, expectativas— hacia una nueva paternidad ha cambiado de forma radical, la conducta —comportamiento, número de horas— no ha cambiado tanto».

Como señala Requena Pelegrí, a pesar de las opiniones divergentes sobre los significados de la paternidad contemporánea, la mayoría de los académicos coinciden en que se ha producido una transformación profunda en la manera de ver y ejercer la paternidad.

La paternidad también altera físicamente el cerebro. La fisiobiología flexible que rige la crianza de los hijos en los seres humanos explica estos cambios adaptativos que se producen en los cuerpos de las personas cuidadoras, sean hombres o mujeres. Hasta el momento, la mayoría de las investigaciones solo tenían en cuenta el impacto de la maternidad en las mujeres, pero la problematización creciente por el papel de los hombres en los cuidados ha puesto el foco en el de la paternidad y en las transformaciones que se producen en los cuerpos de los propios varones. En un estudio de 2014, un equipo de investigadores liderados por Pilyoung Kim escanearon los

cerebros de los hombres en el primer mes después de que sus hijos hubieran nacido, y después del cuarto mes lo volvieron a hacer. Resultó que la materia gris había crecido en áreas ligadas a la recompensa, el apego y la toma de decisiones complejas.

Peter Gray, un antropólogo de la Universidad de Nevada, plantea que si Suecia alcanzara la igualdad de género sería la primera sociedad en lograrlo en la historia de la humanidad. Por el momento, los padres más implicados del mundo son los hombres pigmeos del África central, los aka, quienes hacen casi todo lo que hacen las madres, incluso hasta ocuparse de la lactancia (sí, esta puede ser una responsabilidad de los hombres, sin, evidentemente, tener que producir leche), aunque después, en los campamentos, dediquen menos tiempo a estar con sus hijas e hijos.

A modo de ejemplo de esa transformación, cuando al alpinista catalán Ferran Latorre le preguntaron qué pensó y sintió al coronar su decimocuarto ocho mil, respondió sin dudar: «En la cima del Everest he pensado en mi hija, en Clara, la única razón de existir». No está exento de contradicciones que, en la cima del mundo, un alpinista que podría haber perdido la vida durante su ascenso esté pensando en su hija, que es lo más importante del mundo pero a la que no está pudiendo atender. Este es un ejemplo claro de lo que denominamos «las hibridaciones de la masculinidad», donde la épica clásica del ser hombre, relacionada con la conquista y el éxito a través de la superación de los límites y el riesgo, convive con los nuevos referentes de paternidad, en los que el amor por las criaturas (aunque no siempre esté el compromiso o la presencia al mismo nivel) es lo más importante en la vida de un hombre-padre.

Olavarria, en su trabajo «Men at Home?», resume los cambios recientes en la paternidad entre hombres jóvenes:

Las demandas de que los padres participen más activamente en la crianza y socialización de sus hijos han existido por algunas décadas. Estas demandas, sin embargo, se han intensificado en años recientes a través de todos los sectores sociales. Ahora bien, de acuerdo con sus relatos, los padres jóvenes generalmente ayudan a las madres con la crianza de los hijos, particularmente durante los primeros meses y años.

Otros autores, como Luis Bonino, mantienen una mirada más crítica en lo que al cambio generacional se refiere, y describen algunos obstáculos en ámbitos como el mercado de trabajo, que, a pesar de los cambios sociales y culturales, continuaría organizado en referencia al modelo de paternidad-masculinidad hegemónica y no permite la flexibilización ni la compatibilidad laboral y familiar, por lo que los padres igualitarios encontrarían las mismas dificultades para ejercer su paternidad que los padres ausentes o distantes. Bonino plantea:

Si no se desea que el lugar de los padres en la familia desaparezca, es necesario reelaborar el papel privado de los varones, reacomodar su lugar y lograr la aceptación social de un padre integrante de una familia asociativa, nueva, en la que todos sean cuidadores o cuidados, con obligaciones dependiendo de la edad y no del sexo.

Citando a Flaquer, Bonino señala que, para lograrlo, «los varones tendrán que pensarse seriamente si están dispuestos (y cómo) a construir una paternidad sin patriarcado y un hogar sin cabeza de familia».

Victor Seidler hace hincapié en el hecho de que los cambios intergeneracionales más

significativos se producen en los hombres con el nacimiento de la primera criatura:

Se ha producido un cambio sorprendente, en diversas culturas y clases sociales, cuando los hombres, al ser padres por primera vez, han buscado establecer una relación más estrecha de la que tuvieron con sus propios padres.

Para Seidler, la relación emocional que mantienen hoy en día algunos hombres con sus hijas e hijos marcaría el verdadero cambio intergeneracional, puesto que «para mantener su autoridad, los padres tenían que mantener las distancias con los hijos, ya que se suponía que la proximidad amenazaba su estatus. Esta distancia, que se convertía a veces en prueba de hombría, les impedía a menudo relacionarse emocionalmente con sus hijos». De este modo, la autoridad, en el modelo de masculinidad hegemónica, se obtendría al precio de rechazar la implicación emocional. Eso significaba que «los padres estaban “en” la familia, pero no formaban realmente parte de ella». Por todo ello, la proximidad y el compromiso emocionales serían dos de los rasgos distintivos tanto de las paternidades comprometidas como del cambio generacional.

En relación con este cambio producido en los hombres alrededor de la paternidad, Inés Alberdi y Pilar Escario hablan de paternidades nuevas y diversas, en contraposición a modelos anteriores menos emocionales e implicados. Las autoras señalan que lo que ha ejercido una influencia directa sobre el comportamiento masculino no ha sido tanto el cambio cultural o el identitario en los hombres jóvenes, sino que «ha sido el cambio de las mujeres». Y explican: «Las nuevas formas de ser padre tienen su origen en la transformación de las mujeres. [...] Las mujeres ya comparten autoridad con ellos y ahora son ellos los que quieren compartir los afectos». Por lo que el empoderamiento de las mujeres y la igualdad serían factores fundamentales para predecir el cambio en los hombres.

UNA REALIDAD TODAVÍA DESIGUAL

Phunzile Mlambo-Ngcuka, directora ejecutiva de ONU Mujeres, en el mensaje con ocasión del Día Internacional de la Mujer, nos recordaba que demasiadas mujeres y niñas de todo el mundo dedican un número excesivo de horas a las responsabilidades del hogar. Habitualmente destinan a los trabajos reproductivos y de cuidado más del doble de tiempo que los hombres y niños. Esta división desigual del trabajo no remunerado —pero que es fundamental para que la vida sea posible— está directamente relacionada con la limitación de las posibilidades de empoderamiento y empleo de las mujeres y niñas.

Según datos del State of America's Fathers publicado en 2016 por Promundo, tan solo en Estados Unidos, de 8 a 10 millones de padres no viven con sus hijas e hijos (la gran mayoría son pobres), mientras que 2.7 millones de niñas y niños tienen a su padre encarcelado, lo que representa el 10 % de las criaturas del país.

Todas las estadísticas constatan que la implicación de los padres en los trabajos reproductivos y de cuidados sigue siendo dolorosamente desigual. Y aunque la tendencia hacia posiciones y prácticas más igualitarias ha ido en un lento pero paulatino aumento en las últimas décadas, esta

brecha es especialmente visible en el escaso número de padres que reducen su jornada o se acogen a excedencias para cuidar (menos del 7 %).

En las conclusiones de la investigación «Paternidades positivas: Cambios y retos en la implicación de los padres en la crianza y la corresponsabilidad», que coordiné en el año 2016 para el Gobierno Vasco, constatamos que el momento de la paternidad/maternidad es clave para la igualdad en el ámbito familiar. El incremento de las necesidades de cuidado que se produce genera, necesariamente, cambios en las relaciones, y estos pueden suponer una oportunidad única para establecer nuevos pactos de convivencia en clave igualitaria y corresponsable en la pareja y el sistema familiar o, por el contrario, perpetuar y agudizar los roles de género convencionales, en detrimento de las posibilidades de empoderamiento de las mujeres. Otro de los hallazgos clave de la investigación es que, ideológicamente, tanto los hombres como las mujeres valoramos en un alto grado la igualdad en nuestras relaciones, pero que las prácticas igualitarias y, sobre todo, el cambio en los hombres dependen más de elementos estructurales, como la existencia o no de permisos de paternidad y maternidad iguales e intransferibles o que su pareja tenga un empleo mejor remunerado y de mayor cualificación, que con que se identifiquen con la igualdad o el feminismo. Esto significa que hay más posibilidades de que un padre sea más corresponsable si su pareja está más empoderada en el ámbito laboral (aunque este sea más conservador en lo ideológico) que de que un hombre feminista sea el sustentador económico principal.

DE VENENOS PATRIARCALES Y ANTÍDOTOS IGUALITARIOS: LAS PATERNIDADES POSITIVAS

Si el patriarcado es un veneno para la igualdad, la implicación del padre en la crianza es uno de los mejores antídotos con los que contamos en la actualidad para hacerle frente y romper tendencias inequitativas entre mujeres y hombres.

La paternidad positiva, que por definición es una paternidad igualitaria, presente, comprometida y equitativa, es uno de los más poderosos factores de transgresión y transformación de los roles sociales asignados culturalmente a los hombres, que incide directamente en el empoderamiento de las mujeres y que presenta ventajas que son empíricamente constatables para las niñas, los niños y las parejas que conviven con estos hombres. De este modo, los cambios positivos que se producen alrededor de la experiencia de la paternidad igualitaria conllevan la ampliación de libertades y capacidades en el ámbito familiar, pero repercuten también de forma positiva en la transformación del mundo laboral.

Cuando hablamos de paternidad positiva nos referimos al proceso de transformación de la identidad de los padres (hombres) como cuidadores, que supone importantes modificaciones en sus comportamientos —fundamentados en un interés superior por las criaturas— y que se plasma en una implicación activa en la crianza. Se trata de padres que se implican activamente en los cuidados y trabajos reproductivos, desempeñando roles y prácticas igualitarias y facilitando y apoyando el empoderamiento y el desarrollo óptimo de sus parejas. Son prácticas de paternidad que mejoran y amplían las capacidades emocionales y pedagógicas de quienes las ejercen. Estamos hablando de formas de ser padres basadas en paradigmas pacíficos y de deslegitimación

de la violencia. Son paternidades que ofrecen reconocimiento y orientación a las criaturas, y que incluyen el establecimiento de límites.

Para Sarkadi, Kristiansson, Oberklaid y Bremberg, la implicación o participación del padre en la crianza consiste en «la accesibilidad (convivencia), compromiso, responsabilidad u otras medidas complejas de participación» en la crianza de las niñas y los niños, que incluirían tanto a los padres biológicos como a otras figuras paternas. Según estos autores, «hay evidencia para defender la influencia y el impacto que la participación positiva del padre en la crianza tiene en las distintas áreas de desarrollo de las hijas e hijos, tanto a nivel de resultados sociales como psicológicos y de comportamiento».

Cuando hablamos de las ventajas de la paternidad igualitaria, nos estamos refiriendo a la segunda figura de apego seguro y referencia, que en muchos casos es el padre, pero que también tendría un impacto muy positivo para la vida tanto de la pareja como de las criaturas si fuera una persona del mismo sexo. La igualdad es siempre un factor beneficioso para la convivencia y amplía las capacidades de las personas cercanas a quienes la practican.

La evidencia de distintos estudios longitudinales plantea que la participación activa del padre constituye un beneficio para el desarrollo de niñas y niños.[1] Mediante la investigación empírica, se trata de confirmar la hipótesis de que aquellas niñas y niños que tuvieron un padre involucrado es más probable que cuenten con un mejor desarrollo en diversas áreas, tales como el rendimiento escolar, los resultados en escalas de desarrollo cognitivo, un menor estrés en la adultez, menores problemas conductuales y conflictos con la ley, entre otros, tal y como se muestra en el informe de participación de los padres en el sistema público de salud de Chile.[2]

Para Inés Alberdi y Pilar Escario, según plasman en el libro *Los hombres jóvenes y la paternidad*, los beneficios de una «buena paternidad» en las hijas e hijos serían muy elevados:

Los padres tienen una importancia fundamental en el desarrollo de sus hijos, y cuando el padre se responsabiliza de la crianza, en condiciones similares a las de la madre, el niño muestra un desarrollo escolar y un comportamiento más saludable que cuando es la madre solo quien atiende a estas tareas.

Por el contrario, la ausencia y el desentendimiento de los padres tienen enormes costes económicos y sociales, directos e indirectos. Por ejemplo, los hogares con ausencia paterna suelen presentar mayores costes para el Estado en programas de asistencia, debido a la mayor prevalencia de problemas psicosociales.

Michael Lamb ha desarrollado un ingente trabajo de investigación sobre los roles de los padres y su impacto, tanto directo como indirecto, en el desarrollo de las niñas y los niños. Su teoría viene a avalar la importancia de la implicación positiva de los padres como un elemento de primer orden para generar relaciones de apego seguro. Según Lamb, todo ello incide de forma positiva en el desarrollo integral de las niñas y los niños.

Pero también tenemos que tener cuidado, ya que, reforzando esta idea de Lamb, en el estudio sobre la participación de los padres realizado en Chile al que hemos hecho referencia se habla de que «algunos funcionarios sospechan (y otros casi aseguran) que la participación de muchos padres es más discursiva que material, de este modo habría que tener una duda razonable frente a las actividades que los hombres reportan hacer».

En este entramado de relaciones, a pesar de la creciente implicación de los padres en la crianza, hay una distancia significativa entre lo que debo ser, lo que creo hacer, aquello que considero justo y propio de un buen padre y lo que realmente hago. El factor generacional no está exento de paradojas, y para entenderlo en toda su dimensión hay que tener en cuenta la brecha y las contradicciones que se pueden dar entre los ideales y las prácticas. Según los datos de la encuesta del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) de 2012, las nuevas generaciones expresan en los distintos sondeos de opinión actitudes claras a favor de la igualdad dentro de la familia. Un 79 % de las personas entre 25 y 34 años encuestadas opinan que la familia ideal es aquella «en la que los dos miembros de la pareja tienen un trabajo remunerado con parecida dedicación y ambos se reparten las tareas del hogar y el cuidado de los hijos e hijas». Pero la relación de hombres y mujeres con el mercado laboral sigue siendo significativamente desigual.

En este sentido, en la investigación llevada a cabo por Harrington, Van Deusen y Humbert en el 2011, publicada con el título «The New Dad», destaca el hecho de que la mayor parte de los padres que participaron en su estudio expresaban la aspiración de mantener unas relaciones igualitarias con sus parejas respecto al reparto de los trabajos reproductivos y de cuidados. Pero la paradoja reside en que, según los resultados de la investigación, los padres se identifican de una forma equilibrada como breadwinners como caregivers (cuidadores). Así, resulta significativo que «a pesar de los deseos igualitarios expresados por los hombres, la mayoría de los padres no tienen realmente prácticas igualitarias. Hay por tanto una brecha evidente y constatada entre el “debe ser” y el “es” en el reparto igualitario o no de los trabajos de cuidado».

La paternidad igualitaria está lejos de ser un fenómeno local: refleja una tendencia global en la que las paternidades en todo el mundo se están transformando gracias al impulso que supone el empoderamiento de las mujeres y su incorporación al mercado laboral. Prueba de ello es que en el año 2015 se presentó por primera vez en Nueva York, en la sede de ONU Mujeres, el «Panorama del estado de los padres en el mundo» (*State of the World's Fathers*), y en junio de 2017 se presentó en Belgrado el segundo informe, que recogía evidencias y experiencias sobre la implicación de los padres en la crianza en todos los rincones del planeta, desde Brasil a Ruanda, pasando por Ucrania, Estados Unidos, India o Croacia.

Paso a describir algunos de los elementos más significativos que resultan de estos informes, así como de algunas de las investigaciones internacionales más contrastadas, que destacarían la multiplicidad de ventajas que presentan los modelos y prácticas igualitarias de los hombres en la crianza.

LA PATERNIDAD POSITIVA ES UN FACTOR DE SALUD

La paternidad positiva contribuye a que las hijas y los hijos crezcan más sanos. Existe constatación de que la participación del padre afecta a los hijos e hijas tanto como la de la madre. La intervención de los padres se ha relacionado con un aumento del desarrollo cognoscitivo y del rendimiento académico, una mejor salud mental de los niños y las niñas, así como con tasas de delincuencia más bajas entre los hijos varones. Estudios realizados en múltiples países han

demostrado que la interacción de los padres es importante para que sus criaturas adquieran empatía y aptitudes sociales.

Aquellos adolescentes que contaron con un padre involucrado durante su infancia es más probable que presenten una mejor salud mental, menor consumo abusivo de alcohol y drogas, menos problemas con la ley y menos riesgos en salud sexual y reproductiva.

LA PATERNIDAD CON APEGO SEGURO INCIDE EN EL MEJOR RENDIMIENTO ESCOLAR

Como señala Gary Barker:

En años recientes, los investigadores han empezado a incluir también las perspectivas de los propios hombres sobre sus roles en las familias. Cada vez más, sin embargo, los investigadores afirman que los hombres participan en el cuidado de los hijos, a su manera, más de lo que comúnmente se cree.

Como se recoge en el «Estudio sobre la participación de los padres en el sistema público de salud de Chile», existe un cuerpo cada vez más amplio de investigaciones que evidencian el efecto del involucramiento de los padres en diversos ámbitos. Estos estudios sugieren que, cuando los padres tienen una presencia de calidad en la vida de sus hijos/as, estos tienden a desarrollarse mejor en diversas áreas, tales como la salud física y mental, la motivación al estudio, el rendimiento académico, el desarrollo cognitivo y las habilidades sociales, una mayor autoestima, menos problemas de conducta y mayor tolerancia al estrés, entre otras.

LA PATERNIDAD COMPROMETIDA AFECTA AL DESARROLLO EMOCIONAL DE LAS CRIATURAS

Otro dato significativo que destaca Barker en relación con las ventajas de la implicación de la figura del padre en los cuidados de las niñas y niños es que «estos los benefician en términos de su desarrollo social y emocional, muchas veces se desempeñan mejor en la escuela y tienen relaciones más sanas como adultos». Sin embargo, un último dato importante de esta investigación y que conviene tener en cuenta es que «tener múltiples cuidadores, o tener un(a) segundo(a) cuidador(a) para apoyar al cuidador primario, es más importante que el género del cuidador en sí mismo».

Steve Biddulph, autor del libro *El secreto del niño feliz*, dice que «el padre involucrado alivia la carga de la madre, mejora su crecimiento personal y aumenta el bienestar de los hijos e hijas». Según este autor, en las familias igualitarias, los padres mantienen relaciones afectivas más intensas con sus niños y niñas y estos son menos vulnerables emocionalmente, tienen un carácter más alegre y rinden más en el colegio.

LA PATERNIDAD IGUALITARIA CONTRIBUYE AL EMPODERAMIENTO DE LAS MUJERES

Este tipo de paternidad facilita que las mujeres y las niñas de hoy alcancen su máximo potencial. Al ser corresponsables de los cuidados y las tareas domésticas, los hombres apoyan la participación de las mujeres en la fuerza laboral y la igualdad de las mujeres en general. La paternidad equitativa también se transmite de generación en generación: se ha comprobado que contribuye a que los niños acepten la igualdad de género y a que las niñas tengan sentido de autonomía y empoderamiento.

La presencia activa y corresponsable del padre también suele ser positiva para las madres, quienes tienden a tener menos sobrecarga en las tareas de cuidado y domésticas y a incrementar su salud física y mental.

EL COMPROMISO DE LOS PADRES CON UNA PATERNIDAD PRESENTE DISMINUYE LA VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES

Se ha confirmado mediante estudios de investigación que determinadas formas de violencia (en particular, la violencia perpetrada por los hombres contra sus parejas) a menudo se transmiten de generación en generación. Los datos obtenidos en ocho países revelaron que los hombres que de niños vieron a la pareja de su madre pegarle, de adultos tenían de dos a dos y media veces más probabilidades de usar la violencia contra sus parejas. Por el contrario, una división más equitativa de los cuidados está asociada con una reducción en los índices de violencia contra los hijos e hijas. Por ejemplo, en un estudio noruego representativo de ese país se encontró que las tasas de violencia perpetrada por las madres y los padres eran más bajas en los hogares donde los cuidados proporcionados por ambos eran más similares.

LA PATERNIDAD ACTIVA HACE A LOS HOMBRES MÁS FELICES Y SANOS

Los padres que se apegan de forma más positiva a sus hijos e hijas afirman que esta relación es una de las razones más importantes de su bienestar y felicidad. Algunos estudios señalan además que los padres que tienen una relación estrecha y sin violencia con sus hijos e hijas viven más, padecen menos problemas de salud mental o física, tienen menos tendencia a abusar de las drogas o el alcohol, son más productivos en sus trabajos, experimentan menos estrés, se accidentan menos, y manifiestan sentirse más felices que los padres que no tienen este tipo de relación con sus hijos e hijas.

LA PARTICIPACIÓN DE LOS HOMBRES EN LOS TRABAJOS REPRODUCTIVOS Y DE CUIDADOS PRODUCE BENEFICIOS ECONÓMICOS

En general, la presencia del padre en los cuidados también suele incrementar los ingresos familiares, lo que impacta positivamente en las posibilidades de desarrollo de hijos e hijas. Si las mujeres participaran en el mercado laboral tanto como los hombres, se estima que el PIB podría aumentar un 5 % en Estados Unidos, un 9 % en Japón, un 12 % en los Emiratos Árabes Unidos y un 34 % en Egipto. Se acumula la evidencia de que conceder un permiso familiar con sueldo es bueno para los negocios: mejora la retención del personal y reduce su rotación, aumenta la productividad, sube la moral e incluso disminuyen el ausentismo y los costes de capacitación.

NIÑOS, NIÑAS Y MUJERES SE BENEFICIAN CUANDO LOS PADRES DISFRUTAN DE UN PERMISO DE PATERNIDAD

El permiso de paternidad es un paso vital para que se reconozca la importancia de compartir el cuidado de los hijos e hijas y constituye un medio significativo para promover su bienestar y la igualdad de género en los hogares, el trabajo y la sociedad en su conjunto.

En definitiva, para muchos de nosotros, la paternidad ha sido la experiencia vital más conmovedora, profunda y transformadora (pero también perturbadora, desempoderante y a veces angustiante) que hemos tenido la suerte de elegir vivir. Como seguramente hubiera dicho hoy en día Simone de Beauvoir, «el padre no nace: se hace», y el feminismo supone una oportunidad extraordinaria para *hacernos* mejores padres y hombres más justos. Y, en este lío compartido, quienes lo compartimos en equipo podemos aprovechar para aprender a liberarnos juntos, mientras «madreamos» y «padreamos».

PADRES QUE PLANCHAN: HIJAS PODEROSAS

Un reciente estudio de la University of British Columbia, en Canadá, constata que en los hogares igualitarios —aquellos en los que padres y madres se reparten de manera equitativa los trabajos domésticos— los hijos e hijas tienen más probabilidades de ser adultos igualitarios. Algo lógico, ya que los niños aprenden los valores de sus progenitores. Pero lo más revelador de la investigación es la influencia del quehacer del padre igualitario en sus hijas: estas tienden a escoger profesiones vinculadas a estereotipos masculinos más que las habituales profesiones femeninas vinculadas al cuidado y al servicio. De este estudio se desprende que también está en manos de los hombres el avance femenino en campos tradicionalmente masculinos, como son las ingenierías o las carreras de ciencias.

El estudio, publicado en la revista *Psychological Science*, se basó en los datos recogidos de 326 niños con edades comprendidas entre los 7 y los 13 años. Como señala la profesora del departamento de Psicología de la University of British Columbia y responsable de la investigación, Alyssa Croft:

Los resultados que hemos obtenido son importantes porque sugieren que un mayor equilibrio en la división

del trabajo doméstico entre los padres podría promover una mayor igualdad de fuerza de trabajo en el futuro de las nuevas generaciones.[3]

¿SE CURA EL MACHISMO TENIENDO HIJAS? LAS EMOCIONES MORALES COMO MOTOR DE CAMBIO

Barack Obama, en una carta escrita siendo aún presidente de Estados Unidos, hablaba sobre cómo haber sido padre de dos hijas representó un punto de inflexión que le había hecho concienciarse de muchos de los problemas que sufren las mujeres como consecuencia de la desigualdad de género. De hecho, una parte muy significativa de los hombres feministas o que están involucrados en los movimientos de hombres por la igualdad llegan empujados por lo que en psicología se conoce como las «emociones morales». La teoría de las emociones morales explica por qué no tenemos la misma percepción emocional cuando hacemos uso de nuestros privilegios en las relaciones con las mujeres cercanas que cuando pensamos en la posibilidad de que otros hombres lo hagan con nuestras hijas. Esto último parece que provoca un impacto emocional mayor, que nos hace reaccionar contra el sexismo, las raíces y las consecuencias de la desigualdad de una forma más clara y permanente, como en el caso de Obama y también en el de millones de hombres por todo el mundo.

A excepción de casos excéntricos como el del eurodiputado polaco ultraconservador Janusz Korwin-Mikke, que defendió en la Eurocámara la brecha salarial de las mujeres respecto a los hombres porque «son inferiores a los hombres», hoy en día es muy raro encontrar hombres que se definan públicamente como machistas o defensores de la supremacía masculina. Aunque sí es cierto que desde la ideología ultra se transita con facilidad entre la xenofobia, el racismo y el sexismo. En cualquier investigación sociológica, la inmensa mayoría de los hombres nos posicionamos a favor de la igualdad de mujeres y hombres, de compartir los trabajos domésticos y reproductivos e incluso de las medidas de acción positiva. Es como si la batalla ideológica de la igualdad estuviera ganada, pero nosotros siguiéramos perdiendo la guerra de lograr la igualdad real. Algo que me ha llamado siempre la atención en las miles de horas de formación que he impartido sobre los hombres y la masculinidad es que, incluso en casos extremos, como el de aquellos hombres que estaban presos por violencia de género, ellos se identifican ideológicamente (o, más bien, estéticamente) a favor de la igualdad, incluyendo a los que tienen condenas graves por violencia. Parece evidente que la extensión de una ideología favorable a la igualdad, también entre los hombres, refleja los logros históricos de la lucha de las mujeres y el feminismo, pero estos últimos se pueden convertir en una dificultad para seguir avanzando hacia la igualdad real de las personas, ya que generan una ilusión igualitaria en un contexto todavía desigual.

PADRES PRESENTES, HOMBRES ANGUSTIADOS

A pesar de las ventajas que presenta la paternidad positiva, no todo es de color de rosa en el

camino que conduce a ella. También encontramos espinas. La paternidad comprometida es un ejercicio que tiene como consecuencia necesaria el desempoderamiento de quien la practica, acompañado muchas veces de frustración, aislamiento e incluso procesos depresivos. Nada nuevo para las mujeres que han ejercido la maternidad, pero que sí resulta novedoso para los hombres.

Como señales del cambio, en los últimos tiempos han proliferado tanto en el cine como en la literatura personajes de hombres ejerciendo la paternidad de forma presente y compartiendo sus experiencias.

En la serie norteamericana *The Good Wife*, Andrew Wiley, uno de los detectives más perspicaces e incisivos de la serie, entrevista a sus clientes en la cocina de su casa mientras les cambia los pañales a sus hijas, asiste a reuniones equipado con biberones o persigue e interroga a los criminales al mismo tiempo que empuja el carrito de su hija pequeña y la mayor juega alrededor. No deja de ser un papel un tanto temerario para las criaturas, pero es una señal inequívoca de que algo ha empezado a cambiar respecto a la imagen de la implicación de los padres en la crianza. Lo que no refleja la serie son las sombras, contradicciones o limitaciones que puede sentir este padre, un auténtico stay-at-home dad (amo de casa), al que no parece inquietarle tener que estar todo el tiempo con sus hijas, incluso en el trabajo. Lemond Bishop, el narcotraficante y asesino protagonista de la serie que cuida en solitario a su hijo, confiesa en uno de los capítulos cómo fue abandonado por su padre y que su máximo objetivo en esta vida es cuidar, proteger y lograr que su hijo sea feliz. Esa es la razón por la que decide dejar sus «negocios»: porque su hijo no será libre por culpa de su trabajo.

Karl Ove Knausgård es un claro ejemplo de esta cara oculta, de las sombras y las contradicciones que también entraña la paternidad para los hombres. Su angustia me recuerda mucho a las vidas de las mujeres que describió Betty Friedan en su conocida obra *La mística de la feminidad*, porque el cuidado, cuando se ejerce en una sociedad en la que no se valora, impacta en las vidas de las personas cuidadoras más allá de la mística que podamos crear a su alrededor. Knausgård, salvando las distancias con las mujeres norteamericanas de aquella época, en su novela autobiográfica *Un hombre enamorado*, se adentra en las contradicciones que afloran en la práctica de una paternidad presente, que entra en contradicción con el modelo de masculinidad autorreferencial y egocéntrico para el que hemos sido socializados:

Lo de andar por la ciudad con carro y niña, dedicando mis días al cuidado de mi hija, no aportaba nada a mi vida, no la enriquecía, al contrario, en esa vida se perdía algo, una parte de mi yo, la que tenía que ver con mi masculinidad. Esto no me quedó claro gracias a los pensamientos, porque los pensamientos sabían que yo lo hacía por una buena razón, es decir, que Linda y yo fuéramos iguales en relación con nuestros hijos, sino con los sentimientos, que me llenaban de desesperación cuando de esa manera me metía a presión en un molde tan pequeño y tan cercano que no podía ni moverme.

Knausgård describe a la perfección cómo nos sentimos muchos hombres en relación con la ruptura que supone la implicación en la crianza de nuestras criaturas con el modelo de masculinidad hegemónica, basado en la libertad individual y la ausencia de compromiso y para el que fuimos preparados y adoctrinados desde edades bien tempranas. Para el escritor, transitar o asumir el paradigma de la igualdad y la justicia en la paternidad supone aceptar racionalmente la

necesidad de la implicación responsable y presente en la crianza. Siendo así, «no es de extrañar que en todas partes hubiera hombres que se refugiaran en lo tierno y lo cercano», pero todo ello a costa de la «felicidad de uno». Esta doble moral o contradicción interna la sentimos prácticamente todos los hombres que hemos sido emigrantes igualitarios, transitando de los modelos hegemónicos —no cuidadores, emocionalmente distantes y autorreferenciales— que aprendimos a ser a los hombres nuevos que requiere la práctica deseable y esperada de la igualdad. Llama la atención cómo a esos nuevos hombres, entre los que se incluye el propio Knausgård, los describe feminizados, frágiles y no deseables, como «hombres de brazos delgados y caderas anchas», que conversan sobre el porteo o la comida de los bebés. El novelista se siente atado, por cultura y clase social, a desempeñar el papel que antes se atribuía a la mujer:

Si quería liberarme, sería posible, pero no sin perder todo. [...] Esa era la razón por la que andaba moderno y feminizado por las calles de Estocolmo, con un rabioso hombre del siglo XVIII en mi interior.

Es como si la obligatoriedad moral dominara la estética del hecho de ser hombre en el siglo XXI, pero con una emocionalidad torpe, anclada en las sombras del modelo aprendido y aprehendido que, como las muelas del juicio, sigue presente en nuestra biología, aunque ya no sirva para los hombres de hoy y esté abocado a la extinción. Knausgård reconoce que podría liberarse, dejar de estar presente, renegociar el pacto igualitario que tiene con su pareja por otro no justo, escribir sus libros sin limitaciones, disponer de todo el tiempo para él nuevamente... Pero, como el resto de los padres que ya están del lado de la presencia y la conciencia, no se lo quiere perder. Detrás de todo esto no hay más que la pérdida de los privilegios por tener que cuidar, pero sobre este tema volveremos a hablar más adelante. Esta tensión dialéctica entre el ocaso del hombre que fue y el que estamos construyendo evoca la expresión de Fausto: «Dos almas habitan en mi pecho, pugnando por separarse». Y esta convivencia dicotómica genera necesariamente incertidumbre por dilucidar cuál será la verdadera identidad del hombre del siglo XXI: la clásica, apoyada en el binarismo radical, los privilegios, la desconexión con los cuidados, el cuerpo y las emociones; o la «nueva», integradora, conectada, empática, cuidadora y precursora de un nuevo paradigma andrógino-diverso.

¿Tiene que pasar necesariamente la paternidad plena o igualitaria por la feminización de los hombres? ¿Qué supone esa feminización? ¿A dónde nos lleva a nivel identitario? ¿Existe la posibilidad de empezar a pensar en un ser humano andrógino, diverso y complejo, superador del binarismo de género, que integre lo masculino y lo femenino en un solo ser o experiencia humana? En esta misma línea, en unas jornadas internacionales sobre paternidades que transforman que coordiné en el año 2016 y que organizó el Gobierno Vasco, Miguel Lorente, ante la pregunta de qué es ser un buen padre, respondió que ser un buen padre pasa por que los hombres seamos «madres», es decir, que asumamos los trabajos de crianza desde un plano equitativo, desde una responsabilidad plena, autosuficiente y no delegada.

Paradójicamente, uno de los últimos reductos legales en los que sobrevive la desigualdad por ley son los permisos de maternidad y paternidad. Hasta que la ley no nos haga iguales, será muy difícil que la igualdad real entre mujeres y hombres sea un hecho, ya que presuponer que la cuidadora principal de las criaturas es obligatoriamente la madre profundiza en la brecha que persiste en el mercado laboral y la economía y relega a las mujeres a una situación de desigualdad crónica.

Un dato curioso y significativo de la trascendencia de los permisos de paternidad y maternidad iguales e intransferibles es que, según los datos de la encuesta IMAGES, uno de los factores que inciden en la disminución de la violencia contra las mujeres pasa por que los hombres hayan disfrutado de un permiso parental.

Este tipo de políticas, cuando se diseñan con «potencialidad género-transformativa», como señala Carmen Castro, provocan un cambio de comportamiento en la norma social masculina a través de un mayor uso del tiempo asignado al cuidado infantil. Esta transformación estructural repercutirá también en el cambio del orden de género, en los roles y en las expectativas respecto a los modelos de paternidad y maternidad, propiciando otras alternativas al estándar patriarcal.

Según el sociólogo Scott Coltrane, investigador del Swedish National Institute of Public Health, los hombres que toman el permiso de paternidad para cuidar de sus hijos e hijas viven más tiempo que los que no lo hacen. En base a un estudio realizado en Suecia, los padres que pidieron un permiso de paternidad en 1978 y 1979, en 2001, tenían un riesgo de muerte menor en un 16 %, y quienes tomaron los permisos más largos tuvieron los mayores beneficios. El estudio apunta a que el aumento de la participación en la crianza de los hijos puede reducir algunos de los efectos perjudiciales de la masculinidad tradicional para la salud de los hombres.

Liza Mundy también señala en la edición de enero/febrero de 2013 de la revista Atlantic:

Los hombres que tienen permiso de paternidad tienden a permanecer más involucrados en el cuidado de los niños y en ver cómo sus hijos crecen. Y tienden a compartir por igual las tareas del hogar, lo que aumenta la satisfacción de las mujeres. Cuando los padres están involucrados en el cuidado de los niños, las mujeres gozan de mayor riqueza, de poder y de autoridad en la sociedad en general. Y los estudios muestran que sus hijos disfrutan de algunas ventajas sociales y cognitivas y que tienen una visión del mundo más equilibrada.

Otro aspecto importante que puede afectar una desigual implicación de hombres y mujeres en los trabajos reproductivos y de cuidados lo encontramos en la inequidad existente a nivel legislativo en cuanto a las licencias parentales se refiere. Según el sistema español de licencias parentales, las madres tienen derecho a un permiso de maternidad de 16 semanas, de las que 10 pueden ser transferidas al padre. Los padres tienen legalmente el derecho a 4 semanas de permiso de paternidad si son empleados. Legalmente, tanto el padre como la madre tienen derecho a una excedencia no remunerada para cuidar a los hijos e hijas por una duración máxima de 3 años. Teniendo en cuenta la trascendencia que distintos autores señalan sobre el nacimiento de la primera criatura en las relaciones de igualdad dentro de las parejas, estas diferencias pueden venir a acrecentar las tendencias no igualitarias.

ESTUDIOS DE LAS PATERNIDADES

Abordar el estudio de las paternidades pasa necesariamente por analizar también los modelos e ideas diversas y cambiantes que hay en nuestra sociedad sobre las maternidades. Como señala Elisabeth Badinter, «si la madre es un personaje relativo [...], no se concibe sino en relación con el padre y el hijo». Por lo que parece obligada la inclusión de la figura del padre en los análisis y objetos de estudio relativos a la maternidad, del mismo modo que las maternidades deberían estar presentes en el análisis sobre las paternidades. Como señalan Alberdi y Escario, las nuevas formas de ser padre que observamos en la actualidad son fruto directo de las transformaciones protagonizadas por las mujeres en sus vidas.

Históricamente, desde las ciencias sociales clásicas y desde las teorías críticas se ha reflexionado poco sobre los significados de la maternidad, y menos aún sobre los de la paternidad. Tanto la naturalización de la maternidad como una paternidad invisibilizada por el sesgo androcéntrico de las sociedades han dificultado esta tarea. Como señala Irati Fernández en su investigación sobre el feminismo y la maternidad:

Abordar directamente la maternidad, eludiendo el esencialismo al cual los análisis clásicos la han marginado [...] es un *locus* privilegiado para analizar cuestiones como las relaciones de poder, las relaciones de género, las estructuras ideológicas y el discurso hegemónico en el que se apoya, así como los factores de subordinación y desigualdad.

Por tanto, la incorporación de los estudios sobre la paternidad desde una perspectiva de género enriquece necesariamente esta perspectiva, al ser tanto la maternidad como la paternidad fenómenos profundamente relacionales, ideológicos, culturales y de gran impacto por su papel en la reproducción social.

Simone de Beauvoir, en su obra *El segundo sexo*, también describe la maternidad como un hecho cultural, social y político, y es este carácter cultural el que viene a explicar la subordinación de las mujeres.

Hay cierto consenso en el ámbito académico sobre los nuevos pactos en clave más igualitaria que se pueden estar produciendo en las parejas actuales. Como señala Fernández: «Es precisamente ahora, en esta época histórica, cuando empiezan a asomar nuevos modelos de relación de pareja y familiar más igualitarios». María Jesús Izquierdo menciona que en la actualidad incluso se oyen voces que hablan de un «nuevo contrato sexual», pero se cuestiona si acaso es posible hablar de un viejo y un nuevo pacto. Y añade: «En el ámbito de la pareja, estos cambios vienen a formar un tipo de relación que algunas autoras denominan como parejas simétricas».

Nos encontramos ante un nuevo escenario, donde las identidades parentales tradicionales han vivido transformaciones significativas, pero no se nos puede escapar que, al mismo tiempo, nos mantenemos en un contexto en el que la implicación relativa de cada progenitor responde a la lógica tradicional de los roles de género.

SEÑORAS, COMPAÑERAS, AMIGAS: ¡MUCHO CUIDADO CON LA PRIMERA CRIATURA!

Otro aspecto significativo que también se señala en distintas investigaciones hace referencia a la trascendencia e impacto en las relaciones de género que tiene el nacimiento de la primera criatura:

Según muestran recientes estudios europeos y americanos, la transición al primer hijo constituye el periodo en el que se agudizan las desigualdades de género en la pareja, y será, por tanto, clave para entender esta discrepancia entre ideales y realidad.^[4]

En el contexto español, son pocos los estudios sobre cómo la llegada del primer hijo o hija cambia las relaciones de género en la pareja heterosexual.

Hay que tener en cuenta que, a pesar de los cambios generacionales culturales, económicos y legales acaecidos en los últimos tiempos, como señalan muchos autores y autoras, como Jurado y González, la maternidad influye negativamente en la igualdad de género debido a que las mujeres acaban realizando más tareas domésticas y de cuidado que sus parejas:

Esta sobrecarga en el trabajo en el ámbito doméstico genera, además, desigualdades a lo largo del ciclo de vida de las mujeres, porque las penaliza en sus posibilidades de participación en el mundo laboral.

MALAS MADRES Y AHORA PADRES BUENOS. ¿DE QUÉ VAIS?

Hay un movimiento incipiente que reivindica el derecho a ser «malas madres» y que tiene como objetivo ayudar a desmitificar la maternidad y romper con el mito de la madre perfecta, abnegada y omnipresente. Un buen ejemplo de ello es el Club de Malasmadres, que es una comunidad emocional 3.0 de madres con «mucho sueño, poco tiempo, alergia a la ñoñería, con ganas de cambiar el mundo o al menos de morir en el intento». Laura Baena, impulsora de la iniciativa, sintió la necesidad de compartir su visión de una maternidad real que reivindicase un nuevo modelo social de madre: «Madres que luchan por no perder su identidad como mujer y que se ríen de sus intentos fallidos por ser madres perfectas». Se trata de un movimiento global que aglutina a más de 350.000 madres en redes sociales y que se ha convertido en un referente de toda una generación de mujeres, trabajadoras y madres.

Otro ejemplo de esta tendencia que reivindica la imperfección es la Asociación de Mujeres Imperfectas, que es un grupo de mujeres que se plantean «hacer frente a la absurda presión que supone intentar ser perfectas». Se juntan, desde un sentido del humor y una creatividad envidiables, para «ser como somos, sin juzgarnos, sin compararnos, solo ser» y disfrutar de lo que les gusta de ellas mismas y de lo que no, también. Su objetivo es el empoderamiento individual para la acción colectiva.

Por el lado de la paternidad y los hombres, también se está produciendo todo un fenómeno global, ligado a las experiencias de la paternidad, de hombres que se reúnen y comparten a través de las redes sociales. A nivel internacional hay distintas iniciativas como Dad Blogs, que en

España surgen alrededor de la propuesta liderada y cuidada por Joaquim Montaner, Papás Blogueros, quienes reivindican que otro tipo de paternidad es posible y existe: la de los padres implicados. A pesar de ser minoritarios en la Madresfera, los hombres van ocupando cada vez un mayor espacio en los blogs y redes de hombres que comparten su experiencia como padres. La «padresfera» no llega aún a representar un 10 % del total de espacios con esta temática, pero su progresión es notable.

La especialista en género y maternidad Paloma Gutiérrez y mi admirada Silvia Allende, promotora del Café para Madres, me suelen recordar las dudas que me surgen de la idea de reivindicar la bondad en los padres, ya que ellas trabajan en la deconstrucción del ideal de maternidad que tanto condiciona la vida de las mujeres que son madres y trabajadoras. La apuesta de reivindicar la bondad en los padres, asociada a las virtudes clásicas como la justicia, la templanza, la generosidad, la veracidad, la fortaleza o la moderación, no es un baile de hombres para hombres, sino que se plantea, desde una perspectiva relacional, como el camino específico que tenemos que transitar los hombres que somos padres hacia una paternidad en la que asumimos nuestra responsabilidad en el cuidado al 50 %. El empoderamiento de las mujeres en la maternidad supone necesariamente «soltar lastre», mientras que para nosotros tiene que significar «tomar el peso específico» de los cuidados que nos corresponde: empoderamiento-desempoderamiento; salir-entrar; soltar-asumir; empleo-trabajo reproductivo. En un contexto de origen de masculinidades hegemónicas con altos niveles de toxicidad y desconectadas de los cuidados, reivindicar la bondad en los hombres supone identificar las masculinidades con la belleza, la ternura y la confianza, lo que nos une con fuerza a la esperanza de la transformación hacia paradigmas de masculinidad-paternidad emergentes. La bondad en masculino no es neutra, sino que se apoya en valores de equidad y justicia, pero también en el reconocimiento y esfuerzo que, desde sus limitaciones y condicionamientos de género, hicieron los hombres-padres que nos precedieron: honrar el pasado, pensar en los hombres con acciones bondadosas que siempre han existido, nos libera y permite proyectarnos al futuro en clave de amor. Así, los padres buenos son los hombres imperfectos que comparten la vida con las malas madres, y serlo nos permite, desde el reconocimiento mutuo de las imperfecciones, bailar al mismo son, la música de una existencia que compartida y negociada será siempre, al menos, más divertida. Sinceramente, me parece mucho más operativo acompañar a los hombres en la transición que necesitamos hacia modelos de paternidad más completos desde la amabilidad, señalando las áreas de mejora, pero también poniendo en valor los avances desde la no victimización, la ternura y, por qué no, la belleza. ¿No crees? Como afirma Amelia Valcárcel, «negar la belleza sería absurdo, porque es uno de los grandes ejes que hacen la vida deseable».

Evidentemente, me estoy refiriendo a las formas de relación donde se activan con más intensidad los roles de género, como ocurre con las parejas compuestas por hombres y mujeres. Insisto: en lo humano la diversidad es la norma, y ni la existencia se reduce al ejercicio de la maternidad y paternidad ni todas las personas son madres y padres, como tampoco lo son de la misma forma, ni todas las paternidades/maternidades se producen en el mismo contexto heteronormativo.

REPRODUCIRNOS ESTÁ BIEN (O EL SISTEMA SE VA A PIQUE)

Una de las principales consecuencias del machismo (o la masculinidad alejada de la responsabilidad compartida de los cuidados) es que dejamos de reproducirnos como especie.

España tiene una de las fertilidades (número de nacidos por cada mujer en edad fértil) más bajas de la Europa de los Quince: aun cuando a la mayoría de familias españolas les gustaría tener dos niños o niñas, el promedio es de solo 1.3 hijas/os por mujer, que es una cifra menor de lo que se requeriría para que se equilibrara el descenso de la población debido a la mortalidad. Alemania, locomotora económica de la Unión Europea, tiene en estos momentos la tasa de natalidad más baja del mundo. La ONU predijo que en 2030 el porcentaje de alemanes en puestos de trabajo caería en un 7 % hasta el 54 %, algo que podría poner en peligro la economía nacional germana. Mientras, en países como Portugal se estima que caiga en un 40 % en los próximos años, por lo que si no se invierte la tendencia actual, su población pasará de 10.5 millones de habitantes a 6.3 en el año 2060. Según apuntan las visiones más pesimistas, el Viejo Continente se encamina hacia una tormenta demográfica gigantesca que se cree que sacudirá las economías nacionales del bloque. Una opción para evitar el colapso demográfico es abrir las fronteras a la población emigrante, y la otra pasa necesariamente por fomentar la equidad entre hombres y mujeres, pero también por que las políticas públicas se pongan manos a la obra y garanticen la posibilidad de tener hijas e hijos a quien lo desee, destinando recursos públicos a permisos de paternidad iguales e intransferibles, guarderías, apoyo a las personas autónomas, racionalizando horarios, etc.

Si muere más gente de la que nace, la población descende; si la población joven descende, se invierte la pirámide poblacional; y si se invierte la pirámide poblacional, se rompe el equilibrio de los sistemas de protección social, de pensiones y de salud.

Según apuntan distintas investigaciones, hay dos factores que influyen en la decisión de muchas mujeres de no ser madres o retrasar el momento de la maternidad. Uno de ellos es la extensión de los estudios, unida a la incorporación a un mundo laboral precarizado; la otra, la falta de implicación de sus parejas en los trabajos reproductivos y de cuidado que supondría la maternidad, en un desequilibrio desempoderante para ellas. Por lo tanto, sin igualdad no nos reproduciremos, de modo que necesitaremos la incorporación real y efectiva de los hombres a los trabajos de cuidado para seguir existiendo como especie, a no ser que se impongan las legítimas tesis extincionistas.

LA NATURALEZA HUMANA ES CULTURA ESCULPIDA EN CUERPOS

CON LA NATURALEZA A FAVOR: ESTAMOS DISEÑADOS PARA EL BIEN

La naturaleza es cultura, y la cultura se materializa de forma dinámica e inevitable en la magia de la plasticidad y potencia de los cuerpos. Desde hace demasiado tiempo, las ciencias sociales — como la antropología, la sociología o la psicología social—, las investigaciones de género y yo mismo hemos vivido de espaldas a la luz que nos podían aportar los avances en las investigaciones fundamentadas en la biología, además de haber estado enfrentados en algunas ocasiones. Una vez que hemos entendido y demostrado que la biología no es un espacio cerrado y determinista, sino que es tan plástico, complejo y muchas veces contradictorio como lo es la cultura en la que vivimos, esto nos ayudará a abrir nuevas vías de análisis e interpretación de la realidad, así como en lo relativo a la igualdad de mujeres y hombres. Así, podremos comprender mejor la relación entre la base biológica de nuestros cuerpos y nuestro fundamento social y cultural, entender y defender que no pueden disociarse, que somos una cosa y otra —naturaleza y cultura, que bailan juntas, que se necesitan y se transforman en una relación dinámica, interdependiente y asombrosa— y que eso nos hace ser la prodigiosa potencia que somos: mujeres, hombres, seres humanos.

A pesar de los pesares, somos una especie afortunada. Además de habitar en un planeta de lujo, envidia de toda la galaxia, tenemos la inmensa suerte de que biológicamente, como tribu humana, por paradójico que pudiera parecer, estamos diseñados para el bien. En el hecho humano, lo natural, predominante y fundamental para la vida son los cuidados y la compasión, que unen y armonizan las existencias, mientras que la violencia siempre separa, rompe y destruye tanto lo más sencillo como lo sublime. No obstante, no es cosa menor reconocer que la insistencia de la cultura violentológica dominante y jerarquizada en la que hemos sido socializados nos pudiera hacer creer lo contrario.

La empatía, esa capacidad innata en los seres humanos de sentir lo que las demás personas sienten, nos viene de serie. La compasión es un estadio superior, ya que supone estar capacitado y dispuesto, así como tener la voluntad de utilizar las herramientas necesarias para aliviar el

sufrimiento humano. Además, los circuitos neurológicos asociados a la compasión, el cuidado y la ternura están estrechamente ligados a la zona motora del cerebro, por lo que la práctica de la compasión lleva irremediablemente a la acción; la acción cuidadora, a la ternura; y esta, nuevamente, a un grado superior de compasión.

El antropólogo Clifford Geertz define en *La interpretación de las culturas* al ser humano como «un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, por lo que la cultura sería una jerarquía ordenada de estructuras de significación socialmente establecidas en virtud de las cuales la gente se maneja». Por tanto, nacer con un cuerpo sexuado que aprende y siente es universal, pero ser hombre o mujer es un hecho variable, circunstancial y relativo a la descripción densa de los significados de serlo en una cultura concreta en un momento determinado. De este modo, cualquier ciencia que pretenda investigar la cultura no puede ser una ciencia experimental en busca de leyes universales, sino que se centrará en el análisis y comprensión de los significados, que siempre son relativos. Por tanto, la universalidad de lo humano se encuentra en la experiencia por la que los cuerpos absorben los discursos, estructuras, jerarquías y acciones de la cultura, sintiendo placer, dolor, miedo, seguridad, angustia o alegría, dependiendo de la bondad y armonía del sistema de significados. En contextos de equidad, seguridad económica, infancia con relaciones de apego seguro, sostenibilidad ambiental, justicia, amor y paz, somos una especie tremenda, todo un lujo evolutivo, en el que las personas podemos desplegar todo nuestro potencial creativo, que nos conecta con la esperanza y alegría de vivir. Crear significados compartidos para el bien es una de las tareas más elevadas de las sociedades.

Nuestras neuronas espejo y los neurotransmisores que traemos también de serie, junto con su capacidad de generar realidad y de «bailar» entre ellas, hacen que las personas que se han desarrollado en un ambiente saludable y con apego seguro sientan el dolor y el sufrimiento ajenos como algo propio, del mismo modo que nuestro sistema olfativo es capaz de detectar el olor a tierra mojada, a lavanda o a putrefacción. Así es nuestra especie, diseñada para compartir emociones, alegrías y penas.

Por suerte, cada vez están más superados muchos de los mitos sobre los cerebros distintos de las mujeres y los hombres, que no van más allá de explicar lo obvio. Nuevas y esperanzadoras investigaciones que integran la perspectiva de género han venido a reforzar la idea de que la mayoría de las diferencias biológicas entre hombres y mujeres son relativas y muy poco significativas, y que el carácter plástico de nuestro cuerpo y su maravilloso sistema nervioso central nos permiten mayor flexibilidad y mayor capacidad de adaptación de lo que podríamos llegar a imaginar.

Por otro lado, el análisis del papel que las hormonas juegan en los hombres aporta evidencias tremendamente sugerentes, porque somos lo que hacemos y hacemos aquello que logramos ser mediante nuestras acciones y opciones. Es decir, lo que hacemos nos transforma biológicamente, tomando del potencial físico la capacidad de adaptación.

Veamos qué ocurre con ese mito de la modernidad que hemos hecho de las hormonas. Las hormonas son aquellas sustancias segregadas por las células especializadas, localizadas en las glándulas endocrinas y que tienen como destino influir en la función de otras células. Pertenecen al denominado grupo de los mensajeros químicos, que incluye también a los neurotransmisores y las

feromonas. El método que utiliza nuestro cuerpo para regular la concentración de hormonas es el de realizar un reequilibrio o balance entre la retroalimentación positiva y la negativa, lo que regula su producción. Así, nuestras amigas las hormonas pueden ser estimuladas o inhibidas por otras, pero también por la actividad mental, las acciones o los cambios ambientales. Los andrógenos, hormonas sexuales masculinas como la testosterona, tienen como función principal el desarrollo de los caracteres sexuales en los hombres. Pero que esto no nos lleve a equivocarnos: la testosterona en los hombres es segregada básicamente por los testículos, pero las mujeres también la segregan desde los ovarios y otras glándulas, por lo que esta hormona es un elemento importante y esencial en todos los seres humanos, no solo en los varones. Aclaremos también otra cuestión importante: durante el desarrollo de los mamíferos, al principio las gónadas pueden transformarse tanto en ovarios como en testículos, y no es hasta la octava semana del desarrollo fetal humano cuando aparecen en las gónadas las células diferenciales masculinas, que servirán para el desarrollo de los testículos a partir de la gónada bipotencial primitiva. Es decir, las hormonas juegan un papel fundamental en la aparición de los genitales externos, que garantizarán nuestras posibilidades de reproducción como seres sexuados, pero el viaje hormonal que viviremos a lo largo de nuestra existencia es mucho más complejo, híbrido y superador de los binomios mujer-hombre/hembra-macho de lo que podríamos llegar a imaginar.

Con tu permiso, vamos a hacer una pequeña prueba del impacto de los juicios y estereotipos de género ligados a un aspecto tan maravilloso y complejo como son las hormonas. La oxitocina es esa hormona tan famosa en los partos que estimula las contracciones del útero y la expulsión de la leche en las mamas, pero que también está asociada al desarrollo de la confianza, la empatía y la generosidad entre personas. Si te pregunto: ¿segregamos los hombres también oxitocina? O prolactina, que es la encargada en las mujeres lactantes de estimular la producción de leche y la síntesis de la progesterona. ¿Somos los hombres productores también de prolactina? ¿Tú qué crees? La respuesta es sí. Definitivamente sí. Y aunque generalmente produzcamos menos cantidad que aquellos seres humanos con fenotipo femenino, estas hormonas —erróneamente consideradas «femeninas»— están presentes en nuestras vidas e influyen en nuestra forma de estar y ser en el mundo.

Según el resultado de distintas investigaciones, como la liderada por Michael Kosfeld, publicada por la revista *Nature* en 2005, la presencia de oxitocina produce un aumento de la confianza y la reducción social del miedo, siendo clave en la regulación de la amígdala. Según Kosfeld, la confianza que promueve y facilita la oxitocina juega un papel indispensable en la amistad, el amor, las familias, la política, las organizaciones sociales o la economía. Muchas investigaciones recientes prueban que la confianza contribuye a la satisfacción en las relaciones interpersonales, el éxito económico, político y social. Por el contrario, la ausencia o presencia limitada de oxitocina afecta específicamente la disposición de un individuo a aceptar los riesgos sociales que surgen a través de las interacciones interpersonales. Por tanto, la oxitocina es una de las bases biológicas de la conducta prosocial humana.

En su libro *Testosterone Rex*, la escritora feminista Cordelia Fine analiza la influencia y el impacto de la testosterona en la psicología y la desigualdad entre hombres y mujeres. Fine cuestiona la creencia de que la biología siempre deba estar desempeñando un papel principal en

la creación adaptativa de los comportamientos masculinos y femeninos.

Pues bien, tomando como hipótesis válida la relación entre las hormonas, la confianza y las actitudes no violentas, vamos a analizar algunas investigaciones que se han llevado a cabo sobre los hombres y la producción de hormonas. Según una investigación periodística realizada por Richard Orange, nos encontramos ante una verdadera explosión de nuevas investigaciones que vienen a demostrar el dramático impacto que la paternidad tiene en las hormonas de los hombres, que acompañan sus vivencias emocionales, los afectos y la capacidad de estar conectados con sus criaturas. Una investigación longitudinal liderada por Lee T. Gettler, basada en los casos de 624 hombres filipinos, mostró que, en el mes posterior a haberse convertido en padres, por la noche su producción de testosterona descendía en una media del 34 % (el caso más extremo registró una caída del 75 %). Sus niveles de oxitocina (llamada también «hormona del cariño») durante los primeros meses de paternidad casi duplican los del momento en el que las madres se quedan embarazadas. La prolactina, la hormona que desencadena la lactancia en las mujeres, era casi un quinto más alta en los padres de los infantes que en los que no eran padres. Una clara evidencia de que la presencia y tensiones propias de los cuidados modifican nuestra biología es que, en el estudio de Filipinas, los hombres que practicaban el colecho presentaban un decrecimiento mayor de los niveles de testosterona que los que no lo hacían. Otro mito que se nos cae es la asociación que popularmente se ha hecho entre el descenso de la testosterona en los hombres y la disminución de la libido, ya que esta está más relacionada con el cansancio asociado a los cuidados que al efecto hormonal. De hecho, está también demostrado que las parejas de los hombres más implicados en los cuidados están más satisfechas con su vida sexual que las que conviven con un previsible y mítico testosterónico «macho man».

Estas incipientes investigaciones se han realizado fundamentalmente con hombres que son padres, pero los resultados serían extrapolables a aquellos hombres con actitudes y prácticas de cuidado. La testosterona hace que las mujeres y los hombres (insisto: las mujeres y los hombres) desarrollen más su musculatura y sean más propensos a asumir riesgos y a estar más volcados y activos en lo que ocurre fuera. De hecho, en una misma empresa dedicada a la abogacía, las trabajadoras y trabajadores que atienden los casos en los juzgados tienen unos niveles de testosterona mayores que sus homólogos en la oficina. La testosterona parece alentar a las personas a la acción, a asumir un papel protagónico. Por otro lado, un estudio israelí realizado por el equipo de Omri Weisman en el año 2014 asocia los menores niveles de la hormona con la maduración. Descubrieron que aquellos que presentaban un menor nivel de la hormona eran más cariñosos, táctiles y comunicativos con sus bebés.

Podemos afirmar que, pese a los fuertes mitos existentes que asocian naturaleza y biología, gracias a la enorme capacidad adaptativa de nuestros cuerpos, que son muy diversos y conectados con otros cuerpos y con el entorno, el sexo también se construye de una forma dinámica, tanto cultural como biológicamente: somos como un buen plato de cuchara, en el que todos los ingredientes son imprescindibles pero cuya deliciosa realidad, creada en una cocción lenta y armoniosa, los supera a todos en su individualidad.

CREAR CAPACIDADES

El sistema patriarcal, el machismo cotidiano o el sexismo rancio han sido (y siguen siendo) unos de los mayores limitadores de las posibilidades de *ser*, *estar* y *hacer* de las personas en el mundo, ya que, desde la imposición de un sistema binario radical, las personas, definidas y desarrolladas como mujeres-femenino y hombres-masculino, difícilmente podrían desplegar todo su potencial.

Reflexionar sobre la igualdad supone cuestionarnos, por un lado, ¿por qué la igualdad?, y, por otro, ¿igualdad de qué? Y, sobre todo, ¿igualdad para qué? Se trata de tres cuestiones distintas, pero conectadas e interdependientes. La igualdad, por lo general, suele gozar de buena salud como concepto general, pero cuando pasamos a clasificarla en sus distintas variables y posibilidades, especialmente en las relativas a la igualdad de mujeres y hombres, surge el «problema» y afloran las resistencias.

Según el artículo 1 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, «todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros». Sin embargo, las mujeres padecen desigualdad en muchos terrenos y en todo el mundo, lo que supone un desajuste descomunal en lo que se refiere a la justicia. Como plantea Martha Nussbaum, «por todo el mundo hay personas que se esfuerzan en llevar unas vidas humanamente dignas», por lo que la dignidad de las personas y su búsqueda es, sin duda, un fenómeno universal e intrínsecamente humano.

Los planteamientos emancipadores de los feminismos y de las capacidades humanas son coincidentes y se retroalimentan, ya que ambas propuestas se centran en el florecimiento, la realización y las libertades humanas, y tratan de responder a una cuestión fundamental: ¿qué es capaz de hacer y ser cada persona? Según Nussbaum, el enfoque de las capacidades está centrado en las oportunidades disponibles para cada ser humano, en la capacidad de elección o en la libertad: que las personas puedan elegir o no llevar a cabo las prácticas que quieran desde su autodeterminación personal. La autora afirma que las capacidades (lo que Amartya Sen denomina «libertades sustanciales») son «un conjunto de oportunidades (habitualmente interrelacionadas) para elegir y actuar». La capacidad vendría a ser una especie facultad de libertad de opción que cada persona ejercería entre un abanico de posibilidades en una situación política, social y económica concreta. Así, promover las capacidades o la libertad de elección de los hombres y las mujeres consiste en promover áreas de libertad, que sería lo contrario a hacer que las personas funcionen en un determinado sentido, como sugiere e impone el esencialismo binario de género.

Las capacidades básicas de las personas son facultades innatas de cada una, o, como diría Sen: «Los seres humanos vienen al mundo con un equipamiento suficiente para múltiples “haceres” y “seres”». La capacidad, por lo tanto, sería la posibilidad de una persona de elegir entre distintas alternativas, por lo que el sexismo actuaría como limitante cultural de las capacidades humanas de primer orden al impedir que cada persona pueda optar en cada momento por las decisiones más adecuadas para su desarrollo personal. Este enfoque basado en las propias capacidades propugna que cada persona es un fin en sí misma, por lo que el objetivo de una sociedad digna sería producir capacidades para todas las personas, para que estas puedan elegir en cada momento en condiciones de seguridad y libertad, y siempre que eso no limite las

capacidades ajenas.

Por tanto, la tríada igualdad, justicia y libertad cuenta con los ingredientes básicos que, combinados y elegidos, son la pieza angular en la que se apoyaría la garantía de la dignidad humana, que sería el camino para poder vivir una vida que merezca la pena ser vivida, tanto de forma individual como colectiva. Como plantea el antropólogo Manuel Delgado, tenemos que reivindicar el «derecho a la indiferencia» o, lo que es lo mismo, que cada ser humano tenga el derecho y las libertades para construir su vida «siendo lo que quiera ser».

EL MATRIX DE GÉNERO

«Vivir en Matrix» se ha convertido en una expresión de uso común para describir la posibilidad de estar viviendo una ilusión de libertad: está ahí pero no lo ves. En la trilogía de *Matrix*, escrita y dirigida por las hermanas Lilly y Lana Wachowski, se plantea que en el futuro, tras una dura guerra, todos los seres humanos han sido esclavizados por las máquinas y las inteligencias artificiales creadas. Estas los tienen en suspensión y con sus mentes conectadas a una simulación social que representa el final del siglo XX: Matrix. La película destaca porque retoma y muestra el concepto clásico de filosofía sobre si el mundo de alrededor es real o ficticio. Se trata de una alegoría que vuelve a conectar con el mito de la caverna de Platón, donde creemos estar viviendo y creemos que lo irreal y lo falso, o las sombras, son la verdad. Así, lo que resulta sugerente y desasosegante a la vez de esta metáfora en clave de ciencia ficción sobre la vida moderna es que el dominio imperceptible de las máquinas o el sistema nos lleva a creer que existe una ilusión de libertad, mientras convivimos con férreas normas sociales, escritas también en clave de género y que son de obligado cumplimiento. Pensar que podemos estar viviendo en mundos paralelos que coexisten entre la percepción subjetiva de libertad y la sumisión a las normas sociales imperantes hace que la concepción clásica del patriarcado se parezca mucho a un mundo Matrix: el Matrix patriarcal. Ser hombre o mujer es como vivir en él: aunque estás ahí, no lo puedes ver, porque has llegado a creer que eres parte de lo que te han contado.

Al sistema Matrix de género no le interesaba extraer la energía humana de la misma forma para mujeres y hombres, sino que nuestro particular Matrix patriarcal nos programó para quedar divididos en dos: ser mujer, por un lado, y ser hombre, por el otro, pero desde la asimetría y el predominio de lo masculino y los hombres y no desde la equidad. De este modo, viviendo en la cápsula biográfica en la que nos hemos socializado (y que seguimos reproduciendo y adaptando constantemente, porque este proceso es interminable), llegamos a interiorizar la ilusión de la libertad de opción dentro de un modelo binario limitante en el que debíamos responder al mandato imperante: negro o blanco, hombre o mujer (y sin poder elegirlo porque ya venía dado por el sexo con el que nacimos).

En el Matrix específico en el que hemos sido socializados los hombres, se nos hizo creer y pensar que ser hombre estaba ligado a una esencia innata, natural e inmutable y que cada uno de nosotros tenía que responder a la expectativa de fuerza, dominio del espacio público, inteligencia, ostentación del poder, tenacidad, etc. Por el contrario, el programa que Matrix tenía reservado

para las mujeres se basaba en la expectativa del no poder, de ocupar el espacio privado, de responsabilizarse de los cuidados, de estar diseñadas para el desarrollo de competencias expresivas, para amar y obedecer de forma incondicional; en definitiva, para servir a los hombres. Este sistema de dominación, que se ha ido sofisticando de forma extraordinaria durante los últimos seis mil años de historia de la humanidad, nos ha hecho creer, vivenciar e interiorizar en nuestros cuerpos y emocionarios que ser hombre o mujer son hechos tan físicos e inmutables como el día y la noche, el paso de las estaciones, los movimientos de rotación y traslación en los planetas o la existencia de dioses tan barbudos y masculinos como Bud Spencer. Y, ante algo tan grueso, ¿quién se atreve a negarlo!?

La perspectiva de la esencia desigual (para mantener, precisamente, las desigualdades entre mujeres y hombres) ha tenido como herramienta de control y, al mismo tiempo, como consecuencia, la valoración distinta de comportamientos iguales. De este modo, ha llegado hasta nuestros días la percepción de que cuando una mujer es activa, es nerviosa, mientras que si es un hombre, es inquieto; cuando un hombre es sensible, es afeminado, y si es mujer, delicada; la mujer temperamental es histérica, mientras que el hombre es apasionado; si ella es prudente, se la define como juiciosa, si lo fuera él, sería débil; si una mujer no se somete, es catalogada como agresiva, mientras que el hombre sería fuerte. Cada comportamiento ha sido definido desde una perspectiva «matrixial» de género, por lo que, para no sufrir los castigos sociales que supone no tener el comportamiento adecuado a cada género y recibir los premios de la adscripción a la norma, terminamos ejecutando el programa sexista que nos han inoculado, alcanzando niveles de éxito socializador incuestionables. A mayor fuerza del machismo iniciático, mayores son la insistencia en el cumplimiento de las normas y la normalización e invisibilización de sus consecuencias relacionales.

Desde mi optimismo operativo —en este caso, no lo suficientemente fundado en evidencia científica (todo llegará)—, siempre he creído que la revolución neolítica fue una buena época, en la que como especie dedicamos más tiempo a tocar instrumentos, contar historias, compartir, reír, bailar... Y en la que es una buena hipótesis pensar que las relaciones de género no fueron tan patriarcales.

Sin duda, el origen de nuestro Matrix es erudito. Sin ir más lejos, Jean-Jacques Rousseau, que fue uno de los programadores del Matrix de la Ilustración, dejaba claro en el Emilio cuál debería ser el papel de cada cual, mujeres y hombres. Pasen y lean:

El hombre ha de ser fuerte para poder satisfacer los deseos de la mujer y obtener su consentimiento, ya que utilizan la debilidad cuando lo consideran oportuno. [...] La perversidad y la malicia de las mujeres es el agravante de su propio infortunio y la mala conducta de sus maridos.

El hombre y la mujer se hicieron el uno para el otro, pero la dependencia mutua no es la misma. La educación de las mujeres siempre debe ser relativa a los hombres: agradarnos, sernos de utilidad, hacernos amarlas y estimarlas, educarnos cuando somos jóvenes y cuidarnos cuando somos adultos, aconsejarnos, consolarnos, hacer nuestras vidas fáciles y agradables. La primera aptitud y la más importante de una mujer es la buena conducta o suavidad de carácter.

Estos comentarios de Rousseau fueron recogidos y sistematizados por Mary Wollstonecraft. A pesar de la crudeza de la misoginia del pensamiento de algunos hombres ilustrados,

Wollstonecraft, en un ejemplo admirable de resiliencia y comprensión, afirmó: «No lucho contra sus cenizas, sino contra sus opiniones. Lucho solo contra la sensibilidad que le llevó a degradar a la mujer al hacerla esclava del amor».

Tenemos que tener en cuenta que los planteamientos pedagógicos y filosóficos de Rousseau fueron enormemente influyentes para los sistemas educativos posteriores y claves para la pedagogía moderna, que se cimentó tanto en sus aportes sobre la comprensión de la evolución natural del «niño» como en el impacto de su misoginia.

La buena noticia es que, tal y como ocurre en el Matrix de la ficción, el sistema de valores imperante, el software social o el patriarcado también se pueden «hackear». De hecho, el feminismo ha sido a lo largo de la historia el mayor hacker del sistema, una conjunción perfecta de Trinity, Oráculo, Morfeo y Neo, pero sin elegidos. Las luchas por la libertad y la igualdad de mujeres y hombres, como demostró Mary Wollstonecraft frente a los planteamientos de Rousseau, han contribuido a derribar muros abriendo grietas, acentuando contradicciones y visibilizando sus horrores, desde un movimiento global y diverso que ha logrado desenmascarar a las «máquinas», liberando paulatinamente a las mujeres y, con ellas, al conjunto de la humanidad. Una vez cuestionado el megasistema o la superestructura, el reto está en que el antivirus que impugró el patriarcado siga siendo eficaz para trascender las resistencias de las máquinas que aún permanecen activas, y, lo que es más complejo aún: en cómo sustituir en la práctica al perverso y sofisticado sistema de opresión que hemos conocido durante seis mil años por otro que sea hegemónico, generador de relaciones más equitativas, justas y liberadoras.

LA COMPLEJIDAD DE LO HUMANO Y LO MASCULINO COMO HUMANO

Para la feminista y activista social norteamericana bell hooks, autora de obras como *La voluntad de cambio: Hombres, masculinidad y amor* y *El feminismo es para todo el mundo*, la violencia contra las mujeres se enmarca en un proceso de programación y preparación de su uso en el que los varones son protagonistas, tanto en el rol de víctimas como en el de victimarios:

El primer acto de violencia que el patriarcado exige a los hombres no es la violencia hacia las mujeres. El patriarcado exige de todos los hombres que se involucren en actos de automutilación psíquica, que destruyen la estructura emocional de sí mismos. Pero si un individuo no tiene éxito en agredirse emocionalmente a sí mismo, contará con otros hombres patriarcales para, a través de rituales de poder, lograr dañar su autoestima.

Michael Kimmel, fundador y director del Centro de Estudios de los Hombres y las Masculinidades en la Universidad de Stony Brook y autor de *Angry White Men: American Masculinity at the End of an Era*, afirma que algunos hombres piensan que el feminismo ha otorgado mayor libertad a las mujeres que a ellos, hombres que, según Kimmel, «no se sienten poderosos, pero sí con el derecho a serlo». Y es este supuesto agravio el que anima a movilizarse a estos hombres enfadados con la igualdad, el feminismo y sus logros. Pero no tenemos que subestimar la fuerza de estos movimientos, ya que, aunque no son masivos ni significativos socialmente, sí lo son en la sociológica soterrada y en la política electoral, y son capaces de

destronar predicciones electorales, aupar a misóginos al poder (como en Estados Unidos) o empoderar a la ultraderecha más reaccionaria para casi ganar elecciones (como en el caso de Austria). Y no es para tomárselo a broma. El triunfo de Donald Trump en Estados Unidos es un serio aviso para navegantes, y viene a demostrar que, en la pugna por la hegemonía entre la masculinidad alternativa y el modelo tradicional, este puede aún ser un referente exitoso para algunos hombres que, según Kimmel, «creen que el sistema los ha jodido». Hay que tener en cuenta que para el año 2050 se prevé que uno de cada tres hombres norteamericanos esté desempleado. El mayor reto que nos hace enfrentar Trump como presidente de la primera potencia mundial es que la mayor parte de las características de su personalidad se ajustan al milímetro con el modelo tóxico de masculinidad. O, peor aún: Trump representa aquello que no quisiéramos que fueran nuestros hijos (misóginos, narcisistas, racistas y egocéntricos). No es por atemorizar, pero, días después de la elección de Trump como presidente, Paul Elam, creador de una web por los derechos de los hombres, a través de un vídeo en YouTube dijo: «Beat the feminist like they were retarded stepchildren» (golpea a las feministas como si fueran hijastros subnormales). Sin comentarios.

¡GRACIAS, ZYGMUNT BAUMAN!

Últimamente, a mi hijo Alain, sobre todo cuando se siente contrariado, le ha dado por decir que se va a ir a vivir solo a su planeta, que se llama Pamplona, en un ejemplo claro de que todavía le faltan algunas nociones básicas sobre geografía... Pero al mismo tiempo hay construcciones culturales mucho más complejas y abstractas que ya distingue perfectamente. Hoy por la mañana llovía escandalosamente, y hemos optado por unas zapatillas de cuero blancas para él. Su respuesta ha sido catastrófica y no ha habido manera de que las conservara en sus pequeños pies de un hombre cisgénero de 3 años. El problema no era el cuero, sino unas pequeñas franjas rosas que lo acompañaban: «Son de niña y no quiero». Puedo asegurar que la resistencia de mi hijo a llevar el color rosa no era cognitivo-racional ni estética, sino límbica, casi reptiliana, y, sobre todo, muy emocional (las lágrimas en sus ojos daban buena cuenta de ello), como si transitar por los colores de «las otras», saltar ese muro, lo llevase directamente al abismo. Esta anécdota biocultural describiría a la perfección la «separación traumática» a la que se refiere Bauman, que sirve para explicar la geopolítica y también, por qué no, las relaciones de género. Como plantea bell hooks, uno de los mayores problemas en la socialización de los niños es esta traumatización normalizada, ya que les enseñamos a renunciar a su mundo expresivo de forma tan traumática como indolente, invisibilizada y, por tanto, normalizada: «Para adoctrinar a los varones en las reglas del patriarcado, los forzamos a sentir dolor y a negar sus sentimientos».

En el último ensayo publicado en español de Zygmunt Bauman, Síntomas en busca de objeto y nombre, el pensador polaco nos recuerda que ninguna de las formaciones políticas existentes llegan a alcanzar un estándar realmente cosmopolita, porque todas ellas, desde las hordas de cazadores-recolectores a los superestados contemporáneos, combinan una función unificadora integrante del «nosotros/as», frente a un «ellos/as». Tal y como afirma Bauman, esta división del

ser humano entre el «nosotros» y el «ellos» y su yuxtaposición y antagonismo han funcionado como las dos caras de la misma moneda definiéndose por negación recíproca. Esta división artificial y limitante de las relaciones humanas ha tenido también consecuencias nefastas en la definición y posibilidades de acción dentro de los propios grupos que se consideraban el «nosotros», al entenderse este como el masculino de la mitad de la humanidad, tan excluyente como no genérico. Si aplicamos este análisis a la perspectiva de género, las mujeres habrían sido construidas como el hecho extraño o la otra cara de la moneda del «nosotros»: el «ellas» como «no-nosotros» y el «nosotros» como «no-ellas». Hay que tener en cuenta que una moneda de una sola cara, tal y como plantea el escritor, sería un oxímoron o una contradicción en sí misma. Tal vez ha llegado el momento de abandonar la moneda como metáfora y pasar a un sistema geométrico variable, poliédrico, plástico o incluso líquido que se ajuste a las necesidades, a la dignidad y a la realidad diversa de las personas, las comunidades, los sistemas sociales, medioambientales, económicos...

Este binarismo identitario es siempre traumático. Esta exclusión y separación alienante de personas, que ha condicionado la historia de las relaciones tanto entre colectividades como entre las mujeres y los hombres, pudo funcionar como estrategia de control en contextos sociales y culturales no democráticos. Pero en la historia de la integración humana que abarca el conjunto de la humanidad, en la situación globalizada y cosmopolita actual, en una cultura universal de los derechos humanos, es fundamental luchar por una humanidad consciente, tan amable como posibilitadora y líquida.

La propuesta humanista que nos regala Bauman, esta ruptura del elemento identitario binario, es clave para dar el último salto de humanidad que nos permita entrar en la era del bien común, de los cuidados como centro de la vida, de la cohabitación, la solidaridad, la compasión política y la colaboración pacífica. Pero para ello es fundamental deconstruir la otredad desde la universalidad diversa y maravillosa del hecho humano, dando paso, desde la utopía operativa, a un «yo humano global colaborativo», sin géneros, razas, procedencias ni clases. Utopía política de andar por casa, lo sé, pero una utopía para caminar y llegar a los territorios comunes donde podamos vivir aquella vida que merece la pena ser vivida. Frente a una modernidad líquida, podemos y debemos generar nuevas estructuras de pensamiento, corporalidades y mapas emocionales a la altura de la diversidad humana. La buena noticia es que el sistema binario (hombre-mujer, bueno-malo, nosotros-ellos) se ha quedado tan estrecho como aquellos pantalones que encontraste en el trastero de cuando tenías dieciocho años, pero que nunca te podrás volver a poner porque ya no te caben... Es mejor pensar en renovar el fondo de armario que empeñarnos en regresar a un lugar en el que el pensamiento crítico y libre no tiene cabida.

HOMBRES HACIENDO PACES

Cualquiera que haya estudiado la historia sabe que la desobediencia es la primera virtud del hombre. Es por la desobediencia y la rebelión que se ha progresado.

OSCAR WILDE

Si quieres cambiar el mundo, cámbiate a ti mismo.

MAHATMA GANDHI

SEVILLA, 21 DE OCTUBRE DE 2006

Aunque la violencia se haya asociado sistemáticamente a la dominación y al poder, millones de hombres en todo el mundo construyen sus vidas y relaciones en clave de justicia y paz. En una entrevista realizada a mi admirado premio Nobel de Literatura, José Saramago, por una cadena de televisión, decía que la violencia que sufren las mujeres es un problema de los hombres, y que esta no terminará hasta que nosotros —los hombres— salgamos a las calles y nos posicionemos claramente contra esta lacra, no como algo que les pasa a las mujeres, sino como un problema que tenemos nosotros y que padecen ellas. En la misma línea, el especialista canadiense en género y masculinidades Michael Kaufman afirma que «la violencia contra las mujeres es, en realidad, un problema de los hombres que sufren las mujeres».

Tomando las palabras de Saramago, el 21 de octubre de 2006, desde el movimiento de hombres por la igualdad de España, organizamos la primera manifestación de hombres contra las violencias machistas en Sevilla bajo el lema «el silencio nos hace cómplices». Sin lugar a dudas, fue un hito histórico que ayudó a girar el espejo de las violencias masculinas contra las mujeres hacia los hombres, para que nos viéramos reflejados y anotásemos en nuestras agendas, tanto las personales como las públicas, los deberes, cambios y compromisos que tenemos que realizar si realmente queremos implicarnos y acabar con la violencia machista. En la manifestación del año 2006, la sensación fue la de una exhibición de extraterrestres que provocaba asombro en muchos y

rechazo en algunos, pero mucha emoción en la mayoría de las mujeres con quienes nos íbamos encontrando por el recorrido. Fue la primera vez en mi biografía de protestas en la que la manifestación terminó siendo masiva y espontáneamente acompañada por personas no convocadas y que se iban sumando a lo largo de la marcha. Nunca olvidaré que una mujer, con los ojos llenos de lágrimas de emoción, nos decía «ya era hora», mientras que otras aplaudían. Una manifestación no es más que eso, pero logramos poner encima de la mesa la necesidad del cambio en los hombres. En el año 2016, desde el Foro de Hombres por la Igualdad, volvimos a convocar la misma manifestación, pero esta vez con el lema «el machismo es violencia». Fue una buena muestra de que el tema sigue estando en la calle y de que, después de diez años, el pacto de hombres y mujeres contra las violencias machistas sigue vivo, aunque también pudimos comprobar cómo los extraterrestres dejan de llamar la atención del mismo modo y de generar un impacto equivalente cuando ya empiezan a estar asimilados por el sistema. Tal vez, si hubiéramos logrado ser muchos miles, o solo el mismo número que acude cada domingo a un estadio de fútbol, hubiéramos vuelto a ser venusinos o marcianos.

Evidentemente, once años después de la manifestación de 2006 no hemos logrado el objetivo final, y dependerá de los pasos que vayamos dando el que un mundo sin violencia contra las mujeres sea posible. No se trata únicamente de generar espacios masculinos de protesta y acción, sino de nombrar la especificidad de las violencias masculinas y el papel que los hombres tenemos en su reproducción. En todos estos años, desde el movimiento de hombres feministas, nos hemos ido sumando y participamos en las acciones de protesta convocadas por las organizaciones de mujeres. No pretendíamos volver a redescubrir lo ya transitado ni reinventar lo obvio, sino explorar nuevos caminos que nos llevaran a conectar y sumar a otros hombres.

EL LAZO BLANCO

La «Campaña del Lazo Blanco» la puso en marcha en el año 1999 un grupo de hombres canadienses que estaban conmocionados por la conocida como masacre de Montreal.

En esa ciudad, el 6 de diciembre de 1989, Marc Lépine, un joven canadiense de veinticinco años, entró en una de las clases de la escuela politécnica en la que se encontraban unas sesenta personas gritando «quiero aquí solo a las mujeres», y amenazó a los 48 hombres presentes para que salieran. En ese momento puso en fila a las nueve chicas que allí quedaban, y tras gritarles que eran unas feministas, les disparó. Seis murieron y tres quedaron heridas. Poco después, en la cafetería, mató a otras tres jóvenes. Finalmente, entró en otra clase, asesinó a otras cuatro y, posteriormente, se suicidó. Había terminado con la vida de catorce mujeres jóvenes de entre 20 y 31 años, a quienes asesinó por el «delito» de ser mujeres.

El asesino no era estudiante de esa escuela. Algunos años antes había solicitado su ingreso, pero no fue aceptado. Tampoco fue admitido en el ejército. Era un amante de las películas bélicas y en su infancia sufrió violencia por parte de su padre. Pero, por encima de todo, era un misógino convencido.

La carta que se encontró en uno de sus bolsillos decía así:

Por favor, tomen nota de que si estoy cometiendo suicidio no es por razones económicas sino por razones políticas. He decidido matar a las feministas que han arruinado mi vida... ellas siempre han tenido el talento de irritarme. Quieren mantener las ventajas de ser mujer mientras tratan de arrebatar aquellas de los hombres... Son muy oportunistas, ya que se aprovechan del conocimiento acumulado por el hombre a través de los años. Siempre tratan de subrepresentarnos cada vez que pueden...

Como expresión extrema de la ideología patriarcal, en su ideario, Lépine hacía responsables a las mujeres de los fracasos de los hombres (del mismo modo en que lo hacen los hombres enfadados de hoy en día). Consideraba a las estudiantes de la escuela usurpadoras de un lugar que él consideraba como propio: si él no había podido entrar en la politécnica era porque alguna mujer lo había desplazado «por culpa de las leyes canadienses de discriminación positiva».

El machismo no es una construcción ideológica individual, sino que requiere de una aceptación y participación colectivas, al menos de la comunidad de referencia del machista. Desde ese día, por la toma de conciencia de la responsabilidad colectiva de los hombres, la violencia machista dejaba de ser un problema exclusivo de las mujeres y del movimiento feminista para pasar a ser de incumbencia global que nos señalaba e incluía, por primera vez y de forma directa, a nosotros, los hombres.

Un año después, varios de los hombres sensibilizados por esta masacre, entre los que se encontraban Michael Kaufman y Jack Layton, concejal de Toronto, decidieron iniciar una campaña de implicación masculina para poner fin a la violencia en contra de las mujeres, convencidos de que era necesario que también los hombres alzaran su voz y rompieran sus silencios, asumiendo la responsabilidad de implicarse e implicar a otros hombres en hacer algo para acabar con la violencia masculina.

Esta campaña se ha desarrollado como un movimiento descentralizado, donde quienes participan crean sus propios métodos (cursos, manifestaciones, campañas publicitarias, etc.). Actualmente, está presente en más de cincuenta países de todos los continentes (Estados Unidos, España, Noruega, Brasil, Reino Unido, Australia, Namibia, Camboya, Vietnam, Finlandia, Japón, Dinamarca, Suecia, Chile, Perú, Colombia, etc.) y se ha transformado en una organización no gubernamental que ofrece sus propuestas a quienes lo soliciten, dirigidas especialmente contra la violencia hacia las mujeres, pero también contra la violencia masculina ejercida sobre otros hombres y sobre niños y niñas.[1]

En España, el movimiento ha ido en paralelo. El caso que José Ángel Lozoya nos insiste en recordar como nuestro propio (de los hombres) hito y punto de inflexión, y que ya no nos permitiría mirar hacia otro lado, fue el cruel asesinato en el año 1997 de Ana Orantes. Ana, después de haber denunciado públicamente las torturas a las que había sido sometida durante su matrimonio por parte de su marido, fue agredida por este, golpeada y quemada viva atada a una silla del patio de su casa y ante los ojos de su hijo de catorce años, que en ese momento regresaba del colegio. Para todos nosotros fue un hito: la violencia contra las mujeres es un problema de los hombres, por lo que tenemos que implicarnos desde el compromiso personal contra la violencia y la desigualdad, pero también actuando como cortafuegos en la reproducción social de la ideología que lo alimenta y hace posible: el machismo. Esto no quiere decir que todos los hombres seamos

violentos ni que utilicemos la violencia en nuestras vidas, ni mucho menos. Que nadie se ofenda: el único culpable de ejercer la violencia es el delincuente que la practica, pero en la construcción de la identidad colectiva que la hace posible todos tenemos alguna responsabilidad, nos guste o no, y es que no hay violencia sin narrativa que la justifique. No se trata de buscar soluciones individualizadas a la inadmisibile violencia contra las mujeres, sino de sumar compromisos y exigir también que las administraciones públicas se impliquen, desarrollando políticas y medidas específicas que incluyan a los hombres en la lucha por el cambio hacia posiciones más igualitarias, equitativas y pacíficas.

CUANDO JOHNNY DEJÓ SU FUSIL: DE AQUELLOS INSUMISOS, ESTOS HOMBRES

Si alguna película ha marcado a los hombres pacifistas, esa fue la novela antibelicista publicada en 1939 por Dalton Trumbo, *Johnny cogió su fusil*, y su posterior versión cinematográfica de 1971. El protagonista es Joe Bonham, un joven soldado que, durante la Primera Guerra Mundial, se despierta en la cama de un hospital después de haber sido alcanzado por un obús. Poco a poco se va percatando de que ha perdido sus brazos, piernas y toda su cara, pero su cerebro funciona perfectamente. Al principio, Joe desea morir, pero después decide que quiere ser puesto en una caja de cristal para ser expuesto por todo el país y mostrar al público los verdaderos horrores de la guerra.

Una forma tan descarnada de visibilizar las tragedias que provoca la violencia en cualquiera de sus expresiones, incluida la forma de violencia extrema y legal que supone una guerra, no puede dejar impasible a nadie que tenga un pulgar opositor, el encéfalo altamente desarrollado y sus capacidades neurológicas básicas en buen estado.

Los jóvenes de aquella época también habíamos bebido de otras fuentes, como las conferencias y publicaciones de Henry David Thoreau sobre la desobediencia civil y pacífica como forma de lucha y transformación social. Estoy convencido de que esa desobediencia a realizar el servicio militar fue un primer paso para aplicar, en nuestras propias vidas, la resistencia al mandato de las masculinidades hegemónicas tóxicas, contra las que habíamos empezado a luchar sin darnos cuenta.

En España, el servicio militar obligatorio, que dejó de serlo en el año 2001, era uno de los principales rituales de paso para los hombres donde se definía el tránsito entre la juventud y la madurez: «cuando vayas a la mili te harás un hombre» era una de las frases más comunes en el proceso de socialización de quienes nacimos y nos socializamos antes del nuevo milenio. En la simbología cultural ampliamente extendida, la mili, como espacio de masculinidad exclusivo y ritual, estaba ligada a todas las prácticas en las que se sustentaba el sexismo de la época o la masculinidad hegemónica tóxica: anulación de las emociones y sentimientos, falta de libertad, supresión de los signos de identidad personal, legitimación institucionalizada de la violencia, preparación psicológica para ejercerla, sexismo, y un largo etcétera.

El impacto del movimiento de insumisión contra el servicio militar en España fue paradigmático, únicamente comparable a la oposición de la sociedad norteamericana al

reclutamiento de jóvenes para la guerra de Vietnam. Aunque estaba duramente penalizado por la ley y los insumisos se enfrentaban a penas de cárcel e inhabilitación o a una «muerte civil» de forma paulatina, decenas de miles de hombres jóvenes se negaron en España a realizar el servicio militar. Recuerdo el día en que me juzgaron con enorme felicidad. Estaba tan convencido de la bondad de lo que estaba haciendo que ni siquiera me importaban los dos años, cuatro meses y un día de prisión que pedía para mí el Ministerio Fiscal. Finalmente, me condenaron a un año de cárcel y a diez de inhabilitación absoluta, y tampoco me importó lo más mínimo, no por valentía, sino por convicción política y personal. Fue un primer paso y una maravillosa oportunidad para que muchos de nosotros nos convenciéramos de la ineficacia de la violencia como forma de resolver los conflictos, pero no éramos plenamente conscientes de que esto también nos llevaría a iniciar el tránsito y la concienciación en nuevos valores, como la participación, la democracia, el apoyo mutuo o la igualdad de mujeres y hombres.

Resulta significativo que en el movimiento de hombres feministas (no solo en España, sino también a nivel internacional) nos hayamos vuelto a encontrar un porcentaje considerable de aquellos «hombres blandengues» que nos negábamos a hacer el servicio militar o que abrazábamos el pacifismo con otros hombres que fueron insumisos a la heteronormatividad hegemónica. En definitiva, el antimilitarismo, el feminismo o el movimiento LGTB coinciden en el cuestionamiento radical de la cultura patriarcal.

No quiero idolatrar ningún movimiento social frente a otro ni negar la posibilidad de poner en valor las disidencias y los hombres igualitarios que me consta que también existen en espacios militarizados y cuerpos policiales, pero, como planteaba Erich Fromm, el ser humano ha llegado a ser lo que es mediante actos de desobediencia, somos lo que somos porque ha habido personas que se han atrevido a decir «no» al poder establecido y abrir así caminos nuevos: «Si la capacidad de desobediencia constituyó el comienzo de la historia humana, la obediencia podría muy bien provocar su fin. [...] En verdad, la libertad y la capacidad de desobediencia son inseparables». Por tanto, la desobediencia a los mandatos patriarcales, decir «no», nos conecta con la dignidad, las luchas históricas de las mujeres y nuestra capacidad insospechada para producir cambios inesperados.

Lo que está claro es que la cultura militarista y sus elevadísimos costes son un lastre para el desarrollo humano. Atención al dato: si todos los países del mundo parasen durante tan solo ocho días de gastar recursos en armamento, con ese dinero podríamos proveer educación gratuita y de calidad para todas las niñas y niños del planeta. Un mundo en paz es un mundo sin desigualdades, y lograrlo no es una utopía, sino cuestión de prioridades.

UN NUEVO PACTO ENTRE IGUALES: TODOS SOMOS PERDEDORES

Hace unos meses, Ricardo Aristizábal, un buen amigo, padre, arquitecto, hombre sensible y cuidador, me dijo algo que me impactó y me incomodó, pero que luego agradecí: «Somos una generación de perdedores, y lo mejor que podemos hacer es asumirlo cuanto antes». Es evidente que estamos perdiendo privilegios, y, en la medida en que establecemos relaciones más

equitativas o cuidamos más, esa pérdida se hace más evidente aún. Muchos de nosotros, sobre todo los que no hemos opositado, nos hemos incorporado a la precariedad laboral como nunca ocurrió con nuestros padres, por lo que hemos perdido el trabajo como espacio de poder patriarcal.

Reconocer, asumir e incorporar al «perdedor» me parece una idea cada vez más sugerente como elemento cuestionador de la masculinidad clásica. Hay una bellísima historia —que cuenta el escritor Alberto Méndez en su obra *Los girasoles ciegos*— que ilustra este concepto. El capitán del ejército sublevado en la Guerra Civil y protagonista de este relato, Carlos Alegría, se entrega al ejército republicano en Madrid horas antes de que termine la guerra y se rinda el Comité de Defensa de esa ciudad. Alegría estaba en el bando ganador y, sin embargo, se entregó al enemigo: «Soy un rendido», dijo al entregarse en la trinchera republicana a la que llegó caminando. Cuando tuvo la oportunidad de hablar de su gesto, lo definió como una «victoria al revés, un vencido por el vencido». ¿Para qué sumar más dolor al dolor? Poco después, Alegría fue juzgado en un consejo de guerra y condenado a muerte por traición.

Puede sonar paradójico, pero una derrota en toda regla, una rendición como hombres ante nuestros restos patriarcales, puede ser un canto a la belleza al mismo tiempo que una acción de justicia.

HOMBRES «SIN ODIO»

Hay hombres que, ante la adversidad, optan por el amor y renuncian al odio y la venganza: Antoine Leiris, periodista de la radio France Bleu de treinta y cuatro años, acudió en noviembre de 2015 al tanatorio de París a reconocer el cuerpo de Héléne, su mujer. Héléne era una de las 89 víctimas del atentado terrorista a la discoteca Bataclan. Tenía treinta y cinco años, toda la vida por delante y un hijo. Devastado por el dolor, Antoine decidió escribir una carta a los asesinos de su compañera a través de su cuenta en Facebook:

El viernes por la noche le robasteis la vida a un ser excepcional, el amor de mi vida, la madre de mi hijo, pero no tendréis mi odio. [...] Queréis que tenga miedo, que mire a mis conciudadanos con ojos desconfiados, que sacrifique mi libertad en aras de la seguridad. Habéis perdido. [...] Por supuesto que me siento devastado por el dolor, os concedo esa pequeña victoria, pero será de corta duración. [...] De hecho, ya no tengo más tiempo que dedicaros, debo reunirme con Melvil, que empieza a despertar de la siesta. Apenas tiene diecisiete meses, se tomará la merienda como todos los días, luego jugaremos como todos los días, y a lo largo de toda su vida ese niño os hará la afrenta de ser feliz y libre. Porque no, tampoco tendréis su odio.

La respuesta de Antoine ante uno de los mayores zarpazos que te puede dar la vida está indudablemente escrita en clave de reconocimiento del dolor y el sufrimiento, pero sobre todo desde una perspectiva de paz, donde el amor por su pareja y el cuidado de su hijo pequeño están por encima de cualquier forma de venganza o de odio. Es un claro ejemplo de hombre nuevo, y sin duda lo será también, en versión mejorada, su hijo Melvil.

Pero este no es un caso aislado de masculinidades hegemónicas en clave de paz. El 21 de abril y también en París, el policía francés Xavier Jugelé, de treinta y siete años, fue asesinado a tiros

en un atentado en los Campos Elíseos. Su viudo, Étienne Cardiles, volvió a conmover al mundo con sus palabras de paz, amor y reconocimiento al ser querido violentado, desde el sufrimiento más profundo:

Sufro sin odio. Tomo prestada esta fórmula de Antoine Leiris, cuya inmensa sabiduría frente al dolor admiré. Es una lección de vida que me hizo crecer tanto que aún me protege hoy... Ayudar a los demás y proteger a todos era parte de tu educación y de tus convicciones, y la tolerancia, el diálogo y la paciencia eran tus armas más poderosas. Una vida de alegría y risa, en las que el amor y la tolerancia eran tus prioridades indiscutibles. Viviste como una estrella, te vas como una estrella.

En Antoine y Étienne encontramos dos ejemplos extraordinarios de las masculinidades que están emergiendo con fuerza y que representan a los nuevos hombres buenos y a las masculinidades para esta nueva era. Étienne siguió la estela de Antoine porque sus palabras, meses atrás, conectaron con su identidad personal y política, la de los hombres que hoy en día reconocen su vulnerabilidad, ponen encima de la mesa el dolor y el sufrimiento y, al mismo tiempo, renuncian a la violencia y al odio como la forma de resolver los conflictos. Me emociona y conmueve especialmente cuando Étienne agradece a Antoine la «lección de vida» que le regaló con su actitud y sus convicciones, que le hizo «crecer tanto» que aún «le protege hoy». Hombres que aprenden de otros hombres y que se sienten protegidos, seguros por la apuesta personal y política de hombres con masculinidades «blandas», como diría la especialista en género y masculinidades Claire Duncanson. Este tipo de masculinidades serían compasivas, pacíficas, cuidadoras, diversas e igualitarias. Por el contrario, las masculinidades hegemónicas «duras» están creadas desde la legitimación de la violencia, están hechas para vencer y no sirven para cuidar a las personas o al mundo.

Antoine y Étienne son los hombres que necesitamos para esta nueva era. Representan, con su permiso, el paradigma de las nuevas masculinidades hegemónicas, que siempre han estado ahí pero que en este momento histórico son más necesarias que nunca y han llegado para quedarse. Son el tipo de modelo de varón hegemónico que quiero para mi hijo.

La emergencia de estos modelos de masculinidad tiene consecuencias personales, pero también políticas. ¿Imagináis cómo sería el mundo en el que vivimos si hombres como Antoine o Étienne hubieran presidido la Casa Blanca durante los ataques terroristas del 11-S en Estados Unidos? Sin duda, las decisiones políticas que se tomarían desde la visión transformadora de la bondad asociada a la idea de ser hombre serían radicalmente diferentes, y, como consecuencia, no se habría añadido fuego al fuego ni odio al odio, y muy probablemente no viviríamos hoy en un mundo perfecto, pero sí en el mejor de los mundos posibles.

Estos ejemplos están sacados de un contexto cultural occidental, pero estoy convencido de que estamos ante una transformación global, y, aunque en estos momentos existan otros muchos maravillosos hombres buenos en cualquier lugar del planeta, aunque estén silenciados por la visión etnocéntrica que seguimos teniendo del mundo, ellos también están ahí. La cruel guerra de Siria nos ofrece algunos ejemplos extraordinarios, como el del trabajador social de veinticuatro años Anás al Basha, conocido como el «payaso de Alepo». Anás se paseaba por la ciudad con una peluca naranja, un sombrero amarillo de flores de trapo y la nariz pintada de rojo, y se dedicaba a

animar y llevar juguetes a los niños en la parte asediada de la ciudad «para traerles esperanza» (no en vano era el director de un grupo llamado Espacio para la Esperanza). Dos meses antes de morir en un bombardeo llevado a cabo por fuerzas rusas y sirias, rechazó abandonar la ciudad para continuar su labor como voluntario. Su hermano Mahmoud nos recuerda que Anás «vivió para que los niños se rieran y fueran felices en uno de los lugares más oscuros y peligrosos del mundo».

Mohamed Bzeek es un inmigrante sirio que llegó a Estados Unidos en 1978 para estudiar en la universidad (uno de esos que, con la ley migratoria propuesta por Donald Trump, no podría entrar hoy en territorio norteamericano por ser considerado como probable terrorista por su origen) y que, desde hace ya varias décadas, dedica su vida a ocuparse de criaturas con enfermedades incurables con el objetivo de cuidarlos y darles cariño en sus últimos años de vida. Bzeek adopta como padre de guarda a niños y niñas con enfermedades terminales: «Sé que van a morir. Hago mi mejor esfuerzo como ser humano y le dejo el resto a Dios. La clave es que tienes que amarlos como si fueran tuyos». Sin palabras.

EL EJE DEL BIEN Y SUS CONSECUENCIAS POLÍTICAS

A pesar de la irrupción en escena de personajes abiertamente misóginos y belicistas, como Donald Trump o Vladímir Putin, como expresión política de las masculinidades más tóxicas y desfasadas, la novedad existe, y la podemos encontrar en aquellos otros hombres que en su ejercicio de la política se identifican con el feminismo (aunque comprobar que las políticas que ponen en marcha también lo sean requeriría un análisis más sosegado).

Uno de los iconos de los políticos feministas es el primer ministro de Canadá y líder del Partido Liberal, Justin Trudeau, quien a los dos días de ser elegido declaró que era feminista y que se sentía orgulloso de ello: «Mi madre me enseñó a ser feminista, y mi padre me enseñó a respetar y defender los derechos de todos». Es uno de los políticos que, a nivel mundial, más compromiso ha mostrado con la acogida de refugiados, contra la opresión de la mujer y contra el acoso escolar. Además, como hombre, se siente orgulloso de ser feminista, y defiende que no solo las mujeres pueden ser feministas: «Los hombres tienen que ser feministas también». Trudeau cuenta anécdotas que confirman que su discurso no es una impostura de cara a la galería, sino que lleva el debate y la preocupación por la igualdad también al terreno familiar y personal:

Hemos sido muy cuidadosos en cómo criamos a nuestra hija. Mi mujer habló conmigo hace unos meses y me dijo: «Está bien que quieras que tu hija esté empoderada y todo eso, pero debes esforzarte de la misma manera en hablar con tus hijos sobre cómo deben tratar a las mujeres y cómo deben crecer siendo feministas, igual que papá».

A finales del año 2016 nos sorprendía la noticia (y si nos asombra es por tratarse de algo novedoso y aún no habitual en un dirigente político varón) de que el primer ministro de Nueva Zelanda, John Key, anunciaba su dimisión en el cargo por razones familiares. En la rueda de prensa en la que anunció su renuncia, recordó que su desempeño había requerido grandes

sacrificios «a aquellos que más quiero», y que dejaba el cargo para poder dedicarle más tiempo a su familia: «Por mi esposa Bronagh, que ha pasado muchas noches y fines de semana sola, y por las muchas ocasiones que para ella eran importantes y en las que yo, simplemente, no pude estar».

Contar con hombres con actitudes y principios igualitarios en los más altos puestos de decisión es un fenómeno aún minoritario, pero significa un verdadero hito en la historia de la política. El político conservador y líder (hasta entonces) del Partido Nacional decidió dar un paso atrás y renunciar a su cargo, tanto en el Gobierno como en el partido y en un momento en el que era muy valorado en las encuestas, para poder dedicarse a la familia. Key sacó adelante al país de la recesión sin renunciar a los servicios sociales, legalizó el matrimonio gay y también será recordado por su preocupación medioambiental y por haber creado un santuario marino del tamaño de Francia.

El expresidente norteamericano Barack Obama, otrora la persona más poderosa e influyente del planeta, escribió un artículo en el que se declaraba feminista, donde afirmaba que «es un deber absoluto de los hombres combatir el sexismo». Obama destacó en más de una ocasión que las personas más importantes de su vida habían sido mujeres, e infinidad de veces ha recalcado y reconocido los sacrificios hechos por su esposa Michelle, además de considerar importante ser feminista para sus hijas, porque ahora ellas esperarán eso de todos los hombres. Para Obama, la idea del feminismo del siglo XXI es que «cuando todos somos iguales, somos más libres».

A pesar de sus múltiples contradicciones (la verdad es que no soy capaz de imaginar cómo serían las mías siendo presidente de Estados Unidos...), algunos de sus principales logros fueron: garantizar el derecho a un seguro de salud para veinte millones de personas en Norteamérica, promover el matrimonio igualitario a nivel federal, cerrar el programa de armas nucleares de Irán sin utilizar la fuerza y restablecer las relaciones con Cuba.

Como una prueba etnográfica más sobre el impacto de la empatía y la sensibilidad de los hombres en la política, vamos a analizar la firma que dejaron Obama y Trump (ambos siendo presidentes de Estados Unidos) en el Museo del Holocausto en Jerusalén. Adivinad de quién es cada firma:

Firma 1: «Es un gran honor estar aquí con todos mis amigos. ¡Es increíble! Nunca lo olvidaré».

Firma 2: «Me siento agradecido a Yad Vashem y sus responsables por su extraordinaria institución. En un tiempo de gran peligro y promesas, guerra y progreso, estamos bendecidos por tener un recuerdo tan poderoso de la capacidad humana de crear tanto mal, pero también de nuestra capacidad para levantarnos y sobrepasar una tragedia y reconstruir nuestro mundo. Que aquí vengan nuestros hijos y aprendan la historia, para que ellos puedan unirse a nosotros y proclamar “nunca más”. Y recordemos a aquellos que nos dejaron, no solo como víctimas, sino también como individuos que tuvieron esperanza, amaron y soñaron como nosotros, y que se han convertido en símbolos del espíritu humano».

Efectivamente, el primero es de Donald Trump y el segundo, de Barack Obama. No se trata solo de medir la capacidad expresiva de uno y otro, sino de contrastar, una vez más, que para comprender la historia y el sufrimiento humano es necesario el desarrollo de la empatía, que se plasma en las palabras. Trump definía su experiencia como «increíble», que pudiera ser utilizada para definir tanto un gol en un partido de fútbol como un plan para comer hamburguesas un sábado por la tarde.

El expresidente español y ex secretario general del Partido Socialista, José Luis Rodríguez Zapatero, fue también sin duda un político emblemático en materia de igualdad. Durante su mandato se aprobaron en España las primeras leyes de igualdad y de salud sexual y reproductiva e interrupción voluntaria del embarazo; contó con la primera vicepresidenta de un Gobierno paritario y realizó la modificación legal para hacer realidad el derecho al matrimonio de personas del mismo sexo.

En el País Vasco, un caso paradigmático es el del exlehendakari Juan José Ibarretxe, que estaba convencido de que la cuarta ola del feminismo la tendríamos que liderar los hombres, que impulsó políticas de igualdad dirigidas a los hombres y que ha terminado siendo conocido más por su uso inclusivo del lenguaje (con «los vascos y las vascas») que por sus propuestas soberanistas. El caso es que en estos momentos, el Instituto Vasco de la Mujer sigue teniendo el único programa específico para la igualdad dirigido a los hombres: Gizonduz.

Evidentemente, no se trata de un tsunami de políticos abrazando el feminismo y la igualdad, pero sí que son señales claras de que hay un movimiento de fondo que hace que las cosas estén empezando a cambiar también en el mundo de los hombres y la política. Los políticos, indudablemente, tienen una mayor responsabilidad, pero son también hombres imperfectos para una forma nueva e incipiente de entender y hacer política para los varones, en la que pueden y deben hacer más, mucho más. Son todavía pocos; pronto serán muchos más.

ROMPIENDO EL «PACTO ENTRE IGUALES»

Celia Amorós es una de las filósofas más influyentes, reconocidas y de las que más he aprendido en el panorama académico actual, y ha desplegado un feminismo filosófico que ha hecho aportaciones enormes a la revisión crítica de la historia de las ideas, sobre todo de las que han sido clave, pero también de las relaciones entre mujeres y hombres. Dice Amorós sobre el dominio masculino:

Y de este modo ese dominio masculino es a la vez dominación de lo no-masculino, de las mujeres como referentes externos a la «fraternidad de los iguales» que pactan los varones. Que pactan y que, a la vez, autolegitiman su poder con ese pacto, que lo perpetúa como ley del patriarca. Reformulada en la modernidad, esa ley pervive como alianza entre todos los hermanos o en la fraternidad, por la que los iguales heredan en forma de pacto la autoridad del padre. [...]

Lo femenino vendrá a ser esencializado y convertido en una diferencia identitaria, en la que las mujeres reales quedarán subsumidas y, por lo mismo, negadas. Este «espacio privado», designado así, en oposición al espacio de los pares o de iguales, como espacio de las idénticas.

Tengo que reconocer que la filosofía de Celia Amorós es de una complejidad tal que, aun utilizando sus reflexiones sobre el pacto entre los iguales y las idénticas, me costaba comprender su significado en toda su dimensión y riqueza analítica. Hasta que un día, tras una jornada sobre igualdad de género y prevención de la violencia en la que yo había sido el único ponente varón, se me acercó el alcalde de la localidad, quien había hecho la inauguración de la jornada. Yo tenía en mis manos un botellín de agua, y él me preguntó si quería tomar algo. Le respondí que ya estaba

bebiendo, a lo que me contestó que eso no era beber, y me ofreció vino y cerveza (algo, evidentemente, mucho más masculino...). Me dio una palmada en el hombro y me dijo textualmente: «Te voy a contar un chiste, a ti, porque estas feministas no tienen sentido del humor». Empecé a sudar, temiéndome lo peor, y a sujetar con fuerza mi botellín de agua para soportar lo que sabía que vendría a continuación: «¿Sabes en qué se parecen las mujeres al parquet? En que después de tener que estar toda la vida quitándoles el polvo» (y aquí me hizo un gesto con cierta connotación sexual), «tienes que terminar acuchillándolas...». Me puse a temblar, a tartamudear, sudaba ya a borbotones, no sentía las piernas. El contexto, efectivamente, era una jornada para prevenir la violencia contra las mujeres. El mismo señor que me había contado ese chiste hacía solo unas horas había hecho un discurso impecable sobre la importancia de acabar con la desigualdad para erradicar la violencia machista y bla, bla, bla. Pero cuando nos quedamos solos surgió la «magia tóxica», el momento de hombres, de confianza, en el que, a pesar de lo que él y yo hubiéramos podido decir en público, en privado nos reconocimos y ya éramos libres de decir la «verdad». Y por fin pude entender a qué se refiere Celia Amorós con el pacto entre iguales: hombres reconocidos en su capacidad de generar alianzas, porque se saben sujetos políticos legitimados para el poder, para el pacto real o simbólico con el objetivo de mantener su statu quo. Ante el avance del discurso igualitario, hacer un pacto masculino en lo privado para constatar que nada se mueve en lo público, y así lograr que todo siga igual. ¿Cómo respondí? ¿Qué le dije? Como sé que os lo estaréis preguntando, os lo cuento: mi respuesta fue poco épica, y es que con los nervios, el sudor y el tartamudeo, para cuando pude articular la primera palabra, el señor alcalde ya se había ido...

Imagino que a muchos de vosotros os habrá ocurrido algo parecido en más de una ocasión, en la que, teniendo que hacer frente a una situación incómoda en un contexto masculino, alguno de los «compañeros» hace un comentario sexista de mayor o menor intensidad que no se atrevería hacer en un contexto mixto. Se trata de espacios de varones de la «fratría» del siglo XXI, parecidos a los modernos grupos de WhatsApp de hombres en los que en ocasiones nos sentimos incómodos, pero en los que nos cuesta desentonar y, más aún, discrepar. Aunque no seamos plenamente conscientes de su trascendencia, estamos ante una oportunidad extraordinaria para romper el rousseauiano pacto entre varones-iguales, frenar el sexismo oculto y abrir y oxigenar espacios masculinos para la igualdad, contribuyendo así a arrancar las malas costumbres (que, de lo contrario, vuelven a germinar, como la mala hierba). Los hombres no somos más nobles, honestos ni mejores amigos que las mujeres; cuestionando estos pactos, tal vez podamos favorecer las relaciones más profundas, sinceras y emocionales, también entre los hombres que vivimos tras la máscara de la masculinidad.

ESTRATEGIAS PARA LA TRANSFORMACIÓN DE LOS HOMBRES: REÍRNOS DE NOSOTROS MISMOS

Uno de los problemas prácticos que aparecen con la sobrerrepresentación masculina —derivada de la insistencia cultural en nuestra capacidad (de los hombres) de control y dominio ante cualquier circunstancia— es que, en numerosas ocasiones, lo que somos y hacemos se ajusta poco

a lo que la realidad nos devuelve y a lo que se precisaría para resolver una situación determinada con los recursos de que disponemos. En la práctica, esto viene a significar una serie de torpezas infinitas y equivocaciones que, además, tenemos que falsear o minimizar para que no quede en cuestión nuestra hombría (aquella que nos viene de origen, no la que estamos construyendo para esta nueva era en la que los hombres se equivocan y no son cuestionados por ello).

Veamos qué consecuencias tiene en la práctica este sobredimensionamiento en los hombres. En el año 2008 pusimos en marcha en Vitoria-Gasteiz el ya extinto Grupo de Hombres por la Igualdad de Álava, con el doble objetivo de luchar contra las violencias machistas y promover los cuidados entre los hombres. Con el propósito de estar presentes como hombres en las manifestaciones y concentraciones que convocan los colectivos feministas cada vez que se produce una agresión machista, encargamos a una imprenta una pancarta con el eslogan «Hombres contra la violencia machista». Estando reunidos nos llamaron para preguntarnos por las dimensiones en las que queríamos la pancarta. Sin tener que debatirlo mucho y por consenso, les respondimos que un metro sesenta de alto por ocho metros de largo sería perfecto. La primera vez que salimos a la calle, el resultado fue al menos curioso, ya que con esa anchura la pancarta no cabía por algunas de las calles por las que transcurría la manifestación, y las personas que pasaban por delante solo podían ver los pies y las manos de quienes estábamos detrás, porque, con un metro sesenta de altura más los veinte centímetros que se levantaba del suelo, o medias un metro noventa o no se veía la cabeza de ninguno de nosotros detrás de la pancarta. Nos hemos reído mucho de esta anécdota de la superpancarta de los superhombres gigantes igualitarios... Parece ser que nos seguimos imaginando más altos, guapos y feministas de lo que el testarudo espejo de la realidad nos devuelve.

Otra de las acciones que organizamos con este grupo de hombres por la igualdad fue una planchada pública de hombres para dialogar entre nosotros en la plaza de la Virgen Blanca de Vitoria y en la que éramos, en nuestros propios cuerpos, un ejemplo de buenas prácticas domésticas para otros hombres. Cada uno de nosotros tenía que llevar una plancha con su respectiva tabla de planchar. Allá me dirigía yo, a la plaza pública, emocionado, orgulloso con mi tabla y mi plancha debajo del brazo, caminando por las calles cual Quijote con su escudo en misión igualitaria. En un momento de descuido estratégico, me paré al lado de los contenedores de reciclaje para desembalar una plancha y una tabla impolutas. En ese momento el resto de mis compañeros me pillaron in fraganti: plancha y tabla iban a ser estrenadas en un acto público para dar ejemplo a otros hombres, cuando aún no habían cumplido su función porque ni siquiera habían entrado en mi propia casa.

AMA LO QUE PUEDES LLEGAR A SER: RECOMENDACIONES PARA EL CAMINO

Miguel de Cervantes, nada sospechoso de infiltrado ni de colaboracionista de los feminismos, decía ya hace algunos siglos, a través de mi querido hidalgo de la Mancha, que «cambiar el mundo, querido Sancho, no es utopía, sino justicia»... Y algo más profundo y esperanzador aún: «No ames lo que eres, sino lo que puedes llegar a ser». Hombres, compañeros, varones, seamos

quijotescos: no nos conformemos con lo que somos —con cómo aprendimos a actuar y a relacionarnos entre nosotros y con las mujeres, con el modelo de hombre poco cuidador, emocionalmente distante, utilitarista en exceso o volcado en el trabajo que aprendimos a ser—; busquemos el ser cuidador, empático, expresivo o, lo que es lo mismo, más libre, completo, pacífico, justo y feliz que podemos llegar a ser. Parece, amigo Sancho, que en el siglo XXI la utopía es el reto de la androginia, lo que significa, buen amigo, que tanto las mujeres como los hombres seamos libres de ser y de vivir tanto la magia de la expresividad (catalogada socialmente como femenina) como el utilitarismo (lo que se ha nombrado como masculino obligatorio). Porque solo así podremos llegar a ser nosotros mismos, esas personas libres, completas, imperfectas, complejas y felices que bailan al son de la utopía.

Te propongo un listado de ideas (que yo mismo trato de poner en práctica) que pueden ayudarte en ese tránsito hacia el hombre que ames ser:

- Cuestionate a ti mismo. Siempre hay áreas de mejora. Ser hombre no es un destino, sino una etiqueta que nos pusieron y con la que hemos construido nuestra identidad: del mismo modo que hemos aprendido, podemos desaprender.
- Quiérete bien. Conecta contigo y sé lo que quieras ser. Eres un ser único y excepcional. Estás en tu derecho y solo se vive una vez.
- Toma conciencia de que el camino hacia la igualdad, como cualquier peregrinación, no es fácil y solo lo puedes transitar paso a paso, con tus propios pies: nadie lo puede hacer por ti.
- Acéptalo: no se puede estar en dos lugares el mismo tiempo. Y sí, perderás privilegios, poder y oportunidades, es cierto. Pero está probado que mejorarás mucho en tus relaciones, serás más libre y feliz. Quien te quiere es quien más te lo agradecerá.
- Escucha con mucha atención a las mujeres que te rodean, a las de hoy y también a las de ayer: aprenderás mucho de ellas. Escucha más, habla menos y cuida de no interrumpir a las mujeres cuando hablan.
- Escucha a tus emociones, conecta con tus sombras y reconoce tu vulnerabilidad, porque es ahí donde reside la verdadera fortaleza.
- Ríete mucho, sobre todo de ti mismo.
- Da un paso adelante en los cuidados. Responsabilízate. Cuida más de las personas que te acompañan en la vida. Y, de paso, cuida también al planeta.
- Da un paso atrás o apártate en algún espacio de poder que ocupas, al menos una vez en tu vida, para dejar paso a una mujer.
- Cuídate más a ti mismo. Vivirás más años, nos costarás menos y aliviarás de la obligación de cuidarte a las personas que te quieren y que son importantes para ti.
- Saborea la vida, porque es un regalo. Trabaja menos en tu empleo y comparte más: ¡solo se vive una vez!
- Además de mantener tus aficiones y practicar tus deportes favoritos, entrena cada día la empatía y la compasión.
- Respira profundamente cada vez que tengas miedo. Te ayudará a renunciar al uso de cualquier tipo de violencia, física y verbal, como forma de regular los conflictos: que la ira

no te acompañe.

- Ama y honra a otros hombres, conversa con ellos con calma, mira a los ojos, disfruta de la intimidad y la amistad profunda. Déjate querer por ellos.

PALABRAS PARA LA PAZ

Quizás la característica realmente universal que nos caracteriza como especie y que nos constituye en la plenitud de posibilidades de ser en el mundo es el lenguaje. El lenguaje es la base del pensamiento, los ladrillos que hacen posible generar nuestro edificio interno único e irrepetible, las estructuras simbólicas compartidas de sentido que son la cultura en la que vivimos. El lenguaje va más allá de las palabras y abarca también gestos, señas y posturas, pero está claro que sin las palabras no podríamos pensar, aunque, al mismo tiempo, las palabras y estructuras del lenguaje que nos son dadas y que interiorizamos a nivel del sistema nervioso central tienen el sesgo de los significados que son propios del contexto cultural y del idioma. Por lo tanto, tampoco las palabras se escapan al influjo del sexismo, ya que es a través de ellas como aprendemos e interiorizamos qué es y qué significa ser mujer u hombre, blanco o negro, gay o heterosexual, menor o adulto, dentro de un complejo sistema de categorizaciones y escalas de valor a partir de las cuales edificamos nuestra identidad personal, nuestra autoestima, pero también las posibilidades de estar y hacer en el mundo. A modo de ejemplo, y desde mi perspectiva de observador privilegiado que me aporta la «antropología aplicada de parques y columpios», es casi inevitable que diariamente escuche que alguien llama princesa a mi hija y campeón a mi hijo, o a los suyos. Porque, queramos o no, vivimos en una estructura de significados y significantes que nos trasciende: no significa lo mismo ser un zorro que una zorra, atrevido que insolente, hombre público o mujer pública, inteligente o pícara.

Pese a lo que nos han hecho creer, las palabras no se las lleva el viento. Por el contrario, cada palabra constituye una realidad tan física como la torre de Pisa, el agua del mar o el aire que respiramos. En cada acto lingüístico nos expresamos a partir de los mapas mentales que tenemos constituidos, y al hacerlo impactamos en quien recibe el mensaje de forma física, creando contingencia de realidad en su sistema nervioso central en forma de estímulo químico y eléctrico. Así, un acto lingüístico —como una declaración, una frase o un conjunto de palabras— puede cambiar el mundo tanto de la persona que lo emite como de la que lo recibe. No hace falta acudir a las numerosas investigaciones para concluir que no nombramos igual lo femenino que lo masculino. A modo de ejemplo, la frase «hacer algo como una chica» está cargada de connotaciones negativas limitantes, que son posibles porque previamente hemos construido desde una mirada sesgada, basada en el sexismo, una idea estereotipada del hecho de ser mujer. Por lo que, si pensamos en cómo lucha una chica, cómo corre o cómo se emociona, no estaremos viendo a esa chica en concreto, sino que la estaremos interpretando a partir de los juicios sobre el hecho de ser mujer, previamente constituidos. Por el contrario, si nos paramos a pensar qué significa «hacer algo como un hombre» (os invito a que cerréis los ojos y os dejéis llevar allá a donde os guíe la expresión), es muy probable que eso nos evoque algo muy diferente, tal vez rudo, agresivo,

enfadado, decidido, frío... ¿Ha sido así?

El lenguaje, amigas y amigos, es tremendamente poderoso, tanto para controlar y mantener estructuras simbólicas limitantes como para abrir posibilidades. Y esta es una muy buena noticia, porque cada uno de nosotros podemos poner a jugar las palabras a nuestro favor. Pero, para hacerlo, como primer paso necesitamos tomar conciencia de las palabras que utilizamos, los cuentos que contamos, los juicios que hacemos de forma cotidiana, y saber que tales acciones mueven el mundo en un sentido o en otro. El cambio hacia la igualdad y la justicia no pasa únicamente por ser ideológicamente afines a estos conceptos, sino que necesita de cambios profundos que solo son posibles a través de infinidad de pequeñas transformaciones cotidianas. Por ejemplo, si con nuestra hija utilizamos palabras dulces como «qué bonita eres», «princesita», etc., mientras que a nuestro hijo lo llamamos cariñosamente «bruto» o de manera reiterada «campeón», podemos probar a invertir los adjetivos y sustantivos y comprobar qué ocurre y qué nos pasa a nosotros. El segundo paso es hacer frente a la incomodidad que genera el cambio, porque el hábito lingüístico es como el tabaco, que no es fácil de dejar. Y, como tercer paso, está la persistencia. Si modificamos el hábito de referirnos al conjunto de los niños y las niñas como «los niños» para pasar a pensar y hablar en términos de criaturas, al principio nos costará, pero con el uso y la práctica naturalizaremos en muy poco tiempo un nuevo vocabulo más inclusivo y eficaz para nombrar la complejidad de la realidad. Habremos ganado una nueva palabra, y la equidad habrá dado un paso, porque no olvidemos que lo que no se nombra, no existe.

Un delicioso ejemplo del poder de las palabras lo encontramos en la película *Criadas y señoras* (*The Help*), donde Aibileen, una mujer negra que se ha pasado la vida trabajando al servicio de las grandes familias sureñas, establece una relación extraordinariamente transformadora con la pequeña Mae Mobley, a quien repite y hace repetir como un mantra, una y otra vez, «tú eres buena, tú eres lista, tú eres importante», para hacer frente al abandono y desapego que practicaban con ella. Una excelente muestra del poder de las palabras como base de la educación emocional y como herramienta para generar una autoestima saludable y un apego seguro.

Otra buena noticia es que la acción mata el juicio. Nuestro cerebro se parece mucho a un dispensador loco de pelotas de tenis. En un solo día podemos llegar a tener más de sesenta mil pensamientos, y la mayoría de ellos están inspirados en juicios no probados de la realidad con los que nos autobombardeamos de forma inevitable. Como no podría ser de otra manera en un contexto sexista, una parte importante de nuestros juicios sobre lo que vemos y hacemos está contaminada por la expectativa social aprendida e interiorizada sobre qué es ser mujer o ser hombre. Para ilustrar cómo funcionan los juicios, voy a compartir algo que me pasó hace unos meses caminando por una calle de Bilbao, un ejemplo amable. Iba observando a la gente con la que me cruzaba (como solíamos hacer antes de estar leyendo los wásaps) cuando vi a lo lejos una pareja heterosexual, etnográficamente hablando (lo supongo, porque eran un hombre bio y una mujer bio de similar edad cogidos de la mano). Me percaté de que ella era notablemente más alta que él. Cuando nos cruzamos, me giré para ver los zapatos que ella llevaba, cuando de repente me brotó de dentro: «¡Y encima lleva tacones!». Pillado, touché, patinazo. ¿Qué me hizo girarme para mirar los zapatos de la mujer? ¿De dónde surgió esa idea tan simple y peregrina de que en una

pareja heterosexual el hombre tiene que ser más alto? ¿Cómo me pudo suceder a mí con lo trabajado y feminista que soy? Probablemente, eso vino de lo más profundo de mi carga de aprendizaje inconsciente. ¿Cómo se puede revertir? Seguramente, haciéndolo emerger para ser conscientes de cuánto nos puede llegar a condicionar el aprendizaje interiorizado en el proceso de socialización, que nos acompaña de forma sistemática cada día, en cada situación. Pero como sé que no soy solamente yo quien patina o tropieza con los propios juicios sexistas, os propongo que juguéis a identificar y compartir vuestros propios tropezones. Puede ser divertido, muy ilustrativo y sugerente para conocernos y que nos conozcan un poco mejor, aunque la consecuencia sea que Roxane Gay tenga que emitir un carné nuevo del colectivo de malos feministas.

EL LENGUAJE IMPORTA Y ESTÁ CARGADO DE EMOCIONES

Las emociones existen como parte esencial y universal de la naturaleza humana. Si alguna vez habéis hecho meditación o yoga, habréis podido comprobar que mientras nos están diciendo que nos centremos en la respiración, que no pensemos en nada, nos viene una y otra vez el recuerdo de «la factura que tengo que pagar», «el informe que no he entregado», la conversación pendiente con Pepita, todo ello aderezado con múltiples emociones, pero nosotros seguimos en la posición de loto y simulando estar en el nirvana. Ni por esas. No podemos parar de pensar y enjuiciar el mundo, como tampoco podemos dejar de sentir. Así como el sistema nervioso central —en estrecha colaboración con lo más sofisticado de nuestro cerebro— es un inmenso almacén interactivo y dinámico de palabras, testarudo y de fuerza volcánica que no se detiene ni cuando dormimos, las emociones no se quedan atrás. Lo que sentimos no se puede dissociar del lenguaje, del mismo modo que el lenguaje adquiere sentido pleno por el emcionario que lo acompaña constante e inexorablemente.

Es importante ser conscientes de que cualquier palabra (pero, en especial, términos como «feminista», «igualdad», «mujer», «puta», «campeón», «maricón», «princesa», «lucha», «macho» o «zorra») está cargada no solo de significado, sino también de emociones asociadas, positivas o negativas en función de las connotaciones que le otorga la cultura dominante y de los nuevos valores que le hayamos podido adjudicar a nivel personal en subespacios culturales o políticos. La buena nueva es que un cambio en el lenguaje conlleva también una transformación de las emociones asociadas, y que un nuevo uso de las palabras es capaz de crear una realidad nueva. Del mismo modo en que la toma de conciencia de las emociones que acompañan a los juicios, tanto propios como ajenos, incidirá en su potencia y significado.

Como señalábamos en el apartado anterior, podemos poner a trabajar las palabras y el lenguaje a favor de la igualdad, pero para ser realmente eficaces y transformadores en ese empeño, también tenemos que ejercitar la escucha activa de las emociones que nos produce tanto lo que nos dicen como lo que decimos.

De este modo, no podremos tampoco controlar lo que sentimos, aunque sí tomar conciencia y ponerlo a trabajar a favor de la buena vida y la igualdad. Como nos recuerda Claude Steiner, la educación emocional ayuda a que «las emociones trabajen para ti en vez de contra ti». La

educación emocional es un factor clave en la construcción de nuevas identidades (especialmente en las de los hombres), ya que incide de forma significativa en la mejora de las relaciones interpersonales, favorece las relaciones de paz y hace posible el trabajo cooperativo al facilitar el sentimiento de equipo y comunidad. Después de muchos años trabajando como maestro de educación emocional, Steiner señala:

He visto la gran incomodidad que siente la gente, especialmente los hombres, ante la sola mención de la palabra «emociones». Estos temen que si revelan sus emociones se descubrirán secretos profundos y dolorosos, y frecuentemente creen que una educación emocional les haría perder, tanto en lo laboral como en lo personal.

EL TERCER ELEMENTO EN DISCORDIA: LOS CUERPOS

Si acercas el libro que tienes entre manos a tu nariz y respiras con fuerza (siempre que tengas la versión en papel, claro), percibirás el olor a tinta y papel, y a cada uno de nosotros nos evocará imágenes, sensaciones y emociones distintas. Este pequeño ejercicio te puede servir para tomar conciencia de que todo lo que pensamos y sentimos tiene su sede en un espacio físico concreto, vulnerable, construido, en constante transformación y dolorosamente finito: nuestro propio cuerpo, que es inseparable, cómplice, aliado e imprescindible para sentir, pensar, interactuar y comunicarse.

Tenemos que imaginar que el lenguaje, las emociones y el cuerpo no son compartimentos estancos, sino que son parte de un todo interconectado y dependiente, y que cualquier cambio o estímulo en uno de estos ámbitos incide necesaria y automáticamente en el resto. Si alguien nos insulta o agrede, sentiremos miedo, rabia, ira, tristeza, se nos alterará la respiración, sudaremos, y probablemente podamos sentir todas estas emociones en algún lugar del cuerpo.

Pero no vivimos en cuerpos neutros, sino que nuestro continente particular de vida ha sido modelado desde el momento en el que nacimos, junto con el lenguaje y las emociones, siendo la expectativa de género uno de los elementos moldeadores clave.

El cambio hacia la igualdad pasa por analizar y escuchar a nuestros cuerpos, por cuidarlos y convertirlos en aliados del tránsito hacia formas nuevas de masculinidad pacíficas y cuidadoras. Explorar todas las posibilidades de sentir y disfrutar que nos brinda puede convertir a nuestro propio cuerpo en el mejor aliado para la transformación que necesitamos, que no es solo ideológica, sino que es, sobre todo, física y emocional.

CHICOS, ¡A PRACTICAR!: NUEVE PALABRAS PARA MOVER EL MUNDO

El feminismo es una teoría social y política, a la vez que un movimiento diverso y heterogéneo, que tiene como objetivo fundamental cambiar el mundo, por lo que este libro tiene que contribuir a ello, aunque sea un poco.

Muchas veces no somos lo suficientemente conscientes del poder de las declaraciones que

hacemos y de la «autoridad» que a menudo tenemos con las personas más próximas, que suelen ser las que más nos quieren.

El ejercicio de las declaraciones básicas es una propuesta para poner a trabajar las palabras a favor del cambio hacia relaciones más sanas e igualitarias. No es necesario utilizarlas todas a la vez ni con la misma persona, sino que son herramientas a disponer, para usarlas de forma consciente cuando y con quien estimemos oportuno:

Sí

Es la declaración básica matricial, lo que marca aquello que damos y lo que recibimos. Los síes que hemos dado en la vida son los que nos han conducido a donde estamos hoy: sí a estudiar la carrera que cursamos, sí a trasladarnos de ciudad, sí a tener una relación, sí a leer este libro, sí al compromiso de mantener relaciones justas y pacíficas... Podemos aprovechar para reflexionar si todos esos síes los hemos decidido o si, por el contrario, nos dejamos llevar.

El «sí» transformador, desde una perspectiva de género, nos abre infinidad de posibilidades. Te propongo algunos con la certeza de que tú aportarás y pondrás en práctica muchos otros: sí a implicarme más en los cuidados, sí a coger una excedencia o una reducción de jornada en el trabajo para cuidar, sí a implicarme en la asociación de madres y padres del colegio de mis criaturas (si las tienes), sí a implicarme activamente en todo lo relativo a la igualdad en mi ámbito más próximo, sí a tratar a las personas con igualdad, sí a abrir conversaciones pendientes, sí a comprometerme con mi cambio personal, sí a participar en un grupo de hombres por la igualdad...

No

El «no» es otra de las declaraciones básicas más potentes y empoderantes. El «no» permite conectar con la dimensión ética de nosotros mismos y mantener el control de aquello que no deseamos, que nos disgusta, ofende o desagrada. Como ocurre con el «sí», es una buena oportunidad de repasar los noes que nos han traído hasta donde estamos.

Los hombres tenemos un campo muy fecundo para aplicar el «no» como poderosa herramienta de transformación personal y colectiva. Podemos decir «no»: a la violencia machista, a aprovecharnos de nuestros privilegios, a la violencia contra otros hombres, a la discriminación de las mujeres en el ámbito laboral, al racismo, a la homofobia, a nuestros propios micromachismos, a regalar juguetes sexistas, a la discriminación en el deporte, a la discriminación salarial, a un puesto o cargo para que pueda optar a él una mujer...

No sé

Utilizar y poner en práctica el «no sé» es profundamente contrahegemónico, porque es algo que a los hombres en general nos cuesta mucho decir y reconocer, que nos conecta, cuando lo hacemos, y de una forma muy poderosa, con la humildad. Supone asumir tanto a nivel privado y personal como públicamente nuestra vulnerabilidad, infalibilidad y dominio, sobre todo cuando está en juego nuestra identidad pública.

El uso del «no sé» además de humanizarnos, es profundamente liberador: no sé cómo llegar a fin de mes; me he perdido, no sé dónde estoy; no sé arreglar el pinchazo; no sé qué me pasa...

Reconocer el error

Personalmente, me cuesta mucho reconocer mis errores, decir «me equivoqué». Reconocer los errores implica, además de hacerte consciente de ellos, asumir la responsabilidad de haberte equivocado y trazar una estrategia para no volver a cometer el mismo error, y en el caso de hacerlo, reconocerlo, saber repararlo y ser capaz de pararlo, para que no vuelva a ocurrir.

Perdón

Disculparse o pedir perdón es profundamente sanador, ya que puede liberar a ambas partes (la agraviada y la arrepentida) y sirve para «limpiar» las relaciones y ayudar a restablecer la confianza. El resentimiento hace daño hasta que se cura, y el perdón sincero es una buena medicina. Es reconocer que hice algo, que actué así, que no puedo cambiar lo que pasó, pero que me comprometo a que no volverá a suceder. El perdón es de doble sentido: sirve para pedirlo, pero también para perdonarnos a nosotros mismos por aquello que hicimos.

No obstante, no se trata únicamente de pedir perdón como un acto puramente lingüístico, sino de reflexionar sobre el daño causado, tratar de repararlo y realizar un compromiso o las acciones necesarias para que no vuelva a suceder.

Sinceramente, no creo que cada uno de nosotros deba pedir perdón por todos los excesos e ignominias que ha producido el patriarcado a lo largo de la historia (sería abrumador, injusto y poco operativo), pero sí sería interesante hacerlo por aquellos actos personales que seamos capaces de identificar como sexistas, y de los que somos responsables de forma personal e intransferible.

Y, ya que tengo público, aprovecho para pedir perdón por mis errores y contradicciones, que los he tenido y tengo, aunque procuro enmendarme.

Voy a ser/quiero ser

La voluntad de cambio hacia nuevas formas más emocionalmente conectadas de masculinidad,

pacíficas y cuidadoras, pasa también por la posibilidad de soñar con cómo nos gustaría ser. Esta apuesta por el tránsito personal conecta con la pasión y la ilusión por los escenarios y posibilidades de ser y estar que se pueden imaginar. ¿Qué tipo de hombre vas a ser? ¿Cómo quieres ser? Y, sobre todo, ¿qué pasos vas a dar para lograrlo?

¡Gracias!

Vivir agradecido es una disposición ante la vida. Agradecer cuánto nos han cuidado, lo que han hecho por nosotros. Agradecer especialmente a las mujeres, a nuestras abuelas, madres, hermanas, amigas, parejas. Y, por qué no, agradecer también a esos hombres que nos acompañan en la vida y nos hacen ser mejores personas. Gracias, gracias, gracias.

Amor

¡Salgamos del armario emocional! Se trata de algo tan sencillo como mirar a alguien a los ojos y decir «te quiero». Esta es una declaración muy potente y transformadora que, en el caso de los hombres, lo es más cuando experimentamos el hecho de expresárselo a otros hombres. Decir «te quiero» a nuestro padre, hermanos, amigos o maestros es una oportunidad extraordinaria para romper las barreras emocionales que separan a los hombres por el miedo inoculado en la homofobia y a sentir emociones positivas y placenteras con otros hombres.

¡Basta!

Decir «¡basta!» tiene un campo muy fecundo en el cambio en los hombres. Como socios patriarcales involuntarios de otros hombres, tenemos una oportunidad de oro para decir «no quiero más de esto, ¡se acabó!», o «quiero dejar de ser lo que he sido hasta ahora». Expresar de forma rotunda nuestro rechazo al machismo nos permite cortar complicidades con otros hombres, con chistes y comentarios machistas, homófobos y racistas. Nos conecta con el enfado y la rabia, pero llevándonos a la acción. Nos permite posicionarnos de una forma pública y comprometida contra todo tipo de violencia. Nos invita a involucrarnos activamente en la lucha por la igualdad, haciendo cosas y adquiriendo compromisos nuevos y diferentes.

JUGUEMOS UN POCO. UN CALEIDOSCOPIO DE HISTORIAS Y REFERENTES PARA LA IGUALDAD: 365 HOMBRES IMPERFECTOS PARA 365 DÍAS

En la medida en que he ido escribiendo este libro, han ido apareciendo y acompañándome cientos

de personas. En ocasiones, cuando pensamos en el aporte que hemos hecho los hombres a la lucha por la igualdad y contra la violencia hacia las mujeres, nos quejamos de la falta de referencias. Pues bien, he querido hacer un ejercicio psicomágico, una especie de metáfora de los hombres en el tiempo y en el espacio: 365 hombres que abarcan los cinco continentes, los 360 grados y los 365 días del año.

Como decíamos, una de las reivindicaciones que suele acompañar a la incorporación de los hombres a la lucha por la igualdad suele ser la falta de referentes. Pues bien, al principio me costó reunir un listado significativo de nombres de varones, pero a día de hoy podría elaborar uno mucho más amplio. Creo que no se trata tanto de ver a los varones igualitarios, sino de querer verlos, porque —a diferencia de las meigas— haberlos, haylos.

Algunos de ellos dejaron su huella en la historia y son conocidos, otros forman parte del movimiento de hombres feministas, hay quienes investigan, quienes escriben, los hay que han sido presidentes, artistas, padres comprometidos o deportistas, pero todos y cada uno de ellos, al haber cambiado sus vidas y su entorno con la igualdad de mujeres y hombres como principio y fin, han contribuido de alguna manera a transformar el mundo.

Llegados a este punto del libro, lector, lectora, quiero sugerirte un juego. Te propongo que leas el listado de los 365 hombres que he elaborado para ti, saboreando cada nombre, por desconocido que te resulte, e imaginando cada biografía, deteniéndote donde te apetezca. Cada uno de ellos guarda una historia de transformación y reflexión crítica que puede ayudarte a enriquecer la tuya (para que surja la magia, solo tienes que coger el nombre que quieras y ponerlo en un buscador).

No he querido introducir más referencias de cada uno de ellos, por lo que para localizar al hombre que hay detrás del nombre puedes añadir conceptos clave como «igualdad», «género», «masculinidades» o «feminismo» en el texto de tu búsqueda. Ten en cuenta también que muchos de ellos aparecerán únicamente en el mundo anglófono o francófono. ¿Jugamos?

Abhijit Das • Adolfo González Posada • Aitzol Aramaio • Alain Touraine • Alan Alda • Alejandro Amenábar • Alejo Durán • Alessio Miceli • Álvaro Campos • Amartya Sen • Ander Bergara • Andrés Montero • Andrew Levack • Ángel Elías • Anthony Clare • Anthony Keedi • Anthony McMahon • Anthony Rotundo • Antoine Leiris • Antonio Banderas • Antonio García • Antonio Martín Cáceres • Antonio Moreno • Antonio Ramírez • Artemio Baigorri • Ashton Kutcher • Barack Obama • Benedito Medrado • Benigno Morilla • Benito Jerónimo Feijoo • Benno de Keijzer • Bernard Shaw • Bernardo Atxaga • Bernat Escudero • Boaventura de Sousa • Bob Pease • Brian P. Heilman • Buenaventura Durruti • Calogero Giametta • Carles Fons • Carles Francino • Carlos Andrés Gómez • Carlos Díez Fernández • Carlos Güida • Carlos Lomas • Celso Taboada • Charles Corbett • Charles Mansell-Moullin • Chema Espada • Chris Green • Christian Veske • Christopher Kilmartin • Cyrus Rinaldi • Claudio Naranjo • el marqués de Condorcet • Custodio Delgado • Daniel Cazés • Daniel Craig • Daniel Gabarró • Daniel Leal González • Daniel Radcliffe • Daniel Welzer-Lang • Darío Ibarra • David Bell • David Gilmore • David L. Eng • David Leverenz • David Pinilla • David Schwimmer • Dean Peacock • Donald H. Bell • Donald McPherson • Donald Sabo • Doug French • Douglas Mendoza • Dragan Bozanic • Eddie Vedder • Eduardo Galeano • Eduardo Liendro Zingoni • Eduardo Noriega • Edward Carpenter • Emmanuel Ochora • Enrique Gil Calvo • Enrique Stola • Erick Pescador • Fang Gang • Félix

Alcan • Fernando Barragán • Fernando de Castro • Fernando Fernández-Llebrez • Fernando García • Fernando Huerta • Fernando Villadangos • Florent Marcellesi • Franches Belenguer • Francisco Aguayo • Francisco Guerrero • Franco González • Frank Mott • Frederick A. P. Barnard • Frederick Douglass • Friedrich Krause • Gabriel Gallego • Arkaitz López Gorritxo • Gary Barker • Gary Cohen • George Herbert Mead • George Lansbury • George W. Julian • Gerald Gould • Gerard Coll-Planas • Guillermo Gorostiza • Gillermo Núñez • Giner de los Ríos • Gore Vidal • Gustavo Gomes • Harold Laski • Harry Christian • Héctor Sánchez • Heinrich Geldschläger • Henri Pascaud • Henrik Ibsen • Henry N. Brailsford • Henry Fowle Durant • Henry Nevinston • Henry B. Stanton • Herb Goldberg • Herbert Marcuse • Hermógenes Domingo • Hernando Muñoz • Hilario Sáez Méndez • Horace Mann • Hugo Huberman • Hugo Schwyzer • Ian Somerhalder • Ibon Arrizabalaga • Ibon Uribe • Iñaki Gabilondo • Iñaki Kasares • Iñigo Lamarca • Iván Sambade • Jacinto Octavio Picón • Jackson Katz • James B. Angell • James Gibbons • James Mott • James Ptacek • James W. Messerschmidt • Javi Muñoz • Javier Cantera • Javier Covarrubias • Javier de Domingo • Javier Lasso de la Vega y Cortezo • Jean Finot • Jean-Claude Kaufmann • Jeff Hearn • Jesús Urbano Muñoz • Jesús Casado • Jimmie Briggs • Jimmy Tellería • Joan Pujol • Joan Sanfélix • Joan Vilchez • Joaquim Montaner • Joaquín Salvador «Quino» • Joe Vess • John Dewey • John Key • John Legend • John Lennon • John Stuart Mill • Jokin Aspiazu • Jon Binnie • Jon Cohen • Jon Sistiaga • Jorge Riechmann • José Ángel Lozoya • José Antonio Ojeda • José F. Gras • José Francos Rodríguez • José Ignacio Pichardo • José Luis Casero • José Luis Rodríguez Zapatero • José Manuel Salas • José María Espada • José María Valcuende • José Miguel Cortés • José Miguel Fernández «Fote» • José Olavarría • José Sanmartín • José Saramago • Joseba Ruiz Golvano • Josep Maria Armengol • Josep Vicent Marqués • Joseph A. Boone • Joseph Gordon-Levitt • Josexu Riviere • Joss Whedon • Jouni Varanka • Juan Blanco • Juan Carlos Areán • Juan Carlos Callirgos • Juan Carlos Ramírez • Juan Guillermo Figueroa • Juan José Ibarretxe • Juan Manuel Contreras • Juan Manuel Molero • Juan Oliver • Juan Ramón Lucas • Juanjo Compairé • Juanma Feito Guerrero • Julián Fernández de Quero • Julio González Pagés • Justin Trudeau • Justin Williams • Justo Fernández • Kalyan Shrestha • Kirmen Uribe • Klaudio Duarte • Knut Storberget • Kofi Annan • Kumi Naidoo • Larry José Madrigal • Laurence Housman • Laxman Belbase • Leonard Bernstein • Leonardo Olivos • Leopoldo Santos Urrutia • Leroy-Beaulieu • Lorenzo Hervás y Panduro • Lorenzo Silva • Lucas Platero • Lucho Fabbri • Luis Abenza • Luis Bonino • Luis Cerrón • Luis García Montero • Luis Mora • M. L. Frank • Manuel Buendía • Manuel Castells • Manuel Vicent • Márcio Chagas da Paz • Marco Aurélio Martins • Marco Deriu • Marcos Nascimento • Mariano Nieto • Mark Ruffalo • Mark Simpson • Mark Zuckerberg • Matthew Gutmann • Maurice Berger • Mauricio Menjívar • Mauro Antonio Vargas • Maxi Gutiérrez • Michael Flood • Michel Foucault • Michael Kaufman • Michael Kimmel • Michael Lamb • Michael Messner • Michael Meuser • Michael Moore • Michael Schwalbé • Miguel Ángel Arconada • Miguel Ángel Ramos • Miguel del Arco • Miguel Lorente Acosta • Miguel Romera-Navarro • Mike O'Donnell • Mikel Otxotorena • Miquel Missé • Muhammad Yunus • Nacho Guerrero • Nairo Quintana • Natko Geres • Nikolai Eremin • Nobue Suzuki • Noel Cabangon • Nur Hasyim • Octavio Salazar • Olof Palme • Omar Elvin Garwood • Oriol Ginés • Óscar Guasch • Óscar Longo • Oswaldo Montoya • Otive Igbuzor • Pablo Llama • Pablo Quirós •

Paco Abril • Parker Pillsbury • Patrick Stewart • Patrick Welsh • Patxi Pérez • Pau Almuní • Paul Lichterman • Pedro Sánchez • Pello Ulazia • Pere Fullana • Peter F. Murphy • Péter Szil • Pierre Bourdieu • Poullain de la Barre • Rafael María de Labra • Rafael Pérez • Rafael Soto • Rafael Vidal • Rahul Roy • Ralph LaRossa • Ratanak Ou • Riccardo Savone • Richard Hunt • Robert Dale Owen • Robert Morrell • Roberto Moreno • Ronald Mayerl • Rutilio Delgado • Ryan Gosling • Salvador Cruz • Samuel D. Tillman • Sandro Casanova • Santiago Martínez • Santiago Boira • Santiago Fernández • Santiago Valentí Camp • Sarunas Jasikevicius • Sasa Ostojic • Sebastián Madrid • Simon Isaacs • Sirley Vieira • Stefano Ciccone • Stephen Samuel Wise • Steven Botkin • Ted Bunch • Theodore Parker • Thomas M'Clintock • Thomas Paine • Thomas W. Laqueur • Thomas Wentworth • Todd Minerson • Tony Porter • Tristán Ulloa • Tura Lewai • Txema Olleta • Ulrich Möhwald • Unai Rementeria • Unai Sordo • Vicenç Navarro • Vicent Martínez • Víctor del Árbol • Víctor Lapeña • Víctor Sánchez • Victor Sleider • Vicenç Fisas • W. E. B. Du Bois • Walt Whitman • Warren Farrell • Wendell Phillips • Wessel van den Berg • Wilfried Wieck • Wilfredo Mármol • Will Smith • William Lloyd Garrison • William Marsiglio • Woodrow Wilson • Xavier Bonal • Xabier Odriozola • Xavier Rambla • Zygmunt Bauman.

LA LÍNEA QUE SEPARA EL MUNDO EN DOS

Hay palabras que unen y palabras que separan. Reflexionaba mi admirado escultor, tan vasco como universal, Eduardo Chillida, que una línea es capaz de separar el mundo en dos:

La raya que hago en un papel ya no es unidimensional, es bidimensional. El punto que se ha movido y ha producido esta línea no tiene dimensión. Es lo mismo que el problema de la identidad. No existen dos cosas iguales... tú haces una línea, es un gesto, pero esa línea está separando el mundo en dos... en una línea el mundo se une, con una línea el mundo se separa.

El sistema binario macho-hembra, hombre-mujer, masculino-femenino, está separado por una línea invisible dibujada en el papel de cada una de nuestras vidas, pero con tal fuerza que logra convertirse en una frontera que separa, sobre todo porque no la podemos apreciar a simple vista. Por fortuna, la mayoría de las líneas que nos separan y unen están construidas con palabras: seamos conscientes y apropiémonos de ellas para volver a unir lo que el patriarcado separó.

6

VIOLENCIAS MASCULINAS, RIESGO, PODER Y LOS PROBLEMAS DE GÉNERO EN LOS HOMBRES

Aquellos que pueden ver el dolor sin sentirse conmovidos, pronto aprenderán a causarlo.

MARY WOLLSTONECRAFT

Hay criminales que proclaman tan campantes «la maté porque era mía», así no más, como si fuera cosa de sentido común y justo de toda justicia y derecho de propiedad privada, que hace al hombre dueño de la mujer. Pero ninguno, ninguno, ni el más macho de los supermachos tiene la valentía de confesar «la maté por miedo», porque al fin y al cabo el miedo de la mujer a la violencia del hombre es el espejo del miedo del hombre a la mujer sin miedo.

EDUARDO GALEANO

NI UNA MENOS

La violencia contra las mujeres es una pandemia. Según datos de las Naciones Unidas, se estima que el 35 % de las mujeres de todo el mundo ha sufrido violencia física o sexual por parte de su compañero sentimental o de otra persona a lo largo de su vida. Sin embargo, otros estudios elevan este número hasta el 70 %.

El Estudio Mundial sobre el Homicidio 2013 de la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC, por sus siglas en inglés) revela que el número de mujeres asesinadas por sus parejas en el año 2012, según cada región, fue de 13.400 en África, 6.900 en América, 19.700 en Asia, 3.300 en Europa y 200 en Oceanía: 43.000 mujeres víctimas de la violencia machista en el mundo durante ese año. A pesar de su magnitud, no hemos logrado que estas cifras se conviertan en un problema político de primer orden, ni en el ámbito global ni en España.

Se calcula que unos 120 millones de niñas de todo el mundo (una de cada diez) han sufrido un coito forzado u otro tipo de relaciones sexuales forzadas en algún momento de sus vidas. Con diferencia, los agresores más habituales no son desconocidos, sino que son hombres cercanos a la familia, incluyendo al propio padre, padrastros, tíos, compañeros o novios; 700 millones de mujeres que viven actualmente se casaron siendo niñas, y 200 millones de niñas y mujeres han sufrido algún tipo de ablación o mutilación genital.

En Europa, el 43 % de las mujeres de los 28 Estados miembros de la Unión ha sufrido algún tipo de violencia psicológica por parte de su compañero sentimental a lo largo de su vida. Se estima que a la mitad de las mujeres asesinadas en 2012 las mataron sus parejas, frente a menos del 6 % de hombres asesinados durante ese mismo año.

La violencia contra las mujeres no es solo un problema de derechos humanos, sino también de salud y económico. Supone sobre todo daño físico y emocional, pero la violencia de género también conlleva graves repercusiones económicas para el país. Según datos del Banco Mundial, se estima que el impacto económico de esta violencia representa entre el 1 y el 4 % del PIB de un país.[1]

En España son asesinadas alrededor de 60 mujeres cada año a manos de su pareja o expareja. De acuerdo con el balance del Consejo General del Poder Judicial, durante el año 2016 se presentaron en los juzgados 391 denuncias diarias por violencia machista, hasta llegar a las 142.000 anuales. Según la memoria de la Fiscalía General del Estado, de las 129.292 denuncias presentadas en el año 2015 por malos tratos, se tramitaron 18 como denuncias falsas, lo que supone un 0,014 % del total. Partiendo del supuesto de que solo un 20 % de las mujeres afectadas deciden denunciar, la estimación total anual de mujeres que están sufriendo violencia machista en España podría alcanzar la terrorífica cifra de 700.000, o, lo que es lo mismo, 700.000 hombres que maltratan y ejercen violencia contra ellas. En el mismo año se dictaron en los tribunales 31.232 sentencias condenatorias, por lo que solamente el 4 % de los hombres que pudieran estar cometiendo estos delitos son condenados. ¿No sería normal, entonces, la sensación de impunidad?

Las mujeres no mueren, son asesinadas. A estas alturas es incomprensible que en la construcción colectiva del relato que reflejan los medios de comunicación siga primando una concepción tan extraña de los hechos de violencia contra las mujeres. En los distintos medios, cuando se produce un asesinato de cualquier otra naturaleza, no se emplea la fórmula neutra «mueren», sino que se especifica la forma en que fallecieron: asesinados. Recientemente pudimos encontrar este titular en la prensa española: «Muere Maryam Mirzakhani, la primera mujer en ganar una Medalla Fields de Matemáticas». Triste pero correcto: murió a causa de un cáncer. Pero cualquier día y en distintos medios de comunicación encontramos otros titulares como este otro: «Muere una mujer a manos de su expareja». En este caso y muchos otros, cuando las matan no mueren, sino que son asesinadas.

Una evidencia más de que la violencia machista está relacionada con una situación de poder y privilegio se constata con la terrible prevalencia de los casos de violencia contra las mujeres que sufren algún tipo de enfermedad mental, lo que viene a demostrar que a mayor vulnerabilidad, mayores son las posibilidades de sufrir distintas formas de violencia. Según un estudio publicado recientemente por la Federación de Euskadi de asociaciones de familiares y personas con

enfermedad mental (Fedeafes), alrededor del 80 % de las mujeres con enfermedad mental grave que han estado en pareja han sufrido violencia psicológica, física o sexual en algún momento de su vida adulta, un 26 % ha sufrido violencia sexual en la infancia y una de cada tres la ha sufrido en la pareja. Sin comentarios.

LA VIOLENCIA NO ES NATURAL NI NEUTRAL: ES UNA PLAGA EVITABLE, MASCULINA Y SINGULAR

Repíteme conmigo: la violencia no es natural. No se trata de una cuestión de fe, de creerlo o no; es una evidencia científica irrefutable. Es importante tenerlo claro porque la violencia se sustenta siempre en los discursos legitimadores que le dan sentido, que son los que de algún modo nos preparan y otorgan licencias sociales o permisos para utilizarla. Por lo tanto, para desactivar la violencia como fenómeno cultural extendido (aunque no por ello mayoritario) en nuestra sociedad, tenemos que generar narrativas en clave de paz. A pesar de que en las noticias que vemos todos los días (y que tanto nos influyen) el mundo entero puede parecer un espacio de caos y violencia, la inmensa mayoría de los hombres no la utilizamos en nuestras relaciones, que, aunque imperfectas, escribimos cada día en clave de paz.

En lo relativo a la violencia como fenómeno cultural, no hay duda de que llevamos al enemigo dentro. De las violencias masculinas, los hombres somos tanto víctimas como victimarios. No debemos olvidar que, según datos de la Organización Mundial de la Salud (OMS), el 90 % de las mujeres y el 96 % de los hombres asesinados en el mundo lo fueron a manos de otros hombres, mientras que al 45 % de las mujeres asesinadas las mataron sus parejas o exparejas, también hombres en la inmensa mayoría de los casos. Con base en el Estudio Mundial sobre el Homicidio, cerca del 95 % de los homicidas a nivel global son hombres, siendo este un porcentaje más o menos constante de país a país y entre las distintas regiones del mundo, independientemente de la tipología del homicidio o del arma empleada. El 5 % de los homicidas eran mujeres, mientras que las mujeres representaban el 21 % de las personas asesinadas frente al 79 % de los hombres.

En España, el 93 % de los delitos los cometen los hombres, y este porcentaje se dispara cuando nos referimos a los delitos más graves y violentos. Las violencias masculinas están detrás de casi la totalidad de las catástrofes humanas en forma de guerras, atentados, violencia sexual, acoso, etc., y de manera especialmente grave y significativa en la violencia de género por la situación de desigualdad entre hombres y mujeres en que se da.

Tal y como nos recuerda Michael Kaufman, la violencia contra las mujeres no es un problema de mujeres: se trata de un problema de los hombres, pero que lo sufren y padecen las mujeres, las niñas y los niños. Miguel Lorente insiste una y otra vez en que ningún hombre que ejerce la violencia contra su pareja o sus criaturas es un autodidacta, sino que se nutre necesariamente de un caldo de cultivo socialmente aceptado en que el hombre violento ha tenido su espacio de aprendizaje legitimador de la violencia, y esto se produce sobre todo, a través de la interacción con otros y otras. Quiero aclarar —porque sé que este tipo de reflexiones pueden ser manipulables— que el «culpable» del hecho violento es quien ejerce la violencia, pero que todos tenemos mayor o menor responsabilidad en la creación de la sopa tóxica supremacista masculina y

legitimadora de las violencias. Insisto, no se trata de victimizar a los hombres, sino de ir a la raíz de las violencias culturalmente aceptadas y legitimadas para poder contraponer una cultura hegemónica en clave de paz.

Los procesos tóxicos de autoafirmación que ofrecen las masculinidades hegemónicas se parecen mucho al chovinismo más rancio. Y, nos guste o no, el chovinismo masculino tiene los pies de barro. Mi amigo y compañero Michael Kaufman insiste en todos los foros en los que participa en que esta forma masculina de chovinismo puede ser alimentada por una sensación de debilidad, no de fuerza. Se trata de las experiencias contradictorias de poder de los hombres. La debilidad, el aislamiento y el miedo experimentados por tantos de nosotros emergen de la mano de los mismos mecanismos con los que hemos construido ese poder, tanto a nivel personal como social. Es por eso que todos debemos trabajar para lograr el empoderamiento de las mujeres y para deconstruir y reconstruir las vidas de los hombres en clave pacífica e igualitaria. Si no abordamos el dolor, no conseguiremos comprometer a hombres y niños a confrontar su poder y privilegio. Al mismo tiempo, sin embargo, si afrontamos el dolor y la debilidad sin hacer el trabajo de justicia social con el que estamos comprometidos, no podremos llegar a la fuente de ese dolor. Tenemos que tener cuidado: si hiciéramos eso, solo estaríamos rescatando el privilegio de los hombres.

Insisto y no me cansaré de hacerlo: la violencia no es ni natural ni biológica ni inherente ni consustancial al hecho humano, como lo demuestra la hiperrepresentación masculina en los actos violentos y también el hecho incontestable de que solo algunos hombres la ejercen (menos del 10 %) y no lo hacen siempre ni en todo lugar. Por tanto, la violencia es profundamente tecnológica, cultural, relacional, y requiere de modelos rígidos, estereotipados, así como de cientos de miles de estímulos tóxicos en cada biografía masculina para lograr desconectarnos de algo que sí que es profundamente natural y biológico: la empatía, la capacidad de amar y la compasión. Rasgos, estos, innatos, universales, presentes tanto en hombres como en mujeres, que nos empujan a no dañar y que, a lo largo de la historia evolutiva de la humanidad, nos han permitido sobrevivir como especie. Repito, las violencias masculinas existen como fenómeno pandémico: no porque estemos atrapados por una naturaleza que nos empuja irremediablemente a la violencia, sino porque nos reproducimos y somos parte de una cultura violentológica. A través de la construcción de cuerpos, narrativas, emocionalidades e ideologías específicas, la desigualdad se naturaliza en los hombres impactados por el aprendizaje de género. Son fórmulas legitimadoras que nos forman y preparan en la tecnología necesaria para hacer uso de la violencia en un contexto de desigualdades y misoginia latentes.

Y todo ello se sigue dando en el presente. En el estudio «The Man Box» se constató que el 50 % de los chicos jóvenes de Estados Unidos, el Reino Unido y México consideran que deben actuar de forma «dura» para hacer frente a cualquier situación, aunque sientan miedo. Y esa presión para actuar de forma violenta proviene, fundamentalmente, de la familia y el grupo de iguales.

LAS VIOLENCIAS MASCULINAS: CONTRA LAS MUJERES, CONTRA OTROS HOMBRES Y CONTRA

NOSOTROS MISMOS

Para comprender en profundidad los mecanismos que hacen posible la pervivencia de la violencia como fenómeno ligado a determinadas expresiones de masculinidad (tengo que insistir en este punto, porque ser hombre no es sinónimo de violencia, aunque determinadas formas hegemónicas de entender la masculinidad sí lo sean) es importante reflexionar sobre lo que Michael Kaufman denomina la «tríada de las violencias de los hombres»: la violencia contra las mujeres, la violencia contra otros hombres y la violencia contra uno mismo.[2] Esta tríada, que incluye todos los actos concretos de violencia de los hombres, tiene a los varones como común denominador y es fundamental para comprender las expresiones de cualquier tipo de violencia.

En sociedades como las nuestras, donde pervive (aunque cuestionado y en crisis) un sistema de dominación de los hombres, la violencia es radicalmente cultural y operativa, ya que sirve para dominar no solo a las mujeres, sino también a otros hombres. Un sistema jerárquico no sería posible sin la amenaza ni el ejercicio de la violencia (en distintas formas e intensidades), ya que es eso precisamente lo que mantiene un orden no democrático, rígido y limitante. Un buen ejemplo de ello es el hecho de que tanto los sistemas de relación democráticos como las relaciones en sí mismas se regulan pacíficamente, mientras que, en las dictaduras o sistemas autoritarios o desiguales, la violencia es la clave para la pervivencia de los vínculos inequitativos de poder. Pero para que este sistema de poder patriarcal y legitimador de las desigualdades sea posible, se tiene que lograr que los hombres interioricemos, desde edades muy tempranas, las distintas tecnologías que harán posible el uso de esa violencia. Como veremos más adelante, en ese proceso de aprendizaje, anular el impacto positivo de nuestra biología favorable a la compasión o la natural empatía pasa por la negación y limitación de las emociones, tanto propias como ajenas.

Nuestro diseño natural nos permite ponernos en el lugar de otra persona, por lo que para que sea posible dañarla es imprescindible anular este dispositivo biológico preservador de la vida. Por desgracia para la seguridad y el bienestar de las personas, este mecanismo natural puede quedar seriamente perjudicado por la reprogramación sistemática que niega la condición de humanidad al otro y a la otra, que los termina convirtiendo en objetos, en no iguales y, por tanto, en no humanos, prescindibles y dañables.

La evidencia de que aprendemos a utilizar la violencia y a hacerlo de forma selectiva es que los hombres violentos no lo son en cualquier contexto, sino que lo son especialmente en las relaciones de dominación o en espacios donde la violencia es la fórmula para obtener poder. A pesar de ello, en nuestro imaginario seguimos tratando de asociar las acciones violentas a situaciones de ira, locura, injusticia, trastornos mentales, etc., y no a las consecuencias de una socialización específica para ejercerlas.

En la etnografía personal, podemos encontrar ejemplos ricos para comprender mejor el uso selectivo que hacemos de la violencia. Hace algunos años ya, trabajé como educador en un servicio de acogida nocturna de «mínima exigencia» que gestionaba en Vitoria-Gasteiz la Comisión Ciudadana Antisida. A este lugar acudían cada noche aquellas personas que estaban en el último escalón de la sociedad: sintechos, en consumo activo de drogas o alcohol, politoxicómanos con problemas psiquiátricos o usuarios expulsados de otros servicios sociales.

En realidad, era un servicio de contención y paliación de daños. Una noche, uno de los usuarios que iba mejorando poco a poco y que incluso había empezado a trabajar llegó a Aterpe tambaleándose, empujando a los demás y con los ojos encendidos: había vuelto a consumir.[3] Era un perfil estereotípico de joven politoxicómano con episodios de consumo abusivo, antecedentes penales y varios ingresos en prisión, diagnosticado con varias patologías mentales y víctima de malos tratos durante la infancia. Este hombre, aunque luchaba por salir adelante, tenía todos los boletos para el desastre. Al entrar en Aterpe aquella noche hizo notar que traía un cuchillo en el bolsillo del pantalón y que tenía intención de enfrentarse a los dos monitores que, aterrados y sin saber muy bien qué hacer, si salir corriendo o llorar, en ese momento estábamos allí al mando educativo de aquella nave. La tensión se podía cortar con (precisamente) un cuchillo, pero en un golpe de suerte otro usuario tropezó con él, discutieron y aprovechamos para empujar la puerta y dejarle fuera. Ahí empezó un ataque de furia épico: trató de derribar la puerta, amenazándonos de muerte y gritando como si le fuera la vida en ello. Con el miedo en el cuerpo y como establecía el protocolo, llamamos a la policía local. Al llegar los agentes, automáticamente los gritos y las amenazas descendieron. Solo unos segundos después de un ataque de furia totalmente descontrolado, y como por arte de magia, la sola presencia de dos policías había logrado que se calmara un poco. Seguía en actitud desafiante, pero ya no aullaba ni amenazaba, y el cuchillo había desaparecido. Mientras los policías lo sacaban del edificio, su manifestación más violenta fue llamarlos «pitufos», «maricones» o decir «no me toquéis que sé salir solo». Poco después, aprovechando la salida del edificio de otro usuario, volvió a acceder al portal, y comenzó de nuevo con los aullidos y amenazas. Entonces, por miedo a que pudiera agredir a otros usuarios, llamamos a la unidad especial de la Ertzaintza (policía vasca). A los pocos minutos llegaron dos furgonetas cargadas de policías especiales vestidos de negro y con la cara tapada. Aún me conmueve la escena. Nuestro agresor los saludó amablemente: «Buenas noches, señores agentes, ¿cómo están? Aquí no ocurre nada...». Comparto esta historia porque me parece especialmente significativo cómo un hombre en consumo activo, con problemas mentales y antecedentes violentos es capaz de aplicar la violencia de forma exquisitamente selectiva desde un diagnóstico claro de quién tiene el poder. Los educadores éramos esos «seres» con poca capacidad de defensa que lo cuidábamos cada día y le hablábamos con afecto, pero que también le exigíamos progresos y que se cuidase. Es decir, un blanco perfecto para la frustración y la ira. Si la fortuna no se hubiese aliado con nosotros, si hubiera podido, no sé si habría llegado a matarnos, pero sin duda alguna nos habría agredido. Seguro que, en la narrativa de la agresión, habrían quedado claros los porqués: «estaba loco, drogado...». Las violencias masculinas pueden tener asociados factores de riesgo, como los trastornos mentales o el consumo de drogas, pero no son determinantes. Muchas mujeres también los tienen y no utilizan la violencia ni de la misma forma ni con la misma frecuencia que los hombres. El hecho de que en pocos minutos este hombre pasase de la ira más absoluta e incontrolable a una más que exquisita educación nos da buena prueba de que, hasta en los casos más extremos, quien ejerce la violencia controla, modula y lo hace de manera selectiva. Y esto solo es posible porque la violencia responde a un fin, aunque este sea el desahogo de la frustración, el dominio sobre la pareja o la liberación de un país. Comprender esta dinámica selectiva nos permite entrar directamente en el «corazón de la bestia», que no habita en los

hombres de forma natural, sino que lo hace, y con soltura, en la construcción de las masculinidades tóxicas.

Michael Kaufman nos explica muy gráficamente la naturaleza y mecánica de las violencias masculinas a través de la metáfora de las siete pes, que serían:

1. Poder patriarcal
2. La percepción del derecho a los privilegios
3. Permiso
4. La paradoja del poder en los hombres
5. La armadura psíquica de la masculinidad
6. La masculinidad como una olla psíquica de presión
7. Las experiencias pasadas

Kaufman explica que, para que las violencias masculinas existan y sean operativas, primero tiene que haber una desigualdad y un objetivo de mantenimiento del orden. Al mismo tiempo, es importante que los varones hayan sido socializados en una percepción subjetiva del derecho a esos privilegios. Estos pueden aparecer en forma de «cuidados obligatorios», «obediencia debida» o «ventajas sociales», y no suelen ser una experiencia consciente. Por ejemplo, cuando un hombre golpea a su mujer porque no tiene planchada a tiempo su camisa, no lo hace únicamente como fruto de la frustración, sino para mantener vivo el derecho a que le planchen su ropa. O si un varón agrede sexualmente a una mujer, lo hace desde su percepción subjetiva interiorizada y automatizada —y, por tanto, no necesariamente de forma consciente, aunque siempre con la absoluta responsabilidad de sus actos— del derecho unilateral al placer.

El autor plantea que para entender las violencias masculinas es fundamental el «permiso», ya que la violencia de los hombres como fenómeno estructural no prevalecería si no contase con el permiso social. Este permiso se puede encontrar en las narrativas religiosas, los códigos legales, las costumbres sociales, etc. Pero el poder en los hombres no está exento de paradojas: según Kaufman, los varones vivimos «experiencias contradictorias del poder», ya que las formas en las que habríamos construido nuestro poder son, paradójicamente, la «fuente de nuestro temor, aislamiento y dolor».

La masculinidad tóxica, interiorizada en un contexto patriarcal, funcionaría como un factor limitante de la capacidad de adaptación de los hombres a un ambiente cambiante y rico en matices emocionales. En palabras de Kaufman, estaríamos ante «la armadura psíquica de la masculinidad», con una habilidad disminuida para la empatía y serias dificultades para la gestión emocional. En un contexto relacional, donde los conflictos son inherentes al hecho humano (no así su regulación violenta), la masculinidad tóxica actuaría como una olla a presión en la que las emociones se traducirían directamente en ira. El temible Hulk, que basa su poder, precisamente, en su nefasta incapacidad de gestionar sus emociones (y lo único que hace es convertirlas en ira), sería un buen ejemplo de este efecto limitante en los hombres que genera comportamientos patológicos. La sensación de no poder o la de no tener el control serían otros de los ingredientes básicos de esta olla tóxica masculina.

El «efecto Hulk» no existe solamente en la ficción; desgraciadamente, algunos referentes de la masculinidad global lo ponen en práctica de vez en cuando. Según recogió el diario deportivo Marca en julio de 2016, Lewis Hamilton «sufrió un ataque de ira tras el accidente que sufrió... y no encontró otra forma de desahogarse que destrozando su habitación del hotel». El diario Sport señalaba que «Hamilton estaba tan furioso después de perder la pole en el GP de Europa que se lio a golpes con todo hasta destrozarse su habitación». Otros medios apuntan directamente a que «Hamilton enloqueció». Ni una sola crítica a su actitud; sin embargo, se dispara el argumentario que la justifica: «un ataque de ira», «furia», «locura»... El hecho de haber sido tres veces campeón del mundo convierte a Hamilton en una marca muy lucrativa, pero también en un referente para millones de niños, jóvenes y adultos, así como en un influenciador de primer nivel para sus 4,2 millones de seguidores en Twitter en todo el mundo (la cifra más alta entre los pilotos). ¿Dónde queda la responsabilidad social de Hamilton? ¿Y la responsabilidad corporativa y de imagen de las empresas que lo patrocinan?

NO ES UN DESTINO, PERO LA VIOLENCIA SE TRANSMITE DE GENERACIÓN EN GENERACIÓN

Las experiencias pasadas, así como el hecho de haber sufrido violencia en edades tempranas son factores a tener en cuenta, pero no son determinantes, ya que muchos hombres que sufrieron la violencia paterna en primera persona o de forma indirecta (por la que sufrían sus madres) no son violentos. Para muchos de estos hombres, esta violencia sufrida y su toma de conciencia incluso son el motor del cambio para generar una vida familiar y social en clave de paz.

Aunque poco a poco va cayendo en el olvido, la historia del boxeador vasco José Manuel Aspiazu Urtain (dos veces campeón de Europa de los pesos pesados e imagen durante un tiempo del brandi Soberano) es otro de los ejemplos de hombría hegemónica tradicional ya en declive. Tras una turbulenta vida, se suicidó lanzándose al vacío desde un décimo piso. Su final es desgarrador, pero me impresionó aún más la historia que se cuenta sobre la muerte de su padre, quien supuestamente perdió la vida después de una apuesta. En una evidente demostración de hombría, apostó con otros hombres si aguantaría o no, tumbado sobre el suelo y boca arriba, el impacto del salto de varios de ellos desde la barra del bar.^[4] Evocando esta terrible escena no puedo evitar pensar que Urtain, a pesar de las circunstancias adversas de origen, podría haber tenido una vida pacífica y cuidadosa, como cualquier otro. Pero, considerando el peso e impacto que tienen los principales modelos de referencia en la socialización, tal vez él tenía demasiadas probabilidades de abrazar el riesgo y el uso de la violencia como forma de vida. Las experiencias pasadas no son un destino, pero sí un factor de riesgo.

Es evidente que en las últimas décadas nuestras sociedades se han transformado de una forma significativa, pero la reproducción de las normas rígidas de género y la internalización de estas prácticas y valores están aún lejos de ser algo superado.

Según recientes investigaciones, como las publicadas por The Father Factor en Estados Unidos, la violencia que ejercen los padres y las transgresiones de la norma —cuya consecuencia es el encarcelamiento de millones de ellos— tienen efectos directos en el desarrollo de las

capacidades de sus hijos e hijas. Especialmente, los hijos de los hombres presos multiplicarían las posibilidades de terminar ellos mismos siendo encarcelados en su vida adulta, de presentar problemas académicos y de comportamiento, de usar sustancias ilícitas y de tener un déficit de competencias sociales y emocionales.

UN ESPECTÁCULO DE HOMBRES DESTROZADORES Y DESTROZADOS

En su libro *Mala feminista*, la escritora norteamericana Roxane Gay dedica un capítulo completo a lo que ella denomina «hombres destrozados»:

Hay hombres destrozados en todas partes: en ranchos en el centro de Texas, en programas de fútbol de élite, dentro y fuera de los terrenos de juego. Y junto a esos hombres, hay mujeres que también acaban destrozadas demasiado a menudo.

Y parece que no se trata de un fenómeno made in USA, sino que está universalizado por el sexismo, por lo que en cualquier contexto cultural globalizado podremos encontrar versiones locales del mismo.

Hay que recordar que la mayoría de los hombres destrozadores son también hombres destrozados. Pero lo más grave de todo es que los destrozos impactan en su entorno a modo de onda expansiva, como cuando lanzamos una piedra a un lago. A nivel social, todos nuestros actos están intercomunicados, por lo que las actitudes destrozadoras terminan impactando a toda la sociedad en distintas formas y dimensiones.

No sé si os pasa lo que a mí, pero la vida que he ido construyendo la sufro casi tanto como la disfruto. Estoy convencido de que, aunque mi existencia es única e irrepetible, no es extraordinaria, y muchas de las cosas que me han ocurrido os han pasado a vosotros también. Pensemos en los destrozadores-destrozados de nuestras vidas. Siendo solo un niño, cuando veraneábamos en el pueblo de mis ancestros maternos, en Porzuna (Ciudad Real), presencié un suceso violento que me marcó. Una tórrida noche, antes de ir al cine de verano, a escasos metros de donde nos encontrábamos, un hombre mató a otro con una escopeta de caza tras un breve intercambio de palabras que ni siquiera llegó a discusión, mientras la víctima tomaba la fresca en la puerta de su casa. En infinidad de ocasiones había oído contar a mi abuela historias crueles cuyo elemento común era el papel de los hombres como victimarios. Eran relatos sobre abusos de hombres que daban «mala vida» a sus mujeres, o sobre el asesinato de los maquis, cuyos cuerpos bajaban en mulas desde la sierra para el escarnio público, entre otros. Pero sentir la muerte y el asesinato tan de cerca lo sitúa en otra dimensión, y aun en la mente de un niño te lleva a preguntarte cómo es posible que un ser humano pueda llegar a dañar, violentar o arrebatarse la vida a otro. Y surgen con fuerza otras preguntas: ¿Qué socialización perversa ha tenido que tener alguien capaz de dañar, matar, herir, destrozarse? ¿Cómo es ese cuerpo desconectado de las emociones? ¿Cómo es posible llegar a doblegar a la natural y biológica compasión humana? Y las respuestas las encontraremos, muy probablemente, en los ingredientes tóxicos que nuestra cultura asigna a la identidad masculina. Como bien señala Miguel Lorente, un asesino machista no es un

autodidacta, no se socializa a sí mismo, sino que es fruto de un contexto en el que se educó y se sigue educando, la mayoría de veces de forma inconsciente, en la legitimación y normalización de la violencia en los hombres.

Lector, lectora, estoy seguro de que, si nos ponemos a pensar en todas y cada una de nuestras biografías, encontraremos algún episodio de ese espectáculo de hombres destrozados.

Advertencia/vacuna para las resistencias que estarán fluyendo ahora mismo en algunos de los cuerpos y mentes lectoras: efectivamente, la diversidad humana y la contingencia de la libertad hacen que también existan mujeres destrozadoras, pero en un porcentaje infinitamente inferior y tratándose de un fenómeno de una naturaleza radicalmente distinta, porque los hombres tampoco somos violentos por naturaleza ni ejercemos la violencia de forma mayoritaria. Que quede claro. Y, sobre todo, y ahí está el matiz, lo terrorífico y lo maravilloso es que las violencias masculinas responden a un patrón cultural de aprendizaje. No nacemos violentos, sino que aprendemos a serlo, y lo que estamos proponiendo es precisamente que tomemos conciencia y seamos capaces de desaprender esas claves tóxicas y legitimadoras de la violencia que asumimos, desde pequeños, ligadas al hecho de ser hombres. El camino más corto para lograrlo es aprender, potenciar e interiorizar aquellas formas empáticas, comprensivas, cuidadoras y pacíficas de ser y estar en el mundo en masculino, que hasta ahora han quedado relegadas a un segundo plano por no ajustarse a la expectativa social e histórica de la masculinidad dominante.

En este mismo sentido, el director de cine norteamericano Michael Moore señalaba irónicamente en un discurso pronunciado en 2016 que los hombres somos «malos para el planeta»:

Ninguna mujer construyó una chimenea contaminante ni inventó la bomba atómica o de hidrógeno. Ninguna chica ni ninguna mujer entraron en ninguna escuela disparando a todos. Pensadlo bien, nadie en esas matanzas era una mujer. Además, las mujeres generalmente no te disparan. Y esto es verdad en casi todos los crímenes. ¿Cuántas mujeres pirómanas o ladronas hay?, ¿o violadoras? Los hombres nos sentimos bastante a salvo frente al 51 % de la población.

En los cursos que imparto, sobre todo cuando trabajo con gente joven, como forma de visibilizar y sacar a la luz el impacto del sexismo en sus vidas —que al principio no suelen sentir— y, de paso, trabajar la construcción social del miedo, les suelo proponer una actividad en la que tienen que meterse en el papel y la piel de las acciones de la persona que está dentro de la historia que les cuento:

Imagina que has estado de fiesta con tus amigas y amigos. A altas horas de la noche ya te ha entrado el cansancio y quieres regresar a tu casa. Al principio compartes el trayecto con amigos y amigas, pero tu camino de regreso es más largo, por lo que llega un momento en que no hay nadie más. Estás muy cerca de tu casa, pero tienes dos opciones para llegar. Una de ellas es la más corta: atravesando un parque que hay justo frente a tu portal, podrías llegar en pocos minutos. La otra opción es rodear el parque y llegar a casa por una zona mejor iluminada.

La trampa está en que, llegados a este punto, no les dejo elegir, y tienen que atravesar el parque y explorar las emociones que los acompañan. Continúo con la historia:

Una vez dentro, cuando ya has recorrido una tercera parte del parque, te das cuenta de que en dirección

opuesta a ti viene caminando una persona, con la que te encontrarás a mitad del camino. Muy pronto te vas a cruzar con ella, ya está a punto de llegar a tu lado... ¿Qué sientes?

Esta dinámica, que es infalible, la realizo de forma diferenciada y simétrica, primero con los chicos y luego con las chicas. La única diferencia en la historia es que la persona con la que se van a cruzar es una mujer, en el caso de los chicos, y un hombre, en el de las chicas. Ante la pregunta sobre qué sienten, la respuesta es casi obvia: el 98 % de las chicas, «miedo», y el 95 % de los chicos, «nada». Algunos de los jóvenes varones incluso responden que «depende». Recientemente, en un instituto un chico joven me explicaba que, si la mujer o la chica «estaba buena», intentaría entablar una conversación para tratar de seducirla. Por lo tanto, en una situación simétrica, mientras que las mujeres sienten miedo, sus coetáneos no sienten nada. Como dejar de sentir no es posible, la respuesta de ellos es explicable únicamente desde su incapacidad de identificar emociones, consecuencia de la desconexión de los hombres de nuestro mundo emocional.

Casi sin excepción y a los pocos segundos, algunos chicos empiezan a plantear que la dinámica «tiene trampa», ya que son ellos (los chicos) quienes quedan como «los malos». En ese momento planteo nuevamente la dinámica, pero solo a los chicos, y esta vez ellos también se cruzan en el parque con un hombre. Entonces se suelen quedar en silencio, hasta que empiezan a conectar rápidamente con un posible peligro y, por fin, aunque a muchos les cuesta un rato reconocerlo, con el miedo. De este modo, llegan a la conclusión de que los miedos de las chicas y los de los chicos son diferentes, pero que el elemento común denominador es que la desconfianza o el desasosiego son producidos (independientemente de que estén a punto de cruzarse con Mahatma Gandhi o con Nelson Mandela) por la masculinidad del hombre con el que se encuentran, que se vivencia social e inconscientemente como un factor de peligro.

Uno de los sectores profesionales altamente masculinizados que, desde mi experiencia, suelen ser más resistentes a comprender la desigualdad entre mujeres y hombres, es el de los cuerpos y fuerzas de seguridad, los bomberos o el funcionariado de prisiones (con honrosas y estupendas excepciones). En una ocasión, en una sesión formativa nocturna con un cuerpo policial, no sé muy bien por qué, el ambiente que se respiraba antes de comenzar el curso era especialmente tenso. Uno de los agentes más jóvenes se quitó la pistola (con el cinturón incluido) y la dejó de forma ostensible encima de la mesa, cruzó los brazos, abrió las piernas y se reclinó sobre la silla mirándome fijamente. La verdad es que no llegué a temer por mi integridad física, ni mucho menos, pero he de confesar que tuve miedo y me enfadé mucho con el género masculino hegemónico. Pedí al mando que estaba a cargo del curso que, por favor, dejaran las armas fuera del aula. El sargento me miró al estilo John Wayne, pero ordenó que dejaran las armas en la taquilla y regresaran al curso. Después de una situación tan tensa, no es fácil volver a conectar y crear un ambiente propicio para que las neuronas, sobre todo las ajenas, procesen ideas nuevas. Para salir del paso, les propuse hacer la dinámica del parque. El sargento que momentos antes había desarmado al grupo me confesó que iba a ser sincero, que él era padre de una chica de veintiún años y de un chico de dieciséis, que siempre los había tratado exactamente igual y que todo esto de la igualdad no era más que una excusa y un negocio para algunos. Y la respuesta es: «Sí, me sentí señalado y un poco ofendido». Pero no tiré la toalla. Después de muchos años de

trabajo como formador, he podido constatar que cuanto mayor es la muralla que construyen los hombres y más grandes son sus defensas, mayores también son sus vulnerabilidades. Teniendo claro que el sargento era el líder absoluto del grupo (por eso era el sargento, porque mandaba más que los demás), le pedí que me hablase de algo que realmente le importaba: su hija y su hijo. Como en un juicio americano y televisado, en unos minutos cambió de bando. Reconoció que tenía verdadero miedo a que a su hija le ocurriera «algo», pero sobre todo a que alguna vez llegaran a agredirla sexualmente. Con la dinámica del parque se había dado cuenta de que a su hija no la dejaba regresar sola de noche a casa, y de que iba a buscarla a cualquier hora y a cualquier lugar para traerla de vuelta en coche, mientras que, por ser varón, nunca se había planteado que le pudiera ocurrir algo a su hijo y lo dejaba regresar solo a casa en cualquier momento...

En otra ocasión, en uno de los talleres que impartía a un cuerpo de bomberos, se sentó en primera fila un bombero con el traje ignífugo y el casco puestos. Tenía los brazos cruzados y las piernas bien abiertas. Era evidente que con ese traje, al que no atravesaría ni el fuego, poco podría hacer yo para atravesar sus prejuicios sobre la equidad de género y el feminismo. Me quedé un buen rato en silencio observando la escena. No sé si fue gracias al sofoco que le producía llevar puesto tan tremendo atuendo o porque le empezó a interesar lo que estábamos trabajando, pero terminó con un chándal y participando en los debates. Al finalizar me confesó que esperaba «otra cosa» y que quería protegerse. Evidentemente, para este compañero bombero, la igualdad (que él vivía como un ataque) se convirtió en una oportunidad.

Muchas veces, como habréis podido comprobar, no es fácil hacer saltar las resistencias al cambio de algunos hombres, sobre todo en ámbitos muy masculinizados, pero con persistencia y confianza el resultado final suele ser mágico, porque a nadie le amarga un dulce, y la reflexión antropológica en clave feminista sobre la libertad humana siempre lo es.

¿DÓNDE ESTÁN LAS VÁNDALAS?

Las mujeres no son buenas ni malas ni pacíficas ni cuidadoras por el hecho de ser mujeres. Presuponer la bondad en las mujeres es tan falso, injusto, irreal, esencializante y limitante como lo sería presuponer su maldad. Hay mujeres que utilizan la violencia y que dañan a otras personas, evidentemente. La gran diferencia estriba en que la legitimación de la violencia no va unida a sus procesos socializadores de forma generalizada y sistemática, como sí ocurre en el caso de los hombres socializados en modelos y referencias de masculinidad hegemónica tóxica.

Hace ya algunos años, cuando aún persistía la actividad terrorista de ETA y eran frecuentes las acciones de violencia callejera en muchos puntos del País Vasco, un fin de semana cualquiera, en el municipio vizcaíno de Lequeitio y en el madrileño de Pozuelo de Alarcón, se produjeron unos hechos similares, a la misma hora y casi idénticos. Lo ocurrido aquel fin de semana se podría resumir así: actos violentos protagonizados por jóvenes, destrozos en el mobiliario urbano, cargas policiales, heridos y varios jóvenes detenidos... Pero cuando traté de seguir el rastro a los comentarios en las redes, a lo publicado en los medios de comunicación y a las declaraciones de los políticos o especialistas de turno, no aparecía ninguna conexión con algo que a mí me había

sobresaltado por sus paralelismos y similitudes. Y me puse a pensar y a escribir. ¿Cuántas mujeres fueron detenidas en los hechos violentos de Lequeitio y Pozuelo? ¿Cuántas protagonizaron los actos de violencia? ¿Por qué son hombres la mayoría de las personas que tanto en Madrid como en el País Vasco los protagonizan? ¿Por qué más del 90 % de las personas condenadas por la comisión de delitos son hombres? En definitiva, ¿dónde están las vándalas? Me llamaba la atención el hecho de que en ambos sucesos se obviase (por obvio pero invisibilizado), que no se comentase en ningún medio que no hubiera presencia de mujeres entre las personas detenidas. ¿Por qué no había mujeres? ¿Acaso se habían quedado en casa de forma masiva la noche del sábado?

Las respuestas solo las podemos encontrar en la evidencia de que, en nuestras sociedades, la legitimación de la violencia sigue perviviendo como un elemento central, naturalizado e invisible y ligado de forma específica a la construcción de las identidades masculinas. No cabe duda de que entender y desentrañar cualquier fenómeno social supone una gran complejidad (que no conviene simplificar), pero me desasosiega pensar que ese estrecho y doloroso vínculo entre virilidad y violencia se niegue, oculte o invisibilice sistemáticamente. Claro que deslegitimar la violencia a todos los niveles implicaría poner el dedo en la llaga y cuestionar la extraña, tóxica e invisible raíz patriarcal en la que se sigue sustentando nuestra sociedad, tanto en el ámbito público como en la esfera más personal. Si sucesos como los acaecidos hace años en Lequeitio y Pozuelo hubieran sido protagonizados por jóvenes rumanos, magrebíes, sin papeles o antisistema, el diagnóstico estaría claro: han sido «los otros». Pero nuestros estáticos códigos culturales, nuestras enzimas simplificadoras de la realidad, están cargados de prejuicios cotidianos que nos proporcionan respuestas rápidas y cómodas. Una vez más, nos guste o no, el problema está en la construcción del «nosotros», en lo que consideramos «normal» y en «lo nuestro». Y esa normalidad patriarcal viene estructurada con base en el sexismo, así como en la asignación de roles y expectativas diferenciadas para hombres y mujeres. No podemos ni debemos escapar de este debate sustancial. Cuando obviamos la perspectiva de género al analizar cualquier acto violento, estamos ignorando el mínimo común denominador de la inmensa mayoría de las situaciones de violencia: que son varones quienes mayoritariamente emplean la violencia contra las personas o las cosas.

La persistencia de las violencias masculinas es un hecho constatable en nuestra sociedad, tanto de forma cuantitativa como cualitativa. ¿Por qué no se investigan, se nombran ni se sacan a la luz los mecanismos legitimadores que hacen posible que algunos hombres opten por la violencia como forma (tanto personal como colectiva) de regular sus conflictos? ¿Qué hay detrás? ¿Qué está fallando? ¿Por qué nuestras sociedades siguen produciendo y reproduciendo hombres que creen legítimo el uso de la violencia? ¿Por qué en pleno siglo XXI, y ante la abrumadora evidencia de que la violencia sigue siendo cosa de hombres, no se generalizan políticas preventivas con perspectiva de género? Si el origen está en la construcción de identidades masculinas tóxicas, ¿por qué no hay políticas de igualdad dirigidas a los hombres?

Todo acto de violencia, hasta el que se pudiera ejercer por motivos supuestamente nobles, precisa un discurso legitimador. No hay violencia, ni tan siquiera la más nauseabunda, generalizada, especializada o cínica, que carezca de un discurso que la legitime y explique. Para buscar soluciones en clave de paz, se suele mencionar a Gandhi, pero se me ocurre que quizás el

mejor antídoto para generar relaciones pacíficas, reivindicativas y cuidadoras entre las personas lo encontremos en las teorías y prácticas feministas. En siglos de lucha, el feminismo ha transformado el mundo en el que vivimos, haciéndolo más democrático, pacífico, justo y bello.

LA MANADA Y LA HOMOSOCIABILIDAD MASCULINA

Como afirma Celia Amorós, el patriarcado, «lejos de tener una unidad ontológica estable, es un conjunto práctico, es decir, que se constituye en y mediante un sistema de prácticas reales y simbólicas, y toma su consistencia de estas prácticas». Ese conjunto de prácticas es lo que la filósofa considera como los «pactos patriarcales». Estoy convencido de que esta valiosa aportación de Amorós les resultará totalmente ajena a los cinco jóvenes que, el 7 de julio de 2016, fueron acusados de violar en grupo a una joven madrileña. Que aquella agresión se produjera en grupo, se grabase en vídeo y fuera compartida de forma inmediata y reiterada con otros grupos mayores de hombres a través de distintas aplicaciones móviles nos indica que no se trata solamente de una acción de abuso y dominación sexual de una mujer, sino que el verdadero placer lo obtenían del hecho de compartir y disfrutar la «hazaña» con otros machos de la manada, —nombre del chat en el que compartieron lo ocurrido— en un claro ejemplo de homosociabilidad masculina. La mujer violentada era la excusa, el objeto de dominación, para obtener un placer de la sublimación de la masculinidad desde el reconocimiento colectivo del poder, pero desde los hombres y para los hombres.

Sin embargo, la homosociabilidad y los pactos patriarcales no son posibles sin la misoginia como elemento aglutinador de la fratría o la manada. La gran paradoja es que esta venganza patriarcal homosocial se produce en un contexto relacional y simbólico donde la homofobia se suma a la androginia, lo que en contextos de dominación sexual masculinos se convierte en algo sumamente tóxico y peligroso.

La homosociabilidad masculina (término que acuñó Eve Sedgwick en 1985) nos sirve para poner luz a una de las cajas más oscuras donde se guardan los restos de una masculinidad tan decadente como tóxica. La homosociabilidad la podemos observar en distintos ámbitos de la vida, como hizo la socióloga norteamericana Rosabeth M. Kanter en sus investigaciones sobre la cultura empresarial, en lo que ella definía como «la avidez de los hombres por establecer relaciones entre sí». De este modo, la homosociabilidad (el hecho de que los varones se sientan más cómodos entre sí) sería el principal factor explicativo para la infrarrepresentación de las mujeres en los diversos ámbitos de la economía y el poder. Para Raewyn Connell, esta preferencia de los varones por los varones sería el primer mandato de la masculinidad hegemónica.

Poder y sexualidad están muy relacionados entre sí. En su libro *Las estructuras elementales de la violencia*, Rita Segato viene a reforzar la idea de que, aunque las violaciones son medios de expresión de potencia ante la víctima, sobre todo lo son hacia los pares, los amigos, otros hombres, la manada:

El mandato de masculinidad obliga al hombre a comprobar, a espectacularizar, a mostrar a los otros hombres

para que lo titulen como alguien merecedor de esta posición masculina: necesita exhibir potencia.

Según Segato, las violaciones «son crímenes por medios sexuales pero no son crímenes para la sexualidad», ya que el placer no suele estar presente, pero sí la dominación: «No hay placer, sino gozo dominador».

La masculinidad hegemónica decadente tiene que ser demostrada, porque de lo contrario no existiría, y el cuerpo de las mujeres se convierte en un campo de pruebas para esa demostración de masculinidad de los miembros de la manada.

Comparto la idea que nos recuerda Diana López cuando afirma que «la frágil masculinidad necesita cada vez ser más defendida en público, necesita ser alabada y aplaudida por toda la manada». Yo añadiría que esa fragilidad no es más que un reflejo de la crisis del patriarcado tal y como lo hemos conocido hasta el momento. Son intentos de autoafirmación en un mundo que se descompone, que se deshace ante sus pies. Ellos aún no lo saben, pero son los últimos de una especie dolorosa que se tiene que extinguir, porque no tiene lugar en un espacio democrático. No va a aguantar el empuje de los feminismos, las mujeres fuertes, los chicos buenos y los hombres de bien.

Hay una frase del escritor Pérez-Reverte en una entrevista publicada por la revista XL Semanal que logra sintetizar como pocas el estado de salud de este sistema patriarcal que se deshace a nuestros pies y que algunos añoran. Pérez-Reverte respondía así a Mario Vargas Llosa: «Mario, ¿es que somos los últimos pistoleros!». Y por suerte lo sois, lo somos todos.

«HACER UN BRETÓN»: UN VIAJE AL CORAZÓN DE LA BESTIA

José Bretón fue condenado a 25 años de cárcel como responsable del doble asesinato de sus hijos Ruth, de seis años, y José, de dos, que al principio se dieron por desaparecidos y luego se acabó comprobando en el juicio que habían sido asesinados por su padre, con la intención macabra y extrema de dañar a su expareja, de la que estaba separado. Los cuerpos de los pequeños fueron calcinados por Bretón para no dejar rastros identificables. Los preparativos habían comenzado tiempo antes.

Juan Sergio Oliva Gómez, durante los trámites de separación, había amenazado a su pareja, Yulia Lantukh, de esta manera: «Si no vuelves conmigo, voy a hacer lo mismo que José Bretón con tus hijos». A pesar de ello, los niños se encontraban pasando el fin de semana con su padre, como había dictaminado un juez. El 18 de febrero de 2017 cumplió con su amenaza y asesinó a sus dos hijos, Miguel Ángel, de cinco años, y Leonardo, de cuatro. Los cuerpos fueron encontrados por Yulia, quien se acercó a la vivienda porque temía que su expareja cumpliera con su amenaza. Lo hizo golpeándolos con un objeto romo y empleando también un arma blanca. Unos días después, el diario ABC de Sevilla acuñaba el término del «modelo Bretón». Algún diario habla de un «español enloquecido»...

Unos días antes, Vladimir Valdovinos, que había sido denunciado por maltrato y contaba con antecedentes por violencia machista, asesinaba a su hija Aramis de un año, arrojándola por la

ventana del Hospital de la Paz en Madrid, después de decirle a Noemí Dávila, la madre de la niña, «te voy a dar donde más te duele».

El 29 de marzo del 2017, Ana María Rosado era estrangulada por su pareja, Manuel José Bustamante, junto a sus dos hijos de ocho y cinco años, que fueron asfixiados.

El 1 de junio del mismo año, Sara Bernal era agredida por su pareja, Isidoro Sánchez, y el hijo de ambos, de ocho meses de edad, fue asfixiado por su propio padre en presencia de la madre.

En julio del 2017, una niña de ocho años fue torturada durante horas y asesinada por su tío en Sabiñánigo, «aunque no se han precisado los motivos de la agresión», señalaba la prensa. Impresiona la brutalidad de los hechos, pero también la insistencia de los medios de comunicación en buscar los motivos. ¿Tiene que haberlos? ¿Acaso pueden existir razones para asesinar a una niña? ¿Alguien se atrevería a preguntarse por las razones de un acto terrorista? ¿Es tan difícil de entender que la pedagogía de la crueldad que se practica con los hombres tiene consecuencias dramáticas? Las violencias masculinas son profundamente tecnológicas, se aprenden desde edades muy tempranas y se ejercen desde el poder para dominar. Desmontarlas debería ser una emergencia nacional.

Estos son solo algunos de los casos de violencia extrema en los que los niños y las niñas también han sido víctimas de la violencia machista durante el último año en España.

La antropóloga Rita Segato lleva décadas investigando las violencias masculinas contra las mujeres. Pasó años entrevistando a hombres presos por asesinar o violar a mujeres, y llegó a la conclusión de que los crímenes no tenían un fin instrumental y que «el mismo violador, preguntado sobre su acto, se mostraba incapaz de entenderlo, era ininteligible para su propia conciencia», por lo que habrá que trabajar para volver inteligible lo que la pedagogía sexista de la crueldad hace ininteligible para los propios victimarios, pero también para el conjunto de la sociedad.

El machismo genera monstruos, aunque lo verdaderamente alarmante es que sea en la propia normalidad donde se socialicen. Se trata de bestias de su tiempo, entorno social y cultura, pero culpables únicos de las consecuencias de sus actos y responsables del dolor causado. Son monstruos que no existirían sin su escuela de machismo, donde se construyen las masculinidades, los cuerpos de hombre, las emociones masculinas, donde se aprende a legitimar y a utilizar la violencia. El monstruo machista es un narcisista radical que se sabe ridículo, prepotente y absurdo, que solo busca satisfacerse a sí mismo. Comparto con Gil Calvo que «el monstruo o perverso moral» de la masculinidad tóxica «siempre considera a las personas» (especialmente a las mujeres) «como cosas a su servicio». Así, la cosificación de las mujeres o las niñas y los niños como objetos que hay que controlar y dominar es el ingrediente necesario para su empatía, tecnológicamente disminuida mediante la educación sexista de los varones en modelos extremos y tóxicos de masculinidad como los que imperaron hasta finales del siglo XX, pero que todavía perviven en los hombres tóxicos extremos del siglo XXI.

Comparto plenamente la idea de la filósofa feminista Amelia Valcárcel respecto a no estar segura de que «las mujeres seamos seres de paz, pero la paz nos conviene porque nuestra capacidad de imponer nuestra voluntad por la violencia es mínima». No estamos defendiendo aquí ni la maldad intrínseca a una ideología, a un sexo o a un género ni tampoco una bondad asociada

al hecho de ser mujer. Lo que pretendemos destacar, subrayar y poner en cuestión es la dimensión trágica de una ideología, el machismo, que engendra monstruos y tiene consecuencias letales. Sirva de ejemplo la ideología nazi.

CUANDO LA NORMALIDAD ES MONSTRUOSA Y GLOBAL

A lo largo y ancho del planeta, algunos hombres asesinan, abusan, violan, agreden, tanto a las mujeres como a otros hombres. Y aunque estos actos responden a patrones, conductas y formas de entender la sexualidad aprendidas desde los modelos tóxicos de masculinidad, no se problematizan como tales, sino que se esconden en las páginas de sucesos, se minimizan o quedan ocultos bajo un manto de silencio. La mayoría de los hombres no abusa ni agrede, pero una forma de entender la masculinidad y quienes la abrazan desde una determinada cultura sí que lo hacen.

Alemania

El coro infantil de la catedral de Ratisbona es uno de los más famosos y prestigiosos de Alemania. En el año 2010, el reconocido director y compositor Franz Wittenbrink hizo público lo que desde hacía años se sabía pero nadie se atrevía a denunciar: durante décadas, más de 500 niños fueron sometidos a malos tratos corporales y abusos sexuales, incluyendo violaciones. En público, el éxito y reconocimiento del coro era extraordinario, pero en el internado, las víctimas describieron su vida en el coro como «una prisión», «un infierno» y «un campo de concentración». Las agresiones fueron cometidas por algunos directores del internado, prefectos y empleados: todos hombres.

Estados Unidos

Según una encuesta sobre violencia sexual, una de cada cinco mujeres norteamericanas ha sido violada en algún momento de su vida. El informe halló que la mayoría de las mujeres víctimas de violación completa (79,6 %) la sufrieron por primera vez antes de los 25 años, y el 42,2 %, antes de cumplir los 18 años.

India

En Bangalore, la capital del estado de Karnataka, durante la Nochebuena de 2016, decenas de mujeres sufrieron abuso sexual. Fueron ultrajadas sexualmente, perseguidas, agredidas y robadas por distintos grupos de hombres en las principales avenidas de la ciudad.

España

El decatleta español Antonio Peñalver tenía una vida de cuento. Fue medalla de plata en las Olimpiadas de Barcelona de 1992. Después de que otro joven deportista denunciara que había sufrido abusos sexuales por parte de su entrenador, Miguel Ángel Millán, se empezó a conocer la historia paralela de Peñalver, que había tenido al mismo entrenador: «Mi historia es la misma que podría contar cualquiera de mis compañeros. Cuando eres víctima, no tienes escapatoria posible». Víctima de un señor que era un «puñetero dios», de imagen intachable.

Argentina

En octubre de 2016, en Mar del Plata, Lucía Pérez, de dieciséis años, fue violada y asesinada por dos hombres: «La autopsia reveló sobreabundancia de drogas, huellas imborrables de suplicios sexuales y un cuerpo reventado por dentro, golpeado con instrumentos contundentes».

Brasil

En Brasil, una mujer es violada 11 cada minutos (en Francia, cada 40 minutos; en Estados Unidos, cada 6; en México, cada 9...). En junio de 2016, una adolescente de diecisiete años fue violada por 33 hombres, algunos de ellos armados. La violación fue grabada y difundida por las redes sociales: la menor aparecía tumbada y llena de sangre de sus órganos sexuales. «Me desperté en un sitio distinto, con un hombre debajo de mí, otro encima y otros dos sujetándome las manos», recordó la joven, que continuó: «Varias personas se reían de mí, y yo drogada. Muchos chicos riendo, hablándome y sujetándome».

EL MACHISMO ES LA FUENTE DEL TERRORISMO

El machismo, con todas sus variantes culturales, es la fuente de la que bebe el terrorismo. Machismo y terrorismo, desde su complejidad, están interconectados, funcionan como vasos comunicantes, se retroalimentan y se dan sentido, siendo el sexismo el punto de partida. Todas las acciones violentas extremas y organizadas tienen un componente patriarcal que define al hombre como sujeto político legitimado y preparado para la violencia, lo que resulta fundamental para su existencia. Está probado que a mayor rigidez de las normas y mandatos de género, las distintas violencias se incrementan, mientras que como ya hemos explicado, un contexto más flexible, diverso e igualitario promueve relaciones de paz.

Esta ideología supremacista que es el machismo prepara los cuerpos para la guerra y nutre la imprescindible ideología que la justifica. Llama poderosamente la atención cómo, a pesar de que el terrorismo y el machismo tienen muchos elementos en común —como son el sexo y género de los victimarios, la legitimación y uso de la violencia, el ataque a los derechos fundamentales de las personas, el objetivo de la imposición, la dominación o el dolor irreparable causado a las víctimas—, ambos fenómenos tienen percepciones y tratamientos sociales totalmente diferenciados. Cada vez que se produce un atentado terrorista, se levanta un muro social implacable, se cierran filas y no se escatiman recursos para investigar, prevenir o proteger a las posibles futuras víctimas. En estos casos, la respuesta es inmediata, intensa, generalizada, internacional, mediática e incluso radical. Mientras que, frente a la violencia machista, los asesinatos o agresiones se problematizan, se tratan de comprender, se buscan razones, causas y circunstancias que expliquen las decisiones y acciones de los victimarios. Sin duda se trata de una asimetría en las respuestas que damos como sociedad realmente preocupante y digna de análisis y reflexión.

La masculinidad tóxica y el terrorismo están unidos de una forma muy estrecha. La inmensa mayoría de los terroristas son hombres, y llegan a serlo por haber sido socializados como tales, transitando velozmente una concepción sexista del mundo: son cuerpos preparados para la violencia que solo necesitan cambiar de narrativa y escenario para usarla. Maxime Hauchard es un joven terrorista francés de veintidós años, de educación católica, que en un tiempo récord pasó de jugar a la guerra en las salas de juego de Normandía a ser descubierto decapitando seres humanos en Siria. ¿Cómo se entiende este particular viaje? Tal vez porque ya había comenzado antes con la construcción de su identidad, con la legitimación de la violencia como un elemento central... El terrorista del Manchester Arena, Salman Adeb; Anders Breivik, el asesino en masa de Utoya, o muchos otros asesinos y genocidas también partían de un mismo lugar: su identidad masculina tóxica, en la que se crean las narrativas legitimadoras de las violencias y el entrenamiento de los cuerpos para ejercerlas.

Los sucesos de Charlottesville en Estados Unidos del mes de agosto de 2017 volvieron a poner encima de la mesa la relación directa entre el extremismo, una forma tóxica de entender la masculinidad y la violencia doméstica y contra las mujeres. El supremacista blanco James Alex Fields Jr., que mató a Heather Heyer, una abogada de treinta y dos años, al embestir con su vehículo una concentración antirracista, en otra ocasión había golpeado en la cabeza a su madre por pedirle que parase de jugar a un videojuego.

No hay que olvidar tampoco que todos los integrantes de la célula que ejecutó los terribles atentados de Barcelona y Cambrils de agosto de 2017 eran hombres jóvenes. Todos. ¿Por qué no había mujeres conduciendo furgonetas por Las Ramblas de Barcelona? ¿Por qué es tan fácil radicalizar a hombres jóvenes y no tanto a mujeres jóvenes? Insisto, el hecho de que todos fueran hombres no nos convierte en culpables de la violencia a todos nosotros, pero sí debe hacernos reflexionar sobre la relación tan estrecha que existe entre la masculinidad y cualquier expresión de violencia.

También encontramos conexiones entre el machismo como ideología y el terrorismo en la normalización cultural de quienes lo ejercen. Younes Abouyaaqoub, el terrorista que asesinó a 13

personas arrollándolas con una furgoneta en Barcelona y que en su huida apuñaló y asesinó a un joven cooperante, era definido por sus amigos como «un tío de puta madre; de verdad, un tío de puta madre». Mientras, en el titular de la noticia publicada por diario El País, lo definían como «tímido, buen estudiante y fanático de los coches y el fútbol». Efectivamente, era un chico normal, y ahí radica precisamente el problema: en la supuesta normalidad. La descripción del asesino es calcada a las que suelen oírse cuando se entrevista a personas allegadas a los autores de crímenes de violencia machista después de los hechos. Lo que no destaca ni recoge ningún medio es que se trataba, efectivamente, de un buen hijo: de un buen hijo del patriarcado. Es decir, del resultado socializador exitoso de las ideas tóxicas de ser hombre, donde la preparación para el ejercicio de la violencia en los varones empieza muy temprano. Es la ideología concreta, el yihadismo, el nazismo, el racismo, el nacionalismo, etcétera, la que propone objetivos, empuja a cometer los crímenes y legitima las acciones en nombre de una absurda e inconsistente causa superior, por la que merece la pena matar o morir. Hasta que no comprendamos como sociedad la conexión que existe entre masculinidades hegemónicas tóxicas, machismo y terrorismo, no podremos combatir eficazmente ni la violencia indiscriminada ni sus dramáticas consecuencias.

Otro caso extremo que prueba una vez más la relación entre machismo y terrorismo, lo encontramos en el atentado terrorista de Finlandia, también en agosto de 2017, en el que murieron acuchilladas dos personas: el objetivo específico del terrorista eran las mujeres. El victimario, nuevamente, un hombre joven. Y un ejemplo más: Mohamed Lahouaiej Bouhlel, el terrorista que condujo un camión entre la muchedumbre reunida en Niza el 14 de julio de 2016 para ver una demostración de fuegos artificiales del día de la toma de la Bastilla; asesinó a 84 personas e hirió a centenares. Lahouaiej también había sido acusado anteriormente de abusar de su madre y de agredir a su mujer.

Jane Stephenson reflexionaba sobre la relación entre terrorismo y masculinidad tóxica después de los atentados de Múnich:

No son los musulmanes ni las personas con problemas de salud mental los que tienen más probabilidades de matarnos en un ataque terrorista: son los hombres. [...] La violencia masculina en masa está en todas partes en este momento. [...] De hecho, casi todos los asesinatos en masa son cometidos por hombres. Esto no es casualidad. Tenemos que nombrar al verdadero culpable, que no es otro que la masculinidad tóxica.

Hay que tener en cuenta, como ya hemos señalado, que este tipo de masculinidad tóxica refuerza la idea de que ser un «hombre» significa no solo ser fuerte, sino mostrar esa fuerza a través de la violencia y la capacidad de infundir miedo: «Significa tener control, tener poder y dominio sobre los demás en todo momento, por cualquier medio».

Después de los atentados del Manchester Arena, Heather Hurlburt y Jacqueline O'Neill planteaban que necesitamos pensar más en la relación que hay entre el terrorismo y el género, precisamente porque el Estado Islámico de Irak y el Levante (EIL, popularmente conocido como ISIS por sus siglas en inglés) es una de las máximas expresiones del sexismo. Según estas autoras, «el tema del género, en lo que se refiere al terrorismo, es tratado como algo superfluo... y contra el terrorismo necesitamos ponernos al día».

No podremos llegar a entender (ni mucho menos, prevenir) el terrorismo, sea de la naturaleza

que sea, si no introducimos la perspectiva de género como un elemento fundamental para comprender la relación entre las masculinidades hegemónicas tóxicas y los hombres que las ejercen. Como escribió Howard Cunnell en *The Guardian*, «las ideas tradicionales de masculinidad están envenenando nuestra sociedad. Hay otras formas posibles de ser hombre».

TROLES EN LAS REDES COMO ACTIVISTAS DEL NEOMACHISMO

Por sí mismas, las consecuencias de la violencia son desgarradoras. Pero la agresión no queda ahí. Es doblemente preocupante el papel que tienen los troles en las redes sociales, que responden activamente cada vez que se produce un acto de violencia machista tratando de culpabilizar a las mujeres en un ejercicio obsceno de hipérbole misógina. Para muestra, un botón. Compartí en mis redes sociales la noticia de los asesinatos en Campo de Criptana de una mujer y sus dos hijos, y como casi siempre ocurre, aparecieron los troles. En este caso, una trol (aunque la inmensa mayoría suelen ser hombres) supuestamente ilustrada (esta persona tuvo un cargo relevante en una importante organización de defensa de los derechos de la infancia) empezó a argumentar a favor de la presunción de inocencia del asesino: «Lo de Ciudad Real no está juzgado». Estamos hablando de hechos tan terribles como el asesinato de una mujer y de dos criaturas a manos de su propio padre y marido. En este contexto, aunque parezca incomprensible y nauseabundo, seguidamente, la trol pasó de nuevo al ataque con la idea de que «son más mujeres las que asesinan a sus hijos», para posteriormente desnudarse y afirmar sin ningún tipo de rubor que la culpa de todo la tiene el feminismo: «Flaco favor hacéis a las mujeres y hombres, cuando el género es el totalitarismo del siglo XXI». Insisto en que la inmensa mayoría de los troles que copan los ataques machistas en las redes sociales son hombres y los ataques más extremos los reciben las mujeres feministas, que son sistemáticamente insultadas, y en muchos casos amenazadas.

Aunque en ocasiones me asuste tener que enfrentarme a este argumentario del extremismo misógino y antifeminismo radical, lo que más me preocupa es la parte no visible del iceberg, es decir, cómo este tipo de argumentaciones puede que tenga más presencia social de lo que imaginamos al no ser visible y encontrarse en su mayor parte oculto bajo el manto moral de lo políticamente correcto. Lo más peligroso tal vez sea que este sexismo invisibilizado emerja de forma cotidiana en los espacios privados, y, más aún, que pueda llegar a emerger en lo público y lo político cuando los vientos y los votos sean propicios (y, de esto, Trump sabe mucho...).

LA INTERVENCIÓN CON HOMBRES QUE HAN EJERCIDO VIOLENCIA CONTRA SUS PAREJAS

Paradójicamente, la intervención con hombres que han ejercido violencia contra sus parejas es una de las cuestiones que mayor polémica despierta, pero al mismo tiempo representa la rara excepción de los programas de intervención con varones. A pesar de que las violencias machistas son cosa de hombres, desde las instituciones públicas son excepcionales los programas dirigidos

a prevenir y erradicar este tipo de violencia, pero en cambio sí que se interviene con los hombres que *ya* han sido violentos, sobre todo desde el ámbito judicial y el penitenciario. Algo parecido sería que, frente a una epidemia como el ébola, únicamente tratásemos de paliar las consecuencias de la enfermedad una vez que esta se ha diagnosticado, sin establecer ninguna medida preventiva para evitarla.

Para entender la dimensión que tiene la violencia machista en países como España, hay que tener en cuenta que en la actualidad las cárceles españolas acogen a más de 4.000 reclusos condenados por violencia de género, cifra que supera con creces la de los 3.000 reclusos juzgados por homicidio y que ocupa el tercer lugar en la lista de grupos delictivos en prisión. Pero hay que considerar también que el 86 % de los hombres condenados por violencia machista no ingresa en prisión, por lo que solo dos de cada diez condenados estarían en la cárcel. Muchos de ellos son obligados a pasar por procesos de rehabilitación como pena sustitutoria, lo que hace necesario que miremos con mucha atención la eficacia de estos programas.

Un psicólogo experto en masculinidades, género y atención a hombres que han ejercido el maltrato, Heinrich Geldschläger, reivindica como medida complementaria al sistema judicial los programas preventivos de asistencia voluntaria para hombres condenados por violencia de género. Desde su perspectiva, la relación terapéutica y profesional que se establece con estos hombres tendría que evitar la réplica del modelo basado en una supuesta superioridad para, de esta forma, «hacerles ver que es exactamente ese modelo de relación desigual el que está en la base de la violencia que ejercen contra sus parejas y el que intentamos cuestionar y transformar».

Geldschläger profundiza en una idea significativa, fruto de años de intervención e investigación con hombres que han ejercido violencia:

Hay también un efecto interesante, que es lo que llamamos «la teoría del monstruo». Es un reflejo, como tantas veces, de lo que pasa en la sociedad: la imagen de los maltratadores como unos monstruos diferentes a nosotros, que no tienen nada que ver con los demás hombres. Y eso les pasa a ellos también. «Yo no soy maltratador», nos dice la gran mayoría. Pero, claro, ellos también creen que los demás del grupo sí que lo son.

En los programas de atención a hombres que han ejercido el maltrato, además de aplicarse los principios recogidos en el Convenio de Estambul (como son priorizar la seguridad de las víctimas y supervivientes, mujeres, hijas e hijos en todos los niveles de intervención y una oferta de apoyo especializado integral en una respuesta comunitaria integral y coordinada), habría que promover el cumplimiento de otros estándares de calidad internacionales para la implementación rigurosa y eficaz de estos programas.

LOS HOMBRES Y EL RIESGO

«Riesgo», por definición, es un sustantivo masculino que hace referencia a la posibilidad de que se produzca un contratiempo o una desgracia, de que alguien sufra perjuicio o daño. El problema que plantea el riesgo asociado a la masculinidad en nuestra cultura es que cuenta con el permiso social necesario e incluso con una valoración positiva de afirmación identitaria para que sea un

fenómeno extendido y normalizado. Para los hombres, la vulnerabilidad que necesariamente conlleva asumir una situación de riesgo es minimizada por la épica, el reconocimiento social o aquello que se puede obtener a cambio de ser capaz de poner en peligro la propia integridad (fama, poder, autoridad, etc.).

Según el diccionario de la Real Academia Española, una «machada» es una «acción valiente», pero también una «necedad», mientras que no existe la «hembrada», su equivalente en femenino. La machada se asocia con la épica y la heroicidad clásica. Si la hombría tiene que ser demostrada constantemente para que el varón sea valorado como tal, la demostración fehaciente de la valentía sería una forma muy eficaz de ajustarse al estereotipo de masculinidad al igual que ocurre con la violencia. Pero para que sea reconocida como un acto singular de masculinidad, la valentía requiere de acción, y para que la acción sea reconocida, necesita del espacio público y la mirada social. En el nuevo modelo de masculinidad hegemónica que propongo, la valentía y las acciones para demostrarla romperían la dicotomía público/privado, y se ampliaría su espacio de significados. Ser honesto con tu pareja y comunicarte en profundidad, pedir ayuda, iniciar una terapia, reconocer la vulnerabilidad, pedir una excedencia laboral para cuidar (aunque tu lugar de trabajo sea un espacio hostil para la conciliación) o expresar amor en contextos no románticos son actos de valor para la nueva era. La gran diferencia es que en este nuevo contexto hemos resignificado el riesgo, que no estaría ya al servicio permanente de la virilidad, sino que se apoyaría en la idea del cuidado y de no dañar, ni a uno mismo ni a los demás, como forma política de estar en el mundo. Todos estos riesgos no conllevan la negación de las acciones a favor del procomún, y esto lo vemos, por ejemplo, cuando se trabaja en la extinción de un fuego en Portugal o en una acción de salvamento marítimo de personas inmigrantes en el Mediterráneo. En este nuevo modelo, entonces, estas acciones estarían directamente relacionadas con las virtudes humanas, y no al mandato del servicio masculino obligatorio.

Los Sanfermines son una de las fiestas homosociales más universales. Es tal su repercusión que suele ser portada en los medios internacionales. En la ciudad de Petersburg (Estados Unidos) incluso se han llegado a realizar encierros que emulan la fiesta de Pamplona, y también allí los hombres son nuevamente protagonistas casi absolutos. Los Sanfermines encierran un gran poder simbólico en el que se combinan de una forma hiperbólica distintas concepciones de la masculinidad hegemónica clásica —el riesgo, la valentía, la tradición, la demostración pública de la hombría o la camaradería—, todas ellas asociadas a la emoción colectiva y al disfrute de la segregación de adrenalina producida por el miedo. Es un buen ejemplo de cómo la masculinidad tradicional no se sustenta con el reflejo de la propia imagen delante de un espejo íntimo, sino que, por el contrario, para ser disfrutada necesita del reconocimiento, de la mirada del otro. Si realmente el gusto por el riesgo fuera lo fundamental, tendríamos a miles de jóvenes corriendo delante de los astados por las dehesas, como románticamente imagino a Juan Belmonte, solo con el toro, a la luz de la luna y con el silencio de la noche como único compañero. Después de cada encierro se proporciona el parte de heridos y su gravedad, como un acto litúrgico que da la medida del interés del encierro: a mayor gravedad, mayor presencia informativa. Lo que no se cuenta es la cara B de los centenares de heridos que se producen cada año, que es que la inmensa mayoría de ellos son cuidados por sus parejas, madres, hermanas, quienes tienen que readecuar

sus agendas y proveer cuidados gratuitos a los hombres (y lo digo con conocimiento de causa). Así, aunque las mujeres no están presentes en la épica de las carreras, no existirían encierros sin ellas, porque son imprescindibles para hacerse cargo de sus consecuencias. Para los hombres, la emocionante gloria; para ellas, el servicio de cuidados obligatorio y gratuito. Las cámaras acompañarán a los heridos, pero nadie visibilizará a las cuidadoras.

Recuerdo que hace años, en un reportaje de televisión sobre el Hospital Nacional de Paraplégicos de Toledo, se mostraba el fantástico trabajo de atención y rehabilitación que se realiza con las personas que han sufrido una lesión medular; cuando el recorrido estaba a punto de finalizar, la periodista le comentó al representante del hospital que le había extrañado no ver a ninguna mujer entre los pacientes. Ante esta reflexión, el que hacía de portavoz del hospital solo supo responder: «Nunca me lo había planteado... Supongo que porque a los hombres nos gusta más el riesgo». Me llamó poderosamente la atención la radical invisibilidad de las razones que están detrás de dramas personales de primera magnitud, sobre todo teniendo en cuenta el peso que el método científico tiene en las investigaciones médicas, que incluyen no solo el tratamiento de las dolencias, sino también la erradicación de sus causas, y que en este caso (en el riesgo asumido por muchos hombres en distintos ámbitos de la vida) no es otra que la incardinación en sus cuerpos de la concepción tóxica aprendida de masculinidad.

Hay una fotografía que, cuando la recuerdo, todavía me hiela la sangre. En ella aparece el cocinero Darío Barrio junto a sus amigos Álvaro Bultó y el también hostelero Manolo Chana. Es una imagen que parece la crónica de una muerte anunciada, porque estos tres hombres perdieron la vida practicando su deporte-pasión: el salto desde el aire en distintas modalidades. De hecho, tras la muerte de Chana, Bultó y Barrio viajaron hasta Venezuela en marzo de 2011 para practicar de nuevo este deporte desde las cataratas del Salto Ángel, donde está prohibido, «en homenaje a Chana». Cuenta el entorno personal de Darío Barrio que «siempre le decíamos que tenía que parar pero él decía que necesitaba esa adrenalina brutal al salir de la cocina; era consciente del peligro, decía que el riesgo era lo bonito de este deporte», que las emociones que le hacía sentir eran «únicas». Darío era padre de dos hijos.

Problematizar este tipo de prácticas y resignificarlas desde una perspectiva de género podría contribuir de forma extraordinaria tanto a la toma de conciencia de quienes las llevan a cabo como a la posibilidad de poner en marcha estrategias eficaces de prevención de los accidentes y la siniestralidad.

Ya en el año 1996, Mary Douglas aportaba un concepto muy sugerente de cara a entender mejor la actitud de los hombres acerca de la aceptabilidad del riesgo y de la creencia en la propia inmunidad (fundada en el exceso de confianza que en ellos deposita su entorno): la «inmunidad subjetiva». Desde esta creencia social, que tiene una estrecha relación con la vida cotidiana, los símbolos y los rituales, se produce en los varones una subestimación de los riesgos, que se consideran controlados.

El predominio de este tipo de actitudes en unas sociedades aparentemente racionales y sensibles al sufrimiento humano solo se puede explicar a partir de la prevalencia de una autopercepción de invulnerabilidad de los cuerpos de los hombres, de una distancia radical de la responsabilidad respecto a los cuidados y de un reconocimiento social (tanto implícito como

explícito) de la asunción del riesgo por parte de los varones. Si tuvieran sexo el riesgo y los cuidados, la hibridación sería desastrosa: el resultado me recuerda a una abominable mezcla de ajo y leche que tuve que tomar en Guatemala hace tiempo para frenar la fiebre de un virus parecido al cólera, y que no funciona bien. Si viviéramos en una sociedad basada en una concepción ética y política de los cuidados, si fuéramos conscientes de que existimos gracias a que alguien nos cuidó durante mucho tiempo, sabríamos que estamos en deuda de cuidados y que esas personas que estuvieron ahí precisarán también algún día de nuestro compromiso.

De hecho, la paternidad consciente y activa suele ser un factor determinante para que muchos hombres dejen a un lado sus prácticas de riesgo, vendan la moto o dejen de correr en el encierro de los Sanfermines. Seguro que lo habéis vivido, o que conocéis casos en los que la toma de conciencia de la responsabilidad en los cuidados nos transforma.

Lo reconozco, la antropología es la vestimenta intelectual de los que somos curiosos por naturaleza. Hace un tiempo, cogí un taxi en Barcelona y tuve la suerte de que me pillara un atasco, porque el taxista, que se llamaba también Juan Belmonte, un gitano catalán extrovertido y generoso, me regaló un estupendo documento etnográfico. Esto es lo que me contó:

Yo había sido siempre un bala, todo lo que te cuente es poco, ya me entiendes... Pero hace dos años fui padre, y eso lo cambia todo. Me sigue gustando el vicio, lo reconozco, pero ya he dicho basta. Fumaba — tabaco y más cosas— desde los 12 años, y llevo ya 13 meses limpio... No me puedo imaginar dejar a mi hijo solo en el mundo solo porque a mí me apetezca. Yo quiero estar ahí.

¡Gracias, Juan!

También tenemos que tener cuidado con la definición de riesgos y la de masculinidades. Nos dice Cordelia Fine que no hay que olvidar que el riesgo característico que se asocia a la masculinidad puede hacer que pasemos por alto los riesgos para la vida de las mujeres. Como plantea Fine, hay un fenómeno que se produce generalmente cuando pensamos en el riesgo y es que lo asociamos exclusivamente a la masculinidad y los hombres, y tendemos a pasar por alto otros ejemplos de riesgos en clave de género, que incluirían los que afectan específicamente a las mujeres. Para miles de mujeres, acudir al trabajo en El Cairo o Afganistán es un factor de riesgo de primer orden; para millones de ellas, también supone un riesgo el acoso sexual en el propio centro de trabajo. El radar que detecta las situaciones de riesgo suele destacar las decisiones que toman los hombres en el ámbito del trabajo, la economía, el deporte o las relaciones, mientras que pasa por alto las situaciones de peligro por las que pasan las mujeres que conviven con hombres de ideología patriarcal, que deciden romper una relación insatisfactoria, que deciden emprender un negocio o que caminan a solas por las calles.

LOS PROBLEMAS DE GÉNERO QUE EL SEXISMO PRODUCE EN LOS HOMBRES

Cuando planteamos, desde una perspectiva de género, el impacto que el sexismo genera también en los hombres, no se trata en ningún caso de una renovada y refinada estrategia de legitimación ni, menos aún, de victimización. La construcción de las identidades masculinas en un contexto

referencial de género es relativa a un contexto y a un momento histórico determinados. Aunque de forma asimétrica respecto a las mujeres, nosotros también somos fruto de una coacción socializadora lenta pero implacable, que nos lleva a ser los hombres que somos, responsables de nuestros actos y decisiones, pero también limitados y condicionados por los estereotipos y roles de género (en un sentido beauvoiriano). Dice De Beauvoir:

Ningún destino biológico, psíquico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad. Es el conjunto de la sociedad el que elabora ese producto, al que al final se califica como femenino [o masculino].

El activista Terry Real mantiene que la masculinidad es difícil de conseguir e imposible de mantener, y se refiere a las capacidades emocionales de los hombres como el «frágil ego masculino», ya que nuestra autoestima no se apoya en el bienestar emocional ni en la satisfacción interna, sino en el frágil y vaporoso suelo de la construcción social, por lo que el mantenimiento constante de una imagen viril de control y dominación requiere de superhéroes para soportarla, en vez hombres de carne y huesos como nosotros.

Los privilegios, el poder, la legitimación de la violencia y la percepción relativa del riesgo de los hombres impactan decisivamente en nuestros cuerpos y biografías. Y nuestros problemas de género impactan también en las mujeres, en otros hombres, en las niñas y los niños y en la sociedad en general.

Como señala Rebecca Solnit en su fabuloso trabajo *Los hombres me explican cosas*, el feminismo debe incluir una búsqueda o una investigación más profunda entre los hombres:

El feminismo desea y busca cambiar todo el sistema humano; es cierto que muchos hombres se han unido ya a este proyecto, pero cómo beneficia a los hombres y de qué manera el *statu quo* actual también los daña son temas que merecen una reflexión más profunda. Como también se necesita ahondar en los hombres como portadores de la mayor parte de la violencia, de las amenazas, del odio... y la cultura que los anima a ello.

LA SALUD NOS DELATA... ¿POR QUÉ LOS HOMBRES MUEREN ANTES?

Muchas investigaciones coinciden con Luis Bonino en la afirmación categórica que hace en su artículo «Masculinidad, salud y sistema sanitario»: «El fiel cumplimiento del modelo social de la masculinidad tradicional hegemónica, y no el nacer de sexo masculino, es un factor de riesgo de primer nivel para la salud». Los valores «matriciales» de este tipo de masculinidad —como son la autosuficiencia, la belicosidad heroica, la autoridad sobre las mujeres o la valorización de la jerarquía— «se interiorizan a través de la socialización en forma de ideales y obligaciones». Este tipo de masculinidades están marcadas por el control de uno mismo y de los demás, el riesgo, la competitividad y un déficit de comportamientos afectivos y de cuidados. Todo ello tiene como consecuencia el desarrollo de hábitos de conducta poco saludables en los varones. Pero no nos movemos en un modelo estanco, sino que transitamos por distintos niveles de hombría tóxica, dependiendo de nuestra adscripción ideológica, de la capacidad de revisión crítica que tengamos o del contexto en el que nos movamos.

Como nos recuerda Bonino, los hombres estamos preferentemente socializados para ser activos, tener el control, estar a la defensiva, ser fuertes, aguantar el dolor, usar el cuerpo como herramienta de afirmación personal y no pedir ayuda. Y todo ello desde la distancia respecto al cuidado y la vulnerabilidad que supone el reconocimiento de la enfermedad. Por estas razones, cuando se trata de temas de salud, son frecuentes entre los varones las respuestas disfuncionales en todos los pasos necesarios para el abordaje de los malestares.

Curiosamente, los hombres no nos deprimimos. En una sociedad donde ha primado el sexismo en la construcción de las identidades, el ámbito de la salud mental también cuenta con un evidente sesgo de género. La Asociación Nacional de Trastornos Mentales recoge entre sus datos que las mujeres son el doble de propensas que los hombres a sufrir depresión. ¿Qué ocurre, entonces? ¿Por qué nos deprimimos menos los hombres? Probablemente, los hombres desarrollamos múltiples estrategias para enmascarar la depresión, el estrés o el abatimiento, por lo que la mayoría de los hombres deprimidos difícilmente llegarán a tener nunca un diagnóstico, reconocimiento o, menos aún, tratamiento y cura. Así, el estado de depresión camuflada de muchos hombres se manifestará a través de las expectativas socialmente permitidas en los hombres, es decir, en forma de innumerables adicciones (entre las que se incluyen el trabajo, las drogas o el alcohol), o incluso podrá ser un factor desencadenante de violencia, tanto autoinfligida como hacia los demás (especialmente hacia las personas más próximas y vulnerables).

Cuando hablamos de desigualdades de género en salud, a menudo surge la llamada «paradoja de la mortalidad», que refleja que en la mayor parte de las sociedades las mujeres son más longevas que los hombres y, sin embargo, padecen más enfermedades que ellos a lo largo de su vida (lo que, en la práctica, se traduce en que ellas tienen peor salud).

La esperanza de vida es el indicador más ampliamente utilizado para realizar comparaciones sobre la incidencia de la mortalidad entre hombres y mujeres, así como para poder conocer mejor las condiciones de salud y nivel de desarrollo de una población. Es un hecho constatado que en los últimos años la diferencia de la esperanza de vida entre hombres y mujeres ha ido disminuyendo. Así, en el año 2016, en España las mujeres tenían una esperanza de vida al nacer de 88,71 años, frente a los 80,26 de los hombres, lo que viene a representar un diferencial de 5,5 años a favor de las mujeres. En España, hay un hombre viudo por cada cinco mujeres viudas o, lo que es lo mismo, 2.220.000 viudas frente a 555.000 viudos. Estadísticamente, hay 1.665.000 hombres que no están (evidentemente, porque han fallecido), pero que, de haber vivido en unas condiciones más igualitarias y cuidadosas, probablemente hubieran sobrevivido más tiempo. Por tanto, el sexismo para los hombres es algo así como una sentencia de muerte con perspectiva de género anticipada, aunque, una vez más, aparezca normalizada desde una perspectiva social androcéntrica.

Por otro lado, Amaia Bacigalupe y Unai Martín Roncero, en su investigación sobre «Desigualdades sociales en la salud de la población de la Comunidad Autónoma del País Vasco», destacan que así como en el periodo gestacional y perinatal la ventaja de la supervivencia femenina se puede asociar a factores genéticos, «en edades más adultas, la sobremortalidad masculina vendría explicada, en parte, por una mayor prevalencia de comportamientos de riesgo culturalmente asignados al género masculino: consumos de alcohol y tabaco, accidentes laborales,

de tráfico, etc.»).

Para obtener una radiografía más precisa sobre el impacto de la masculinidad en la salud de los hombres es necesario analizar las causas externas de fallecimiento. Entendemos por causas externas las ocurridas como consecuencia de accidentes y distintas formas de violencia. En España, en el año 2014 se produjeron un total de 14.903 fallecimientos por causas externas, de los cuales 9.388 fueron de hombres, frente a los 5.515 de las mujeres. Si analizamos las defunciones por grupos de edad, los hombres fallecemos siendo más jóvenes. Aunque en los primeros años de vida la diferencia es apenas perceptible, entre la franja de los 15 a los 29 años, el 71,2 % de las personas fallecidas son hombres (y el 28,8 %, mujeres), por lo que tanto ser hombre como ser joven son factores determinantes en nuestra salud.

Otro dato significativo para entender la relación de los hombres con la salud pasa por su forma de relacionarse con el sistema sanitario. Por lo general, las mujeres acuden más a la consulta primaria (un 53,4 %, frente al 46,6 % de los hombres), mientras que en las urgencias hospitalarias las cifras se invierten. Esto significa que los hombres somos menos dados a la medicina preventiva y que, en muchos casos, esperamos a estar realmente graves para acudir a los servicios sanitarios, lo que reduce las posibilidades de detectar a tiempo determinadas dolencias.

Aceptada esta hipótesis como válida, se acentuaría la inviabilidad del modelo de masculinidad hegemónico dominante al ser este un factor de riesgo de primer orden para la vida y la salud de los hombres, lo que nos pondría frente a la paradoja de que el modelo hasta ahora dominante, a pesar de su abrumador impacto para la salud, ha logrado pasar de puntillas y ha venido resistiendo las evidencias científicas. Esto nos da una imagen precisa de la fuerza de un sistema de valores que, en cuanto a percepción de la realidad se refiere, funciona exactamente como un dedo intentando tapar el sol.

EL SUICIDIO

La violencia autoinfligida, como fenómeno global, no se da en un entorno neutro, sino que adquiere todo su sentido en un sistema de dominación. Las culturas de dominación limitan las capacidades humanas, reducen la posibilidad de regular los conflictos de forma pacífica y atacan la autoestima tanto de las mujeres como de los hombres, aunque lo hagan de forma diferente y con desiguales consecuencias. A los varones, la dominación nos hace pensar que nuestro sentido del ser está ligado al control de las emociones propias y a la dominación del trabajo o de nuestras parejas.

El suicidio también tiene un sesgo de género. Oficialmente, en España se registraron 3.602 muertes por suicidio en 2015. Se quitaron la vida 2.680 hombres y 922 mujeres, es decir, un 74,4 % de hombres frente a un 25,5 % de mujeres. El suicidio es, con mucha diferencia, la principal causa de muerte no natural. Estas cifras se corresponden con los datos del INE, pero muchos de los fallecimientos por las llamadas «causas externas» podrían esconder un suicidio, por lo que las cifras podrían ser todavía más graves. Es interesante señalar que la estimación de los intentos de suicidio por parte de las mujeres es tres veces superior a la de los hombres, aunque los hombres

tienen más éxito a la hora de quitarse la vida.

Las cifras de suicidio de las mujeres ocultan también las consecuencias del drama de la violencia machista, ya que es un factor desencadenante de un número significativo de suicidios, tanto de mujeres como de las niñas y los niños que también la sufren. De hecho, entre los menores, sufrir abusos sexuales multiplica por cuatro la posibilidad del suicidio, y este tipo de abuso está protagonizado, en la inmensa mayoría de los casos, por hombres próximos a ellos. El ratio de suicidio en las niñas y niños nos lleva a reafirmar el sesgo de género de este tipo de acciones: entre las niñas y niños de entre 10 y 14 años que se quitan la vida, los niños lo hacen tres veces más que ellas, y esta proporción se multiplica por cinco en la franja de edad comprendida entre los 15 y 19 años, y por siete, entre los 20 y los 24. Una vez más, queda confirmado que las masculinidades tóxicas y limitantes son un factor de riesgo para la vida de los niños y jóvenes.

A pesar del tabú que sigue acompañando a los suicidios, en España cada día 10 personas se quitan la vida (el doble que las muertes en accidentes de circulación), y muchas de ellas acuden a un centro de salud durante el mes anterior, por lo que si existieran políticas coordinadas y eficaces, muchas de estas muertes serían evitables. La OMS insiste en que los suicidios se podrían prevenir actuando sobre los factores de riesgo, como son el maltrato, el abuso de alcohol y los problemas de salud mental. Resulta llamativo que, aunque a nivel mundial, cerca del 80 % de las personas que se suicidan con éxito son hombres, la OMS no señale la masculinidad como un factor de riesgo para los propios hombres ni tampoco para las mujeres que sufren violencia machista. Por ejemplo, los niños y niñas que han sido víctimas de abuso sexual tienen cuatro veces más probabilidades de terminar suicidándose. Pero insisto: en la estrategia global de prevención del suicidio no aparece el factor de género, a pesar de que se reflejen las diferencias en el tratamiento de sus datos, y ahí estas sean más que evidentes. ¿Por qué sucede esto? Muy probablemente, por la invisibilización y naturalización de lo que ocurre con los hombres desde una perspectiva de género: que están sobredimensionados, privilegiados y no problematizados, y eso termina convirtiéndose en un factor de riesgo estructural para ellos.

Estamos hablando de una verdadera epidemia a nivel mundial, ya que más de 800.000 personas mueren cada año por suicidio en el mundo, y hay indicios de que, por cada persona que se suicida, otras 20 lo intentaron. Según la OMS, en los países ricos se suicidan tres veces más los hombres que las mujeres.

El sesgo de género también se aprecia en los métodos empleados para el suicidio: las mujeres recurren más a la medicación, mientras que los hombres usan métodos más contundentes, violentos e irreversibles, como los saltos al vacío o el ahorcamiento. La impulsividad, según señalan los investigadores, es un elemento que identificaría más a los jóvenes. Nuevamente se ignora el impacto del sexismo.

En mi experiencia vital, como imagino que también os habrá ocurrido, he vivido muy de cerca una gran cantidad de suicidios de amigos, compañeros del movimiento de hombres, profesores, familiares de amigas... De entre todos ellos, solo una era mujer. Los guardo a todos en la memoria, pero hay uno que tiene una significación especial ya que era un conocido mío que asistió a uno de los cursos que yo impartía sobre masculinidad y género. En el curso aprovechamos para ponernos al día y me contó que ya no trabajaba (lo habían despedido, aunque eso no me lo contó),

por lo que estaba recuperando el tiempo perdido y se sentía feliz. Quedamos en volver a encontrarnos, pero a los pocos días se quitó la vida. Soy consciente de que todo lo relativo al suicidio es tremendamente complejo y delicado; sin embargo, me llamó la atención su aparente felicidad, su discurso cargado de proyectos... en contraste con lo que supongo que estaría viviendo y sintiendo por dentro, en un ejercicio de masculinidad clásica en que las emociones, sentimientos y vulnerabilidades no entran en las agendas que compartimos. Quiero soñar con que, si practicásemos más el sano ejercicio de pedir ayuda y dejarnos proteger y cuidar, si desarrollásemos todas nuestras capacidades emocionales, incluida la recuperación del llanto, las cifras de suicidios serían distintas, aquí y en todo el mundo.

LOS ACCIDENTES DE TRÁFICO

La Dirección General de Tráfico (DGT) cataloga como Conductores en Conducción Contraria (CCC) a los conductores kamikazes, que son aquellas personas al volante de un vehículo que provocan accidentes a otros conductores que están cumpliendo las normas. Existe un perfil tipo de esta clase de conductores, que se ha establecido a partir de los 130 accidentes anuales de media que provocan y que cuestan la vida a entre 25 y 30 personas. En España, solo en la última década ha habido entre 250 y 300 víctimas mortales de estos kamikazes. ¿Imagináis que se tratase de acciones terroristas protagonizadas por yihadistas, como ocurrió en Niza o Londres? Estaríamos en estado de máxima alerta y habría un listado de sospechosos, labores de prevención vigilancia... Evidentemente, se trata de fenómenos de naturaleza distinta, pero cuyos autores tienen en común el desprecio por la vida de las personas. Y, sin embargo, se sigue sin problematizar el hecho de que, por ejemplo, entre estos homicidas del volante, normalmente el conductor sea un varón, de unos 40 años, que acumula más de 11 años al volante y que suele dar positivo en los controles de alcoholemia que se le realizan con posterioridad. Insisto, son datos de la DGT.

En el verano del año 2016 decidimos pasar las vacaciones familiares en el municipio de La Guardia, junto a la desembocadura del río Miño (un lugar mágico que recomiendo visitar), acogidos por una familia amiga. Nada más llegar, cuando estábamos bajando el equipaje del coche y Naia y Alain revoloteaban a nuestro alrededor, oímos el estruendo del motor de un coche de gran cilindrada, rojo, que se aproximaba a nosotros levantando el polvo de la carretera a su paso. Nos quedamos sin palabras. Cuando pasó a nuestro lado, vimos al joven que, impertérito, manejaba su vehículo como una auténtica máquina de destroz ar vidas. Al día siguiente, leyendo un titular en la prensa local, comprobé que no se trataba de un hecho aislado: «Tráfico persigue a más de 5.000 gallegos identificados como “conductores de riesgo”». No salía de mi asombro. ¡Más de 5.000 conductores gallegos son vigilados en sus desplazamientos diarios! Y lo hace la policía desde que estos salen de casa o del trabajo. No desglosan los datos, pero me encantaría saber cuántos de estos 5.000 homicidas en potencia son mujeres... y también por qué se vuelve a ocultar el hecho de que sean hombres, o el coste del trabajo que llevan a cabo las distintas policías para el control de estos «conductores temerarios». ¿No resulta extraño que a personas

que ponen en peligro sistemáticamente su vida y la de todas las demás se las califique de una forma tan suave? Pero no se lo pierdan, El Correo Gallego los calificaba, ni más ni menos, como ¡«cowboys del volante»!

Por la complejidad y extensión del fenómeno, el Instituto Universitario de Tráfico y Seguridad Vial (Intras) llegó a catalogar a los conductores kamikazes por su variedad de conductas: el homicida, el pagado, el desequilibrado o con comportamientos desajustados, el resentido, el aburrido, el toxicómano, el erróneo, el imitador, el violento, el fugitivo y el suicida. Una vez más, se obvia el hecho de que el perfil se corresponde con el de un hombre.

Un teniente coronel de la Guardia Civil de Tráfico decía hace poco, en unas declaraciones públicas: «No hay duda. Los hombres vamos más sobrados al volante y somos menos respetuosos... Por cada 50 personas que dan positivo en un control de alcoholemia, solo una es mujer». La jefa provincial de Tráfico en Galicia, Victoria Gómez, va más allá y afirma que «las mujeres somos más disciplinadas al cumplir las normas...asumimos menos riesgos ante situaciones que pueden representar un peligro».

En 2014 fallecieron en España por accidentes de tráfico 1.873 personas: 1.429 hombres frente a 444 mujeres. Uno de los argumentos que se usa a menudo para justificar la mayor prevalencia de los hombres en los siniestros de tráfico es que ellos conducen más. Es cierto: las mujeres utilizan mayormente el transporte público (sin duda, una opción más sostenible), pero el porcentaje de carnés de conducir en manos de mujeres supone el 41 % del censo, y ellas solo representan el 9 % de los muertos en accidentes. Las mujeres fallecen más cuando van de pasajeras, mientras que los hombres mueren más cuando están al volante. En 2015, en el marco del Fórum Barcelona de Seguridad Vial, RACC realizó una ponencia con un título sugerente: «Feminizar la conducción, ¿por qué no?». El economista Ton Lladó puso sobre la mesa hechos irrefutables que otra vez demuestran que las mujeres «son más prudentes, más sosegadas, conscientes del peligro y los riesgos de la conducción y más comprometidas con el cumplimiento de las normas». En el 2004 perdieron la vida al volante 104 conductoras y 1.043 conductores, lo que significa que la tasa de riesgo es seis veces superior en un hombre.

Además del coste humano, la siniestralidad vial supone un coste económico de primera magnitud para los Estados. Según datos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), en 2015 los gastos derivados de la siniestralidad vial en forma de hospitalizaciones, atención a heridos e indemnización a las víctimas supusieron el 1 % del PIB de los países de la OCDE, a lo que habría que sumar los importes derivados de los daños a la propiedad privada, la pérdida de productividad y aportaciones al Estado, etc., por lo que la cifra final sería muy superior. Este organismo internacional estima, por ejemplo, que los accidentes de tráfico le costarían a España 9.600 millones de euros anuales.^[5] Para otros países de la Unión Europea el coste sería mayor, como en los casos de Francia (37.000), Alemania (32.500) e Italia (24.340), lo que supone un 1,7 %, un 1,2 % y un 1,6 % de su PIB, respectivamente. Se calcula que el coste social de los accidentes con víctimas en la UE superaría los 100.000 millones de euros anuales.

Evidentemente, estamos estudiando el impacto que el sexismo tiene también en los hombres, y eso nos lleva a analizar los casos más extremos, que por su gravedad e impacto deberían ser

problematizados y enfocados desde una perspectiva de género. Insisto: la inmensa mayoría de los hombres y mujeres conducimos de forma cuidadosa y prudente, pero respecto a lo que ocurre en nuestras sociedades, todos y todas acumulamos distintos niveles de responsabilidad. En el caso de la conducción, los «temerarios», al igual que los hombres que ejercen la violencia contra sus parejas, son los únicos culpables de sus actos, pero tenemos que tener en cuenta que nadie construye su identidad en solitario ni es autodidacta en su interiorización del sexismo.

LA SINIESTRALIDAD LABORAL

La Organización Internacional del Trabajo (OIT) tiene entre sus propósitos promover la igualdad de oportunidades para que las mujeres y los hombres accedan a un trabajo seguro y digno. Según sus propios datos, cada 15 segundos muere en el mundo una persona desarrollando su trabajo, mientras que en esos mismos 15 segundos, 153 habrán sufrido un accidente laboral. Cada día fallecen en el mundo 6.300 personas a causa de accidentes o enfermedades relacionadas con el trabajo (lo que supone 2,3 millones de muertes cada año), y anualmente ocurren más de 317 millones de accidentes. Nos encontramos ante un drama humano de escala descomunal que, además del impacto humano por la pérdida de vidas y las secuelas de la siniestralidad, conlleva un impacto económico de primer orden. Se estima que las malas prácticas de seguridad y salud tienen un coste del 4 % del PIB global anual.

La OIT reconoce en sus políticas de género y seguridad en el trabajo que los roles específicos que se asocian a lo masculino y lo femenino impactan en la seguridad en el trabajo de forma diferenciada:

Un enfoque sensible a la cuestión de género reconoce que, dados los distintos trabajos que realizan los hombres y mujeres, los distintos roles que desempeñan en la sociedad, sus expectativas y responsabilidades, las mujeres y los hombres pueden verse expuestos a riesgos físicos y psicológicos que en ciertos casos requieren diferentes medidas de control y prevención.

En el caso de España, en el año 2014 la gran mayoría de trabajadores que perdieron la vida en su puesto de trabajo fueron hombres. Ellos representaron el 95 % del total de las 443 personas fallecidas en su desempeño profesional, frente al 5 % de mujeres. Llama poderosamente la atención cómo las diferencias en la prevalencia de hombres sobre mujeres se disparan en la medida en que los accidentes son más graves. Así, en lo que a los accidentes leves se refiere, el 75 % los protagonizan los hombres, frente al 29 % de las mujeres; en los accidentes graves, la brecha se agranda y los hombres llegan a representar el 85 %, mientras que la cantidad de mujeres desciende al 15 %; por último, en los accidentes mortales, tal y como hemos comentado, los hombres suponen un 95 % del total de personas fallecidas (datos para España en 2012).

«Unmasking Manly Men» es una investigación-acción llevada a cabo por un equipo de la Universidad de Harvard liderado por Robin J. Ely y Debra E. Meyerson, y es una de las pocas experiencias contrastadas y exitosas que tienen como objetivo conseguir que la seguridad sea prioritaria en ambientes laborales muy masculinizados (como las plataformas petrolíferas). Las

autoras plantean cómo, en muchos empleos y ambientes de trabajo altamente masculinizados, a menudo se alienta a los empleados a asumir algunos rasgos asociados a la masculinidad, que incluirían la agresividad, la fuerza y el desapego emocional. Como cualquier otra cualidad humana, las hegemonicamente masculinas no son negativas en estado puro, pero se vuelven destructivas cuando los trabajadores las utilizan como herramienta de afirmación identitaria para dominar o destacar sobre el resto (por ejemplo, ocupando el trono de mejor trabajador o más cualificado). Este equipo de investigación realizó su trabajo de campo en dos plataformas petrolíferas durante 19 meses. Las plataformas suelen ser espacios sucios y peligrosos, donde tradicionalmente se producían exhibiciones de fuerza masculina y era necesario un alto nivel de audacia y destreza técnica. El objetivo de la investigación-acción era, justamente, transformar esa cultura del trabajo duro y tan machista a favor de un entorno expresivo donde los hombres pudieran reconocer sus errores y emociones. Para maximizar la seguridad y el bienestar propio y de los compañeros, se potenció que los trabajadores se habituaran a hacer ejercicios de reconocimiento público (agradecer o valorar el trabajo y acciones de los demás compañeros) y que pidieran y ofrecieran ayuda a los demás, a la vez que seguían desempeñando su trabajo con eficacia. Descubrieron que los líderes más duros no eran necesariamente los que generaban más seguridad ni los más eficaces, constatación que ayudó a transformar el liderazgo patriarcal en formas de masculinidad alternativa-expresiva. Como estrategia se puso en valor a aquellos trabajadores que se preocupaban por los demás, que escuchaban y que estaban dispuestos a aprender. Lo más extraordinario fue que, tras años de cambios en los que de algún modo se llegó a «feminizar» la cultura del trabajo, se logró que la tasa de accidentes de la compañía se redujera un ¡84 %!, mientras que la productividad y la eficiencia del trabajo aumentaron en un 20 %, lo que superaba ampliamente los estándares de la industria petrolera. Si los hombres en ambientes laborales hipermasculinizados (como los de las plataformas petrolíferas) pueden dejar a un lado su machismo y mejorar su rendimiento, cualquier otra empresa podría hacer lo mismo. Como podemos comprobar con este ejemplo, aplicar la perspectiva de género en el espacio de trabajo y contribuir a transformar la cultura organizativa y productiva machista redundan en beneficios evidentes, tanto para los propios trabajadores como para las empresas. Por lo que ya va siendo hora de que nos pongamos manos a la obra, en clave de género, también en el mundo laboral.

EL CONSUMO DE DROGAS

El alcohol, como referencia de una droga considerada legal en nuestras sociedades, es un buen ejemplo de consumo diferencial entre mujeres y hombres. En España, prácticamente en todos los tramos de edad los hombres aparecen como los principales consumidores de alcohol. Según distintos informes, las mujeres son consumidoras menos habituales e ingieren menores cantidades.

Respecto al consumo de drogas ilícitas, la constante sigue siendo que quienes más problemas tienen con su abuso son los hombres. En el caso del cannabis, la media de consumo masculino casi duplica la del femenino, y en el de otro tipo de drogas, los hombres se sitúan en un 4,4 %, mientras que las mujeres lo hacen en un 1 %. En el País Vasco, a modo de ejemplo, en lo que al

policonsumo problemático se refiere, el de los varones multiplica por cuatro el que se registra en las mujeres, lo que vendría a representar un 72,4 % para los hombres y un 27,6 % para ellas.

Las mujeres optan más por otro tipo de sustancias y drogas legales de efecto tranquilizante, como los psicofármacos, mientras que el consumo mayoritario de los hombres se asocia a drogas que potencian actitudes más agresivas.

A modo de conclusión, el consumo de drogas tiene un claro sesgo de género. Las mujeres consumen más en dos únicos supuestos: el del tabaco y el de los psicofármacos.

A nivel mundial, durante el 2014, el número de muertes relacionadas con las drogas se calculó en alrededor de 207.400 personas. En España, del total de personas fallecidas por el consumo de sustancias psicoactivas a lo largo del 2014, un 82,6 % eran hombres y un 17,4 %, mujeres. Por tanto, el sesgo de género inclina de nuevo la balanza tóxica hacia los hombres, que son quienes tienen unos consumos más elevados y problemáticos.

Según datos de la agencia UNODC, los costes directos e indirectos asociados a las drogodependencias se estima que fluctúan entre el 0,07 y el 1,7 % del PIB de los países examinados.

LA CRIMINALIDAD

A excepción de los delitos vinculados con la violencia sexual o la violencia de género, los varones suelen ser las víctimas más frecuentes de la criminalidad, especialmente en lo que se refiere a los homicidios y las lesiones.

A nivel global, los hombres son responsables de la comisión de la inmensa mayoría de los delitos (más concretamente, del 93 %, frente al 7 % de las mujeres).

Los costes sociales derivados de una carrera criminal pueden rondar los 200.000 euros, lo que significa que sería más económico cursar estudios en las universidades más exclusivas del mundo.

La transgresión de la norma y la criminalidad son unas de las expresiones más estrechamente relacionadas con los roles y prácticas asociadas a las masculinidades hegemónicas tóxicas.

LOS HOMBRES Y LAS EMOCIONES

A pesar de la importancia que las competencias emocionales tienen para el éxito en distintos ámbitos de la vida y la sociedad, estas guardan una relación directa con los roles de género, que nos limitan y condicionan también en el ámbito emocional (y de una forma diferenciada a los hombres y a las mujeres). Un elemento crucial en estas dinámicas es la relación de la dicotomía feminidad-masculinidad con la dicotomía emocionalidad-racionalidad, presente históricamente tanto en la teoría científica como en la cultura popular.

Esta relación dicotómica contribuye a considerar de forma generalizada que las mujeres son «buenas» en el trabajo emocional y que poseen de forma natural una serie de características o rasgos que las vinculan inevitablemente con lo emocional y el cuidado; mientras que los hombres

serían «malos» en la gestión de las emociones y sus rasgos naturales se asociarían más al desarrollo de la razón y a la represión emocional.

En las investigaciones específicas sobre emociones realizadas desde una perspectiva de género se ha encontrado que las mujeres son más propensas a expresar emociones positivas que los hombres. En coherencia con este planteamiento, se ha mostrado que las mujeres experimentan emociones positivas —entre las que se incluyen la alegría, la felicidad, el amor, el afecto, la calidez y sentimientos de bienestar— de forma más intensa y más frecuente. En los hombres, por el contrario, el efecto diferiría. Los estereotipos de género prescriben para los hombres un desarrollo emocional muy limitado, y eso dificulta el desarrollo de las competencias emocionales que implican atención hacia otras personas.

Conviene volver a aclarar que, aunque en términos generales los hombres somos menos propensos a desarrollar rasgos de identidad emocionales, la identificación con los rasgos expresivos no está en absoluto determinada por el sexo biológico de la persona, sino que depende de una compleja interacción de factores personales, sociales y experienciales. Una implicación directa de esta realidad es que tanto los hombres como las mujeres pueden comportarse de manera marcadamente «masculina» o «femenina» en el ámbito emocional, siempre y cuando el contexto en el que actúan se encuentre definido con base en esas características culturalmente diseñadas.

No hay que olvidar que la masculinidad hegemónica clásica se distingue por su hermetismo expresivo y emocional. Os voy a poner un ejemplo para que veáis mejor cómo solemos funcionar en los ámbitos de la regulación de los conflictos, el diálogo en la pareja y la gestión emocional.

Imaginad una pareja heterosexual cualquiera, probablemente con años de relación e incluso criaturas. María está preocupada por su pareja, Pedro, porque en las últimas semanas se muestra especialmente huraño, triste, lejano. Pero no habla de ello. Un día, ella decide crear un espacio de comunicación amable para saber qué le pasa, así que le pide a Pedro que se siente en el sofá y le dice: «Cariño, tenemos que hablar... ¿Qué te pasa?». ¿Cuál será la respuesta de Pedro? Efectivamente, aunque no conozcas ni a María ni a Pedro, lo sabes: «Nada». Puede que Pedro se esté enfrentando a un ERE en su trabajo, o que sospeche que pueda estar enfermo, o preocupado por su hija, su padre o un amigo, pero nuestro limitado emocionario masculino no nos permite traducir todo aquello que estamos sintiendo, ni tampoco nombrarlo ni problematizarlo. Sin nombre no hay acción, ni hoja de ruta, ni diálogo posible ni, menos aún, una solución a lo que nos está ocurriendo.

El miedo es una emoción individual, pero profundamente contagiosa y clave en la construcción de los emocionarios masculinos. Es la emoción política más potente, necesaria para la supervivencia, pero imprescindible para la perpetuación del control social, como explicó Maquiavelo en *El príncipe*. Como todos los sentimientos, el miedo cuenta con una «estructura narrativa» propia, y el 98 % de los miedos que nos atenazan y acompañan van mucho más allá de los asociados a la mera supervivencia: son el resultado de las historias de temor que hemos aprendido e interiorizado. Como señala Antonio Marina en su *Anatomía del miedo*: «El miedo corrompe y debe ser tratado como un corruptor. Corrompe las relaciones, los sentimientos, las situaciones, la integridad, el yo. Por eso el miedo se expande como una enfermedad».

Según investigaciones realizadas en Estados Unidos, uno de cada tres hombres

norteamericanos confiesa sentirse solo. Los hombres solteros son los que más sienten la soledad; curiosamente, en cambio, son las mujeres casadas quienes más la acusan más (por encima de las solteras), por lo que parecería que muchos hombres no son una buena compañía, ni para ellos mismos ni para sus parejas. Pero ¿cómo se logra que creemos masculinidades emocionalmente distantes?

La construcción hiperbólica y desigual de las identidades masculinas produce una disonancia cognitiva emocional en los hombres. Hay muchas investigaciones al respecto, aunque en mi caso lo he podido vivir en primera persona. En distintas ocasiones, sobre todo en aquellas con un gran componente emocional, soy consciente de que yo mismo he podido generar relaciones desiguales y tóxicas desde mis limitaciones emocionales. La incapacidad emocional no justifica nuestros actos, pero facilita la falta de conciencia de las consecuencias de lo que, en ocasiones, hacemos los hombres. La vivencia e interiorización de los privilegios masculinos invisibilizados provocan incapacidad emocional, así como que experimentemos la libertad personal como un espacio propio inviolable, mientras que a nuestro alrededor exigimos compromiso y lealtad. Varias mujeres importantes en mi vida me hicieron pensar y cuestionar mi manera de autorreferenciarme como un hombre justo, mientras algunos de mis actos no lo eran, y algunas de ellas me han repetido en distintas ocasiones una misma frase: «¿Quién te has creído que eres?».

BUENAS NOTICIAS Y LUCES FEMINISTAS

La perspectiva de género, los estudios feministas y la investigación para la paz han puesto luz (y mucha) al complejo sistema de socialización (aquello que aprendemos imitando), a la tecnología relacional (lo que hacemos cuando convivimos), a los radicales y constantes estereotipos (aquellos que se asignan a cada persona por nacer con vagina o pene) y a la inmensa maquinaria simbólica (todo lo que percibimos y sentimos) que hacen posibles las violencias masculinas. Y lo más apasionante y perverso es que todo lo anteriormente expuesto se aplica inexorablemente en una biografía concreta, en un cuerpo (el del hombre), para que una ideología y su narrativa (el machismo) lleguen a habitarlo y construirlo con espantosa naturalidad. Este cuerpo de hombre, tan inconsciente como infeliz, copado por emociones distróficas, en un momento dado va a utilizar la violencia para hacer frente a un conflicto o, simplemente, para controlar una situación o imponer su criterio en una relación, porque se siente no solo legitimado, sino preparado y entrenado para hacerlo. La violencia sexista no es locura ni delirio, sino eficacia en la reproducción de un modelo de socialización machista y androcéntrico.

La buena noticia es que cada uno de nosotros podemos convertirnos en creadores de paces siendo catalizadores, embajadores, referenciadores y practicantes de otro modelo de masculinidad, como cada día hacen en España cientos de miles de hombres buenos que conviven con mujeres libres. Como plantea María Antonia Caro, la violencia contra las mujeres es un problema profundo que cuenta con avales sociales significativos, que afecta a la democracia y en el que es fundamental intervenir: no habrá salida a la violencia sexista si no hay participación ciudadana.

LOS HOMBRES Y EL PODER

Cuando hablamos del poder en los hombres, no hablamos únicamente del entramado simbólico que lo hace posible y de la red de relaciones en las que se ensaya, sino que nos estamos refiriendo también a sus consecuencias más palpables. Según un informe de la organización Oxfam, en el año 2013, las 85 personas más ricas del mundo tenían los mismos recursos que los 3.500 millones de personas más pobres. De esas 85 personas, 84 son hombres.

En unas sociedades jerarquizadas, la asignación simbólica del poder a la clase dominante es fundamental para mantener el orden establecido. El poder masculino se ha caracterizado por ser un «poder sobre», entendido como la capacidad de control sobre algo o alguien en el que el incremento de poder de una de las partes conlleva la pérdida de poder de la otra. El «poder sobre» refleja modelos de relación desequilibrados en las dimensiones interpersonal, grupal, comunitaria, institucional, organizacional, etc. Esta forma de poder patriarcal, lejos de desaparecer, ha ido readaptándose a las transformaciones sociales, limitando sus formas más visibles y potenciando y redefiniendo las formas ocultas o invisibles de poder que subyacen en la cultura, los discursos, los imaginarios, etc., y que, por eso mismo, resultan tan difíciles de abordar.

El tránsito de los hombres hacia posiciones y prácticas más igualitarias supone necesariamente una pérdida de nuestros dividendos, privilegios patriarcales y, en definitiva, de poder hegemónico. La buena noticia reside en que una forma democrática de entender y practicar el poder conlleva un crecimiento fenomenal de las posibilidades de encontrar soluciones más adecuadas, ricas en matices y definidas en clave colaborativa a los problemas específicos que nos afectan en esta era. Las nuevas fórmulas de ejercitar el poder definidas en clave de género son inclusivas por definición, ya que permiten incorporar todo el potencial humano disponible y las convierte en espacios de equidad y coherentes entre fines y medios.

El poder, como capacidad de acción para la transformación, también puede ser definido en clave positiva, feminista y transformadora, trascendiendo acepciones clásicas como las del dominio o la fuerza. La trabajadora social y antropóloga Eburne Aranguren reflexiona en su tesis doctoral «Virtudes de paz en el trabajo social» sobre las distintas formas emancipadoras de entender el poder:

[La promoción del] poder interior supone el autoconocimiento, autoestima, autorrealización y conciencia crítica de las personas en una relación de respeto con las demás, y está relacionada con la dignidad, la justicia social y el bien común. Ayuda a reafirmar el valor propio/personal y reconocer su poder con y para. Empoderarse para actuar y cambiar el mundo afrontando las ideologías hegemónicas. El poder interior está relacionado con la esperanza y supone la búsqueda humana común por la dignidad y la satisfacción.

La clave de este poder no estaría solo en su dimensión individual, sino en su capacidad de generar acuerdos colectivos en el ámbito público.

El «poder con» supone encontrar espacios comunes para construir la fuerza colectiva. Los

grupos de incidencia buscan la promoción de redes y alianzas. Se basa en el apoyo mutuo, la solidaridad y la colaboración, así como en el respeto a la diferencia. Reconcilia los talentos individuales y colectivos reconociendo abiertamente los conflictos y buscando su transformación.

El «poder para» se refiere al poder de cada quien para transformar su vida y su mundo. Al asentarse sobre el apoyo mutuo, la autoestima y la solidaridad, abre las posibilidades para las acciones colectivas o el «poder con». Para que los esfuerzos obtengan incidencia tienen que abordar y nutrir el poder de la gente para actuar. Se refiere al potencial que posee cada persona para transformar su vida y el mundo, basándose en la formación, la capacitación y el desarrollo de liderazgo para la justicia social.

En la era del feminismo, desde una perspectiva feminista, podemos reconceptualizar el poder como una estrategia colectiva, inclusiva y facilitadora de pactos de convivencia y para la resolución de los conflictos, así como una fórmula para garantizar el acceso a los espacios de decisión colectiva de las mujeres.

INVESTIGANDO LAS NORMAS PARA TRANSFORMAR A LOS HOMBRES

El plan internacional IMAGES es un proyecto multipaís liderado por Promundo y el International Center for Research on Women (ICRW) que tiene como objetivo principal recoger evidencia científica y contribuir al desarrollo de políticas y programas sociales para avanzar hacia la equidad de género, involucrando a los hombres en temas como la prevención y eliminación de la violencia, la paternidad y el cuidado de las hijas e hijos, la salud sexual y reproductiva, la salud de las mujeres y los hombres o el fin de la homofobia, entre otros. Se busca ofrecer recursos a las personas responsables de diseñar las políticas públicas y a quienes toman las decisiones para involucrar a los hombres en la lucha por la igualdad.

El proyecto IMAGES es el mayor estudio sobre los hombres y la igualdad de género que se ha realizado hasta el momento, en el que se recogen datos de 34 países de todo el mundo a través de más de 49.000 entrevistas realizadas a hombres y 8.000, a mujeres.

Según se desprende de la aplicación de IMAGES de la Escala GEM (por Gender Equitable Men Scale) a nivel global, la igualdad como práctica, pero también como referencia identitaria en los hombres, compartir los trabajos domésticos de forma equilibrada o identificarse más o menos con la igualdad o el feminismo son factores de prevención o de riesgo: a mayor equidad, más prevención, y a menor equidad, más riesgo.

Está empíricamente demostrado que aquellos hombres con actitudes menos equitativas tienen una mayor probabilidad de hacer uso de la violencia contra la pareja, tener una menor participación en los cuidados o atender menos la propia salud y ser, generalmente, menos felices. Por otro lado, estos hombres más machistas tienen muchas más posibilidades de abusar del alcohol y otras sustancias, se muestran más deprimidos (aunque les cueste reconocerlo e incluso identificarlo) y son más proclives a sufrir accidentes o cometer delitos.

Otra conclusión que se extrae de IMAGES es que, así como la violencia genera violencia en los hombres, el cuidado genera cuidado y relaciones pacíficas y más equitativas. Está demostrado

que aquellos hombres que cuidaron a sus hermanos o que tuvieron un padre que también participaba en los cuidados tienen menos posibilidades de desarrollar actitudes tóxicas o de usar la violencia. Por otro lado, en las unidades de convivencia en las que los varones trabajan menos horas fuera de casa, cogieron la licencia parental y tienen valores y prácticas más igualitarias, la prevalencia de la violencia machista e intrafamiliar es menor. También el hecho de que el hombre no haya sido expuesto a la violencia y el de que la pareja tenga un empleo remunerado son factores de prevención.

Según las conclusiones de la aplicación de IMAGES, las consecuencias de la inequidad en los hombres serían:

Hombres menos equitativos	Hombres más equitativos
Más uso de violencia contra la pareja.	Menor perpetración de violencia contra la pareja, las hijas e hijos.
Menos participación en el cuidado.	Más participación en los trabajos domésticos.
Menor probabilidad de cuidar su propia salud.	Más participación en el cuidado diario de las niñas y niños.
Más probabilidades de abuso de alcohol y drogas.	Mayor satisfacción con la vida sexual.
Mayor índice de depresión y problemas mentales.	Mayor cuidado de la propia salud.
Más probabilidad de cometer delitos.	Menor probabilidad de sufrir o provocar accidentes y de cometer delitos.
Menor felicidad (generalmente).	Mayor felicidad.

CUERPOS PARA LA GUERRA

El historiador Eric Hobsbawm, uno de los intelectuales más brillantes de la segunda mitad del siglo XX, definió este momento histórico como la «época más terrible de la civilización occidental». Isaiah Berlin lo recuerda como «el siglo más terrible de la historia occidental». El antropólogo Julio Caro Baroja hablaba de «los terribles acontecimientos que ha vivido la humanidad». Para el ecologista francés René Dumont, «es simplemente un siglo de matanzas y guerras», mientras que el premio Nobel William Golding no podía dejar de pensar que «el siglo XX ha sido el más violento de la historia humana»... Y los indiscutibles protagonistas de esta historia, como víctimas y victimarios, fueron los hombres.

Hay relatos de la Primera Guerra Mundial que hielan literalmente la sangre, como los de las batallas del Somme y la de Verdún, que no enfrentaban a extraños, sino a «hermanos» europeos — alemanes, franceses, ingleses...— de piel blanca y Biblia en mano.

El historiador militar John Keegan optó por centrarse en la experiencia vital de aquellos que durante mucho tiempo fueron simples números para los historiadores: los soldados que arriesgaban la vida. Cuenta que, en solo 6 minutos, el ejército británico tuvo más de 20.000 bajas,

y cómo a pesar de ello los mandos militares no contemplaban la retirada porque «las pérdidas humanas abultadas eran un parámetro integrado en la doctrina militar de la época». Al final del día, 19.240 personas habían muerto, 2.152.000 habían desaparecido y 36.000 resultaron heridas. Un infierno en la tierra, diseñado desde la normalidad, la legalidad y la costumbre militar de las masculinidades hegemónicas de nuestros antepasados más recientes, que enfrentó a más de 1.200.000 jóvenes europeos. Fallecieron 420.000 británicos, 196.000 franceses y 650.000 alemanes. ¿Podemos llegar a imaginar una catástrofe humana similar? Visibilizar el terrible impacto que las masculinidades hegemónicas han tenido también en los cuerpos de los hombres es una de las grandes aportaciones de la perspectiva de género aplicada a la historia.

El siglo XX comenzó en 1914 y finalizó en 1989. Un lapso nefasto, especialmente para la cultura occidental, con millones de hombres muriendo o asesinando con una capacidad aniquiladora y una eficacia destructora jamás conocidas antes. No estamos hablando de la prehistoria, sino que fueron nuestros bisabuelos y abuelos los que morían y mataban, los que apretaban el gatillo y que después pasaban a morir despedazados por otro hombre que disparaba desde el otro lado de la trinchera: eran carne de cañón, vidas y cuerpos obligados a morir y matar. Y eso solo era posible desde el desprecio más absoluto a la dignidad y el valor de la vida de los propios hombres. Y si la vida de los herederos legítimos del patriarcado valía tan poco, no quiero ni imaginar lo que ocurriría con las mujeres, las niñas, los niños... La única lección positiva que creo poder rescatar de esta terrible parte de nuestra historia es que, en parte, es posible que hayamos aprendido la lección y que la vida de todas las personas, incluyendo a los hombres, puede llegar a tener el valor que merece. Si está en nuestra memoria, estará también en nuestras manos.

CUIDARSE, CUIDAR Y LA *CUIDADANÍA*

LOS CUIDADOS EN EL CENTRO

Existimos porque nos cuidaron, somos porque nos cuidan; si todo va bien y vivimos muchos años, para poder seguir existiendo con dignidad y sentido alguien tendrá que cuidarnos, y, por justicia, son muchas las personas a las que estamos obligados a cuidar. Pero, por encima de todo, una experiencia vital satisfactoria, aquella vida que merece la pena ser vivida, pasa por una redistribución equitativa y justa entre lo que las demás personas (sobre todo, las mujeres) hacen por nosotros a lo largo de nuestra vida, en la que la balanza de los cuidados recibidos y dados esté necesariamente equilibrada. Por tanto, proveer y recibir cuidados en contextos pacíficos es la clave de la existencia humana, a pesar de que la mirada violentológica dominante se haya empeñado en eclipsar esta máxima.

En esta necesaria interacción existencial, sin embargo, la mayoría de los hombres generamos déficit en la balanza de los cuidados (por supuesto, a nuestro favor o, lo que es lo mismo, en contra de las mujeres que nos rodean), porque recibimos más de los que damos. Pero este déficit transaccional no es abstracto, sino que se traduce en las horas de cuidado recibido en cada una de nuestras biografías personales.

Cuando hablamos de cuidados nos estamos refiriendo a la principal economía del planeta (esa que se ha apartado de los flujos del mercado, que no se estudia en la historia ni en las facultades de Economía y que no tiene valor de cambio), pero también al espacio fundamental de socialización y de relaciones humanas, en las que el altruismo y el amor son los ingredientes básicos del complejo sistema psicobiopolítico y emocional mediante el que nos relacionamos y construimos.

Sin lugar a dudas, los hombres estamos ante una deuda histórica de amor y cuidados. Aunque ya lo he señalado, creo que merece la pena subrayar que la distribución desigual de la producción de los cuidados limita y condiciona la vida de las mujeres (que no reciben tanto como aportan), al mismo tiempo que desconecta a los hombres de las emociones más profundas, lo que les hace perder una oportunidad óptima de contactar con la propia vulnerabilidad y el significado doliente y frágil de la existencia humana. Ser hombres cuidadores nos brinda la posibilidad única de

transformar identidades erráticas y desconectadas en el ámbito emocional en espacios fértiles para el desarrollo de la empatía, como renovado icono de masculinidad y señal inequívoca de la transformación del paradigma de ser hombre que estamos viviendo.

No siempre ha sido así. Especialmente durante el terrible siglo XX, los hombres hemos sido fundamentalmente proveedores de recursos materiales, y la abnegación y el trabajo han sido dos de las señas básicas en la construcción de las identidades masculinas. Si pensamos en nuestro padre, es muy probable que lo recordemos yendo y regresando del trabajo, y luego volviendo a trabajar en algo distinto para complementar el salario. Y esa es una forma de cuidado que es necesario honrar y reconocer, porque los recursos materiales son igualmente fundamentales para poder tener una buena vida. Ese modelo de hombre proveedor también es fruto de una construcción de género en un momento histórico, económico y cultural determinado.

MIENTRAS LA VIOLENCIA GENERA VIOLENCIA, LOS CUIDADOS GENERAN RELACIONES DE PAZ

Cuando es necesario documentar lo obvio, es que tenemos un problema. Después de más de 50.000 entrevistas en 36 países de todo el mundo, Promundo ha podido constatar que aquellos hombres que tienen menor probabilidad de ejercer la violencia contra sus parejas son aquellos que relatan haber cuidado a sus hermanos y hermanas, quienes tienen actitudes más equitativas, los que tuvieron un padre que participaba en los cuidados y aquellos que no fueron expuestos a la violencia.

LA RE-EVOLUCIÓN MASCULINA: ¿QUÉ PASA CON LOS HOMBRES QUE CUIDAN?

Aún hoy en día, incluso en las sociedades que consideramos más igualitarias, no es fácil encontrar un hombre cuya función, conviviendo en una pareja heterosexual, se centre en ser el cuidador principal. Y en los casos en que se da, la crisis y su impacto en el empleo masculino suele ser un factor determinante y de carácter temporal. De este tema encontramos poca literatura, ya que las representaciones sobre el papel de los hombres como cuidadores son escasas.

En uno de los pocos estudios que documentan la vida de los varones altamente involucrados en los cuidados realizado por Promundo y el ICRW, se cuentan las historias de 83 hombres de 5 países distintos cuya función principal era cuidar. Según las conclusiones de esta investigación, se trata de hombres convencidos de la igualdad y que se resisten a los modelos hegemónicos de masculinidad. Estos hombres sentían que eran pioneros en la práctica de ese nuevo modelo masculino y destacaban una importante falta de referencia de hombres cuidadores en sus vidas, lo que les hacía estar altamente confusos en el ejercicio de su nuevo rol, particularmente cuando tenían que ejercerlo por la falta de empleo, frente a su compañera o pareja como proveedora económica principal. Estos hombres relataron, a través de sus historias de vida, que padecían altos niveles de aislamiento e incluso de depresión —narración que se parece enormemente a la que hizo Betty Friedan de las mujeres norteamericanas de mediados del siglo pasado cuando se

refería a la conciliación del trabajo y la familia como un factor de salud mental de las mujeres—, por lo que el cambio de roles afecta también a los hombres que los ejercen.

EL DÉFICIT Y LA DEUDA HISTÓRICA: DEJAR DE SER CRONÓFAGOS

La prueba del algodón para saber si somos hombres igualitarios es la medición honesta y verificable de los usos del tiempo. Mientras los hombres no organicemos nuestras vidas para asumir el 50 % del trabajo reproductivo y de cuidados no remunerado, no seremos hombres justos ni, menos aún, igualitarios. De hecho, la *excusología* es una de las ciencias que mejor desarrolladas tenemos los hombres: «Me gustaría, pero no tengo tiempo», «A ella le gusta hacerlo», «Me riñe si lo hago mal», «Se le da mucho mejor que a mí», «Trabajo muchas horas», «No puedo dejar el trabajo porque yo gano más», «Cari, a ti se te da mucho mejor», «Tenemos repartidas las tareas, por lo que yo cuelgo los cuadros, limpio el coche y ella hace lo demás» o, por encima de todo, el escaqueo más sutil y el *lalalá*. (Aquí me imagino a mí mismo silbando mientras me escaqueo sutilmente de alguna tarea.)

Señores, nos han cuidado más. Los hombres tenemos una evidente deuda histórica con los cuidados y, como toda deuda legítima, tenemos que hacer lo posible por devolverla, cada uno evaluando su propio déficit, pero todos y cada uno de nosotros asumiendo de forma equitativa y corresponsable la parte que nos toca.

A pesar de los cambios que se han producido en nuestras sociedades en las últimas décadas, tal y como podemos comprobar en todas las investigaciones realizadas hasta el momento, los usos del tiempo y la realización de los trabajos reproductivos y de cuidados siguen recayendo de forma mayoritaria en las mujeres. Como señala María Ángeles Durán con relación al tiempo y los cuidados: «El cuidado es un gran devorador de tiempo, que hasta ahora se ha concentrado en algunos grupos sociales».

Según distintos informes de la Comisión Europea, la diferente implicación de hombres y mujeres en los trabajos reproductivos y de cuidado sigue siendo significativa. A pesar de la persistencia de esta realidad, hay consenso en que el rol del hombre está cambiando como consecuencia de las transformaciones que se han producido en el contexto económico y social.

Como señala el estudio «Corresponsabilidad, valores y género» elaborado por Emakunde-Instituto Vasco de la Mujer en el año 2012: «El imaginario colectivo sobre el reparto de roles de género se nos presenta como un mosaico de viejos y nuevos valores, que a veces permanecen incluso yuxtapuestos o en conflicto». Mi mirada comparte esta visión cambiante, conflictiva y paradójica de cara a conocer e interpretar las dinámicas que se están dando dentro de las parejas en relación con la implicación de los hombres en los trabajos reproductivos y la corresponsabilidad, no solo en el ámbito teórico, sino también en el práctico.

Cuando se plantea como objetivo la corresponsabilidad en el cuidado, se está planteando expresamente que el cuidado, en sus múltiples dimensiones, sea repartido y compartido por todas las personas que conviven en los hogares y por las familias en su totalidad. Hasta ahora han sido las mujeres quienes mayoritariamente se han hecho cargo de estas responsabilidades, invirtiendo

sus conocimientos y esfuerzos en estas tareas. Por tanto, para Emakunde: «No se trata solo de compartir tareas, se trata de compartir y repartir responsabilidades, funciones o gestiones entre quienes forman parte de un proyecto de vida en común».

Según el informe del Eustat (el Instituto Vasco de Estadística), desglosando las actividades cotidianas desempeñadas en el ámbito de las tareas del hogar (preparar la comida, lavar, planchar, hacer la compra...), se observa que las mujeres siguen dedicando mucho más tiempo a la semana que los hombres a estas actividades (8 horas frente a 7). Pero una comparativa de los datos que analiza la evolución desde 1998 muestra que en estos últimos 15 años ha habido una tendencia a una mayor implicación de los hombres en estas actividades (de 1 hora a 7 horas). Según los datos de 2013, los hombres dedican más tiempo que las mujeres a las actividades de semicocio y a otros arreglos en el hogar, y las menores diferencias por género se producen en la realización de compras y de gestiones.

LA CUIDADANÍA

Si hay algo que me apasiona del lenguaje es que las palabras están vivas. Algunas caen en el olvido, otras permanecen por mucho tiempo aunque se modifique su significado originario, otras aparecen como por arte de magia o las hay que brotan y germinan con fuerza después de un largo proceso de cocción lenta. Cada fenómeno social emergente necesita un término propio, que le permitirá ocupar un lugar en la definición de significados nuevos, en busca de su palabra, la precisa, la perfecta, que los signifique. «*Cuidadanía*» es una de ellas. Y, aunque el corrector del ordenador se empeñe en convertirla en «ciudadanía», esta vez no se trata de un error, sino de una apuesta de semántica-política.

En el año 2005, la Confederación General del Trabajo (CGT) hizo, a través de un manifiesto (firmado por Carolina Junco, Amaia Pérez Orozco y Sira del Río), una defensa del término como elemento definitorio de un nuevo modelo ciudadano. Por su riqueza, quiero compartir algunos fragmentos:

- La *cuidadanía* como una forma de reivindicarnos sujetos en una sociedad que ponga la sostenibilidad de la vida en el centro, que se organice en torno a las necesidades de las personas, de todas, sin que sea posible excluir a ninguna.
- La *cuidadanía* como una idea que englobe el derecho a cuidarnos y a que nos cuiden. El derecho a cuidar en condiciones dignas y, por supuesto, a no cuidar. El derecho al tiempo. Poner la vida en el centro es afirmar nuestra íntima relación con el medioambiente y la necesidad de acabar con la idea de que la civilización es la dominación progresiva de la naturaleza.
- La *cuidadanía* pasa por una necesaria ruptura y transgresión de la división privado-público y la personal-social y por una nueva forma de reconocernos como sujetos responsables de una sociedad no jerárquica que apueste por poner la vida en el centro... como un proceso vivo.

La ciudadanía viene a reconocer el carácter relacional y altricial de la existencia humana, y pone fin a una noción clásica de ciudadanía centrada en el individualismo y la jerarquización. Como plantea Blanca Rodríguez, profesora de la Universidad de Sevilla:

El modelo de *ciudadanía* nos aproxima al individuo como un ser, no aislado, sino relacional. Su objeto de atención es el individuo como persona integrada en múltiples y complejas redes de relaciones, cada una de las cuales contribuye a definirnos, en sentidos diversos y a veces contradictorios.^[1]

8

EL TRABAJO YA NO ES COSA DE HOMBRES

El trabajo es la dignidad, la única dignidad posible.

F. SCOTT FITZGERALD

Los hombres no son realmente el enemigo, sino víctimas colaterales que sufren de una mística masculina anticuada que los hace sentir innecesarios e inadecuados cuando no hay osos para matar.

BETTY FRIEDAN

TRABAJO, LUEGO EXISTO

Según las Naciones Unidas, el trabajo es el medio por el que cualquier ser humano puede satisfacer sus necesidades básicas y afirmar su identidad, la forma en la que puede sustentar a su familia y vivir una existencia conforme a la dignidad humana. Aunque para los hombres significa mucho más.

Ha llovido mucho desde que, como se recoge en el Génesis 3, 19, Dios nos recordó — específicamente a los hombres— que tendríamos que ganar el pan con el sudor de nuestra frente «hasta que vuelvas a la tierra, de donde fuiste sacado». Y claro, si era el mismo Dios quien lo decía, no era baladí.

Que el trabajo ha sido siempre una preocupación central en la vida de los hombres no lo cuestiona nadie. En el modelo de masculinidad hegemónico, el concepto que un hombre pueda tener de sí mismo deriva fundamentalmente de su relación con el mundo del trabajo productivo y el empleo. Como señala Donald H. Bell en su libro *Ser varón, ser hombre* equivaldría a «ejercer el propio oficio y a ocupar el lugar que a uno le correspondiera en el seno de una comunidad laboral, una comunidad capaz de proporcionar a sus componentes no solo un medio de vida, sino también un papel en el mundo».

A pesar de los cambios que se han producido en los últimos años, el trabajo sigue siendo un elemento muy importante en las vidas de los hombres, no solo como una forma de lograr el

sustento familiar, sino también como un elemento clave en la identidad personal. Para los hombres, producir ha estado siempre íntimamente relacionado con ser en el mundo, con ocupar un lugar en la escala social, por lo que la pérdida del empleo supone mucho más que una circunstancia laboral determinada, y se convierte en una dolorosa pérdida de prestigio y de «derechos adquiridos» por el hecho de ser hombres. Según Bell:

[El hecho de] esperar en la cola de la oficina de empleo desposee a cualquiera del sentido de calificación y prioridad; si bien se trata de una lección sumamente incómoda de aprender, no es preciso subrayar que tiene su propia importancia. [...] En la cola de la oficina de empleo uno descubre rápidamente que todos somos iguales.

Asimismo, esta crisis puede ser una oportunidad para la transformación en los hombres. Tomando las palabras de Marina Garcés, «ser afectado es aprender a escuchar, acogiendo y transformándose, rompiendo algo de uno mismo».

La relación de los hombres con el trabajo también está en crisis. La incorporación masiva de las mujeres al espacio productivo, unida a la recesión económica que estamos viviendo (que es al mismo tiempo una crisis del trabajo tal y como lo conocemos), ha afectado de forma muy significativa a la construcción de las identidades masculinas de la posmodernidad.

Se calcula que, para el año 2050, uno de cada tres hombres norteamericanos en edad productiva estará desempleado. Este hecho está relacionado con que los nichos de empleo se estén concentrando cada vez más en el sector servicios y menos en el sector industrial, tradicionalmente muy masculinizado.

Para muchos hombres, su relación con el trabajo queda invisibilizada para ellos, al igual que ocurre con otros múltiples aspectos de la masculinidad hegemónica. Justamente por ese motivo, el desempleo suele ser una situación esclarecedora: nos encontramos frente al espejo y sentimos la carencia de algo considerado fundamental para ser quienes somos (pero de la que no nos habíamos percatado), y eso puede llegar a ser una oportunidad de crecimiento y transformación personal. Está demostrado que el impacto emocional que genera el desempleo en los hombres, junto con la posibilidad de que la pareja mantenga su trabajo, invierten el orden de la estructura patriarcal, generando una realidad contraestereotípica en las parejas heterosexuales, en la cual se alcanzan altos estándares de equidad en cuanto a los trabajos reproductivos y de cuidados se refiere. Las únicas parejas que de forma generalizada presentan estadísticas que reflejan una tendencia equitativa en el reparto de los trabajos reproductivos suelen ser las parejas del mismo sexo. Entre las parejas heterosexuales es muy difícil llegar a encontrar hombres contraestereotípicos que se encarguen principalmente de los cuidados. Parece que para lograr una verdadera equidad tenemos que estar laboralmente desocupados, mientras que nuestra pareja mantiene su empleo, ya que esa es la única circunstancia en la que los hombres aumentamos significativamente nuestra implicación en los cuidados. Para los hombres, por lo general la pérdida del empleo supone aprender a adaptarse a un nuevo rol masculino para el que generalmente no hemos sido preparados. Pero el principal problema estriba en tener que adaptarse a una imagen distinta de lo que significa ser hombre, adaptarse a una concepción diferente del éxito, la carrera; en definitiva, poder volver estar a gusto con unas circunstancias y desempeños no masculinos para los que, en muchas ocasiones, carecemos de referentes.

En una investigación que realicé junto a Leire Gartzia sobre la implicación de los padres en la crianza, llegamos a la conclusión de que en las parejas en que ambos tienen la misma dedicación laboral, tiende a incrementarse la carga de trabajo reproductivo en las mujeres y a reducirse la de los hombres.

QUEDA MUCHO CAMINO POR RECORRER PARA LOGRAR LA IGUALDAD REAL

A pesar de todos los cambios que estamos viviendo y de que para los hombres la crisis en el mundo del trabajo sea especialmente impactante, los varones seguimos ganando más que las mujeres en todos los países del mundo. En España, la brecha salarial se sitúa en el 23,25 %, por lo que una mujer, por hacer un trabajo del mismo valor que el de un hombre, percibiría 6.000 euros menos al año. Por otro lado, el poder económico masculino está íntimamente ligado al hecho de no contar con el mandato social del cuidado. De hecho, los hombres suponen menos del 7 % de las personas que reducen su jornada laboral o que cogen excedencias para cuidar a otras personas, con la ventaja competitiva que esto supone respecto a las mujeres.

Según la OIT, a pesar de los avances y las transformaciones que estamos viviendo, las mujeres y los hombres seguimos trabajando en sectores diferentes y lo hacemos también con responsabilidades o puestos de decisión distintos y desiguales. La mayor diferencia entre mujeres y hombres en datos absolutos y a nivel global se da en la construcción, donde se emplea a un 1 % de las mujeres frente al 11 % de los hombres; en la minería, con un 0,5 % de mujeres y un 2 % de hombres; o en el sector del transporte, con un 2 % de las mujeres y un 7 % de los hombres. En el sector servicios, por el contrario, las mujeres representan el 31 % de los empleos, frente al 16 % de los hombres. Mientras, los porcentajes se igualan en la agricultura, con un 27 % de mujeres empleadas y un 29 % de hombres, o en la industria manufacturera, con un 13 y un 12 %, respectivamente.

Según señala Markus Goldstein, economista del Banco Mundial, la segregación en los puestos de trabajo por razón de género es algo que se ve en todos los países del mundo, desde Suecia hasta Bangladés. Es muy significativo que, si bien casi todos los países del mundo declaran que no se debería discriminar a la mujer, esto es lo que ocurre invariablemente en la práctica, aunque en grados muy diferentes.

A modo de ejemplo de la continuidad de la supremacía masculina en multitud de espacios profesionales, las mujeres, apodadas «crossovers» (que cruzan fronteras de género) por los investigadores, tienen 3,5 veces más probabilidades de haber sido introducidas en su trabajo por un miembro masculino de la familia, y un 80 % más probabilidades que otras mujeres de haber contado con un modelo masculino.

Un buen ejemplo del camino que nos queda por recorrer para alcanzar una igualdad real lo encontramos en la brecha de género que sigue existiendo a la hora de elegir los estudios. En la Formación Profesional en España, las chicas suponen el 43,9 % del alumnado de grado medio y el 49,3 % del de grado superior, pero su presencia en muchas de las familias profesionales es muy escasa y está fuertemente sesgada por los estereotipos y expectativas de género. Así, existen

estudios donde las mujeres copan su matrícula, como Imagen Personal (94,2 % en grado medio y 96,3 % en el superior), Servicios Socioculturales y a la Comunidad (85,6 % y 90 %), Sanidad (75,2 % y 73,5 %) y Administración y Gestión (65 % y 66,8 %).

Este sesgo de género condiciona y limita también a los chicos. Los hombres acaparan los estudios de Instalación y Mantenimiento (98 % en grado medio y 82,1 % en el superior), Transporte y Mantenimiento de Vehículos (97,9 % y 96,7 %), Fabricación Mecánica (96,6 % y 91,5 %), Electricidad y Electrónica (96 % y 94,8 %), Informática y Comunicaciones (88,9 % y 85,6 %) y Actividades Físicas y Deportivas (80,3 % y 80 %).

Con este panorama marcado por el sexismo a la hora de elegir los estudios que determinarán los futuros desempeños profesionales de las chicas y los chicos, nos seguiremos perdiendo las capacidades de chicas que serían unas fabulosas mecánicas y de chicos que tendrían mucho que aportar en el ámbito humanista o de los cuidados. Poner en marcha medidas de acción positiva para contribuir a feminizar los estudios radicalmente masculinizados y masculinizar los feminizados se me antoja una buena opción.

VENTAJAS COMPETITIVAS Y ORGANIZACIONALES DE LA DESMASCULINIZACIÓN DE LAS EMPRESAS

No se trata únicamente de equilibrar la presencia de hombres y mujeres en los espacios profesionales (en todos ellos, incluidos los altamente feminizados), sino de hacer un giro epistemológico y organizacional que supere las consecuencias del sexismo también en el ámbito de las organizaciones y las empresas. «Desmasculinizar» suena sugerente y provocador. No es una idea elegida al azar, sino que se basa en la evidencia cada vez más extendida de que espacios más diversos e integradores (en cuanto al género, pero también en relación con otras diversidades) son más operativos, satisfactorios y eficaces: la equidad de género presenta innumerables ventajas, y muchas de ellas están aún pendientes de ser exploradas.

En su tesis doctoral, «Empresas del siglo XXI: De pensar en masculino a pensar en andrógino. Una propuesta innovadora sobre el valor del género en el funcionamiento organizacional», la investigadora Leire Gartzia plantea que, en el momento histórico en que nos encontramos, las empresas están inevitablemente forzadas a integrar el género en su funcionamiento. Además de la legislación en materia de igualdad, que empuja a las empresas a contratar mujeres y a garantizar la no discriminación, la crisis financiera global y las transformaciones socioeconómicas y tecnológicas ocurridas en las últimas décadas han dado lugar a que «recursos estereotípicamente femeninos tales como el reconocimiento de las emociones, la orientación interpersonal o los comportamientos colaborativos y de apoyo sean elementos esenciales para el funcionamiento organizacional». Para Gartzia, puede decirse que las competencias incluidas en los nuevos modelos de gestión son estereotípicamente femeninas (lo que significa que el contenido de muchas de dichas competencias coincide con los estereotipos de género que en nuestra sociedad se atribuyen a las mujeres). La hipótesis que plantea Gartzia es que la predominancia de valores estereotípicamente masculinos en las empresas y, en especial, en los ámbitos de gestión tiene consecuencias negativas para el correcto funcionamiento organizacional, por lo que se plantea

como necesario «acabar con los estereotipos de género como condición esencial del desarrollo individual, grupal y organizativo». De este modo, el modelo masculino de gestión empresarial no solo sería negativo para la igualdad de género en sí misma, sino también para la propia organización y los resultados empresariales.

Sin embargo, según señala Raewyn Connell y recuerdan también otros autores, como Jeff Hearn, «debido a que el ámbito laboral está dominado principalmente por hombres y constituye uno de los contextos en los que la masculinidad se reafirma en mayor medida», este es, por tanto, menos flexible a las transformaciones.

En la actualidad, las empresas requieren de trabajadores y trabajadoras que sean capaces de atender las emociones de los demás, de mostrar empatía, comprensión y habilidades de comunicación o, lo que es lo mismo, de desarrollar competencias expresivas, que son rasgos asociados estereotípicamente a lo femenino. Frente a este hecho, las definiciones de liderazgo en clave masculina hacen especial hincapié en la competición, la jerarquía y el control emocional.

Gartzia plantea superar los modelos de gestión estereotipados desde una concepción sexista del ámbito laboral y empresarial partiendo de la perspectiva superadora e integradora que supondría un modelo andrógino. El paso de modelos de gestión estereotípicamente masculinos a nuevos modelos en los que se integran características estereotípicamente femeninas no implica decir que debemos evolucionar de un modelo de gestión «masculino» a un nuevo modelo de gestión «femenino» o dominado por mujeres.

Desde una perspectiva de género, la androginia sería la capacidad de integrar rasgos y comportamientos estereotípicamente masculinos y estereotípicamente femeninos, es decir, aunar, potenciar e imbricar aquellos rasgos que históricamente han sido considerados como propios de los hombres (o utilitaristas) con los que lo han sido de las mujeres (o expresivos). La integración de ambos, tanto en las identidades personales como en la cultura del trabajo, mejora los resultados y la productividad, así como la satisfacción de las personas que los desempeñan. Y, por otro lado, la incorporación de las competencias expresivas en cualquier ámbito (o «feminizarlo») supone un incremento probado del desarrollo de la inteligencia emocional.

En conclusión, según Gartzia:

[El desarrollo de identidades más andróginas] podría tener importantes aplicaciones en el ámbito laboral, ya que podría ayudar a facilitar el cambio hacia nuevos modelos de organización en los que la incorporación de dimensiones socioemocionales y afectivas sea una importante herramienta para la innovación y para la optimización del rendimiento.

9

LOS HOMBRES Y EL FEMINISMO: ¿UNA RELACIÓN EXTRAÑA?

No deberíamos tener miedo de la palabra «feminista». Los hombres y las mujeres deberían usarla para definirse.

JUSTIN TRUDEAU, primer ministro de Canadá

Hay un principio bueno que creó el orden, la luz y el hombre, y un principio malo que creó el caos, las tinieblas y la mujer.

PITÁGORAS DE SAMOS, s. IV a. C.

HOMBRES Y FEMINISMOS

Tomando prestadas las cuidadas palabras del poeta Luis García Montero, el feminismo no puede ser patrimonio de nadie porque se trata de «un compromiso colectivo. Si la justicia social fija su primera aspiración en el valor de la igualdad, resulta lógico que la lucha contra las desigualdades sociales entre hombres y mujeres sea un capítulo central en la vinculación cívica». Vinculación que se produce necesariamente de forma sistémica y relacional en el espacio donde se establecen las relaciones, donde tanto mujeres como hombres somos contingentes, sujetos que crean, reproducen o transforman la realidad, con parcelas tanto individuales como colectivas de responsabilidad y potencia.

Como señala Luis Abenza en el blog Politikon, «el feminismo no debería ser una cosa de mujeres porque todos tenemos derecho, y diría que la obligación, de aspirar a vivir en una sociedad decente». Comparto plenamente esa idea: la igualdad es decencia y debemos contribuir a hacer de la desigualdad, a todos los niveles, algo indecente, incómodo e insoportable. Estamos hablando de un problema de humanidad, de las posibilidades de desarrollo humano y de un modelo de sociedad, y no solo de una cuestión de desequilibrio entre hombres y mujeres, aunque superar ese desequilibrio sea el camino para lograr los cambios sociales y políticos que requiere la entrada plena en el siglo XXI.

La escritora, feminista y admirada amiga Itziar Ziga nos recuerda lo siguiente:

En nuestros siglos de andadura, las feministas hemos ido encontrando y convenciendo a hombres aliados. Tampoco ninguna mujer nace feminista, ni siquiera nace mujer. Reconocer que existen hombres que deciden no ser machos no significa negar que otros sí decidan serlo y quedarnos indefensas ante ellos. Al contrario. Evita que apuntalemos las ruedas de nuestro empoderamiento. Y lo personal no solo es político, es también comunitario... Pero mostrar solo el machismo, hiperbolizar esa cosa rara que llaman ahora «micromachismos», magnifica el terror sexual al que fuimos destinadas.

Coral Herrera Gómez ha reflexionado y abierto debates apasionantes sobre el tema de la relación de los hombres con el feminismo, y afirma que «los hombres tienen que ponerse a la tarea, es muy urgente despatriarcalizar y transformar las masculinidades». También señala:

La lucha feminista quiere acabar con el patriarcado, no con los hombres. No perdamos más tiempo en alimentar la guerra de los sexos discutiendo sobre lo malas que son las mujeres o sobre si son peores los hombres. No es una pelea de un grupo contra otro ni un concurso para ver quién tiene más puntos. Las feministas no odiamos a los hombres ni a las mujeres machistas: lo que queremos es acabar con el machismo. [...] El feminismo trabaja para construir un mundo más pacífico, igualitario y amoroso.

Comparto plenamente con ella que «los hombres también vivirían mejor sin machismo, y algunos lo saben, por eso hay hombres feministas que también se despatriarcalizan individual y colectivamente».

Para Rebecca Solnit, es necesario visibilizar la masculinidad y cómo esta se transmite a los niños. Afirma que no solo existen aquellos hombres que les «explican cosas» a las mujeres desde una falsa idea de superioridad:

Hay hombres encantadores y maravillosos ahí fuera, y una de las cosas que brinda esperanza en este asalto en la guerra en curso contra las mujeres es haber visto a hombres que lo entienden, que piensan que también es su problema, que están a nuestro lado y con nosotras, en el día a día, en la red, y en las marchas de este invierno de Nueva Delhi a San Francisco... Cada vez más hombres se transforman en buenos aliados, y siempre ha habido aliados entre ellos. [...] Hay muchos hombres trabajando para diseñar nuevas ideas e ideales sobre la masculinidad y el poder.

Bill Nighy, el veterano actor inglés de teatro, cine y televisión, ante la pregunta «¿Debe ser un caballero en cierto modo feminista?», respondió de forma brillante y comprometida:

¡Sí! Precisamente, esa es la esencia de lo que yo llamo un caballero. Es más: solo hay una forma de serlo, y es siendo feminista. Lo demás es una contradicción en los términos. No existe algo parecido a un caballero machista, no es posible. La igualdad de género no es una opción, sino la única versión deseable de la sociedad. Un mundo sin igualdad de sexos es un mundo medieval. A lo largo de la historia los hombres han intentado dominar a las mujeres hasta el punto de atemorizarlas y explotarlas. Y, claro, eso no es precisamente caballeroso; es criminal además de un grave error.

¡Grande, Billy!

LOS HOMBRES TIENEN SU LUGAR EN LA LUCHA POR LA IGUALDAD, Y NO LO DIGO YO

La primera vez en que se reflexiona y debate a escala intergubernamental la cuestión del papel que desempeñan los hombres y los niños en el fomento de la igualdad es durante la reunión de personas expertas de la División para el Adelanto de la Mujer de las Naciones Unidas que se celebra en Brasilia en 2003, y no es hasta 2004, en el 48.º período de sesiones de la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer de Naciones Unidas celebrado en Nueva York, cuando se llega a unas conclusiones convenidas internacionalmente sobre el papel de los hombres y los niños en el logro de la igualdad de sexos. El secretario general de las Naciones Unidas publicó un informe en el que se describía la lucha por la igualdad de género como «una responsabilidad de la sociedad que afecta y debe comprometer plenamente tanto a los hombres como a las mujeres, y que, para ello, se necesita la colaboración entre unas y otros».

La Comisión instaba a los Gobiernos a que adoptasen, entre otras, las siguientes medidas:

- Elaborar programas para aumentar la capacidad de los hombres para educar a sus hijos e hijas de manera orientada hacia la igualdad de sexos.
- Alentar a los hombres, mediante la capacitación y la educación, a que participen plenamente de los cuidados y el apoyo a otras personas, incluso las personas de edad, con discapacidades y enfermas, y, en particular, a los niños y niñas y otros miembros de la familia a su cargo.
- Elaborar campañas de información pública sobre el papel de los hombres en la promoción de la igualdad.
- Alentar a los hombres y a los niños a que tomen parte activa en la prevención y eliminación de todas las formas de violencia, en especial, de la violencia por razón de sexo, incluida la trata para la explotación sexual, así como considerar la adopción de medidas encaminadas a eliminar la demanda de mujeres y niñas objeto de esta trata.
- Estimular y apoyar a los hombres que ocupen puestos de liderazgo para que brinden un modelo positivo sobre la igualdad de mujeres y hombres.

Las conclusiones de la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer de las Naciones Unidas de 2004 se consideran el primer documento internacional de políticas que trata sistemáticamente a los hombres y a los niños como agentes en el proceso para lograr la igualdad de género. Allí se reconoce explícitamente que estos pueden hacer (y que, de hecho, hacen) contribuciones a la igualdad de género en todas las esferas de la sociedad.

En la Conferencia Mundial sobre la Mujer en Beijing del año 1995 se proponía «alentar a los hombres a que participen plenamente en todas las acciones encaminadas a garantizar la igualdad de mujeres y hombres».

Por otro lado, en el ámbito de la Unión Europea, en la sesión número 2767 del Consejo sobre Empleo, Política Social, Sanidad y Personas Consumidoras, celebrada en Bruselas en 2006, se adoptaron una serie de conclusiones sobre los hombres y la igualdad de sexos. Entre otros posicionamientos, el Consejo reconoce que todavía no se han estudiado en su totalidad las cuestiones relacionadas con los hombres y la igualdad de sexos, y que este tema debe ir más allá

de la conciliación entre la vida profesional y la privada, e insta a los Estados miembros a que refuercen las estructuras institucionales para que se fomente la igualdad de mujeres y hombres, tanto en el sector público como en el privado, y se apoye también la participación de los hombres en el fomento y la consecución de dicha igualdad.

Más recientemente, en el Convenio del Consejo de Europa sobre prevención y lucha contra la violencia hacia las mujeres y la violencia doméstica, más conocido como Convenio de Estambul, ratificado por el Gobierno de España y que entró en vigor el 1 de agosto de 2014, en el artículo 12.4 se especificaba que «las partes tomarán las medidas necesarias para animar a todos los miembros de la sociedad, en particular a los hombres y los niños, a contribuir activamente en la prevención de todas las formas de violencia contra las mujeres».

Como señala Bakea Alonso, a pesar de que las disposiciones generales son favorables a la incorporación de los hombres a las políticas de igualdad, en nuestro país apenas hemos comenzado a reflexionar acerca de la inclusión de los hombres en las políticas de igualdad como agentes de cambio, más allá de las políticas y programas destinados de forma específica a los hombres que ejercen violencia contra sus parejas o exparejas. En general, los planes de igualdad en España no mencionan de forma clara y directa a los hombres como receptores de disposiciones que podrían ayudar a avanzar hacia una igualdad real. Ni siquiera cuando se mencionan las necesarias medidas de sensibilización y concienciación acerca de la igualdad entre mujeres y hombres, se habla de los hombres como sujeto destinatario, sino de la población en general. Es más, en una ley tan importante como la Ley Orgánica de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género (2004), los hombres aparecemos únicamente como maltratadores o como profesionales (policías, jueces, médicos...). Si asumimos que la violencia contra las mujeres es fundamentalmente un problema de los hombres que sufren las mujeres, está claro que la ley falla y le faltan objetivos específicos para implicar a los hombres en la lucha por la igualdad y contra las violencias machistas.

No solo en España: también en la mayoría de los países del mundo son excepcionales las acciones, los programas y medidas específicas dirigidas a promover el cambio en los hombres hacia posiciones y prácticas más igualitarias y a incorporar a los hombres en la lucha por la igualdad de género y contra la violencia hacia las mujeres. Y ha llegado el momento de revertir esta situación.

Una de esas excepciones la encontramos en la Ley de Igualdad de Mujeres y Hombres del Gobierno vasco, que en su artículo 35 prevé que «las administraciones públicas vascas promoverán que los hombres se corresponsabilicen del trabajo doméstico», mientras que en el artículo 31.c se especifica la posibilidad de implementar medidas de acción positivas dirigidas específicamente a los hombres en lo que se refiere a «la promoción de la incorporación de los hombres al trabajo doméstico y de cuidado de las personas». Desde el año 2008, Emakunde-Instituto Vasco de la Mujer cuenta con un programa específico, Gizonduz, para promover la implicación de los hombres en pro de la igualdad de mujeres y hombres.

Aunque las mujeres han liderado secularmente las reivindicaciones a favor de la igualdad de mujeres y hombres, siempre ha habido hombres luchando junto a ellas y abriendo espacios para la igualdad. En 1848 se celebró en Estados Unidos la Convención de Seneca Falls, que fue la primera sobre los derechos de la mujer, organizada e impulsada por insignes feministas como Lucretia Mott y Elizabeth Cady Stanton.

Esta Declaración de Sentimientos, la primera acción colectiva en la que se consagraba la igualdad de derechos de las mujeres con relación a los hombres, fue firmada por 68 mujeres y 32 varones. Aunque en la convención solamente se esperaban mujeres, a los hombres no se les negó la entrada. Como resultado, 42 hombres, entre los que se encontraban Frederick Douglass, Samuel D. Tillman, Richard P. Hunt y James Mott, participaron en la asamblea, que contó con un total de 300 miembros. Se trata de un maravilloso ejemplo de un espacio liderado por mujeres en el que los hombres pactan y ocupan su espacio a favor de la igualdad. ¿Sería posible hoy en día reeditar un pacto tan bello y trascendental para la igualdad como este? ¿Qué lo posibilitaría? ¿O qué lo impediría? ¿Tendría alguna ventaja? ¿Qué podríamos lograr? ¿Qué tenemos que aportar los hombres a la igualdad? ¿Cuál es nuestro lugar? ¿Debe existir un espacio concreto en el feminismo y en la lucha por la igualdad definido por el sexo de quienes participan? Grandes cuestiones para apasionantes reflexiones...

Hay una idea muy potente que en los últimos tiempos está tomando una especial relevancia: la equidad de género necesita a los hombres y los hombres necesitamos la equidad de género. Esta idea de que los hombres son necesarios e incluso imprescindibles para lograr la equidad de género nos sitúa ante un escenario nuevo, en el que las estrategias y propuestas para lograr la igualdad real y efectiva de mujeres y hombres tienen que incluir al colectivo masculino como sujeto activo e implicado.

Solía decir un buen amigo que los hombres que nos interesamos en la lucha por la igualdad tenemos la tendencia a redescubrir el Mediterráneo una y otra vez. De hecho, suele ser muy común que, al referirnos al conjunto de hombres implicados en la lucha por la igualdad, hagamos referencia a las nuevas masculinidades.

Y esto no es nuevo. Como se refleja en El corto verano de la anarquía, en 1936, un amigo de Buenaventura Durruti intenta ridiculizarlo al encontrárselo con el delantal puesto en su casa. Durruti manifiesta:

Toma este ejemplo: cuando mi mujer va a trabajar, yo limpio la casa, hago las camas y preparo la comida. Además, baño a la niña y la visto. Si crees que un anarquista tiene que estar metido en un bar o en un café mientras su mujer trabaja, quiere decir que no has comprendido nada.

EL ACTIVISMO FEMINISTA TAMBIÉN ES COSA DE HOMBRES

No hay duda de que el feminismo también es cosa de hombres. Hoy en día nos encontramos a nivel global con que esta idea ha cristalizado en distintas iniciativas, programas y organizaciones que han comenzado a incorporar en su razón de ser y en sus estrategias la propuesta del trabajo con

hombres, con la perspectiva de género como un elemento transformador y beneficioso también para ellos.

Según Itziar Ziga, de todas las opresiones conocidas que están presentes en nuestras vidas, ninguna sería tan intestina como la patriarcal, porque «no existe otro sistema de opresión que mezcle tanto a los opresores con las oprimidas. [...] De ahí viene lo más terrible, pero también lo más esperanzador de este maldito sistema que sitúa a los hombres por encima de las mujeres en permanente convivencia». Por lo que, para Ziga, la incorporación de los varones al feminismo es una condición indispensable y una obligación ética y política de los hombres que pretenden ser justos. Veamos algunas de las experiencias que se están dando a nivel global, desde el protagonismo compartido de mujeres y hombres, para impulsar la transformación masculina.

EL FEMINISMO TAMBIÉN ES COSA DE HOMBRES (1): MENENGAGE

La existencia y creación de la red mundial y feminista de hombres a favor de la igualdad MenEngage, algo que hubiera sido impensable hace tan solo unos años, es la prueba de que algo muy profundo está cambiando en nuestras sociedades. Se trata de una red global de más de 700 asociaciones, ONG y hombres a título individual implicados en la defensa de la igualdad de mujeres y hombres con el objetivo de acabar con la discriminación y la violencia contra las mujeres en todo el mundo, trabajando directa o indirectamente con hombres, jóvenes y niños. Lo más novedoso de esta estrategia es que se trata de una iniciativa dirigida a la transformación de los hombres a favor de la igualdad, pero que está compuesta y coordinada tanto por hombres como por mujeres, lo que supone un claro ejemplo de pacto y alianza como símbolo vivo de las estrategias de lucha y transformación de la era del feminismo.

MenEngage plantea, como principio fundamental, la igualdad de género y el empoderamiento de las mujeres desde la creencia de que un mundo más igualitario es más democrático y nos beneficia a todas y a todos. Sugieren que, para lograr la igualdad, los hombres tenemos que ser parte de la solución, y que esta solo será posible si trabajamos juntos mujeres y hombres desde la idea de que, para que el mundo cambie, debemos cambiar también nuestras percepciones de la realidad.

EL FEMINISMO TAMBIÉN ES COSA DE HOMBRES (2): «MENCARE»

«MenCare» es una campaña mundial de paternidad activa protagonizada por mujeres y hombres, desarrollada desde postulados feministas y con perspectiva de género y que se realiza en más de 40 países de los cinco continentes. Su misión es promover la participación de los hombres como padres y cuidadores igualitarios y no violentos, con el fin de lograr el bienestar familiar, la igualdad de género y una mejor salud para las madres, las hijas e hijos y también los propios padres. El objetivo que se plantean es que los hombres sean aliados en el apoyo a la igualdad social y económica de las mujeres, sobre todo asumiendo una mayor responsabilidad en el

cuidado de las niñas y niños, así como en los trabajos reproductivos y de cuidados en general. Uno de los principios de esta estrategia global pasa por afirmar que la verdadera igualdad solo se alcanzará cuando los hombres asuman el 50 % de la atención infantil y el trabajo doméstico del mundo.

EL FEMINISMO TAMBIÉN ES COSA DE HOMBRES (3): «HEFORSHE»

No se trata solo de que los hombres se sumen a la causa de la igualdad liderada por las mujeres, sino de acompañarlas en el proceso de producir cambios concretos, sistemáticos y estructurales que equilibren la realidad económica, social y cultural de hombres y mujeres. Como señala Elizabeth Nyamayaro, de ONU Mujeres, se trata de solicitar modificaciones concretas en las vidas de cada hombre, pero también de que se sumen a generar cambios en otros ámbitos. Desde esta campaña de Naciones Unidas, plantean que los líderes masculinos se desenvuelvan en clave igualitaria y se conviertan en modelos a imitar por otros hombres. En Islandia, uno de cada 20 hombres es un «HeForShe», y a nivel global más de un millón de hombres se han sumado a la iniciativa. A modo de ejemplo de los logros de la campaña, una importante empresa hotelera francesa adherida, con más de 180.000 personas empleadas, se ha comprometido a igualar los salarios de mujeres y hombres para el año 2020.

EL FEMINISMO TAMBIÉN ES COSA DE HOMBRES (4): PROMUNDO

Otro ejemplo de colectivos y organizaciones globales, impensables hace tan solo unos años, que trabajan desde el feminismo como organizaciones mixtas de hombres y mujeres es Promundo. Se trata de una organización líder a nivel global en la promoción de la equidad de género y la prevención de la violencia contra las mujeres, niñas y jóvenes, a través de la implicación de los hombres, niños y jóvenes.

Promundo trabaja para fomentar la equidad de género y crear una realidad libre de violencia implicando a los hombres y jóvenes, en colaboración con las mujeres y las chicas jóvenes, con la idea de un mundo equitativo donde todas las personas se comprometan para crear un futuro no violento y compartir los cuidados.

Promundo ha venido trabajando en los últimos 20 años en más de 40 países de todo el mundo en el fomento del cambio en los hombres y de la equidad de género, en colaboración con Gobiernos y ONG, y también con organizaciones internacionales como las Naciones Unidas, el Banco Mundial, la Organización Mundial de la Salud u ONU Mujeres.

EL FEMINISMO TAMBIÉN ES COSA DE HOMBRES (5): FUNDACIÓN CEPAIM

La Fundación Cepaim es una organización española que incentiva un modelo de sociedad

inclusiva e intercultural que facilite el acceso pleno a los derechos de ciudadanía de las personas más vulnerables de la sociedad. Después de varios años de trabajar con mujeres con el objetivo de promover su empoderamiento y prevenir la violencia de género, en el año 2014 comenzaron a incorporar también actividades de prevención dirigidas a hombres, ya que el trabajo en exclusiva con las mujeres se había constatado insuficiente para sus propósitos.

En el año 2015, Cepaim publicó la guía *A fuego lento: Cocinando ideas para una intervención grupal con hombres desde una perspectiva de género*, una referencia imprescindible para poner en marcha acciones grupales de formación y sensibilización dirigidas a hombres encaminadas a reflexionar conjuntamente sobre la construcción de la masculinidad hegemónica y la prevención de la violencia de género. Además, Cepaim cuenta con un colectivo de profesionales de referencia como Bakea Alonso, Ana Fernández-Salguero, Paula Nogales o Ángela López que, desde una perspectiva feminista, trabajan para la transformación de los hombres a favor de la igualdad.

HOMBRES FEMINISTAS: ¿IDENTIDADES EN CONFLICTO?

Hace ya algunos años, cuando cursaba en la Universidad del País Vasco el Máster Universitario en Estudios Feministas y de Género, mantuve una clarificadora conversación con la antropóloga feminista Mari Luz Esteban, que me ayudó a «salir del armario» de mi definición personal como hombre feminista. Por aquella época, en los colectivos de hombres por la igualdad en los que participaba teníamos agrias discusiones sobre cómo deberíamos definirnos, si «hombres por la igualdad», «profeministas» o «igualitarios». El debate de fondo que subyacía tenía que ver con que los hombres, como supuestos sujetos privilegiados universales del patriarcado (una visión clasista y esencialista donde las haya), no podríamos ser sujetos activos y protagónicos de la lucha por la igualdad de mujeres y hombres, por lo que tendríamos que dejar en manos de las mujeres esta capacidad, al ser ellas la parte subyugada y sometida. Esteban no entendía muy bien ese debate (aunque lo comprendía perfectamente), y me hizo varias preguntas demoledoras: «¿Lees textos sobre feminismo? ¿Crees en la igualdad de mujeres y hombres? ¿Estás haciendo un máster sobre feminismo? ¿Participas en colectivos que luchan contra la desigualdad? ¿Te sientes feminista? Pues no le des más vueltas: eres feminista, porque no te define el ser hombre, sino lo que eres, lo que haces y, sobre todo, lo que quieras ser».

Hoy en día este debate no está superado, ni mucho menos, y se parece cada vez más al mito de Sísifo, condenado a perder la vista y a empujar un peñasco gigante montaña arriba, solo para que volviese a caer rodando hasta el valle, y así perpetuamente. En el ensayo de Albert Camus sobre el mito de Sísifo se recoge una cita del poeta griego Píndaro que me parece sumamente esclarecedora: «No te afanes, alma mía, por una vida inmortal, pero agota el ámbito de lo posible». Para no extenuarnos gratuitamente y agotar la potencia transformadora de cada una de nuestras vulnerables y finitas biografías, apuesto yo también por agotar el ámbito de lo posible y no perder más tiempo y energía en debates bucle: que cada una y cada uno se defina como desee. Si el feminismo se ha caracterizado por algo a lo largo de la historia ha sido, precisamente, por separar la identidad personal de la biología, liberando a mujeres y hombres de la carga histórica

de los estereotipos y roles de género. Hace tiempo que decidí dejar mi cansino peñasco particular en el fondo del valle, mirar la cima de la montaña desde lejos y, sobre todo, aceptar otras definiciones y no juzgarlas.

Aunque llevo más de la mitad de los años que tengo trabajando desde una perspectiva de género y analizando la realidad desde una perspectiva feminista, nunca me he considerado un sindicalista de los hombres, y mucho menos pretendo ser un digno representante del género masculino. Como hombre, solo me represento a mí mismo, y no soy responsable de lo que hace la mitad masculina del mundo. Simplemente, estoy convencido de que la consecución de la igualdad de oportunidades es una cuestión de humanidad que beneficia tanto a las mujeres como a los hombres.

Soy hombre y soy feminista. No pasa nada y ocurren muchas cosas al mismo tiempo. Soy feminista por mi hija Naia y por mi hijo Alain, porque quiero que vivan una vida que merezca la pena ser vivida, que puedan tener experiencias vitales amables y plenas, porque lo que más deseo es que desarrollen todas sus competencias y capacidades humanas sin las limitaciones que impone la dictadura cultural del binarismo sexista radical. Porque quiero que sean lo que quieran ser. Porque quiero a mi hija empoderada y feliz, que no sea jamás violentada o discriminada por ser mujer, pero que, cuando lo sea (que lo será), tenga desarrollada la mirada crítica y las herramientas necesarias para prevenirlo, identificarlo y enfrentarlo con toda la potencia que permite la experiencia humana. Soy feminista porque no quiero que mi hijo aprenda a agredir ni a desconectar de las emociones y de la responsabilidad de sus actos, y porque no quiero que cometa muchos de los errores que yo mismo he cometido. Me considero feminista por la nueva dimensión que adquiere el mundo cuando empiezas a observarlo desde una perspectiva feminista, a imaginar, sentir, escuchar y aprender con y de las vidas de las mujeres. Soy feminista por honrar la memoria de aquellas tremendas mujeres que fueron mis abuelas. Por estar a la altura de mi madre. Porque quiero ser un buen hombre, un compañero justo y cuidador para mi pareja. Pero también por mi padre y mis hermanos (todos varones), porque una identidad feminista también nos anima, entrena y transforma a los hombres para encontrarnos entre nosotros de una forma mucho más profunda y tierna. En definitiva, soy feminista porque quiero serlo, porque no es un peñasco ni una categoría moral que te hace mejor que nadie, sino aire fresco, capacidad de análisis, compasión, duda permanente, compañía para transitar por la vida y compromiso con la belleza.

Me consta que definir a los hombres como feministas sigue siendo un tema polémico, no resuelto y que continúa propiciando apasionados e incluso acalorados debates. Kelley Temple, una activista feminista del Reino Unido, tiene una frase que resume este debate recurrente de forma rotunda: «Los hombres que quieren ser feministas no necesitan que se les dé un espacio en el feminismo. Necesitan coger el espacio que tienen en la sociedad y hacerlo feminista». O, como afirma Barbijaputa en la misma línea: «La meta que debería pretender cualquier aliado es aprender con nosotras y llevar lo aprendido a sus propios espacios».

Mi querido compañero y aliado José Ángel Lozoya escribía hace poco un artículo titulado «¿Hombres feministas?» en el que planteaba:

Me cuesta llamarme feminista porque me siento cómodo tratando de asumir la responsabilidad que supone seguir experimentando nuevas formas de deconstrucción de la masculinidad. [...] Por mucho que me halague

que una feminista me considere o me presente como feminista, no me siento legitimado para reivindicar que se me reconozca como tal.

Comparto el fondo de la reflexión, pero no creo que universalizar una etiqueta esencializadora para los hombres comprometidos con la igualdad y el feminismo sea más operativo que la opción de algunos de nosotros de identificarnos de lleno con el concepto «hombre feminista».

Además de ser una cuestión política, el feminismo hace referencia a la identidad personal, y poner en duda lo que cada quien elige es meterse en un terreno poco menos que espinoso. La inmensa mayoría de las personas que trabajan con refugiados no lo son ni lo han sido; quienes apuestan por luchar contra el racismo y la xenofobia suelen ser personas no migrantes, privilegiadas y no excluidas; quienes nos consideramos ecologistas desde los países ricos tenemos una huella ecológica tan larga que, por justicia, se nos debería impedir volver a viajar utilizando combustibles fósiles por el resto de nuestros días. Para ser feminista no es imprescindible ser mujer ni haber vivido su opresión, porque serlo no es un destino ni una esencia, sino una opción tan política como personal.

Yo soy el sujeto político con responsabilidad plena de mi cuerpo, mis actos, mi ideología, las relaciones que establezco y mi ciudadanía. Así como yo no puedo vivir las vidas de otras personas y suplantarlas, nadie puede definir mi vida y vivirla por mí. Tampoco nadie está facultado (y, con todo el trabajo que nos queda por hacer para lograr la igualdad efectiva entre mujeres y hombres, sería una gran pérdida de tiempo) para excluirme de ningún proceso colectivo emancipatorio, sea el feminismo, el internacionalismo, el ecologismo, el antirracismo... No es cuestión de querer más o menos visibilidad o protagonismo, sino de ser capaces y eficaces en la transformación de los «seres y hacer» de las personas y las estructuras que perpetúan las desigualdades.

LAS MUJERES TIENEN DERECHO A ESTAR ENFADADAS (Y TAMBIÉN CANSADAS)

Reivindico el derecho al enfado y al cansancio de las mujeres, así como la obligación moral de los hombres por comprenderlo. El machismo no es una construcción teórica abstracta, sino que se concreta en expresiones y acciones cotidianas, y está presente en la vida de todas y cada una de las mujeres solo por el mero hecho de serlo, por lo que les afecta desde que nacen con mayor o menor intensidad. El sexismo se activa y se retroalimenta en chistes, en comentarios, en el frecuente escaqueo de los trabajos y responsabilidades domésticas por parte de muchos hombres, en el acoso callejero (los «piropos»), en algunas miradas. Pero también está presente —como si de un virus pegajoso, invisible y estructural se tratara— en el cine, la literatura, el mundo del trabajo, el deporte, las religiones, la política, la publicidad, las organizaciones sociales, la universidad o el propio conocimiento científico. De todo ello podríamos poner infinidad de ejemplos, pero creo que es mejor que el lector indague en su propia vida y pregunte a las mujeres que tiene cerca. Por no hablar de situaciones extremas como el acoso, las agresiones sexuales o la violencia de género. Para las mujeres, todos los días llueve sobre mojado, y, en la mayoría de las

ocasiones, sobre heridas abiertas. Un comentario presuntamente gracioso, un chiste en WhatsApp, un intento de aproximación nocturno en un bar o determinadas palabras con cierta carga sexista en el mundo laboral vendrán a sumarse a cientos, decenas o incluso miles de pequeños impactos del sexismo que probablemente acumulará en su biografía esta mujer, amiga, compañera, hermana... Hemos de tener en cuenta que la perspectiva de género nos aporta luz y capacidad para ver. Pero saber que existen unas gafas especiales para empezar a ver lo que antes era imperceptible y aprender a utilizarlas requiere de entrenamiento y práctica, por lo que, ante un error por nuestra parte señalado con mayor o menor enfado por una mujer, podemos aprovechar para capacitarnos en equidad, escucha y en una virtud tan liberadora como transformadora: pedir perdón y tratar de reparar el daño ocasionado, por insignificante que este nos pueda parecer. Hay una frase mítica, pronunciada por el rey emérito de España que nos puede ayudar mucho en este sentido: «Lo siento mucho. Me he equivocado y no volverá a ocurrir». Deberíamos tener siempre en cuenta que, para las mujeres, el sexismo es acumulativo en una historia interminable y profundamente cansina.

Mucho mejor que yo lo expresa la periodista y escritora Nuria Varela en *Cansadas*: Una reacción feminista frente a la nueva misoginia:

De las medias verdades y las mentiras a medias. De los micromachismos, del velo de la igualdad y de los mitos que rodean al amor. Cansadas de pintar paredes sin poder tocar los cimientos. Cansadas de la violencia, de todas las violencias, de los embargos, las guerras y las posguerras. Cansadas del desdén de la nueva misoginia, de la cultura de la violación y del *mansplaining*, de la cultura del simulacro y de la RAE. Cansadas del silencio y del menosprecio. Cansadas del hombre económico y de la gran alfombra patriarcal que tantas vergüenzas esconde.

Probablemente, muchas otras mujeres están también muy cansadas de la precariedad laboral, de las desigualdades de clase, de que hablemos en su nombre, de ser las que no tienen voz entre las sin voz, de limpiar sin contrato las casas de quienes llevamos bien alta la bandera... Cansancios también los hay de todos los colores y para todos los gustos.

Por todas estas razones (aunque habría muchas más), los hombres, cuando nos acerquemos a dialogar de forma transformadora y profunda con las mujeres, desde el gesto más nimio a las apuestas de convivencia más intensas, es fundamental que desarrollemos la escucha del bien, o, lo que es lo mismo, que seamos capaces de entender, comprender y empatizar con la experiencia vital de las mujeres: no podremos caminar en sus zapatos, pero sí realizar un esfuerzo consciente por comprender lo que significa. Aunque, si no lo logramos, bastará con no juzgar sus reacciones ante nuestros posibles resbalones, actitudes con carga sexista y actos con consecuencias machistas.

Paradójicamente, un fenómeno curioso del sexismo es el de la propensión (por cierto, muy extendida últimamente) a la victimización de los hombres. Cuando alguna mujer nos afea una conducta por su carga sexista, hemos desarrollado con mucha habilidad y sofisticación una tendencia casi automática e ilustrada de pasar a ser las víctimas en vez de los victimarios. Incluso, en un ejercicio hiperbólico, somos capaces de sentirnos las víctimas de la lucha de las mujeres por la igualdad, de creer que nos acechan y estigmatizan a través de un «complot feminista» global. La extensión de conceptos tan insostenibles como absurdos como «feminazi» da buena

cuenta de ello. La igualdad no nos convierte a los hombres en víctimas, sino en responsables de nuestras acciones. Y al mismo tiempo nos brinda la oportunidad de visibilizar, dimensionar y transformar la parte de nuestras acciones que puede ser lesiva y dolorosa para las mujeres a quienes acompañamos en la vida. Además, conectar con las consecuencias que el sexismo también genera a través de múltiples acciones inconscientes y sacar a la luz el machismo heredado nos abre la posibilidad de cuestionarnos y liberarnos a nosotros mismos. ¡Gracias, compañeras!

Silvio Rodríguez lleva años buscando su unicornio azul, como los neomachistas hacen con las mujeres feministas que odian a los hombres: al igual que el unicornio, simplemente, no existen, al menos como movimiento social. ¿Hay, entonces, mujeres feministas que odian a los hombres? Probablemente, seguramente, evidentemente, pero siempre a título personal. No hay ningún movimiento antihombres, ni teorías antihombres, ni colectivos antihombres. O al menos yo no conozco ningún feminismo que promueva el odio, el sometimiento y la aniquilación de los hombres.

¿Crees que odian más las mujeres feministas a los hombres que las que no lo son? A pesar de la creencia popular de que a las feministas no les gustan los hombres, pocos estudios han examinado la exactitud empírica de esta idea tan estereotipada. En el año 2009, en un estudio titulado «¿Oodian las feministas a los hombres? Actitudes de feministas y no feministas en relación con los hombres», realizado por las psicólogas Kristin J. Anderson, Melinda Kanner y Nisreen Elsayegh de la Universidad de Houston, llegaron a la conclusión de que, contrariamente a las creencias populares, las mujeres no autoidentificadas como feministas reportaban mayores niveles de hostilidad hacia los hombres que las que se identificaban con el feminismo. Puede parecer contradictorio, pero las mujeres no identificadas con el feminismo viven bajo la paradoja de tener que privilegiar a los hombres y, al mismo tiempo, sufrir las consecuencias de las relaciones desiguales de poder.

El hecho de ser hombres tampoco nos convierte en herederos universales del patriarcado, representantes sindicales de los demás hombres ni responsables vitalicios de lo que otros perpetraron en el pasado o hacen hoy. Vivir en una realidad patriarcal o sexista no nos hace automáticamente culpables de lo que no hemos hecho y otros perpetran, pero en un contexto no neutral somos responsables de transformar nuestro entorno, empezando por lo más próximo y siguiendo en el ámbito público y político, para generar espacios identitarios y de convivencia en clave paz y equidad. La buena noticia es que, a través de estos pequeños gestos o microtransformaciones cotidianas, podemos contribuir de una manera muy eficaz a consolidar la tendencia a generar identidades masculinas transformadoras basadas en la conciencia del impacto, en la bondad y en la justicia de nuestras acciones.

Cada vez podemos encontrar más campañas que van en este sentido, como la realizada —muy acertadamente— por Emakunde-Instituto Vasco de la Mujer con motivo del 8 de marzo, en la que se mostraban actitudes y acciones personales que fomentan la igualdad de mujeres y hombres. Bajo el título «La igualdad también empieza en mí», en ella se mostraban ejemplos concretos de personas que han decidido actuar a favor de la igualdad a través de distintas actitudes o acciones llevadas a cabo en su entorno más cercano: un hombre que decide cortar las cadenas de chistes machistas, un padre que decide que el primer apellido de su hijo sea el de su madre, u otro que

decide enseñar a su hijo el significado de la frase «no es no».

ESTUDIOS SOBRE LOS HOMBRES Y EL FEMINISMO (LA COSA SE PONE SERIA)

En las últimas décadas abundan, en el ámbito de las ciencias sociales, los estudios e investigaciones que desvelan cómo la ideología de género favorable a la igualdad de mujeres y hombres, así como los posicionamientos feministas, han incidido en el cambio de las identidades y las prácticas de las mujeres y en la transformación de los roles tradicionales como elementos de referencia dominante, al mismo tiempo que también han repercutido en la construcción de las identidades masculinas.

Celia Amorós y Ana de Miguel definen el feminismo, citando a Sayla Benhabib, como «una teoría crítica que, en tanto que tal, se inserta en la tradición de las teorías críticas de la sociedad», y en la que el sistema sexo-género («la red mediante la cual las culturas producen individuos incardinados») y, «en modo esencial, que no contingente, la forma en la que la realidad social se organiza, se divide simbólicamente y se vive experiencialmente») es una de sus «premisas constitutivas». Ese sistema, además, habría colaborado históricamente con la «explotación de las mujeres».

Judith Butler comenta respecto al género:

El género es el aparato a través del cual tiene lugar la producción y la normalización de lo masculino y lo femenino, junto a las formas intersticiales hormonales, cromosómicas, psíquicas y performativas que el género asume... El género es el mecanismo a través del cual se producen y se naturalizan lo masculino y lo femenino, pero el género bien podría ser el aparato a través del cual dichos términos se deconstruyen o desnaturalizan.

De este modo, tanto las feminidades como las masculinidades, como fenómenos culturales e históricos, serían susceptibles de ser deconstruidas, resignificadas y transformadas.

Izabella Rohlf, en su aportación a la obra *Antropología, género, salud y atención*, sitúa la importancia del género en la génesis de las desigualdades por su transversalidad en todos los ámbitos de la vida, incluida la salud. Dice:

El sexismo implica relaciones de género inequitativas y se refiere a las prácticas institucionales e interpersonales según las cuales los miembros del grupo dominante (generalmente los hombres) acumulan privilegios mediante la subordinación de otros grupos de género (por lo común las mujeres) y justifican esas prácticas mediante ideologías de superioridad.

Según Amorós y De Miguel, los cambios sociales también guardan una estrecha relación con los cambios legislativos, los recursos propios del Estado de bienestar y la transformación en las conciencias, ideologías y prácticas individuales:

El feminismo no habría avanzado sin los cambios legales y otras reformas estructurales del espacio público ligadas al Estado de bienestar, pero su consolidación real procede igualmente de la lucha por captar las mentes y propiciar el empoderamiento personal y colectivo de las mujeres en su vida cotidiana y en sus interacciones

en el resto de contextos de la acción social.

Uno de los elementos más intensos de los contextos de la acción social en relación con la crianza estaría determinado por las prácticas y procesos de empoderamiento o no de los hombres con los que las mujeres se relacionan.

Laura Asturias comenta al respecto:

Hoy en día se evidencia un cambio en la conciencia y en la comprensión de las relaciones de género y de poder, motivado por los desafíos que a nivel mundial ha planteado el movimiento feminista. Un cambio que es también compartido por hombres que se han atrevido a imaginar y a vivir su masculinidad en formas no opresivas, [...] hombres que a la vez que reconstruyen radicalmente su masculinidad, apoyan explícitamente las demandas de las mujeres.

Al mismo tiempo que permanecen paradigmas discriminatorios, algo importante se está moviendo en una dirección igualitaria.

En la misma línea de reflexión, Àngels Carabí y Josep M. Armengol ponen en valor el impacto del feminismo en los cambios y los procesos de empoderamiento en las mujeres que se han dado en las últimas décadas:

Las mujeres, gracias al trabajo de reflexión (y acción) del feminismo, han sido las principales agentes impulsoras de este cambio social y, por ello, están mucho más preparadas para repensarse a sí mismas y determinar su papel en la sociedad. Los varones (no todos) han vivido de perfil las profundas reflexiones de sus compañeras y ahora se sienten desconcertados ante la realidad que les toca vivir. [...] Los códigos masculinos tradicionales son obsoletos y los nuevos están todavía por elaborar.

Como concluye una de las primeras investigaciones que se han realizado en el ámbito español sobre la igualdad en las parejas tras el nacimiento de la primera criatura —«Ideales igualitarios y planes tradicionales: análisis de parejas primerizas en España»—, el factor ideológico dentro de la pareja es uno de los elementos clave (junto a los recursos económicos relativos) para explicar y comprender las dinámicas, decisiones y prácticas más igualitarias dentro de la pareja:

En aquellas parejas cuyos planes se alejan de los modelos de maternidad y paternidad tradicionales parecen tener un gran peso las actitudes igualitarias. En ellas encontramos fundamentalmente hombres que construyen en menor medida su identidad a partir de su desempeño laboral, mujeres que explícitamente reflexionan sobre las normas de género, y, en general, individuos que atribuyen un valor a que los dos asuman de forma igualitaria las responsabilidades y tengan una relación intensa con el bebé.

Lynne Segal, en «Los hombres ante al feminismo: ¿Queda algo por decir?», reflexiona sobre el futuro de los varones tras el movimiento feminista y opina que el creciente interés en el análisis de los hombres y las masculinidades deriva de las percepciones populares de una crisis de la masculinidad. Segal afirma la conveniencia de profundizar en esta línea de análisis para el beneficio de los estudios de género.

La autora reflexiona sobre los conflictos surgidos históricamente entre determinados postulados feministas y la incorporación de los hombres a las reivindicaciones y prácticas del feminismo, basándose en los primeros grupos feministas de varones, surgidos en los años setenta:

Los varones tuvieron que soportar la crítica de las mujeres feministas, mientras ellos, paradójicamente, nos estaban ayudando llevando a cabo tareas tremendamente útiles para la mayoría de nuestros hogares, como compartir la crianza de nuestros hijos o las tareas domésticas. [...] Desde mi punto de vista, es absolutamente crucial darnos cuenta de que los hombres pueden cambiar, y que, efectivamente, cambian. [...] y efectivamente todo lo que les está ocurriendo a los hombres tiene un impacto en las mujeres.

Por lo que, según Segal, el cambio en los hombres hacia posiciones y prácticas más igualitarias favorecería la igualdad y las posibilidades de empoderamiento de las mujeres, mientras que posturas contrarias a la igualdad serían un lastre para el desarrollo de las capacidades de las mujeres.

Especialistas en el análisis de las masculinidades y el trabajo con hombres, como Víctor Seidler, han profundizado y señalado reiteradamente la importancia de la ideología de género y el feminismo en los cambios acontecidos, en los últimos años, en las vidas de los hombres y en las relaciones entre mujeres y hombres en los desempeños y las significaciones de los trabajos reproductivos y de cuidados. Para el filósofo, lo que ha caracterizado a las sociedades a escala global durante los últimos años, pero más específicamente en la última generación de madres y padres, ha sido el cuestionamiento de los roles de género, que ha tomado distintas formas según cada entorno cultural. Seidler identifica el impacto que ha tenido el feminismo en las vidas de los hombres: «Una generación de hombres más jóvenes influidos por el feminismo y por las ideas sobre la igualdad de género ha tratado de establecer unas relaciones más equitativas con sus hijos».

En cuanto a la construcción de las identidades de género, el autor profundiza en las generaciones más jóvenes, tanto de hombres como de mujeres:

Han aprendido a pensar diferente sobre temas de género, sexualidad y poder. El cuestionamiento del movimiento feminista [...] estaba relacionado con unas pautas de cambio más generales dentro del mercado de trabajo. Las mujeres más jóvenes ya no estaban dispuestas a supeditarse a los hombres. [...] Aprendiendo del feminismo, incluso sin identificarse con el feminismo organizado, las mujeres jóvenes consideraban que si traían dinero a casa, los hombres tendrían que compartir la responsabilidad del cuidado de los hijos y los quehaceres domésticos.

Otra cuestión significativa que señala Seidler tiene que ver con cómo la ideología de género y el feminismo han influido de forma significativa en los procesos de negociación dentro de las vidas íntimas de las parejas y de los sistemas familiares:

La renegociación de las relaciones de género se extendió globalmente por todas las culturas, a medida que las visiones de una mayor igualdad de género y justicia social iban transformando las expectativas de las relaciones íntimas.

Para él, la ideología de género y el feminismo, a través del cuestionamiento de los roles de la masculinidad hegemónica, tendrían como resultado el desempoderamiento de los hombres jóvenes. Como consecuencia de todo ello, Seidler concluye:

Los varones jóvenes no quieren ser identificados en función del poder que tienen respecto a las mujeres,

porque saben que, en muchas áreas de sus vidas, se experimentan a sí mismos como poco poderosos. No quieren vivir las masculinidades de una generación anterior, sino que desean explorar qué significa ser hombre en su propio mundo. No quieren tener que renunciar al cariño, al amor, a la ternura [...]. Quieren implicarse en la violencia estructural [...] y al mismo tiempo ser capaces de transformar sus relaciones íntimas dando forma a diferentes masculinidades que les permitan tener unas relaciones sexuales y de género más igualitarias.

POR NUEVOS PACTOS DE CONVIVENCIA DE MUJERES Y HOMBRES

Hombre, ¿eres capaz de ser justo? Una mujer te hace esta pregunta.
Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana (1791)

OLYMPE DE GOUGES

EL PACTO COMO OPCIÓN PERSONAL Y POLÍTICA PARA LA TRANSFORMACIÓN DE LAS RELACIONES DE GÉNERO

Según la Wikipedia, «el pacto es un convenio o tratado solemne, estricto y condicional entre dos o más partes en que se establece una obediencia a cumplir uno o varios acápites establecidos en un contrato formal y en que ambas partes se comprometen a ejecutar ciertas acciones [...]».

Como lo ha venido demostrando la lucha sindical a lo largo de la historia, el pacto es una potente herramienta para la transformación social, para hacer efectivos los derechos de las personas y los colectivos. En las empresas, patronal y sindicatos pactan subidas salariales, mejorías en las condiciones laborales, medidas de conciliación y de no discriminación, etc. No he conocido ningún sindicato, por muy radical y revolucionario que sea en sus principios ideológicos, o una patronal, por más reaccionaria y desreguladora que sea, que no haya pactado para regular un conflicto y establecer condiciones de relación, poder y convivencia. Los Estados (como en el reciente caso de los acuerdos de paz entre el Gobierno colombiano y la guerrilla de las FARC) pactan acuerdos. En los pisos de estudiantes, por ejemplo, se pactan las tareas semanales a realizar, que se pegan en la puerta de la nevera y que todas y todos se comprometen a cumplir. Las leyes de igualdad, los tratados internacionales y las leyes que regulan las condiciones de trabajo, las emisiones a la atmósfera, los permisos de paternidad y maternidad o la prevención de la violencia machista son también pactos para la convivencia. Los pactos siempre son imperfectos e inacabados (como este libro, como mi vida y la tuya), y todos ellos se producen en condiciones de asimetría en relación al poder. Pero, cuando se logran, se abren espacios, se apuntalan logros y se visibilizan sus bondades. Si tuviéramos que esperar unas condiciones de igualdad para pactar, estaríamos anulando la posibilidad de avanzar.

El debate del pacto puede resultar obvio, pero, en lo relativo a las cuestiones de género, afloran resistencias que merecen ser tenidas en cuenta. El año 2016, el Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz impulsó un proceso participativo que coordiné, en el que participaron más de cien personas, mujeres y hombres, expertas en igualdad y parentalidad, con el objetivo de realizar un diagnóstico común sobre las desigualdades que persisten en el ámbito de la maternidad y la paternidad y de hacer propuestas de compromisos y cambio, tanto por parte de los hombres como de las mujeres. El documento que resultó de todo ese proceso, que se denominó «Declaración de sentimientos y compromiso por una paternidad positiva, corresponsable, consciente y activa. Mujeres y hombres por nuevos pactos para una convivencia en igualdad», recibió críticas y hasta la oposición de distintos organismos (algunas de ellas, del más alto nivel del feminismo institucional), que esgrimían el argumento de que no cabe la posibilidad de realizar un pacto entre mujeres y hombres dada la situación de desventaja y desigualdad en la que se encuentran ellas. Aunque comparto este diagnóstico de la situación de desventaja que siguen teniendo las mujeres en nuestras sociedades, me asaltan algunas dudas y preocupaciones al respecto de estas críticas. En primer lugar, cualquier pacto se realiza desde el reconocimiento mutuo de las partes como sujetos políticos, con poder y capacidad de decisión, por lo que negar la posibilidad del pacto de género entre mujeres y hombres vendría a poner en duda, por un lado, la contingencia del poder de decisión de las mujeres en clave de empoderamiento en diálogo con los hombres y, por el otro, la falta de voluntad o capacidad de los hombres para llegar a acuerdos con las mujeres por sus privilegios heredados. Otra cuestión que a veces me irrita es la tendencia que en ocasiones tenemos, desde los feminismos, a reproducir un sistema binario homogeneizante, que invisibiliza las diversidades existentes tanto en los hombres como en las mujeres. Podremos discutir sobre la mayor o menor virtud de los pactos, pero negarlos nos puede situar en un espacio que roza el inmovilismo y que es difícil de comprender y explicar, más allá de las élites del discurso y la política.

Para generar un pacto en claves nuevas, para compartir luchas, estrategias y utopías, tenemos que desacostumbrarnos a tener que estar de acuerdo en todo; no sé vosotras, pero yo, a veces, no estoy de acuerdo ni conmigo mismo.

Urge que abandonemos los juicios severos y los estereotipos, también cuando nos estemos refiriendo a los hombres en transición y sus masculinidades. Reivindico la ternura, la confianza y la escucha profunda para avanzar entre quienes compartimos un porcentaje muy alto de anhelos, independientemente de nuestras etiquetas, sociales o de género.

Los hombres, por nuestra parte, debemos asumir que la igualdad no es voluntaria. La igualdad, en el tiempo en el que nos ha tocado vivir, no es una opción, sino que es una necesidad para poder llegar a vivir en un mundo verdaderamente democrático. Y la equidad no es posible sin el cambio y la participación de los hombres.

Tenemos que reconocer y asumir que el punto de partida es desigual, lo que hace que, mientras ellas están cansadas y muchas veces enfadadas con el mundo, nosotros nos podamos permitir estar contentos. Como muestra, un botón estadístico. Un dato significativo que aporta un informe del Eustat del año 2010 es que el 22,1 % de las mujeres ocupadas en el País Vasco tienen un grado de satisfacción bajo con respecto al tiempo que su cónyuge o pareja dedica a la conciliación. En

cambio, el 85,15 % de los hombres sienten un grado de satisfacción alto. Estos datos dibujan una realidad desigual, en la que las mujeres siguen aportando más y están más presentes también en los trabajos reproductivos.

Hay esperanza, mucha y rica, en los procesos imparables de empoderamiento de las mujeres en todo el planeta, pero también la hay en el cambio silencioso que están protagonizando los millones de hombres que las acompañan en sus vidas cotidianas. Como si de un cáncer inverso se tratara, el sistema presenta mil y una grietas y no ha logrado reproducirse con la eficacia de otros tiempos, y las células que no siguen el patrón de conducta y que son capaces de romper con los estereotipos y roles aprendidos están generando un nuevo sistema de relaciones y de modelos de referencia. Pero, para que la transformación en la era del feminismo sea estructural y permanente, hace falta que la mitad cualificada de la humanidad se sume, porque la igualdad no será posible sin la incorporación de los hombres, en comunión y diálogo con las mujeres. Ya lo decía Paulo Freire: «Nadie se libera solo», sino que «nos liberamos en comunidad». Reforzando esta idea, Almudena Hernando nos propone reflexionar sobre la «fantasía de la individualidad», desde la convicción de que la identidad individual no existiría sin las relaciones que entablamos para construirla, por lo que vivimos una identidad relacional que requiere nuevos pactos de convivencia.

Ilustres hombres feministas, como el catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad de Córdoba en España, Octavio Salazar, insisten en que el papel fundamental de los hombres de cara a la parte que nos toca en la lucha por la igualdad pasa por hacernos a un lado y renunciar a los dividendos patriarcales que nos privilegian.

HAY COSAS QUE VAN CAMBIANDO...

Para seguir avanzando es importante reconocer las conquistas, así como las cosas que van cambiando. Según el informe «Cifras 2014» de Emakunde-Instituto Vasco de la Mujer:

En el caso de las mujeres, han reducido la dedicación a tareas del hogar (1 hora aproximadamente) y han incrementado el tiempo en actividades de trabajo y formación (18 minutos) y en ocio activo y deportes (13 minutos), mientras que en los hombres se da la situación inversa (incremento del tiempo dedicado a las tareas del hogar en 34 minutos, y decremento en las actividades de trabajo y formación en aproximadamente 1 hora).

En lo que a la organización social corresponsable se refiere, los datos de prestaciones por maternidad muestran un significativo predominio de las mujeres en el uso de las medidas de conciliación. Los hombres tienen una ínfima representación en estas medidas de conciliación de la vida laboral y familiar, suponiendo en 2013 un 4,4 % del total de quienes perciben estas prestaciones. Pese a estas cifras tan bajas, el País Vasco refleja una realidad algo más positiva que la que se registra en el Estado, donde los hombres suponen solo el 1,7 % de quienes utilizan estas prestaciones.

Por todo ello podemos concluir que, a pesar de los cambios sociales que se han producido en los últimos años, todavía las mujeres dedican más tiempo que los hombres a la realización de

trabajos domésticos. El tiempo social medio que las mujeres destinan a las actividades del hogar supera en dos horas al día al empleado por los hombres.

La cantante y compositora Sole Giménez publicó un álbum titulado *Hombres sensibles*. La artista, comprometida con los derechos de las mujeres y contra la violencia, reivindica el hecho de que «se oye demasiado ruido de hombres desagradables, hay que dar voz a los hombres sensibles», como Pedro Guerra, David de María, Antonio Carmona o Mikel Erentxun, entre otros. «Todos ellos hombres muy sensibles que lo han demostrado a lo largo de sus dilatadas y hermosas carreras». En el año 2015, Giménez colaboró en el disco-libro *Avanzadoras: doce canciones homenaje a mujeres que avanzan y hacen avanzar en la consecución de los derechos de las mujeres*. *Avanzadoras* y *Hombres sensibles*, más allá de su contenido musical, representan una metáfora muy sugerente de los ingredientes que debe tener el pacto entre mujeres y hombres: empoderamiento y conexión, incorporación de las mujeres al espacio público en condiciones de equidad y un viaje hacia el interior de los hombres. Es una prueba más de que el pacto se está construyendo ya en distintos ámbitos, incluso en el del arte.

DE LA LUCHA POR LA IGUALDAD A BAILAR TODAS JUNTAS

Es cierto: me he convertido en un reformista en busca de posibilidades de transformación en cualquier esquina, aunque a veces eso no encaje con el «debe ser» de mis teorías o discursos, y a expensas de los discursos redondos, acabados y poseedores de la verdad (¡con lo revolucionario que yo era!). Con esto no estoy diciendo que no tengamos que seguir en el empeño de transformar el mundo, las estructuras de poder, las leyes, las políticas, la economía o incluso a nosotros mismos; al contrario, creo firmemente que es imprescindible redoblar los esfuerzos para ello. Pero eso no significa que la única respuesta sea la lucha tal y como la hemos entendido social y culturalmente. Hace poco, una buena amiga acuñó un término tan gráfico como divertido para definir lo masculino tóxico: «machungo».

Cuando pienso en los modelos patriarcales de lucha, no puedo dejar de evocar a un hombre haciendo algo épico para transformar el mal, al enemigo, lo de fuera, para lo que es totalmente necesario estar en posesión de la verdad. Pienso en la imagen del Che, el heroico guerrillero que durante tantos años adornó mi habitación y mis sueños revolucionarios y que generosamente dio su vida por un mundo más justo, mientras que el cuidado del resto del mundo, incluidos sus hijas e hijos, quedaban fuera de la ensoñación de la guerra utópica. Aunque la violencia política siempre me generó grandes dudas, con el paso del tiempo me he convertido, además de en un hombre feminista imperfecto, en gandhiano, desde la convicción de que los fines y los métodos de lucha han de ser coherentes para ser eficaces, por lo que suscribo la máxima del amigo Mahatma: «El fin está en los medios, como el árbol en la semilla».

Con todo esto no pretendo desmerecer ni dejar de reconocer las luchas legítimas de las mujeres por su emancipación y derechos, como tampoco las de infinidad de hombres comprometidos con un mundo mejor y sus causas. Pero no puedo evitar identificarme con fuerza con Emma Goldman, activista anarquista y una de las pioneras en la lucha por la emancipación de

las mujeres, y con su célebre frase «si no puedo bailar, tu revolución no me interesa». Esa fue la respuesta que le dio a un compañero anarquista, que le reprochó que estuviera bailando porque eso no parecía adecuado para la misión revolucionaria. Yo me quedo con el atrevimiento que tuvo de unir dos conceptos que pueden sonar contradictorios e incluso irreverentes como son el compromiso y la felicidad, la política y la alegría, o la lucha y el disfrute del cuerpo, del momento presente y, por qué no, de la vida. O, como escribía Mario Benedetti, «defender la alegría como una trinchera [...] como un principio [...] como una certeza [...] como un destino [...] como un derecho».

Me atrae la idea de Jokin Azpiazu en su libro Masculinidades y feminismo cuando plantea la importancia de crear incomodidades para romper el imaginario y «cuestionar nuestros movimientos desde una perspectiva feminista». Lo que nos enseñarían distintos bailes es que es imprescindible temblar para bailar y, en definitiva, que «para cambiar hay que abandonar la seguridad, y eso implica aprender a inclinarse y temblar». Aunque no comparto que el aprendizaje del malestar en los hombres o generar susto o miedo sea más productivo para lograr la transformación en ellos que opciones como la ternura o la mirada positiva. Estoy convencido de que no hay recetas que sean mejores que otras y de que, en un contexto de inmensa complejidad, las mejores soluciones serán siempre híbridas, mestizas, imperfectas; siempre más eficaces cuando bailamos y temblamos juntos, algo mucho más rico desde la confianza, el diálogo y el compromiso.

ESPERANZA CON LAS NIÑAS, PREOCUPACIÓN POR LOS NIÑOS

Vivo el mundo desde mi experiencia, y las principales referencias que me mueven, motivan y apasionan las encuentro en mi hija Naia y mi hijo Alain, en el profundo amor que siento por ambas criaturas, que me comprometen a seguir luchando por un mundo más justo, libre y equitativo desde la alegría de vivir y hasta el último aliento. No soy parcial, ni quiero serlo. Ser padre de una niña y un niño me impulsa y me mandata para asumir la responsabilidad que me toca en el trabajo en equipo con mi pareja, pero también en la parte personal e intransferible: mi lugar en esta lucha que nadie puede ocupar por mí.

Con las niñas están pasando cosas extraordinarias, y ni Disney ha podido resistir las colosales transformaciones que se están dando en las identidades de millones de ellas a lo largo y ancho del mundo. Guardo imborrable en la memoria, y aún me emociona, una imagen del último cumpleaños de Naia. Nueve niñas, disfrazadas de princesas valientes y empoderadas, cantaban a pleno pulmón una de las canciones de la banda sonora de la película Frozen, que suena cuando la reina Elsa se va sola a vivir a la montaña. Quiero compartirla, porque no tiene desperdicio:

Suéltalo, suéltalo,
no lo puedo ya retener.
Suéltalo, suéltalo,
ya no hay nada que perder.
¿Qué más da? Ya se descubrió.

Déjalo escapar.
El frío a mí nunca me molestó.
Desde la distancia, qué pequeño todo es,
el temor que me aferraba no me va a hacer volver.
Soy libre y ahora intentaré
sobrepasar los límites.
Ya no hay más reglas para mí, ¡por fin!

Son los referentes que estamos creando para las niñas del siglo XXI (junto a muchos otros que siguen siendo tóxicos pero que, al igual que los yogures caducados, no me interesan demasiado). Algunas de las últimas películas que vemos una y otra vez, y de las que tanto Naia como Alain absorben modelos de referencia, están dando muestras de que algo importante está cambiando. De hecho, la factoría Disney ha anunciado que, probablemente, para el año 2018 tengamos una heroína que se enamora de otra mujer. A mi hija Naia y a muchas de sus amigas les gustan las historias de princesas valientes como la de Mérida, de Brave (Indomable), que no espera a que nadie la rescate, que rompe las reglas, galopa a caballo y escala montañas. O la historia amor entre Elsa y su hermana Anna, en Frozen, que rigen sus destinos, luchan y vencen sin depender de los hombres. O la nueva versión de Rapunzel, que es valiente y sabe cuidarse sola (si es preciso, a sartenazos). Por no hablar de Vaiana, considerada la primera princesa feminista de Disney. O la impactante (aunque también discutida) Wonder Woman, a quien muchas niñas (y algunos niños) se quieren parecer.

Por contraste con la idea «suéltalo» de Frozen o la de «cabalgar, a volar, viento y cielo alcanzar» de Brave (Indomable), en las que las mujeres aparecen como protagonistas en un potente y emancipador juego de identificación para las niñas, en Bob Esponja: La película, Bob y su amigo Patricio, para hacer frente al miedo que sienten ante el reto de llegar a Concha City, cantan juntos una canción iniciática que resume el sentido de ser hombre y gracias a la cual encuentran el valor necesario para seguir adelante. En ambos ejemplos los protagonistas tienen que afrontar el miedo que les produce enfrentarse a una situación nueva y compleja, pero en el caso de las nuevas princesas lo resuelven de forma positiva, mientras que en el de Bob Esponja tiran del modelo masculino clásico, transitando entre la ironía y el ridículo. La sirena Mindy, al estilo del más puro estereotipo que señalara Raewyn Connell, les pide que dejen de llorar y que no sean niños, y, para animarles a finalizar con la misión, les propone convertirlos en «auténticos hombres». «Ahora que sois hombres, ¿podréis llegar hasta Concha City? ¡Sí! ¿Los hombres se asustan de algo? ¡No! ¿Y por qué? ¡Porque somos invencibles!» Veamos la diferencia entre ambas propuestas contrastando la canción de Frozen con Un hombre soy, de Bob Esponja: La película:

¡Somos invencibles!
¡Un hombre soy, ahora lo puedes ver!
¡Un hombre soy, todo lo puedo hacer!
¡Un hombre soy, bigote me creció!
¡Un hombre soy, por eso yo lo puedo hacer!
¡Ahora son hombres, todo lo lograrán!

Las diferencias y asimetrías entre los prototipos de feminidad y masculinidad que se están

creando a través de las representaciones altamente estereotipadas, sobre todo mediante la creación de modelos de referencia en las grandes producciones de dibujos animados, ayudan a dibujar un futuro incierto de niñas empoderadas con niños que siguen teniendo como ejemplo de poder a Spiderman o a los superhéroes de carne y hueso que genera la industria del fútbol. Si no hacemos algo, la suerte del conflicto de las relaciones de género futuras —que, con nuestro consentimiento, ya está cociéndose a fuego lento— será fatal, y es que nuestra inacción e incapacidad para problematizar los modelos de masculinidad que trasladamos a los niños es absolutamente corrosiva.

Los referentes en la literatura tampoco se quedan atrás. Naia y sus amigas tienen en sus mesitas de noche historias como el delicioso libro ilustrado de Kate Pankhurst, *Fantastically Great Women Who Changed the World*; el de Irene Cívico, Sergio Parra y Nuria Aparicio, *Las chicas son guerreras. 26 rebeldes que cambiaron el mundo*; *Las princesas también se tiran pedos*, de Ilan Brenman; o *La Cenicienta que no quería comer perdices*, de Nunila López Salamero y Myriam Cameros Sierra. También cuentan con los poemas de Gloria Fuertes, la biografía de Frida Kahlo, o el clásico de Adela Turín y Nella Bosnia, *Rosa caramelo*, entre otras muchas opciones.

¿Cuáles serían los referentes equivalentes para nuestros niños? ¿Por qué no están ellos también en la agenda del cambio? ¿Para cuándo un príncipe sensible y empático para Disney? ¿No sería fantástica la historia de un héroe futbolista y gay? ¿Qué tal un rey que renuncia a su poder por tener que cuidar a alguien de su entorno? ¿Cuánto camino nos queda por recorrer para liberar a nuestros niños! Y continuar también empoderando a nuestras niñas, porque todo no está logrado, ni mucho menos, aunque vamos por mejor camino con las niñas que con los niños. ¿No crees?

Los referentes fundamentales para los niños siguen siendo, básicamente, los futbolistas que representan las nuevas heroicidades masculinas globales del siglo XXI: la cultura del fútbol dominante todavía es, por desgracia, la máxima expresión estética de la competitividad, la riqueza extrema y fácil, los padres maleducados, la homofobia... Lo sé, no todo el fútbol es igual, pero sí lo es la cultura futbolística dominante, de la que el omnipotente expresidente de la Real Federación Española de Fútbol, Ángel María Villar (acusado y encarcelado por corrupción), ha sido su máximo exponente. Aunque los tiempos, también en este deporte, han empezado a cambiar...

Sin duda, los referentes de mujeres poderosas y libres tanto del cine como de la literatura sirven también para los niños, como mi hijo Alain, que se van a socializar inevitablemente en un mundo de referentes igualitarios y de mujeres empoderadas. Pero el problema (y mi preocupación principal) estriba en que no estamos siendo capaces de construir referentes ni modelos para los niños de hombres empáticos, sensibles, que expresen sus emociones o sus miedos. Si no lo remediamos, estaremos abocando a las niñas libres del presente y del futuro a tener que convivir y compartir vidas y sueños con niños que no habrán sido capaces de liberarse ni de situarse al mismo nivel de humanidad.

El feminismo, por encima de todo, es un acto de amor. Así lo entiendo, lo reivindico y propongo que lo practiquemos. El amor es la tecnología política de base emocional con más potencia transformadora con la que puede contar la humanidad para cambiar a las personas, mutar el mundo (conservando lo mejor que tenemos) y poder hacer frente a la globalización del miedo.

Como nos recuerda la autora feminista y activista social norteamericana bell hooks (escribe su nombre artístico así, en minúsculas), en tiempos de turbulencias y desconfianza, «todo el mundo necesita amar y ser amado, incluso los hombres». Pero para conocer el amor los hombres debemos ser capaces de ver las maneras en que la cultura patriarcal nos impide conocernos a nosotros mismos, ser capaces de estar en contacto con nuestros sentimientos, en definitiva: ser capaces de amar. Y hooks nos recuerda que, independientemente del origen, la edad, la clase social, el estado civil o la orientación sexual de los hombres, la expresión y gestión de las emociones es la parte fundamental de lo que los hombres somos: «Los hombres pueden encontrar el camino a la unidad espiritual poniéndose de nuevo en contacto con su mundo emocional, y reivindicar las ricas y gratificantes vidas interiores que históricamente les han sido negadas». Su libro *The Will to Change: Men, Masculinity, and Love* está diseñado para ayudar a los hombres en el noble y apasionante ejercicio de «reclamar la mejor parte de ellos mismos».

HOMBRES QUE CORREN CON LOBAS

El pacto entre mujeres y hombres pasa irremediabilmente por que los hombres escuchemos a las mujeres, aprendamos de ellas y estemos dispuestos a iniciar un camino hacia el cambio personal y colectivo desde la humildad, los cuidados compartidos, la justicia en las relaciones, la equidad y el amor.

Personalmente, siempre he sentido admiración (y hasta un poco de envidia) por la forma en la que se organizan algunos colectivos de mujeres, que de la necesidad hacen virtud y, a partir de la lectura de un libro, son capaces de comenzar apasionantes itinerarios compartidos de transformación, como poderosas «chamanas» y mujeres empoderadas del siglo XXI. Mujeres que corren con lobos, de Clarissa Pinkola Estés, o *Las diosas de cada mujer*, de Jean Shinoda Bolen, son algunos de esos textos «iniciáticos» que han acompañado a cientos de círculos de mujeres a lo largo y ancho del mundo.

Quiero compartir con vosotros algunos párrafos inspiradores del libro de Pinkola Estés, que nos pueden ayudar a los hombres a aprender a «correr con lobos»:

Ser fuerte no significa hacer brotar músculos y flexión. Significa encontrarse con lo luminoso de uno sin huir [...]. Significa ser capaz de aprender, ser capaz de sostener lo que sabemos. Significa sostenerse y vivir.

Quienes no encuentran deleite en aprender, quienes no pueden sentirse atraídos por nuevas ideas o experiencias, no podrán desarrollarse más allá del punto en el camino donde descansan ahora.

La diferencia entre vivir desde el alma y vivir solo desde el ego radica en tres cosas: la habilidad de percibir y aprender nuevas maneras, la tenacidad de atravesar senderos turbulentos y la paciencia de aprender el amor profundo con el tiempo.

Sería un error pensar que se necesita ser un héroe endurecido para lograrlo. No es así. Se necesita un corazón que esté dispuesto a morir y nacer y morir y nacer una y otra vez.

Los hombres tenemos mucho que aprender de las lobas, de las mujeres empoderadas que corren a nuestro lado. Nos haría mucho bien, tanto a cada uno de nosotros como al conjunto de la humanidad, dejar a un lado las resistencias a la igualdad, el mito del macho alfa, del hombre infalible, fuerte, sin miedo; y dejarnos guiar, abrazar, acompañar por las mujeres libres, correr junto a ellas, con todas las lobas, hacia un futuro apasionante, lleno de posibilidades de vivir haciendo las paces con todos los colores que la paleta de la vida y la libertad nos regalan, para dibujar todos juntos y todas juntas la convivencia en el presente que anhelamos y soñamos para un futuro mejor. Otro mundo es posible y necesario, y otras masculinidades, también.

AGRADECIMIENTOS

Aunque en la portada del libro solo aparece mi nombre, este es un ensayo deudor. Las horas frente al ordenador, las conversaciones o las lecturas que lo han inspirado no habrían sido posibles sin el apoyo de mi pareja, Paloma Gutiérrez López, que ha asumido con paciencia y conciencia feminista una parte importante de los trabajos de cuidado que me correspondían mientras yo estaba dedicado a escribir este libro, por lo que estoy agradecido y en deuda con ella, una vez más. También debo horas de atención y juegos a Naia y Alain Bacete Gutiérrez, mis criaturas, que además han sido parte motivadora e inspiradora de este trabajo, y que han sufrido en sus cuerpos las horas que he pasado frente al teclado y restado tiempo de dedicación que merecen y que también reivindicaban. Y lo mismo ha ocurrido con mi madre, mi padre y toda la *tribu*, que han funcionado como una abnegada, generosa y tierna red informal de cuidados. Estoy en deuda, emocionado y enormemente agradecido, y espero que en camino de recompensarles.

Pero también estoy en deuda, en forma superlativa, con todas las miles de mujeres humildes invisibilizadas por la historia, como mis abuelas Antonina González y Valentina Fernández, que fueron capaces de luchar y vencer, en el empeño tan sublime como titánico de generar vida y esperanza en tiempos difíciles: sin su esfuerzo colosal y cotidiano por preservar la vida, yo no estaría aquí. ¡Gracias, abuelas!

Estoy enormemente agradecido además, a todas aquellas mujeres que han quedado en la historia como precursoras de una lucha clave para la dignidad colectiva, la transformación social y política, para la propia democracia y también para el futuro de la humanidad, y que tienen magníficas herederas en el presente. Gracias, Olympe de Gouges, Mary Wollstonecraft, Lucretia Mott, Elizabeth Cady Stanton, Flora Tristán, Clara Campoamor, Aleskandra Kolontái, Gloria Fuertes, Mary Nash, Roxane Gay, bell hooks, Itziar Ziga, Mari Luz Esteban, Marcela Lagarde, Edurne Aranguren, Begoña Sánchez, Teresa del Valle, Carolina Erdocia, Teresa Requena, Paula Mejía González, María Jesús Agirre, Argiñe Sagastume, Pilar Matías, Gloria Poyatos, Bakea Alonso, Ana Fernández-Salguero, Marilyn Solaya, Yipsia Torres, Lola García Zaya, Coral García de las Heras, Reina Ruiz, Isabel Valdés, Izaskun Moyua, Arantza Madariaga, Leire Gartzia... Y tantas y tantas otras que, aunque imprescindibles, no puedo nombrar, porque ocuparían por mérito propio cada una de las páginas de este libro, pero que están ahí y son esenciales. Gracias a todas: a las amigas y a las que ya no lo son, porque de ellas y de los errores también he aprendido.

Nutriendo mi biografía y experiencias en clave de paz, también han estado presentes muchos hombres buenos, a quienes también estoy profundamente agradecido. Desde la historia: Poullain

de la Barre, John Stuart Mill, Mahatma Gandhi, José Saramago, Eduardo Galeano, Miguel Hernández, Federico García Lorca o Walt Whitman, entre muchos otros. Y, en el presente, en relaciones de piel con piel, han sido fundamentales e inspiradores en mi vida hombres como el visionario José Ángel Lozoya, el tierno e inteligente Daniel Leal, el contumaz Hilario Sáez, el galáctico Miguel Lorente, el incisivo Octavio Salazar, el papá comunicador Joaquim Montaner, el influenciador global Gary Barker, el imprescindible Michael Kaufman, el siempre brillante y oportuno Michael Kimmel o el hombre de todos los colores del arco iris: mi querido Leopoldo Santos. Y otros muchos, que saben que también los llevo dentro y hacen de este mundo un lugar más bello y mucho mejor para ser transitado.

Este es un libro que tiene mucho que agradecer a todos los hombres blandengues, a los diferentes, a aquellos que se atrevieron a pasar la frontera de la masculinidad adquirida, a los que alguna vez en sus vidas se han sentido raros, diferentes, incómodos o incluso cobardes por no responder a la presión del grupo cuando lo que tocaba era demostrar la fuerza, ponerse en riesgo, conquistar mujeres o maltratar a alguien. A aquellos que han sido insumisos a los mandatos de la masculinidad hegemónica sin saberlo. A los que Josep Vicent Marqués denominó, de forma divertida y gráfica, «varones sensibles y machistas recuperables».

Quiero hacer llegar también un agradecimiento especial a todos los padres y madres de la Ikastola Ibaiondo de Vitoria-Gasteiz, también liberadoramente imperfectos e imperfectas, que, en los parques o en los columpios, a la salida de la escuela o en las plazas, me acompañan en la tremenda misión de ser un buen padre, que soportan mi curiosidad y preguntas, y que realizan observaciones que a menudo me inspiran en mi trabajo de antropología cotidiana.

Un agradecimiento particular también para Joseba Ruiz Golvano, amigo, compañero del alma y mecenas, por su confianza, y porque sin su apoyo y acompañamiento constante, este libro nunca habría visto la luz: Eskerrik asko laguna!

Doy las gracias, además, a Kirmen Uribe por abrir este libro con sus palabras, vestidas de la ternura de un hombre bueno. Y a la periodista, comprometida y brillante, Alejandra Agudo, por hacer de nexo imprescindible entre utopías. Gracias también a Jael Masllorens, por sus acertadas correcciones y sugerencias, y a Lucrecia Demaestri, por su trabajo en el diseño de la portada.

También quiero dar las gracias a la Editorial Península y al Grupo Planeta y, en especial a Ana Camallonga, por confiar en mí, acompañarme y brindarme esta oportunidad y, sobre todo, por compartir la idea de que el reto de la necesaria nueva humanidad pasa por la transformación de los hombres.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- ABRIL, PACO Y ROMERO, ALFONSO, «Masculinidad y trabajo: Las empresas con políticas de género y sus consecuencias sobre la masculinidad», en *Sociología del Trabajo*, núm. 55, 2005.
- ABRIL, PACO; AMIGOT, PATRICIA; BOTÍA, CARMEN; DOMÍNGUEZFOLGUERAS, MARTA; GONZÁLEZ, MARÍA JOSÉ; JURADO-GUERRERO, TERESA; LAPUERTA, IRENE; MARTÍN-GARCÍA, TERESA; MONFERRER, JORDI Y SEIZ, MARTA, «Ideales igualitarios y planes tradicionales: Análisis de parejas primerizas en España», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 150, 2015, pp. 3-22. (<<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.150.3>>.)
- AGUAYO, FRANCISCO; CORREA, PABLO; CRISTI, PABLO, «Encuesta IMAGES Chile: Resultados de la Encuesta Internacional de Masculinidades y Equidad de Género», CulturaSalud/EME, Santiago de Chile, 2011.
- AGUAYO, FRANCISCO; CORREA, PABLO; KIMELMAN, EDUARDO; «Estudio sobre la participación de los padres en el Sistema Público de Salud en Chile», Culturasalud, Minsal, Chile, 2012.
- ALBERDI, INÉS Y ESCARIO, PILAR, *Los hombres jóvenes y la paternidad*, Fundación BBVA, Bilbao, 2007.
- ALONSO, BAKEA Y LÓPEZ RAMOS, ÁNGELA, *A fuego lento: Cocinando ideas para una intervención grupal con hombres desde una perspectiva de género*, Ministerio de Empleo y Seguridad Social, España, 2015.
- ALONSO, BAKEA, «Trabajo social y perspectiva de género: Los hombres como colectivo de intervención», en *Respuestas transdisciplinarias en una sociedad global: Aportaciones desde el Trabajo Social*, Universidad de la Rioja, Logroño, 2016. Disponible en: <https://publicaciones.unirioja.es/catalogo/online/CIFETS_2016/Monografia/pdf/TC031.pdf>.
- AMORÓS, CELIA, *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para las luchas de las mujeres*, Cátedra, Madrid, 2006.
- AMORÓS, CELIA Y DE MIGUEL, ANA, *Teoría feminista: De la Ilustración a la globalización*, vol. I, Minerva Ediciones, Madrid, 2007.
- AMORÓS, CELIA, *Mujer: Participación, cultura, política y Estado*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1990.
- ANDERSON, KRISTIN J.; KANNER, MELINDA Y ELSAYEGH, NISREEN, «Are Feminists Man Haters? Feminists' and Nonfeminists' Attitudes Toward Men», *Psychology of Women Quarterly*,

- American Psychological Association, 2009.
- ARANGUREN, EDURNE, «Virtudes de paz en el trabajo social», Universidad de Granada (tesis doctoral), 2015.
- ARESTI, NEREA, *Masculinidades en tela de juicio: Hombres y género en el primer tercio del siglo xx*, Cátedra, Madrid, 2010.
- ASTURIAS, LAURA, «Construcción de la masculinidad y relaciones de género», en Carlos Lomas, comp., *Los chicos también lloran: Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*, Paidós, Barcelona, 2004.
- AVILÉS HERNÁNDEZ, MANUELA, «La monoparentalidad masculina: ¿Una forma familiar emergente en la sociedad española?», Universidad de Alicante (tesis doctoral), 2013.
- AZPIAZU CARBALLO, JOKIN, *Masculinidades y feminismos*, Virus Editorial, Barcelona, 2017.
- BACETE, RITXAR Y GARTZIA, LEIRE, «Paternidades positivas: Cambios y retos en la implicación de los padres en la crianza y la corresponsabilidad», Departamento de Empleo y Políticas Sociales, Gobierno Vasco, 2016.
- BACETE, RITXAR; BERGARA, ANDER; RIVIERE, JOSETXU, *Los hombres, la igualdad y las nuevas masculinidades*, Emakunde-Instituto Vasco de la Mujer, Vitoria-Gasteiz, 2008.
- BADINTER, ELISABETH, *XY: La identidad masculina*, Alianza, Madrid, 1993.
- BADINTER, ELISABETH, *La mujer y la madre*, La Esfera de Libros, Madrid, 2011.
- BARKER, GARY, «Men's Participation as Fathers in the Latin American and Caribbean Region: A Critical Literature Review with Policy Considerations», World Bank, 2003.
- BARKER, GARY, «La Participación del Hombre como Padre en la Región de América Latina y el Caribe: Una Revisión de Literatura Crítica con Consideraciones para Políticas», Promundo/Save the Children, Brasil, 2008.
- BAUMAN, ZYGMUNT, *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 2005.
- BAUMAN, ZYGMUNT, *Tiempos líquidos: Vivir en una época de incertidumbre*, Tusquets, Barcelona, 2007.
- BELL, DONALD H., *Ser varón: La paradoja de la masculinidad*, Tusquets, Barcelona, 1987.
- BIDDULPH, STEVE, *El secreto del niño feliz*, EDAF, Madrid, 2012.
- BONINO, LUIS, «Las nuevas paternidades», en *Cuadernos de Trabajo Social*, CTS-UAM, Madrid, 2002, pp. 171-82.
- BOURDIEU, PIERRE, *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, 2005.
- BUTLER, JUDITH, *El género en disputa: Feminismo y subversión de la identidad*, Paidós, Barcelona, 2007.
- BUTLER, JUDITH, *Deshacer el género*, Paidós, Barcelona, 2006.
- CARABÍ, ÀNGELS Y ARMENGOL, JOSEP M., eds., *Masculinidades alternativas en el mundo de hoy*, Icaria, Barcelona, 2015.
- CARABÍ, ÀNGELS Y ARMENGOL, JOSEP M., eds., *La masculinidad a debate*, Icaria, Barcelona, 2008.
- CARO, MARÍA ANTONIA Y FERNÁNDEZ-LLEBREZ, FERNANDO, *Buenos tratos: Prevención de la*

- violencia sexista*, Talasa Ediciones, Madrid, 2004.
- CASTRO, CARMEN, «Modelos de bienestar, igualdad de género y permisos por nacimiento en un contexto de crisis del modelo social europeo», Universidad de Pablo de Olavide (tesis doctoral), Sevilla, 2015.
- CIS, «Conocimientos sobre la realidad sociopolítica y económica», Estudio n.º 2973, 2012.
- CONNELL, RAEWYN, *Masculinities*, University of California Press, Berkeley, 1995.
- CORIA, CLARA, *Las negociaciones nuestras de cada día*, Paidós, Buenos Aires, 2005.
- CORTINA, ADELA, *La ética*, Paidós, Barcelona, 2013.
- DE BEAUVOIR, SIMONE, *El segundo sexo*, Cátedra, Madrid, 2005.
- DE LA CONCHA, ÁNGELES, coord., *El sustrato cultural de la violencia de género: Literatura, arte, cine y videojuegos*, Editorial Síntesis, Madrid, 2010.
- DE UGALDE, MARTÍN, *Hablando con Chillida: Vida y obra*, Txertoa, San Sebastián, 2002.
- DEL OLMO, CAROLINA, *¿Dónde está mi tribu? Maternidad y crianza en una sociedad individualista*, Clave Intelectual, Madrid, 2013.
- DOMÍNGUEZ FOLGUERAS, MARTA, «Parenthood and Domestic Division of Labour in Spain 2002-2010», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 149, 2015.
- DURÁN, MARÍA ÁNGELES, *El valor del tiempo: ¿Cuántas horas te faltan al día?*, Espasa, Madrid, 2007.
- EAGLEMAN, DAVID, *Incógnito*, Anagrama, Barcelona, 2013.
- ETXADI, «Estudio de campo de los programas y actividades de parentalidad positiva existentes en la Comunidad Autónoma del País Vasco», Gobierno Vasco / Departamento de Empleo y Asuntos Sociales / Dirección de Política Familiar y Comunitaria, 2012.
- EMAKUNDE-INSTITUTO VASCO DE LA MUJER, *Cifras 2014: Mujeres y hombres en Euskadi*, Emakunde, Vitoria-Gasteiz, 2014.
- ESTEBAN, MARI LUZ, COMELLES, JOSEP MARIA Y DÍEZ MINTEGUI, CARMEN, eds., *Antropología, género, salud y atención*, Bellaterra, Barcelona, 2010.
- EUSTAT, *Encuesta sobre la conciliación de la vida laboral, familiar y personal: Análisis de resultados*, Eustat, Vitoria-Gasteiz, 2012.
- FERNÁNDEZ PUJANA, IRATI, *Feminismo y maternidad: ¿Una realidad incómoda?*, Emakunde, Vitoria-Gasteiz, 2014.
- FINE, CORDELIA, *Testosterone Rex: Myths of Sex, Science, and Society*, W. W. Norton & Company, Nueva York y Londres, 2017.
- FOUCAULT, MICHEL, *El pensamiento del afuera*, Pre-Textos, Valencia, 2000.
- FREIXA, CARMEN, *Ellos y nosotras: Tratado contra la mutilación cerebral femenina*, Icaria, Barcelona, 1998.
- FROMM, ERICH, *El arte de amar*, Paidós, Barcelona, 1998.
- FLOOD, MICHAEL, et al., ed., *International Encyclopedia of Men and Masculinities*, de Routledge, Nueva York, 2007.
- G. DE LA CUEVA, CARMEN, *Mamá, quiero ser feminista*, Lumen, Barcelona, 2016.
- GALEANO, EDUARDO, *Mujeres*, Siglo XXI, Madrid, 2015.

- GARCÉS, MARINA, *Filosofía inacabada*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2015.
- GARCÉS, MARINA, *Un mundo común*, Bellaterra, Barcelona, 2015.
- GARTZIA, LEIRE; ARITZETA, AITOR; BALLUERKA, NEKANE Y BARBERÁ, ESTHER, «Inteligencia emocional y género: Más allá de las diferencias sexuales», *Anales de Psicología*, núm. 28, 2012.
- GARTZIA, LEIRE, *Empresas del siglo XXI: de pensar en «masculino» a pensar en «andrógino»: Una propuesta innovadora sobre el valor del género en el funcionamiento organizacional*, Diputación de Guipúzcoa, 2011.
- GARTZIA, LEIRE Y VAN ENGEN, MARLOES, «Are (male) leaders “feminine” enough? Gender traits of identity as mediators of sex differences in leadership styles», *Gender in Management*, núm. 27(5), 2012.
- GARTZIA, LEIRE Y VAN KNIPPENBERG, Daan, «Too Masculine, Too Bad: Effects of Communion on Leaders’ Promotion of Cooperation», *Group and Organization Management*, 2015.
- GARTZIA, LEIRE Y LÓPEZ-ZAFRA, ESTHER, «Gender Research in Spanish Psychology: An overview for international readers», *Sex Roles*, n.º 70.
- GAY, ROXANE, *Mala Feminista*, Capitán Swing Libros, Madrid, 2016.
- GEERTZ, CLIFFORD, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, México, 1991.
- GETTLER, LEE T.; MCDADE, THOMAS W.; FERANIL, ALAN B. Y KUZAWA, CHRISTOPHER W., «Longitudinal evidence that fatherhood decreases testosterone in human males», 2011. <<http://www.pnas.org/content/108/39/16194.abstract>>.
- GIL CALVO, ENRIQUE, *Máscaras masculinas: Héroes, patriarcas y monstruos*, Anagrama, Barcelona, 2006.
- GONZÁLEZ, MARÍA JOSÉ Y JURADO GUERRERO, TERESA, *Padres y madres corresponsables: Una utopía real*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2015.
- GONZÁLEZ PAGÉS, JULIO CÉSAR, *Macho varón masculino: Estudios de masculinidades en Cuba*, Editorial de la Mujer, La Habana, 2010.
- GOBIERNO VASCO, *III Plan Interinstitucional de Apoyo a las Familias en la Comunidad Autónoma del País Vasco (2011-2015)*, Dirección de Política Familiar y Comunitaria, Departamento de Empleo y Asuntos Sociales, Vitoria-Gasteiz, 2011.
- GRAU Y GRAU, MARC, *Recompensas invisibles: Los beneficios de la paternidad en los propios padres y sus trabajos*, Fundación Maria Teresa Rodó, Barcelona, 2015.
- GRAVES, ROBERT, *Los mitos griegos*, Ariel, Barcelona, 1984.
- GUASH, OSCAR, ed., *Vidas de hombre(s)*, Bellaterra, Barcelona, 2012.
- HEARN, JEFF, «A Crisis of Masculinity, or New Agendas for Men?», en Sylvia Walby, ed., *New Agendas for Women*, Palgrave Macmillan, Londres, 1995.
- HEARN, JEFF, «Contextualizing Men, Masculinities, Leadership and Management: Gender/Intersectionalities, Local/Transnational, Embodied/Virtual, Theory/Practice», en Savita Kumra, Ruth Simpson y Ronald J. Burke, eds., *Oxford Handbook of Gender in Organizations*, Oxford University Press, Inglaterra, 2014, pp. 417-436.
- HARRINGTON, BRAD; VAN DEUSEN, FRED; HUMBERD, BETH, «The New Dad: Caring, Committed

- and Conflicted», Boston College, 2011.
- HERNANDO, ALMUDENA, coord., *Mujeres, hombres, poder: Subjetividades en conflicto*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2015.
- HERNANDO, ALMUDENA, *La fantasía de la individualidad: Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*, Katz, Madrid, 2012.
- HERRERA GÓMEZ, CORAL, *Más allá de las etiquetas*, Txalaparta, Tafalla, 2011.
- HOBBSAWM, ERIC, *Historia del siglo xx*, Grijalbo, Buenos Aires, 1998.
- HOLDEN, ROBERT, *La risa, la mejor medicina: El poder curativo del buen humor y la felicidad*, Oniro, Barcelona, 1998.
- HOOKS, BELL, *The Will to Change: Men, Masculinity, and Love*, Atria, Nueva York, 2004.
- IZQUIERDO, MARÍA JESÚS, *Sin vuelta de hoja. Sexismo: poder, placer y trabajo*, Bellaterra, Barcelona, 2001.
- KEEGAN, JOHN, *El rostro de la batalla*, Turner, Madrid, 2013.
- KIM, PILYOUNG; RIGO, PAOLA; MAYES, LINDA C.; FELDMAN, RUTH; LECKMAN, JAMES F. Y SWAIN, JAMES E., «Neural Plasticity in Fathers of Human Infants», 2014. <<https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC4144350/>>.
- KIMMEL, MICHAEL, «Los estudios de la masculinidad: Una introducción», en *La masculinidad a debate*, Icaria, Barcelona, 2008.
- KOSFELD, MICHAEL; HEINRICHS, MARKUS; ZAK, PAUL J.; FISCHBACHER, URS Y FEHR, ERNST, «Oxytocin increases trust in humans», *Nature*, núm. 435, 2005.
- LAMB, MICHAEL E., «*The Role of the Father in Child Development*», John Wiley & Sons, Nueva Jersey, 2004.
- LANDARROITAJAUREGI, JOSERRA, *Nociones de sexosofía antigua*, Isexus, Valladolid, 2012.
- LAQUEUR, THOMAS, W.; «The Facts of Fatherhood: Conflicts in Feminism», Routledge, Nueva York, 1990.
- LAROSSA, RALPH, «The Historical Study of Fatherhood: Theoretical and Methodological Considerations», en Mechtild Oechsle, Ursula Müller y Sabine Hess, eds., *Fatherhood in Late Modernity: Cultural Images, Social Practices, Structural Frames*, Barbara Budrich, Leverkusen-Opladen, 2012.
- LOMAS, CARLOS, *¿El otoño del patriarcado? Luces y sombras de la igualdad entre mujeres y hombres*, Península, Barcelona, 2008.
- LOMAS, CARLOS, *¿Todos los hombres son iguales? Identidades masculinas y cambios sociales*, Paidós, Barcelona, 2003.
- LORENTE ACOSTA, MIGUEL, *Los nuevos hombres nuevos*, Destino, Barcelona, 2009.
- LORENTE ACOSTA, MIGUEL, *Tú haz la comida, que yo cuelgo los cuadros: Trampas y tramposos en la cultura de la desigualdad*, Crítica, Barcelona, 2014.
- LOWEN, ALEXANDER, *La experiencia del placer*, Paidós, Barcelona, 2010.
- MAGALLÓN, CARMEN, *Mujeres en pie de paz: Pensamiento y prácticas*, Siglo XXI, Madrid, 2006.
- MARQUÉS, JOSEP VICENT, *Curso elemental para varones sensibles y machistas recuperables*,

- Temas de Hoy, Madrid, 1991.
- MARINA, JOSÉ ANTONIO, *Anatomía del miedo*, Anagrama, Barcelona, 2006.
- MARTÍN, SARA, «Los estudios de la masculinidad: Una nueva mirada al hombre a partir del feminismo», en Meri Torras, ed., *Cuerpo e identidad I*, Universidad de Barcelona, 2007.
- MARTÍNEZ GUZMÁN, VICENT, *Filosofía para hacer las paces*, Icaria, Barcelona, 2001.
- MARTÍNEZ ORTIZ, MANUELA Y MOYA ALBIOL, LUIS, *Escucha a tu cerebro: La clave de la neurofelicidad*, Plataforma, Barcelona, 2015.
- MERNISSI, FATEMA, *El harén en Occidente*, Espasa, Madrid, 2006.
- MILL, JOHN STUART, *The Subjection of Women*, App Publisher.
- MORAN, CAITLIN, *Cómo ser mujer*, Anagrama, Barcelona, 2016.
- MOSSE, GEORGE, *The Image of Man: The Creation of Modern Masculinity*, Oxford University Press, 1996.
- MUÑOZ, FRANCISCO ADOLFO, *La paz imperfecta*, Universidad de Granada, 2000.
- NANCLARES, SILVIA, *Quién quiere ser madre*, Alfaguara, Barcelona, 2017.
- NASH, MARY, ed., *Feminidades y masculinidades: Arquetipos y prácticas de género*, Alianza, Madrid, 2014.
- NOCK, STEVEN L. Y EINOLF, CHRISTOPHER J., *The One Hundred Billion Dollar Man: The Annual Costs of Father Absence*, National Fatherhood Initiative, Estados Unidos, 2008.
- NUÑO GÓMEZ, LAURA, *El mito del varón sustentador: Orígenes y consecuencias de la división sexual del trabajo*, Icaria, Barcelona, 2010.
- NUSSBAUM, MARTHA C., *Crear capacidades: Propuesta para el desarrollo humano*, Madrid, Espasa, Madrid, 2012.
- ODRIOZOLA EZEITZA, XABIER, *Gizonezkoen sexismoa. Maskulinitasuna eta askapena: berdintasunerantz. Gogoetak bizipenetatik*, Metaziri, 2014.
- OLAVARRÍA, JOSÉ, *Y todos querían ser (buenos) padres*, FLACSO, Santiago de Chile, 2001.
- OLAVARRÍA, JOSÉ, «Men at Home? Child Rearing and Housekeeping among Chilean Working-Class fathers», en M.C. Guttman, ed., *Changing Men and Masculinities in Latin America*, Duke University Press, Londres, 2003.
- OVE KNAUSGÅRD, KARL, *Un hombre enamorado*, Anagrama, Barcelona, 2016.
- PASCOE, C. J. Y BRIDGES, TRISTAN, *Exploring Masculinities: Identity, Inequality, Continuity and Change*, Oxford University Press, Nueva York, 2015.
- PULEO, ALICIA H., ed., *El reto ante la igualdad de género: Nuevas perspectivas en Ética y Filosofía Política*, de Biblioteca Nueva, Madrid, 2008.
- REQUENA-PELEGRÍ, TERESA, «Padres alternativos en *Atando cabos* de Annie E. Proulx y *Las correcciones* de Jonathan Franzen», en *Masculinidades alternativas en el mundo de hoy*, Icaria, Barcelona, 2015.
- RIECHMANN, JORGE, *¿Cómo vivir? Acerca de la vida buena*, Catarata, Madrid, 2011.
- RIZZOLATTI, GIACOMO Y SINIGAGLIA, CORRADO, *Las neuronas espejo: Los mecanismos de la empatía emocional*, Paidós, Barcelona, 2006.
- SALAZAR BENÍTEZ, OCTAVIO, *Autonomía y género y diversidad: Itinerarios feministas para una*

- democracia intercultural*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2017.
- SARKADI, ANNA; KRISTIANSSON, ROBERT; OBERKLAID, FRANK Y BREMBERG, SVEN, «Fathers' involvement and children's developmental outcomes: A systematic review of longitudinal studies», *Acta Pædiatrica*, núm. 97, 2008.
- SEGALÉN, MARTINE, *Antropología histórica de la familia*, Taurus, Madrid, 1992.
- SEGAL, LYNNE, «Men After Feminism: What's Left to Say?», en Josep Maria Armengol y Àngels Carabí, eds., *Debating Masculinity*, The Men's Studies Press, Harriman, 2009.
- SEIDLER, VICTOR, *Culturas globales y vidas íntimas*, Montesinos, Madrid, 2006.
- SEN, AMARTYA, *Nuevo examen de la desigualdad*, Alianza, Madrid, 1999.
- SEN, AMARTYA, *Desarrollo y libertad*, Planeta, Barcelona, 2000.
- STEINER, CLAUDE, *Educación emocional*, Jeder, Sevilla, 2013.
- TORRALBA, FRANCESC, *El arte de saber escuchar*, Milenio, Lleida, 2014.
- VALCÁRCEL, AMELIA, *Feminismo en la era global*, Cátedra, Madrid, 2008.
- VALCÁRCEL, AMELIA, *La política de las mujeres*, Feminismos, Madrid, 2008.
- VARELA, NURIA, *Cansadas: Una reacción feminista frente a la nueva misoginia*, Ediciones B, Barcelona, 2017.
- VV.AA., *El gran retroceso*, Seix Barral, 2017.
- VV.AA., «State of the World's Fathers 2015», MenCare, Promundo, Save The Children, Nueva York, 2015.
- VV. AA., «State of the World's Fathers 2017», MenCare, Promundo, Save The Children, Nueva York, 2015.
- WEISMAN, OMRI; ZAGOORY-SHARON, ORNA Y FELDMAN, RUTH, 2014, «Oxytocin administration, salivary testosterone, and father-infant social behavior», 2014. <<http://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0278584613002492>>.
- WALL, GLENDA Y ARNOLD, STEPHANIE, «How Involved Is Involved Fathering? An Exploration of the Contemporary Culture of Fatherhood», *Gender and Society*, núm. 21, 2007.
- WOOLF, VIRGINIA, *Un cuarto propio*, Horas y Horas, Madrid, 2003.
- ZIGA, ITZIAR, *Devenir perra*, Melusina, Barcelona, 2009.
- ZINN, HOWARD, *Nadie es neutral en un tren en marcha*, Hiru, Fuenterrabía, 2001.

PÁGINAS WEB CONSULTADAS

- Aurélie Salvaire: <www.theafactor.org>.
- Gizonduz: <www.berdingune.euskadi.net/gizonduz>.
- MenCare: <www.men-care.org>.
- MenEngage: <www.menengage.org>.
- Nacho Carretero: <www.jotdown.es>.
- National Fatherhood Initiative: <www.fatherhood.org>.
- Proceedings of the National Academy of Sciences: <www.pnas.org>.

Promundo: <www.promundoglobal.org>.

Science Direct: <www.sciencedirect.com>.

NOTAS

INTRODUCCIÓN

[1]. Mi forma de estar en el mundo no ha sido endogámica ni heterodoxa tampoco en lo profesional. Además de haberme especializado en género, he trabajado como camarero, basurero, educador con personas en exclusión social, asesor de vivienda, trabajador social, diseñador de videojuegos, guionista de documentales, monitor de atletismo, profesor universitario, cooperante en Naciones Unidas en Cuba, voluntario durante la guerra en Bosnia y Croacia, trabajador social en Guatemala, observador internacional en México, amo de casa, *coach* de personas y equipos, procurador en las Juntas Generales de Álava, concejal, investigador, tertuliano...

1. HOMBRES EN EL SIGLO XXI: MASCULINIDADES PARA LA ERA DEL FEMINISMO

[1]. La cita original de Giuseppe Tomasi di Lampedusa expresa la siguiente contradicción aparente: «Si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie».

[2]. Recientes hallazgos antropológicos sobre el *Homo sapiens* de Jebel Irhoud, en Marruecos, abren una línea de interpretación sorprendente de la evolución humana al situarlo hace trescientos mil años, cien mil más de lo que se sostenía hasta ahora, lo que supondría que los neandertales aparecieron miles de años después, todo lo contrario a lo que se pensaba hasta este momento.

[3]. Publicada también en español con el título *La imagen del hombre*.

[4]. El programa de hombres por la igualdad de Jerez fue puesto en marcha por José Ángel Lozoya, pionero en España y referente para otras acciones que se desarrollaron después, como el programa Gizonduz de Emakunde.

[5]. <<http://www.jotdown.es/2012/07/yugoslavia-de-la-grada-a-la-trinchera/>>

2. EL HOMBRE HA MUERTO: ¡VIVAN LOS HOMBRES!

[1]. Soy consciente de que la propuesta de la feminización de los hombres y la política es controvertida y provoca intensos debates. Pero, como observador parcial que soy, considero que es una apuesta gráfica y sugerente.

3. PATERNIDADES QUE TRANSFORMAN

[1]. Anna Sarkadi, Robert Kristiansson, Frank Oberklaid y Sven Bremberg, «Fathers' involvement and children's developmental outcomes: A systematic review of longitudinal studies», *Acta Paediatr.*, 2008. Feb, 97(2), pp. 153-158.

[2]. Francisco Aguayo, Pablo Correa y Eduardo Kimelman, «Estudio sobre la participación de los padres en el Sistema Público de Salud de Chile», Santiago de Chile, CulturaSalud/Minsal, 2012.

[3]. <<http://www.psychologicalscience.org/index.php/news/releases/dads-who-share-the-load-bolster-daughters-aspirations.html>>

[4]. Fox, 2009; Kühhirt, 2011; Schober, 2011; Grunow *et al.*, 2012.

5. HOMBRES HACIENDO PACES

[1]. Fuente: «Campaña del Lazo Blanco» en Argentina y Uruguay.

6. VIOLENCIAS MASCULINAS, RIESGO, PODER Y LOS PROBLEMAS DE GÉNERO EN LOS HOMBRES

[1]. «Poner precio a la violencia contra las mujeres y las niñas», Banco Mundial, 2013.

[2]. Recomiendo la lectura del texto de Michael Kaufman «The 7 P's of Men's Violence» («Las 7 pes de la violencia de los hombres»), disponible en internet también en español.

[3]. «Aterpe» es el nombre de este servicio en euskera y significa «refugio» o «albergue».

[4]. Hay varias versiones sobre estos hechos, aunque la versión familiar es que la muerte se produjo después de una apuesta, levantando piedras.

[5]. Un estudio de la Universidad Politécnica de Madrid realizado en el año 1999 estimaba que el gasto era de 14.800 millones de euros.

7. CUIDARSE, CUIDAR Y LA *CUIDADANÍA*

[1]. «Hacia un Estado post-patriarcal. Feminismo y ciudadanía.»

Nuevos hombres buenos
Ritxar Bacete

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Mikel Jaso

© Ritxar Bacete González, 2017

© del collage Der Vater, de Hannah Höch: Galerie Berinson, Berlín

© de esta edición: Grup Editorial, 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2017

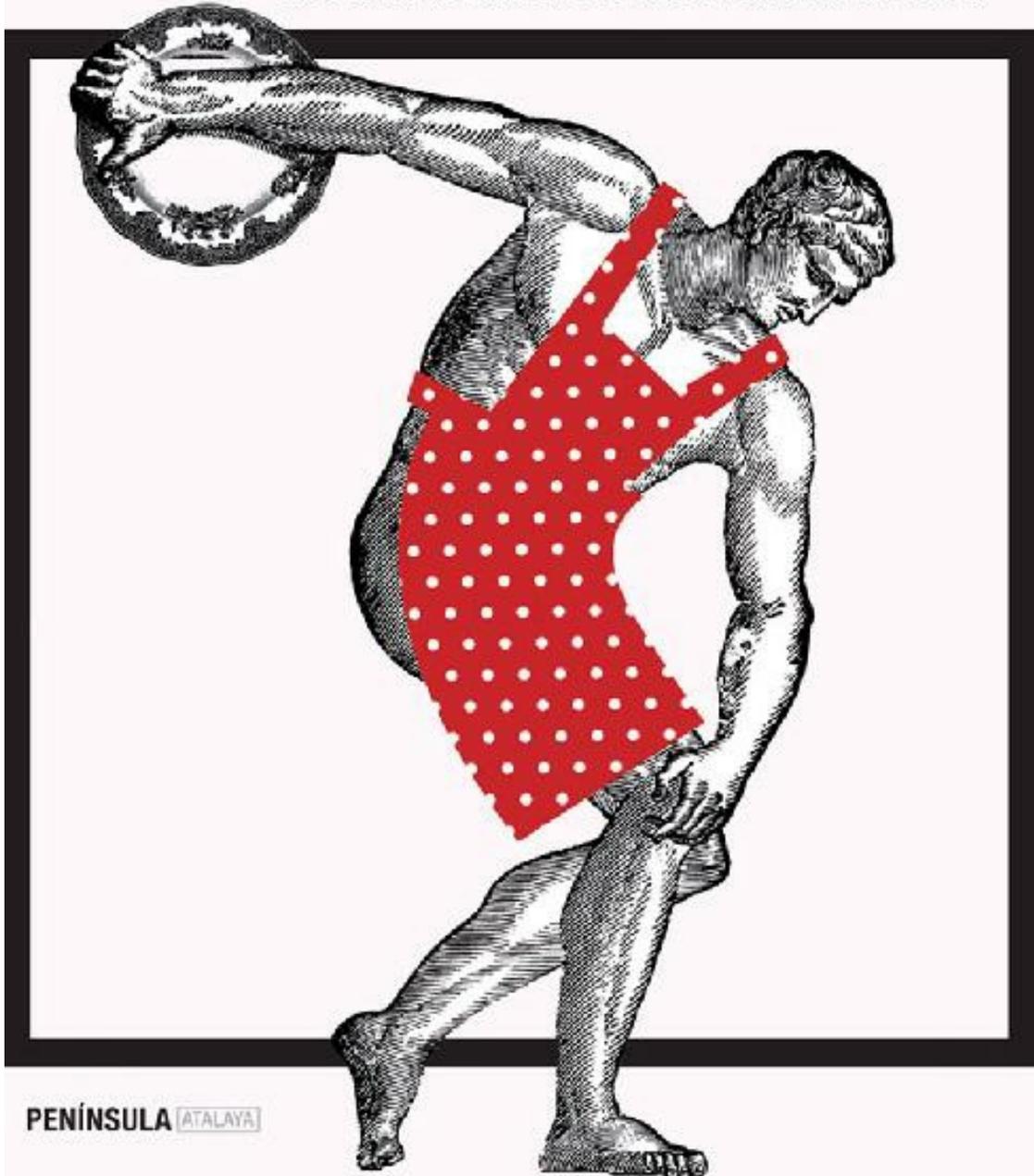
ISBN: 978-84-9942-654-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

Ritxar Bacete

Nuevos hombres buenos

La masculinidad en la era del feminismo



PENÍNSULA ATALAYA